

DE LA INTRODUCCION

DEL SÍMBOLO DE LA FE.

R-91.861

DE LA INTRODUCCION



DEL SÍMBOLO DE LA FE,

POR

EL V. P. M. Fr. LUIS DE GRANADA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, núm. 24 y 26.
1877.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS

1897

1897



1897

1897

1897

1897

PARTE SEGUNDA.

DE LA INTRODUCCION DEL SÍMBOLO DE LA FE,

EN LA CUAL SE TRATA DE LAS EXCELENCIAS DE NUESTRA SANTÍSIMA FE
Y RELIGION CRISTIANA.

Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.

PSAL., XCII, 3.

*Deus autem spei repleat vos omni gaudio, et
pace in credendo.*

ROM., XV, 13.

Tus testimonios se han hecho por extremo
creibles.

El Dios de la esperanza *nuestra* os colme de
toda suerte de gozo y de paz en vuestra
creencia.

CAPÍTULO PRIMERO.

QUE NO PUEDEN LOS HOMBRES VIVIR SIN FE; Y DE DOS MANE-
RAS DE FE, UNA ADQUIRIDA Y OTRA INFUSA.

Esta es, dice el Salvador, hablando con su Eterno Pa-
dre, *la vida eterna* (1), *que conozcan á tí solo verdadero
Dios, y á Jesucristo que tú enviaste al mundo.* Esta breve
sentencia es como un sumario de toda la filosofía cristia-
na. Mas es aquí de saber que las dos principales obras
por donde venimos en conocimiento, así del Padre como

(1) Joan., XVII, 3.

del Hijo, son la obra de la creacion del mundo y de la redencion del género humano. Las cuales dos obras son los principales artículos de nuestra fe, y los principales fundamentos de toda la doctrina cristiana, para cuyo conocimiento se ordena toda la presente escritura. Mas porque el conocimiento de estas dos obras ha de ser por fe, porque de este habla el Salvador, será necesario tratar primero de la fe, que tambien es el primer fundamento de esta doctrina, y así ella es la primera palabra del Símbolo de la fe, que comienza, CREO.

Mas ántes que tratemos de la fe será necesario declarar primero cómo en esta vida no podemos vivir sin alguna manera de fe, que es creer muchas cosas sin haberlas visto ni sabido la razon de ellas. Lo cual testifica san Agustin en el libro sexto de sus Confesiones (1), declarando el estado miserable en que su alma estaba ántes que recibiese la fe, por estas palabras: Así como el que cayó en manos de algun mal médico, no se osa fiar ni aún del bueno, así mi alma, que tantos malos médicos y maestros había experimentado, no se osaba entregar al bueno, que mediante la fe la había de sanar. Mas tú, Señor, con tu mano mansísima y clementísima, poco á poco comenzaste á tratar y componer mi corazon, haciéndome que considerase cuantas cosas creía que no había visto, ni halládome presente cuando se hacían, como son muchas cosas que hallamos escritas en las historias de los gentiles; y muchas de los lugares y ciudades que yo no había visto: y muchas otras, en las cuales daba crédito á los amigos, y á los médicos, y á unos y á otros hombres; las cuales cosas si no fuesen creídas no se podría gobernar la vida humana. Y sobre todo esto por cuán cierto tenía quiénes eran los padres que me engendraron;

(1) August. cap. 4 et 5.

lo cual no podía yo saber sino oyéndolo á otros. Con estas cosas, Señor, me persuadiste, no solamente que diese crédito á las santas Escrituras, las cuales fundaste con tanta autoridad en todas las gentes, mas aunque tuviese por muy culpados á los que no las creyesen. Y por tanto, como yo fuese insuficiente y flaco para hallar la verdad con manifiesta razon, y por esta causa tuviese necesidad de la autoridad y testimonio de las Letras sagradas, comencé luégo á creer que no era posible que tú diceses tan grande dignidad á estas Letras en el mundo, sino porque mediante ellas querías ser creído y por ellas buscado. Hasta aquí son palabras de san Agustin.

Presupuesto, pues, ya este fundamento, que no se puede pasar esta vida sin alguna manera de fe, descendemos á tratar en particular de la fe cristiana. Para lo cual será necesario declarar qué cosa sea fe, y cuántas maneras hay de fe.

Pues para lo primero es de saber que hay dos maneras de fe: una que llaman adquirida y otra infundida. La adquirida es la que se adquiere por muchos actos de creer, cual es la que tiene el moro ó el hereje, que por la costumbre que tiene de dar crédito á sus errores, viene á afirmarse tanto en ellos, que apenas hay medio para desquiciarle de lo que tantas veces tiene aprendido. Mas fe infundida es la que el Espíritu Santo infunde en el alma del cristiano, lo cual comunmente se hace en el santo bautismo, donde, juntamente con la gracia, se infunde la fe, y con ella todas las virtudes que de la gracia proceden. Esta es una especial y sobrenatural luz del Espíritu Santo, infundida en el entendimiento del cristiano, la cual lo inclina eficazísimamente á creer lo que la Iglesia le propone, sin ver la razon en que se funda. Porque lo que hubiera de obrar la razon, si la hubiera, eso

mismo obra por más excelente manera aquella invisible luz del Espíritu Santo. Lo cual se ve en la constancia de los santos mártires, y particularmente en muchas mujercitas simples, y mozos de poca edad: los cuales sin saber los fundamentos y razones de nuestra fe estaban tan firmes en ella, que se dejaban martirizar y despedazar por la verdad y confesion de ella. Pues esta tan grande incertidumbre y firmeza que tenían, obraba en ellos esta luz de fe que decimos.

Mas es de saber que con tener la fe esta firmeza y certidumbre infalible porque se funda en la primera verdad, que es Dios, el cual nos reveló todo lo que creemos, con todo eso no tiene claridad y prueba de razon, porque es de cosas que sobrepujan toda razon, como es el misterio de la santísima Trinidad (1), y de la encarnacion del Hijo de Dios, con todos los otros artículos de la fe, que nuestro Señor Dios tuvo por bien revelarnos, sin lo cual no era posible que la razon humana los pudiese comprender. Y por esto dice el Apóstol (2) que la *fe es de las cosas que no se ven*: esto es, de las que no se alcanzan por sola razon, sino por revelacion de Dios. Y en sujetarse el entendimiento á que crea por fe lo que no alcanza por razon, está el merecimiento de ella. Lo cual declara el mismo Apóstol por ejemplo de Abraham: al cual, siendo de edad de cien años, y su mujer Sara de noventa, y estéril, prometió Dios que daría un hijo (3), lo cual por vía de naturaleza era imposible. Mas el santo patriarca, aunque no veía razon para esperar tal fruto, creyó fielmente la palabra de Dios. Y fuéle esta fe reputada y contada por merecimiento y obra de justicia; y así lo será á

(1) D. Thom. 3. dist. 23. q. 2. art. 4. quæstiunc. 1 ad 3.

(2) Hebr., xi, 1.

(3) Gen., xv, 4.

todos los que con semejante fe y devocion creyeren lo que Dios nos ha revelado: de tal modo que cuanto la cosa que se nos propone fuere más remontada, y encumbrada sobre toda razon, tanto será mayor el merecimiento de la fe. En la cual dice san Crisóstomo (1), que ha de estar el siervo de Dios tan constante, que aunque le parezca haber contrariedad en las cosas que Dios dice, no por eso las ha de dejar de creer. Y pone por ejemplo la fe de este mismo patriarca: al cual, habiendo Dios prometido que de su hijo Isaac nacería gran número de gentes (2), mandó que lo sacrificase ántes que el mozo tuviese hijos. Pues ¿qué cosa pudiera ser á juicio humano más contraria una á otra? Pero ni áun por eso el santo varon perdió la fe de la promesa divina, creyendo que despues de muerto el hijo, Dios lo resucitaría para que se cumpliese su promesa.

Pues para todos los misterios de nuestra fe basta la autoridad de Dios, que es el autor de ella, sin procurar más razon. Pitágoras, como refiere Valerio Máximo, era tenido de sus discípulos en tanta veneracion, que tenían por grande culpa poner en disputa las cosas que de él habían aprendido. Y si alguno los obligaba á dar razon de lo que defendían, no daban otra más que la autoridad de su maestro, diciendo: El lo dice. Y otros añaden que este estilo conservaban por espacio de siete años segun el número de las siete artes liberales; porque ya entónces les era lícito disputar. Pues si esta reverencia se tenía á un filósofo, ¿cuánto más se debe tener á aquella primera y suma verdad, para no querer escudriñar curiosamente los secretos de la fe que él nos enseñó? Lo cual quiso él figurar, mandando en la ley (3), que cuando los sacer-

(1) In cap. Genes. 22 Hom. 47.

(2) Gent., xxii, 18.

(3) Num., iv, 14 et 15.

dotes ó levitas envolviesen las alhajas del Santuario para mudarse de un lugar á otro, no las mirasen con curiosidad ántes que las envolviesen; porque haciendo lo contrario morirían por ello. En otras cosas que vedaba decía (1): Porque por ventura no mueran los que lo contrario hicieren; mas aquí resueltamente dice, que morirían. Lo cual á costa suya experimentaron los betsamitas (2): porque llegando el Arca del Testamento de la tierra de los filisteos á la suya, quisieron mirar con atrevimiento curiosidad lo que en ella había, por el cual pecado mató Dios gran número de ellos. Esto, pues, nos sea escarmiento, para no dar lugar á que en nuestras almas haya alguna curiosidad, queriendo escudriñar con razon humana las cosas que están sobre toda razon. Porque donde Dios habla, hemos de humillarnos y abajar las alas de nuestro entendimiento, como lo hacían aquellos santos animales de Ezequiel (3) cuando sonaba la voz del cielo.

Mas no piense nadie que por ser las cosas que creemos sobre toda razon, nos movemos livianamente y sin fundamento á creerlas. Porque muy bien se compadece ser las cosas que creemos sobre razon, y ser muy conforme á razon que las creamos, cuando vemos la verdad de ellas confirmada con algun milagro, ó cosa equivalente. Porque los que creyeron en Cristo Nuestro Señor, cuando le vieron resucitar á Lázaro, justísima causa tuvieron para creer. Y la misma tuvo Nicodemus, viendo los milagros que el Salvador hacía. Porque como los milagros sean obra de solo Dios, cuando se hacen en testimonio de alguna verdad. Dios es el testigo de ella; cuyo testimo-

(1) Exod., xix, xxx, xxxiii.

(2) I Reg., vi, 19.

(3) Ezech., i, 24.

nio es infalible. Pues la fe y la Religion cristiana está aprobada y confirmada con tan grande lluvia de milagros, y lo que más es, con la verificacion y cumplimiento de tan claras y evidentes profecías, y con otros testimonios, así de innumerables mártires, como de doctísimos y santísimos varones, que pudo con mucha razon decir Ricardo de San Víctor: Pluguiese á Dios que mirasen los judíos y los paganos con cuánta seguridad podemos los cristianos presentarnos en el juicio divino. ¿No os parece que podríamos con fiadamente decir: Señor, si es engaño lo que creemos, vos sois la causa de él? Porque por tales señales y prodigios fueron testificadas y probadas las cosas que creemos, que era imposible ser hechas, sino por vos. Así que, por estas causas no se puede decir que ligera ó livianamente creemos, sino con gravísimos fundamentos. Por lo cual dicen muy bien los teólogos que la verdad de los misterios de nuestra fe no es clara y evidente, pues la fe es de las cosas que no se ven, mas es cosa clara y evidente que deben ser creídos.

Tambien es aquí de advertir que esta fe infusa de que hablamos no quiere Dios que se pierda por cualquier pecado mortal, sino es contrario á la misma fe: como es herejía ó apostasía. Porque como la fe sea fundamento de todo el edificio espiritual, así como derribada la casa todavía quedan los cimientos enteros, así derribado el edificio espiritual de las virtudes por el pecado mortal, todavía queda el fundamento de la fe entero, y junto con él la esperanza compañera de la fe, aunque quedan informes: que es sin la vida y perfeccion que la caridad les da. Mas aquí tambien es de notar que la más firme y segura guarda que tiene la fe, es la pureza de vida, y la buena conciencia. Porque como la fe mueva los hombres á bien vivir, si la tenemos ociosa, y no la empleamos en

esto, viene á ser de ella lo que se suele decir del caballo que se manca en la caballeriza, y del hierro que si no se usa se cubre de orin, y él mismo se consume. Porque la culpa que cometemos en no querer aprovecharnos de esta luz del cielo, ni querer granjear con este talento que el Señor nos entregó, permite él que vengamos á caer en alguna ceguera con que perdamos este grande beneficio. Por lo cual nos aconseja el Apóstol (1) que juntemos con la fe la buena conciencia; porque por falta de ella muchos vinieron á perderla.

CAPÍTULO II.

DE LA DIVISION DE LA FE, EN FE FORMADA É INFORME, QUE ES CON CARIDAD Y SIN CARIDAD, Y DE LAS EXCELENCIAS Y PROPIEDADES DE LA FE.

Ahora es de saber, que la fe unas veces está acompañada con caridad y llámase entónces fe formada ó fe viva (2), porque recibe vida de la caridad, que es como alma de la fe, y otras veces está sin caridad y llámase entónces fe informe, y fe muerta, no porque no sea verdadera fe, sino porque le falta el lustre, y la vida, y la perfeccion y hermosura que le viene, cuando está encendida y abrasada con la caridad. Dicen que el ámbar por sí solo no tiene olor suave; mas juntándolo con almizcle, recibe de él la suavidad y olor tan afamado que tiene: y lo mismo podemos decir en su manera de la fe, cuando está acompañada con la caridad; sino que la caridad es más excelente virtud que esa fe, como el Apóstol dice (3).

(1) I Tim., I, 5 et 6.

(2) D. Bernar Serm. 2, Resurrect. Domini in princ.

(3) I Cor., XIII, 13.

Es, pues, ahora de saber, que esta fe que está acompañada con la caridad tiene tambien anexa consigo la obediencia de los mandamientos divinos, á la cual nos inclina esa misma fe. Porque lo propio de ella cuando está formada es inclinar al hombre á que viva conforme á lo que ella le enseña. Y así cuando la fe nos propone aquella sentencia del Salvador (1): *Si no hicieréis penitencia, todos juntamente pereceréis*; esfuérzase á hacer penitencia. Y cuando el mismo Señor dice (2): *No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre*, trabaja con todas sus fuerzas por cumplir esta voluntad. Y cuando él mismo dice (3): *Si no os humillareis, é hicieréis pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos*, trabaja por imitar la humildad y simplicidad de esos pequeñuelos. Y lo mismo hacen en todas las otras cosas que Dios nos manda, conformando la vida con lo que ella enseña. Tal fué la fe de aquellos que oyeron la predicacion de san Pedro: *los cuales renunciaron todas las cosas que tenían, y pusieron el precio de ellas á los piés de los Apóstoles* (4). Y tal fué tambien la de los ninivitas; porque de tal manera creyeron lo que el profeta Jonas predicaba (5), que se convirtieron á Dios, y desistieron de sus malas obras. De manera que bien mirado, la fe es como maestro y ayo que nos enseña la manera de vivir. La fe es una candela resplandeciente que alumbra nuestros entendimientos, y nos da conocimiento de la verdad. La fe es médico que nos enseña las medicinas con que hemos de curar las dolencias de nuestras almas. La fe es nuestro legislador que

(1) Luc., xiii, 5.

(2) Matth., vii, 21.

(3) Matth., xviii, 3.

(4) Actuum, iv, 34 et 35.

(5) Jonæ, iii, 8.

nos da leyes de bien vivir, y la que instituye nuestra vida con mandamientos saludables. La fe es como arquitecto y maestro principal del edificio espiritual, el cual declara á los otros oficiales lo que cada uno ha de hacer en su oficio. La fe es sol de nuestra vida, el cual esclarece las tinieblas de los mortales, enseñándoles adónde y por dónde han de caminar.

La fe son aquellos *ojos que*, como dice Salomon (1), *están en la cabeza del sabio*, los cuales rigen y enderezan los pasos de la vida. La fe es como un adalid que va delante de nosotros descubriéndonos las celadas de los enemigos, y guiándonos por camino seguro. La fe es alas de la oracion, con las cuales sube hasta la presencia de Dios, y alcanza de él lo que pide: pues dice el Señor (2): *Cualquier cosa que pidiereis en la oracion, creed que la alcanzaréis, y dárseos há*. Y sobre todos estos títulos y excelencias, dice san Bernardo (3) que no hay cosa escondida á la fe. ¿Qué cosa hay, dice él, que no alcance la fe? La fe no sabe qué cosa es falsedad, entiende lo que la razon no alcanza, comprende las cosas oscuras, abraza las inmensas, entiende las futuras, traspasa los fines de la razon humana, y los términos de la experiencia, y el uso de la naturaleza, y finalmente ella es la que en su anchísimo seno encierra en su manera toda la eternidad. Lo dicho es de san Bernardo.

La fe otrosí es, como dice san Juan (4), *la victoria que vence el mundo*. Esta es la que, segun san Pablo (5), *justifica las almas, porque es la raiz y fundamento de todas las virtudes que se requieren para nuestra justifica-*

(1) Eccle., II, 14.

(2) Mar., XI, 24.

(3) Sup. Cant. serm. 28. in med.

(4) I Joan., V, 4.

(5) Rom., III, 2, et Galat., II, 16.

cion; y, como él mismo dice en otro lugar (1), *por esta fe los santos vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron el cumplimiento de las promesas divinas, cerraron las bocas de los leones, apagaron las llamas del fuego, pusieron en huida las haces de los enemigos, hicieronse fuertes en las batallas, destruyeron los reales de los contrarios, y restituyeron á sus madres los hijos muertos.* Y esta es, como el mismo Apóstol dice (2), la fe que tuvieron todos los santos patriarcas desde el principio del mundo, y por ella rigieron todos los pasos de su vida, fiándose de las palabras y promesas de Dios, creyendo lo que no veían, y esperando lo que no poseían, levantándose sobre toda la facultad de la razon humana, gobernándose por esta luz de la palabra divina. Lo cual es vivir por fe, como *viven los justos*, segun el profeta dice (3). Porque la fe es para ellos el norte por donde navegan, y la carta de marear por donde se rigen. Y segun esto la fe levanta al hombre á otro estado más alto que el que tiene por naturaleza. Porque recibiendo en sí la luz del Espíritu Santo, ya tiene dentro de sí una cosa más que humana, y comienza á entrar en la region y órden de las cosas divinas.

Pues siendo tantas y tan grandes las excelencias de la fe, síguese que uno de los principales estudios del buen cristiano ha de ser trabajar todo lo posible por perfeccionar y acrecentar esta fe. Porque así como la caridad, y la esperanza, y todas las otras virtudes crecen con el uso y ejercicio de ellas, y con el mérito de las buenas obras, así tambien crece la fe.

Y es aquí de notar que no solamente la caridad, mas

(1) Hebr., xi, 34 et 35.

(2) Ubi supra.

(3) Abac., ii, 4.

tambien el don de entendimiento, que es uno de los siete dones del Espíritu Santo, esclarece y perfecciona grandemente la fe. Y cuanto el hombre más participa de este don del entendimiento, tanto cree con mayor claridad, despidiendo poco á poco de sí mucha parte de la oscuridad que está aneja á la fe. Y esto á veces en tanto grado, que á algunos que tienen la fe muy confirmada é ilustrada con este don, parece que ya no tienen fe, sino otra luz más clara que ella. Mas no es así, sino que aquella misma fe que tenían está más esclarecida con este susodicho don del entendimiento, que es como otra forma de esa misma fe. Y este don se ayuda mucho con la doctrina de las cosas de la fe; la cual declara la hermosura y excelencia de la fe, y la conveniencia y consonancia suavísima de sus misterios. Y por esta humilde inquisicion y estudio de la verdad, merece el hombre que el Espíritu Santo (1) acreciente en él así la luz de la fe como este don del entendimiento, cuyo oficio es penetrar la verdad y conveniencia de los misterios que creemos. Y cuanto más los penetra tanto más firmemente los cree, y tanto más se mueve á obrar y conformar con ellos su vida. Y como entre estos misterios el de la encarnacion y pasion del Salvador, y la pena y la gloria que está por Dios señalada para buenos y malos, sean motivos eficacísimos para movernos al amor y temor de Dios, y á la guarda de sus mandamientos, síguese que cuanto más firme y más palpablemente, si decirse puede, cree el hombre estas cosas, tanto con mayor eficacia se mueve á lo dicho. Y en este sentido se declara tambien aquella sentencia del Profeta (2), que poco ántes alegamos, la cual dice, que el justo vive por fe; porque con la consideracion y fe de

(1) D. Thom. 1. 2, q. 68. art. 4. in corp.

(2) Abac., II, 4.

estos tan grandes motivos que tenemos para bien vivir, ordenamos más religiosamente nuestra vida. De donde se sigue, que cuanto más crecida fuera la fe, tanto serán mayores los estímulos que tendremos para caminar por este camino del cielo.

De lo cual todo se concluye, que así como el hortelano emplea toda su diligencia en cultivar la raíz de los árboles, porque esto hecho, el beneficio de la raíz redundará luego en todas las ramas que de ella proceden, así uno de los principales cuidados del buen cristiano ha de ser cultivar esta raíz de todas las virtudes, que es la fe; porque estando ella bien labrada y cultivada, las ramas de las virtudes crecerán y fructificarán más abundantemente.

Pues para esto servirá en mucha parte la doctrina de este libro, que es como preámbulo é introducción del Símbolo de la fe, que contiene los artículos y misterios de ella. Mas aquí no se trata de probar la fe por razones, pues ella no se funda en razones humanas, sino en la luz del Espíritu Santo, como ya dijimos; sino solamente procuramos declarar las excelencias de la fe, así para conseguir los efectos susodichos de ella, como para que el cristiano vea la hermosura y alteza de la fe que profesa, y juntamente trabaje por aprovecharse de este talento, y dar á Dios gracias por este beneficio, que á tantas naciones se ha negado, para que con este agradecimiento, y con el buen uso del beneficio, merezca que Dios se lo conserve y acreciente, en tiempo que tantos naufragios ha padecido hoy día la fe.

CAPÍTULO III.

DE LA PRIMERA EXCELENCIA DE LA DOCTRINA DE NUESTRA FE,
QUE ES HABER SIDO ENSEÑADA Y REVELADA POR DIOS. LO
CUAL SE ENTIENDE POR LOS GRANDES ERRORES DE LOS FI-
LÓSOFOS, MAYORMENTE ACERCA DEL ÚLTIMO FIN DEL
HOMBRE.

La primera dignidad y excelencia que ha de tener la doctrina de la verdadera fe, es que ha de ser dada y enseñada por Dios. Porque como la fe sea fundamento de todo el edificio espiritual, y el fundamento haya de ser fijo y firme, porque de otra manera todo lo que sobre él se edificase se arruinaría, esta firmeza no se puede alcanzar, ni por la luz de la razon humana, ni por la doctrina y estudio de la filosofía. Y que la luz de la razon no basta para esto, vése claro por la infinidad de sectas y de dioses que había en el mundo ántes de la predicacion del Evangelio, como adelante veremos. Lo cual todo duró por millares de años, sin que el tiempo, que todas las cosas descubre, fuese parte para desengañar los hombres y sacarlos de tan pestilenciales errores. Pues por esta experiencia se ve cuán insuficiente sea por sí sola la razon humana para el conocimiento de las cosas divinas y de la verdadera Religion.

Tampoco la razon, ayudada con los estudios de la filosofía, era bastante para esto. Lo cual se ve por la infinita variedad y contradiccion que los filósofos tuvieron en sus doctrinas. Lo cual quien quisiere ver, lea el primer libro que Tulio escribió de la Naturaleza de los dioses, y otro que Plutarco escribió de las opiniones diversas que los filósofos tuvieron en todas las materias que trataron. San

Agustin (1), en el décimo octavo libro de la Ciudad de de Dios, refiere algo de esta variedad, y así dice que entre los filósofos, unos había que afirmaban no haber más que un solo mundo; otros decían que había innumerables; y de este mundo unos decían que tuvo principio, otros que fué *ab æterno* y sin principio, otros que se había de acabar, otros que había de durar para siempre; unos afirmaban gobernarse por la Providencia divina, y otros que todo se hacía acaso. Unos decían que nuestras almas eran inmortales, otros mortales; y los que decían que eran inmortales, afirmaban convertirse en almas de bestias; mas otros defendían lo contrario. Y los que las tenían por mortales, unos afirmaban que juntamente con el cuerpo acababan, otros que vivían un poco después de la muerte del cuerpo, mas no siempre. Unos ponían el fin de nuestra bienaventuranza en el cuerpo, otros en el alma, otros en ambas partes; y otros añadían á los bienes del cuerpo y del alma los bienes temporales. Unos decían que habíamos siempre de creer á lo que nos muestran los sentidos, y otros que no siempre, y otros que nunca. Finalmente, tanta era la contradicción que había entre ellos, que se levantó al cabo otra nueva secta de los filósofos que llamaban académicos nuevos: los cuales, vista la cortedad y rudeza del entendimiento humano, decían que nada se podía saber averiguadamente, sino con alguna verosimilitud y apariencia, y así su oficio era probar con razones la una parte y la otra su contraria, y dejar la cosa indeterminada. Por la cual causa dice Teodoreto, en el libro primero de la Providencia, que no hay necesidad de confutar estas opiniones de filósofos, porque ellas mismas con su contrariedad se deshacen unas á otras; pues la verdad no es más que una sola, mas las falsedades, que

(1) Cap. 41.

se desvían del blanco de la verdad, pueden ser infinitas.

Mas allende lo dicho, la cosa que más claramente prueba la insuficiencia de la filosofía para dar reglas de bien vivir, es la ignorancia que los filósofos tuvieron del último fin del hombre. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los hombres que son, fueron y serán nacen con apetito y deseo natural de llegar á un estado, en el cual vivan tan abastados y llenos de todos los bienes, que no les quede cosa que desear; y así cese la rueda viva de nuestro apetito, el cual siempre padece un hambre canina, deseando más de lo que tiene para llegar á este estado. El cual llamaban felicidad, bienaventuranza, sumo bien del hombre y su último fin. Y no dudaban ser posible llegar á tal estado; pues no era razon que el Autor de la naturaleza imprimiese en nuestros corazones apetito y deseo natural de cosa imposible, pues es cierto que ninguna cosa hace de balde y sin propósito. Convencidos, pues, los filósofos por esta razon, todo su estudio y diligencia pusieron en trabajar por saber en qué género de bienes consistía esta felicidad y último fin, por entender que no podía ordenar bien su vida, sino entendiendo el fin á que se ordenaba. Ca en las cosas que se ordenan para algun fin, la regla de lo que se ha de hacer se toma del mismo fin. De esta manera el que ha de navegar, primero ha de saber el puerto que quiere tomar, para que conforme á él enderece su camino. Y el médico que ha de curar un enfermo, primero ha de saber la calidad y nombre de la dolencia, para que conforme á ella aplique las medicinas. Pues segun esto, para enderezar bien la vida del hombre es necesario saber primero el último fin del hombre, para que conforme á él se enderecen todos los pasos de ella. Y por esta causa Aristóteles, queriendo en el libro de sus *Elicas* dar á los hombres reglas y órden

de bien vivir, trató primero del último fin del hombre, porque de aquí había de tomar el tino para acertar á darles avisos, y reglas, y órden de vida por la cual lo había de alcanzar.

§ I.

De los errores de los filósofos acerca del último fin.

Pues entendiendo esto los filósofos que profesaban ser maestros de bien vivir, todo estudio pusieron, como dijimos, en querer saber en qué linaje de bienes consistía este fin. En lo cual anduvieron tan desvariados, que Marco Varron (1), segun refiere y declara san Agustin en el libro décimonono de la Ciudad de Dios, cuenta doscientas y ochenta opiniones diversas, en que unos y otros ponían este último fin. Lo cual no parecía cosa creible, si no lo dijera un hombre de tanta autoridad.

Este mismo Marco Varron (2), que así entre autores griegos como latinos fué muy afamado, quiso tambien determinar en qué linaje de bienes consistía esta tan deseada felicidad. Para lo cual presupone que el hombre ni es el alma sola, ni el cuerpo solo, sino cuerpo y alma juntamente. Y segun esto, pone esta felicidad en la posesion de los bienes del cuerpo y del alma juntamente. Y como en el alma haya dos partes principales, que son entendimiento y voluntad, en el entendimiento quiere que haya perfecta sabiduría, porque esta es su propio bien, y en la voluntad quiere que haya consumada virtud, domadas ya y mortificadas las pasiones que le hacen la guerra. Mas en el cuerpo pone salud, fuerzas, buena disposicion y complexion. Y á estas cosas añade Aristóteles conveniente

(1) Cap. 1.

(2) Lib. ut supr. cap. 3.

porcion de bienes temporales, de que se sirva la virtud. De donde se sigue, que este bienaventurado que ellos pintan, junto con la posesion de todos los bienes, ha de tener una bula de general exencion de todos los males y miserias de esta vida; pues estos por una parte inquietan el alma, y por otra perjudican á los bienes del cuerpo, que tambien se requieren para esta bienaventuranza.

Despues de haber referido san Agustin la opinion de este filósofo (1), se escarnece de tan grande desvario, como era poner bienaventuranza en una vida cercada por tantas partes de mil cuentos de miserias y calamidades, como cada hora experimentamos todos los hijos de Adan, sobre cuyos hombros se cargó este yugo tan pesado. Porque si esta bienaventuranza consiste en la posesion de todos estos bienes del cuerpo y del alma, y en la exencion de estas dos partes del hombre, ¿qué hombre se hallará tan abastado de todos estos bienes, y tan exento de todos estos males, siendo esta vida un mar de continuos desasosiegos y alteraciones, un valle de lágrimas, una cárcel de condenados, donde son muchas más las miserias del hombre que los cabellos de su cabeza; donde son tantas las enfermedades del cuerpo, tantos los apetitos y deseos desordenados del alma, tantas las iras y odios que muchos padecen por los agravios que reciben, tantas las envidias y tristezas por los que le pasan delante, tantas las congojas por no poder alcanzar lo que desean, tantas las lágrimas por las muertes de los deudos y queridos, tantas las injurias y agravios de los malos vecinos, tantas las traiciones y disimulaciones de los falsos amigos, tantas las injusticias de los malos jueces; donde hay tan poca verdad, tan poca fe, tan poca lealtad; donde la malicia y ambicion reina, donde la virtud está arrinconada y olvi-

(1) Eod. lib. cap. 4.

dada, donde ninguna cosa vale más ni puede más que el dinero; donde el hijo á veces desea la muerte á su padre, y el yerno la de su suegro, y áun el hermano la de su hermano por venir á ser su heredero? Pues ¿qué diré de la continua guerra de la carne contra el espíritu? ¿qué de las tentaciones del enemigo? ¿qué de las batallas crueles y sangrientas que por mar y por tierra perturban la paz y sosiego de los mortales? ¿qué de las asechanzas y falsos testimonios, y pleitos injustos que nos levantan los hombres perversos? ¿qué de la tiranía y soberbia de los poderosos? ¿qué de las lágrimas y opresiones de los que poco pueden? Lo cual Salomon (1) tenía por tan grande mal, que por esto «alaba más á los muertos que á los vivos, y que tenía por más dichoso al que no había nacido ni visto los males que pasan debajo del sol.» Pues ya los desastres y acaecimientos nunca pensados, los naufragios, los incendios, los robos, las cárceles, los partos revesados y monstruosos, las enfermedades de los niños, la locura y furia de los mancebos, la flaqueza y males de los viejos, y las pobreza y falta de lo necesario, que generalmente padecen los hombres miserables, ¿quién las contará? Tal es, finalmente, esta vida, que el santo Job (2), como hombre tan experimentado en las miserias de ella, dice ser toda ella batalla ó tentacion. Cuyas miserias á veces llegan á tal extremo, que muchos escogen por remedio tomar la muerte con sus propias manos, por librarse de ellas. Pues ¿quién será tan ciego que en tal manera de vida piense que se podrá hallar bienaventuranza, donde tanta infinidad de miserias hay que la agüen y encuentren? Las cuales, no sólo nos dan este desengaño, más tambien nos avisan que no podemos navegar por este mar

(1) Eccle., iv, 2 y 3.

(2) Job, vii, 1.

tan alterado y tempestuoso, sin llevar á Dios por gobernador, el cual consintió que fuese tal, porque nuestras mismas necesidades y miserias nos llevasen á él, y nos declarasen que no podíamos navegar seguros entre tantos bajos, sino llevando él el gobernal de nuestra vida, y librándonos de ellos, ó dándonos virtud y fortaleza para no peligrar en ellos; pues, como san Gregorio dice (1), mejor libra cuando da paciencia.

Y tornando al propósito, si demas de lo dicho se requiere para esta felicidad cumplida sabiduría, ¿cuántos años y cuánto estudio es necesario para alcanzarla! Pues dijo Platon, que eran dichosos aquellos que habían llegado á ser sabios áun en la vejez. Y si junto con la sabiduría se requiere perfecta virtud, y para esta es necesario tener domadas y mortificadas las pasiones, ¿quién será tan dichoso que sin el socorro de la divina gracia pueda llegar aquí? Pues si juntamente con estas dos perfecciones tan dificultosas de hallar, pedían tantas otras para el bien del cuerpo, como ya dijimos, ¿cuándo ó dónde se podrán todas estas cosas juntas hallar? Porque por esto dijo Tulio (2), que apénas en cada una de las edades de los hombres se hallaba un orador tolerable, por ser muchas las cosas que se requerían para ser uno perfecto orador, las cuales por maravilla se hallaban en una persona. Pues si estas habilidades eran tan dificultosas de juntar, ¿cuánto más lo serán las que se requieren para hacer un hombre bienaventurado; de las cuales una sola que le falte basta para oscurecer toda su felicidad? Porque más parte es esta sola para hacerle miserable, que todas las otras juntas para hacerle feliz. Esto mostró á la clara aquel gran pri-

(1) Lib. 26. Moral. Capítulo 16, 17, etc.

(2) Cicer. de Oratore.

vado del rey Asuero Aman (1), el cual, siendo uno de los más bien afortunados hombres del mundo, confesó que con toda su privanza y riquezas, le parecía no tener nada, porque Mardoqueo no le hacía la reverencia que él quería.

§ II.

Refiérese que el conocimiento que no pudo dar la filosofía humana se consigue en la filosofía de Cristo.

Pues si tan imposible cosa es hallarse todas estas partes juntas en un hombre, ¿quién será feliz? ¿Y qué mayor inconveniente podía ser que consiguiendo todos los brutos animales ordinariamente sus propios fines, sólo el hombre para quien todo este inferior mundo fué criado esté tan léjos de poderlo alcanzar? Mas con todo esto, los filósofos que así se engañaron, en parte merecen perdon, y en parte no. Merecen perdon, porque considerando el apetito natural que el hombre tiene de ser bienaventurado, entendían que podía llegar á serlo, como ya dijimos, y no sabiendo ellos nada de la bienaventuranza que esperamos en la otra vida, eran forzados á buscarla en ésta. Y viendo los achaques y dolencias que en todos los bienes de ella había, unos ponían la felicidad en un linaje de bienes, y otros en otros, segun la aficion y gusto de cada uno. Mas por otra parte no merecen perdon, pues apretados con tantas angustias, no pidieron luz á su Criador para alcanzar esta verdad tan importante para nuestra vida; sino fiados vanamente de sus ingenios, no solamente creyeron que por sí podían comprender en qué consistía esta felicidad, mas tambien que por sus fuerzas naturales la podían alcanzar, que era otro desvarío no menor.

De todo este discurso tan largo sacamos dos cosas muy

(1) Esther, v, 9.

dignas de ser sabidas. La una es que pues el hombre puede alcanzar el estado de la bienaventuranza, de que tiene natural apetito, y esta no se halla en esta vida, sí-guese necesariamente que la podrá alcanzar en la otra; porque no sea ocioso y vano este natural deseo que Dios en nuestros corazones imprimió. Y el conocimiento de esta verdad de tanta importancia, que lo pone el Apóstol (1) por el primer fundamento de cristiandad, diciendo: «que el que se llega á Dios ha de creer que hay Dios, y que es remunerador de los que le sirven.» Lo segundo, cuanto á nuestro propósito pertenece, de aquí se infiere, que no era suficiente la filosofía humana, ni para enseñarnos la verdadera religion y culto de Dios, ni para darnos reglas ciertas de bien vivir; porque pues no pudieron alcanzar cuál era el último fin de nuestra vida, tampoco podían enseñarnos por qué medios habíamos de conseguirlo, pues la razon de los medios se toma del fin, como dijimos.

De donde se infiere que la divina Providencia, la cual, como toda la filosofía confiesa, no falta en las cosas necesarias, no era razon que nos faltase en esta necesidad, que es la mayor de todas. Y pues su providencia á ninguno de todos los animales, por pequeños que sean, aunque sea una hormiga, falta, proveyéndolos de todas las habilidades necesarias para conservar su vida, ¿cómo había de faltar á la más noble de todas estas criaturas en la mayor de todas sus necesidades? Porque cierto es, que la cosa más necesaria al hombre es saber de la manera que ha de servir y honrar á Dios, y junto con esto conocer el fin para que el mismo Dios lo crió, y los medios por donde lo ha de alcanzar. Y los filósofos, en quien la naturaleza se esmeró y puso todas sus fuerzas y virtud más que en los otros hombres, no pudieron alcanzar esta tan impor-

(1) Hebr., xi, 6.

tante verdad, de que pende el gobernalle de nuestra vida. Por tanto no era razon que el Criador faltase al hombre en esta tan grande necesidad de su alma, pues de tantas cosas le proveyó para el uso y remedio del cuerpo. Porque contra todo el órden de su sabiduría y providencia, era tener tanto cuidado de lo que era ménos, y olvidarse de lo que era más, y tanto más. Y pues este desórden no puede caberen aquella infinita bondad y sabiduría, síguese que á ella pertenecía revelarnos esta verdad, de que pende su gloria y nuestra felicidad, porque lo uno no se aparta de lo otro, pues, como dice Euquerio, quiso él que nuestro remedio fuese tambien su sacrificio.

De todo lo que hasta aquí se ha dicho, no se concluye otra cosa más de que á la perfeccion de la divina Providencia pertenece revelar y enseñar á los hombres el camino de su felicidad y salvacion.

Mas aquí es de notar que, no sólo la necesidad, sino la amistad de Dios para con los buenos, confirma esta susodicha verdad. Para lo cual presuponemos lo que adelante se declara, que en la Iglesia cristiana ha habido innumerales varones santísimos, así mártires como confesores, monjes y vírgenes, en cuya comparacion toda la virtud de los otros hombres, aunque sea de muchos grandes filósofos, era como sombra en comparacion de esta. Pues es cierto que así como no falta Dios á sus criaturas en las cosas necesarias, así tambien lo es que ama á los buenos; pues él es la misma bondad, y la semejanza es causa de amor. Y si los ama de verdad, halos de ayudar y socorrer en sus necesidades; y la mayor de todas es la salvacion de sus almas, y esta no se puede alcanzar sin conocimiento de Dios, y no lo conocerán de manera que se salven, si él no les da este conocimiento. Y pues todo esto es verdad, síguese que á los buenos habrá dado Dios este cono-

cimiento. Y pues estos, presuponemos que señaladamente han florecido en la Iglesia cristiana más que en otra parte alguna, síguese que en ella está el verdadero conocimiento de Dios, dado por el mismo Dios. Y para confirmacion de esta verdad, sirve todo lo que en esta primera parte se trata. De donde se infiere, que en sola la Religion cristiana está el conocimiento de la verdadera fe dado por Dios, pues en sola ella ha habido tan gran número de buenos y amigos de Dios.

CAPÍTULO IV.

DE LA SEGUNDA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE
ES SENTIR ALTAMENTE DE DIOS.

La primera y más principal cosa que ha de tener la verdadera Religion, es sentir alta y magníficamente de la majestad de Dios, atribuyéndole todo aquello que pertenece á la omnipotencia y gloria de su divinidad, no quitándole cosa que le pertenezca. Porque quitarle algo de lo que le pertenece, ó atribuirle algo que no le convenga, es blasfemia, que es un gravísimo pecado, porque no es injuria hecha contra los hombres, sino contra la persona y honra de Dios. Pues cuanto á este punto, ninguna cosa se puede atribuir más á Dios de lo que la Religion cristiana le atribuye, porque confiesa ser él una cosa tan grande, que ninguna se puede pensar mayor. Confiesa que es infinito, inmenso, incomprendible, inefable, sin principio, sin fin, sin depender de nadie sino de sí solo, como quiera que todas las cosas estén como colgadas y pendientes de él. Ca él solo tiene sér por sí mismo, sin dependencia de nadie; mas todas las otras criaturas, así del cielo como de la tierra, lo tienen por él. Y si él no quisiere que sean, no serán.

Confiesa tambien nuestra santísima Religion, que este omnipotente Señor con sola su palabra crió de nada esta tan grande máquina del mundo, así las cosas visibles como las invisibles; y que por su providencia, sin trabajo y sin cansancio, la gobierna. Confiesa ser infinitamente bueno, sabio, poderoso, misericordioso, amigo y galardonador de los buenos y justísimo castigador de los malos. Confiesa ser él acto puro: significando por este nombre que ninguna cosa se puede añadir á sus perfecciones, y que para él no hay cosa nueva ni vieja, porque todas las cosas pasadas y venideras le son presentes. Y así como para él no hay cosa nueva, así tampoco la hay imposible; pues, como dijo el Profeta (1): «todo lo que quiso el Señor hizo, así en el cielo como en la tierra y en todos los abismos.» Por lo cual un insigne teólogo decía, que llegando la disputa á tratar del poder de Dios, no queria pasar adelante, porque sabía que ninguna cosa había imposible á su omnipotencia. Lo cual sirve grandemente para creer los misterios de nuestra fe, aunque sobrepujen toda la facultad de la naturaleza criada; pues, como dijo el Ángel á la Virgen (2): «no hay á Dios cosa imposible.»

Confiesa otrosí ser él la primera verdad, de donde proceden todas las otras verdades; y la primera causa que influye virtud, y mueve todas las otras causas, y la primera bondad de donde tiene origen todo lo que es bueno, y la primera hermosura de donde procedieron todas las cosas hermosas; y la primera y suma perfeccion de donde tuvieron principio todas las otras perfecciones de sus criaturas, las cuales todas están en solo él por muy más alta manera, con otras infinitas que son propias suyas. Él es el que hince los cielos y la tierra, el que está en todo lu-

(1) Psalm., cxxxiv, 6.

(2) Luc., I, 37.

gar presente, el que está más dentro de todas las cosas que ellas dentro de sí mismas, conservándolas en el sér que tienen; él es el que cuenta las estrellas del cielo, y llama á cada una por su nombre, y á quien están presentes todos los corazones y pensamientos de todos los hombres que son, fueron y serán. Porque, como dice el Eclesiástico (1): «su vista alcanza del primer siglo hasta el postrero, y en sus ojos ninguna cosa hay nueva ni admirable.»

Mas entre estas las perfecciones, las cuales en él todas son iguales, porque todas son una simplicísima é infinita perfeccion de la que él más se precia, y por la cual quiere ser más conocido y alabado, es la bondad y santidad: la cual perpetuamente alaban y glorifican todos los espíritus soberanos; la cual es primer principio de todas sus obras, y á la cual pertenece comunicarse á todas sus criaturas, y dar parte de sí á todas, á cada una en su grado, como dice san Dionisio. De modo que así como es propio del sol alumbrar, y del fuego calentar, y del agua enfriar, así y mucho más, es propio de aquella incomprensible bondad hacer bien y comunicarse á todas las cosas, sin perder él nada de lo que tiene; y de aquí procede la magnificencia de su liberalidad. Porque los hombres suelen ser escasos porque pierden lo que dan; mas aquel infinito abismo de riquezas no pierde nada de lo que da. Por donde así como la consideracion de sus omnipotencia sirve para confirmarnos en la fe como dijimos, así la de esta bondad para encender nuestra caridad y esforzar nuestra esperanza.

Todas estas grandezas y perfecciones confiesa san Agustín hablando con Dios en esta manera (2): Misericordiosísimo y justísimo, secretísimo y presentísimo, hermosísimo

(1) Eccli., xxxix, 25.

(2) August. in Medit. cap. 29.

y fortísimo, estable é incomprensible, inmovible y que muda todas las cosas, nunca nuevo y nunca viejo, siempre obrando y siempre quieto; recoges y no tienes necesidad, buscas todas las cosas sin que te falte nada, amas y no te congojas, tienes celos y estás seguro, tienes pesar y no tienes dolor, estás airado, y con eso estás quieto; mudas las obras, y no mudas el consejo; recibes lo que hallas, y no pierdes nada; nunca pobre, y huelgas con la ganancia; nunca avaro, y pides usuras; dante algo para que tú debas, y ¿quién, Señor, tiene cosa que no sea tuya? Pagas lo que debes, y á nadie debes; y perdonas las deudas, sin por eso perder nada. Y el mismo Santo en otra meditacion dice así (1): Confieso, Señor, que vos sois rey y universal señor de cielos y tierra. Vos sois perfecto sin deformidad, grande sin cantidad, bueno sin calidad, eterno sin tiempo, fuerte sin flaqueza, y verdadero sin falsedad. Vos estáis en todo lugar presente sin ocupar lugar, y estáis dentro de todas las cosas sin estar fijo en alguna de ellas. Criasteis todas las cosas sin necesidad, y todas las regís sin trabajo. De todas sois principio sin tener vos principio. Y todas las mudáis sin ser vos mudado. Sois infinito en la grandeza, omnipotente en la virtud, altísimo en la bondad, secretísimo en los pensamientos, verdadero en las palabras; santo en las obras, copioso en las misericordias, pacientísimo con los pecadores, y clementísimo con los penitentes. Siempre sois el mismo sin alguna mudanza, eterno, inmortal, incommutable, á quien ni los espacios dilatan, ni la brevedad de ellos estrecha; á quien ni la voluntad muda ni la necesidad corrompe, ni la tristeza turba, ni la alegría altera; á quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las venideras suceden; á quien ni

(1) Cap. 12.

el origen dió principio, ni la sucesion de los tiempos crecimiento, ni el término dará fin. Y así vivís ántes de los siglos, y en los siglos, y despues de los siglos, con perpetua alabanza, eterna gloria y reino sin fin. Hasta aqui son palabras de san Agustin, aprendidas en la escuela de la Iglesia cristiana, en las cuales se ve cuán magníficamente siente ella de las grandezas de Dios.

No así los filósofos, no así: de los cuales unos le quitaron la providencia de las cosas humanas (1), otros la libertad, pareciéndoles que era agente natural y que no podía dejar de hacer lo que hacía; otros el ser principio y hacedor de las cosas corporales; otros no querían que fuese uno solo, sino muchos dioses. Y quitada la providencia, quitaban el galardón de los buenos y el castigo de los malos; y esta quitada, también quitaban la religion y el culto de Dios; y negado esto, era luego pervertido todo el orden y concierto de la vida humana. Lo cual confesó Tulio, aunque gentil, por estas palabras (2). Quitada la religion y reverencia de los dioses, juntamente se quita con ella la fe y la compañía del género humano, y una excelentísima virtud, que es la justicia. La razon de esto da en el tercer libro de los officios, diciendo: ¿Cuántos hombres se hallarán, que, no recelando castigo de Dios, dejen de hacer á otro injuria, cuando entendieren que la pueden hacer á su salvo? Concluyendo, pues, esta parte, digo que cuanto toca al reconocimiento y estima que se debe á aquella inmensa Majestad, no es posible tenerse mayor de lo que la Religion cristiana profesa y tiene.

(1) August. lib. VI, de Civit Dei.

(2)* Cic. lib. I, de Nat. Deor.

CAPÍTULO V.

DE LA TERCERA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE
ES LA RECTITUD Y SANTIDAD DE LAS LEYES, Y DE LA DOC-
TRINA QUE PROFESAN.

La tercera cosa que ha de tener la perfecta Religion es la rectitud y santidad de las leyes y doctrina que profesa, sin consentir cosa contraria á la luz de la razon. Esto guarda la Religion cristiana con tanta perfeccion, que no es posible imaginarse otra mayor. Porque primeramente no admite cosa contraria ni á la luz de la razon, como dijimos, ni á la gloria de Dios, ni al bien del prójimo. En la ley antigua, como no había tanta abundancia de gracia, permitía la ley algunas larguezas. Porque primeramente dispensaba con ellos tener muchas mujeres. Y permitiales dar libello de repudio á la que les descontentase, porque por la mala voluntad ó descontentamiento que de ella tuviesen no le procurasen la muerte. Permitiales tambien dar su dinero á logro á los extraños; mas la Religion cristiana nada de esto consiente, ni otra cosa alguna que sea contra la luz y ley natural que Dios imprimió en nuestros entendimientos.

Mádanos amar á Dios sobre todo lo que se puede amar, y aborrecer al pecado y ofensa de su Majestad sobre todo lo que se puede aborrecer. Al prójimo manda amar como á sí mismo, y no querer para él lo que no quiere para sí: gozarse de sus bienes, pesarle de sus males, y socorrerle en sus necesidades, como él querría ser socorrido. Defiende todo género de agravio, todo hurto, toda mentira, todo engaño, toda falsedad y toda deshonestidad, y toda injuria, y todo género de pecado cometido no sólo por obra,

sino tambien por pensamiento. De modo que ata las manos para no hacer mal á nadie, y enfrena el corazon para no desearlo; rige la lengua para no hablar palabra en perjuicio de nadie, y cierra los ojos para no codiciar cosa de nadie.

Demas de las leyes y mandamientos que caen debajo de precepto, y obligan á todos y bastan para la salvacion de las almas, enseña tambien esta santísima Religion consejos admirables para los que quieren caminar á la perfeccion, y merecer en el cielo corona de mayor gloria.

I. Entre los cuales el primero es de perpetua castidad: que es una celestial virtud, y propia de los moradores del cielo; por cuyo medio ahorra el hombre infinitas maneras de molestias y cuidados, y congojas y desasosiegos que están anexos al estado del matrimonio, y son impedimentos de la perfeccion. De modo que el hombre casto no tiene más que un solo cuidado, que es la carga de sí mismo; más siendo casado, tiene sobre sí todas las cargas de mujer, hijos é hijas, cuyas enfermedades, necesidades, muertes y desastres no siente ménos que los suyos propios. Lo cual en pocas palabras alegadas por san Agustin (1) declaró aquel cómico, diciendo: Caséme, y tomé mujer; ¿qué género de miserias no experimenté en este estado? Nacieron hijos: véis aquí otro nuevo cuidado. Pues de todas estas molestias y cargas, que llaman del matrimonio, está libre el que vive fuera de él; y así está más hábil y desembarazado para entregarse todo á Dios, y al estudio de la sabiduría y al ejercicio de la oracion y consideracion de las cosas divinas, como dice el Apóstol (2).

II. El segundo consejo, no ménos saludable, es el que

(1) August. de Civit. Dei, lib. 19, cap. 5.

(2) I Cor., VII, 34.

el Salvador dió á un virtuoso mancebo, diciendo (1): *Si quieres ser perfecto, vé y vende toda tu hacienda y repártela con los pobres, y tendrás un tesoro guardado en el cielo.* Este consejo liberta tanto al hombre de todos los cuidados y negocios y pleitos que comunmente son necesarios para administrar la hacienda, que es para conservarla, acrecentarla, defenderla, que los primeros fieles de Jerusalem (2), y tambien los que moraban fuera de la ciudad de Alejandria, par del lago llamado Marian, segun refiere Philon, nobilísimo historiador, la primera cosa que hacían era desposeerse de todas sus haciendas, y con ellas de todos los cuidados que consigo traen, para emplearlos todos libremente en el estudio de la divina contemplacion y de las santas Escrituras.

III. El tercer consejo es *hacer bien á los que nos hacen mal, y rogar á Dios por los que nos persiguen y calumnian, para que de esta manera seamos hijos de nuestro Padre celestial* (3), *el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.* En esta virtud quiere Dios que le imitemos; porque es propia condicion suya usar de misericordia con los pecadores, no sólo comunicándoles estos comunes beneficios de naturaleza, sino tambien sufriendolos con paciencia, y esperándolos á penitencia, y provocándolos á ella, ya con beneficios, ya con azotes, y de otras muchas maneras. Pues en esta grandeza de ánimo quiere este Señor que le imitemos, y que provocados por injurias no nos indignemos, y diciendo mal de nosotros, ni demos maldiciones por maldiciones, ni deseemos venganza de quien nos maldice. Antes quiere que tengamos una gloriosa contencion y porfía con nuestros

(1) Matth., xix, 21.

(2) Act., ii, 45.

(3) Matth., v, 44 et 45.

contrarios: que cuanto ellos más perseveraren en hacernos agravios, tanto nosotros porfiemos en hacerles beneficios; porque no seamos vencidos con el mal ajeno, sino quedemos vencedores con el beneficio propio, que es muy gloriosa victoria; porque de esta manera *juntamos brasas sobre la cabeza de los enemigos* (1), para hacerlos amigos.

IV. Semejante consejo al pasado es no traer pleitos, sino ántes dejar la capa á quien nos pidiere el sayo, por excusar con esta liberalidad todos los odios y pasiones, y cuidados y desasosiegos que traen consigo los pleitos.

V. Y con esto concuerda otra mayor liberalidad y grandeza de corazon, que es perdonar las injurias; de modo que *Si setenta veces errare el prójimo contra mí* (2), tantas me halle manso y blando para le perdonar.

§ I.

De la limosna y misericordia.

VI. Otro consejo es el de la limosna y misericordia, no sólo en los casos que son de precepto, sino tambien fuera de ellos. Lo cual es tan propio de la vida cristiana, que casi toda la doctrina que nos dió aquel Maestro que vino del cielo, se endereza á los oficios de la benignidad y misericordia. Y apénas hay virtud que más veces nos encomiende, ni vicio que más agriamente reprenda, que la inhumanidad y crueldad. Lo cual es en tanto grado verdad, que declarando las causas por las cuales en aquel temeroso día del juicio ha de dar sentencia final en favor de los buenos y castigo de los malos, no señala otras cau-

(1) Rom., xii, 20. Matth., v, 44.

(2) Matth., xviii, 22.

sas sino las obras de misericordia de los buenos (1), y la inhumanidad y falta de ellas en los malos: añadiendo á esta sentencia que lo que se hizo á cada uno de los pobres, se hizo á él, y lo que no se hizo con ellos, se dejó de hacer á él. Esto dice él así, no porque no se deba galardon á las otras obras virtuosas y castigo á las viciosas, sino para dar á entender cuánto aborrece el pecado de la inhumanidad, y cuánto ama la virtud de la misericordia, que es tan propia suya; pues ella es la que va delante de todas sus obras; porque es cosa muy propia de Dios apiadarse de los miserables (2), socorrer los afligidos, usar de misericordia con los maltratados, ayudar á muchos, y generalmente procurar el bien de todos. Y apenas hay medicina más eficaz para curar las enfermedades del alma, ni medio más proporcionado para alcanzar la misericordia de Dios, pues él tiene dicho (3): *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*. Y por el contrario dice Santiago (4): *que se hará juicio sin misericordia al que no hubiere usado de ella*. Por lo cual los amadores de la perfeccion de la vida cristiana, todo su estudio ponen en esta obra, y todo lo que tienen emplean en ella. Los cristianos de la vida comun no se alargan mucho en esta virtud; conténtanse con dar de lo que les sobra, ó cuando dan á sus deudos ó amigos, ó á aquellos de quien esperan retorno del bien que hacen. Mas los amadores de la perfeccion, de lo necesario para sí, parten con los pobres, y á aquellos dan de mejor voluntad de quien, por su gran pobreza y desamparo, ninguna cosa pueden esperar. Finalmente, algunos santos ha habido que, le-

(1) Matth., xxv, 35-43.

(2) Psalm., cxliv, 8.

(3) Matth., v, 7.

(4) Jacobi, II, 13.

yendo en las Escrituras las excelencias de esta virtud, vinieron á estimarla y amarla tanto (1), que cuando no tuvieron que dar, quisieron vender á sí mismos, para socorrer á los necesitados con el precio de su libertad. Pues ¿cuán excelente es la Religion que da un consejo tan piadoso, tan provechoso, y tan necesario para la vida humana, y para el remedio de las continuas miserias de ella?

§ II.

Consejo utilísimo de la frecuencia de la oracion.

VII. Otro consejo muy propio de la vida cristiana, del cual apenas hallamos rastro en la doctrina de los filósofos, es la frecuencia y continuacion de la oracion, la cual tantas veces nos es encomendada, así en el santo Evangelio como en las sagradas Epístolas. San Pablo quiere que *los hombres hagan oracion en todo lugar* (2) levantando las manos puras á Dios. Y entre las armas que nos da para defendernos del enemigo, una de las más principales es orar siempre en espíritu. Asimismo el Salvador nos dice (3) *que conviene orar sin cesar*. Y para persuadirnos esto nos pone tres singulares ejemplos: uno del padre carnal, que como tal no negará al hijo lo que pidiere para su necesidad; otro del amigo (4) que por importunidad de las voces del amigo se levantó de la cama, y le dió todo lo que le pedía; y otro admirable ejemplo trae del mal juez, que ni temía á Dios ni á los hombres (5), y con todo esto, por ser muchas veces importunado de una pobre vieja, hizo cuanto le pedía. Pues con este tal juez tuvo

(1) San Paulinus Nolanus, S. P. Dominicus.

(2) Ephes., vi, 18. Colos., iv, 2. I Thesal., v, 17.

(3) Luc., xviii, 1.

(4) Matth., xi, 5-8.

(5) Ibid., xviii, 2-5.

por bien compararse aquella inmensa bondad para vencer nuestra desconfianza, diciendo, que si aquel con ser tan malo, por ser importunado no pudo negar lo que se le pedía, ¿cuánto ménos lo negará aquella infinita bondad, si fuere con humildes y devotas oraciones importunada? De donde se infiere un motivo de gran consolacion y confianza, el cual es que tiene grande voluntad de dar quien con tantas palabras y ejemplos nos manda pedir.

De este ejercicio sabían poco y escribieron ménos los filósofos. Porque como ellos, segun dijimos, esperaban alcanzar la felicidad y bienaventuranza, y los medios que para ella eran necesarios, por sus fuerzas naturales como dijeron despues de ellos los herejes pelagianos (1), no tenian por qué levantar los ojos al cielo y pedir el favor y socorro de la divina gracia. Mas el cristiano, conociendo por la fe la flaqueza y dolencia de la naturaleza humana por aquel comun pecado, y viendo que por esto quedó tan inclinada al mal, y tan inhábil para el bien, que no puede por sí tener un pensamiento que agrade á Dios, todo su estudio pone en dar continuas voces á su Criador para que cure las dolencias y pasiones de su alma, y le dé nuevo espíritu y favor para guardar sus santos mandamientos, diciendo con el Profeta (2): *Levánté mis ojos á los montes de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro es de Dios, que hizo el cielo y la tierra. Y en otro lugar* (3): *Mis ojos, dice él, tengo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis piés de los lazos.*

Este fué el principal ejercicio de aquellos primeros fieles que creyeron en Jerusalem: de quien escribe san Lú-

(1) Contra quos August. de Hæresibus ad Quod vult Deum, hæres, 88.

(2) Psalm., cxx, 1 et 2.

(3) Psalm., xxiv, 15.

cas (1), *que cada día perseveraban en oracion en el templo*. Este mismo ejemplo siguieron los que despues le sucedieron, como lo escribió áun Plinio segundo al emperador Trajano, diciendo que no hallaba otra culpa en los cristianos, sino juntarse muy de mañana á alabar á Cristo, á quien tenían por Dios. Este, finalmente, ha sido hasta hoy el ejercicio muy frecuentado de todos los amadores de la perfeccion; al cual los mueven dos causas entre otras muchas: la una porque no hallan otro mejor medio para huir de sí que llegarse á Dios, porque en cuanto están en él, no están en sí, pues dice el Apóstol (2) *que el que se llega á Dios, hace un espíritu con él*; y lo otro, por estar pidiendo muy continuamente socorro á Dios para que puedan obrar con el favor de su gracia, lo que no puede por sí la naturaleza corrupta. Conforme á esto, el glorioso Agustino, hablando con Dios en una de sus meditaciones, dice estas devotísimas palabras (3): En tí, Señor, piense yo de día, en tí sueñe durmiendo de noche, contigo hable mi espíritu, contigo platique siempre mi alma. Dichosos aquellos que ninguna otra cosa aman, ninguna otra buscan y ninguna otra saben pensar sino á tí. Dichosos aquellos (4) que toda su esperanza tienen puesta en tí, y toda su vida es una continua oracion. Hasta aquí son palabras de Agustino. Por esta causa el apóstol san Pedro, entre otros títulos muy honrosos que da al pueblo cristiano, uno de ellos es llamarle *sacerdocio real* (5). Porque así como el oficio de los sacerdotes es ocuparse en oraciones y alabanzas divinas, así quiere él que el cristiano, segun la disposicion y calidad de su estado, ejercite este mismo oficio.

(1) Act. II, 46.

(2) I Cor., VI, 17.

(3) Aug. in Medit. cap. 33, in princ.

(4) Cap. 37.

(5) Petr., II, 9.

De lo dicho se colige, que la vida cristiana, cuando es perfecta, es toda celestial y divina. Lo primero, porque esta manera de vida fué enseñada por Dios, como arriba dijimos. Lo segundo, porque su principal estudio y ejercicio es tratar y conversar con Dios, pensando en las maravillas de sus obras y beneficios. Lo tercero, porque todo lo que el tal cristiano hace, endereza á sola la gloria de Dios. Lo cuarto, y muy principal, porque esta manera de vida no se vive con solas fuerzas humanas, sino con el favor y socorro de la divina gracia, y con la asistencia del Espíritu Santo. Y por esto uno de los principales oficios del cristiano es pedir este favor y socorro para el ejercicio de las virtudes, como el real Profeta lo pide á cada paso en sus Salmos. Y así dice en uno de ellos (1): *Dame, Señor, entendimiento, y escudriñaré lo que mandas en tu ley; y guardarla hé con todo mi corazon. Guíame por la senda de tus mandamientos, porque este es mi deseo. Inclina mi corazon á la guarda de tus mandamientos y no á la avaricia. Cierra mis ojos para que no vean la vanidad; y esfuérzame en tu camino.* De esta manera el santo varon, conociendo su flaqueza, pide particular favor de Dios para vivir esta vida. Y sobre todas estas cosas, así como esta vida es sobrenatural y celestial, así tambien lo es el galardón que en la otra se le promete, que es la vision gloriosa y beatífica del sumo bien. En lo cual se ve cómo esta manera de vida por todas partes es celestial y divina. De lo cual todo estuvieron ayunos los filósofos, cuyas virtudes y felicidad estribaban en solas fuerzas humanas. Pues segun esto, ¿qué cosa se podrá hallar más excelente, más alta y más divina que la Religion cristiana, que tal manera de vida nos enseña y tales consejos nos da?

(1) Psalm., cxviii, 34-37.

CAPÍTULO VI.

DE LA CUARTA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE
ES SOLA ELLA TENER SACRAMENTOS QUE DEN GRACIA.

La cuarta excelencia, que es propia de la Religion cristiana, es que sola ella tiene Sacramentos que dan gracia. Para lo cual conviene presuponer aquí la comun dolencia que la naturaleza humana, como ya dijimos, padece por el pecado. La cual es tan grande y tan universal, que con ningun género de palabras se puede explicar. Basta para entender algo de ella tender los ojos por todo el universo mundo, y ver de la manera que viven los hombres. Porque siendo el hombre criatura racional, y siendo la cosa más natural y más propia de él vivir á ley de razon, que es vivir conforme á virtud, vemos cuán poquitos hombres, aun entre cristianos, viven conforme á esta ley, y cuán innumerables sean los que, despreciada esta ley, se rijan por sus apetitos, que es propio de bestias. La causa de esto es haberse perdido por el pecado el órden y concierto con que Dios crió al hombre: el cual consistía en una perfecta sujecion de nuestro apetito á la razon, como cosa ménos perfecta á la más perfecta. Pues perdido este concierto quedó nuestro apetito tan rebelde, tan furioso y tan inclinado á todos sus gustos y provechos, que lleva todo el hombre tras sí. Y aunque el hombre tenga entendimiento y voluntad, que son potencias espirituales, y así contradicen á los deseos viciosos y sensuales, mas es tan grande la fuerza y violencia de este apetito, que así como el primer cielo arrebató todos los otros cielos inferiores, y los lleva tras sí aunque ellos tengan otros movimientos contrarios, así el apetito de nuestra carne, si no es enfren-

nado con la gracia divina, toda esta máquina del hombre interior lleva tras sí, de tal manera, que la misma razon que le había de contrastar se pasa á su bando, empleando todos sus filos y aceros en buscar y granjear por mil invenciones y artes todo lo que pertenece al gusto, y provecho, y contentamiento del apetito de su carne, haciéndose sierva de su esclava habiendo de ser señora.

§ I.

Ineficacia del conocimiento de la ley para obrar la virtud.

Es, pues, ahora de saber, que esta tan grave dolencia no se cura con sola la doctrina de la virtud; porque no pecan comunmente los hombres por la ignorancia del bien ó del mal, sino por el desórden de su apetito. Por donde dijo un sabio: Veo lo mejor, y apruébolo; y con todo eso sigo lo peor. Y otro asimismo dijo: La virtud es alabada, mas con todo eso no hay quien la siga. Lo cual es en tanto grado verdad, que la misma ley de Dios dada en el monte Sinai con tanta majestad, y con tan grande espanto, y sobre todo esto con tan magníficas promesas para los guardadores de ella, y tan terribles amenazas para los quebrantadores, fué tan poca parte para reformar las costumbres de aquel pueblo á quien se dió, que de doce tribus que eran, las diez se apartaron despues de la muerte de Salomon del culto de Dios, se entregaron al de los ídolos, y perseveraron en esto muchos años, hasta que fueron desamparadas de Dios, y destruidas y llevadas cautivas á diversas tierras; y las dos que quedaban, no escarmementando en cabeza ajena, siguieron los mismos pasos de las otras, y por esto fueron llevadas cautivas como ellas. La razon de esto es, porque la ley escrita no hace más que alumbrar el entendimiento para conocer el bien y el mal;

pero ni me da amor de ese bien, ni aborrecimiento de ese mal. Alumbra mi entendimiento, mas no sana mi apetito. La dolencia está en una parte, mas la ley, que es la medicina, está en otra. La ley enséñame el camino del cielo, mas no me da fuerzas para andarlo. Póneme el manjar de la buena doctrina delante, mas no me da gana de comerlo. Y no sólo no bastaba aquella ley escrita para curar la dolencia de nuestro apetito que es el atizador de los pecados, mas en parte la acrecentaba; porque es tal su naturaleza, que la prohibicion de las cosas le acrecienta más el deseo de ellas. Y así dijo aquella mala mujer en los Proverbios (1): *Lo que se bebe á hurto es más sabroso; y el pan que se come en escondido más suave*. Y por esta causa dice el Apóstol (2), que aquella ley escrita, no sólo no era remedio de los pecados, mas ántes era alizadora de ellos: no por culpa de la ley, que era santa, sino por la perversidad de nuestro apetito, el cual tomaba ocasion del bien para crecer en el mal. En lo cual se ve cuán grave y cuán mortal era la dolencia del género humano. Porque el peor estado á que puede llegar una dolencia, es cuando, no solamente no recibe mejoría con los remedios, sino ántes empeora. Pues tal era la dolencia espiritual del género humano, la cual hacía de la medicina ponzoña, y acrecentaba el mal con el remedio de él, pues de la ley que fué dada para remedio de pecados, se seguía por ocasion de la prohibicion, mayor deseo de ellos.

(1) Prov., ix, 17.

(2) Rom., iv, 15.

§ II.

*De la necesidad de la divina gracia para ablandar
nuestra dureza.*

Pues por esta causa, como las obras de Dios sean perfectas, y su providencia no falte en las cosas necesarias á sus criaturas, y mucho ménos al hombre criado á su semejanza, no era razon faltase á una tan grande necesidad como esta: sin lo cual por demas había sido criada una tan noble criatura; pues sin el remedio de este mal no viviera por razon como hombre, sino por apetito como bestia. Pues este remedio prometió Dios al mundo por clarísimas palabras, diciendo por Jeremías (1): *Llegarse há un tiempo en el cual haré un nuevo pacto y asiento con la casa de Judá y de Israel, no como aquel que hice con sus padres, cuando los saqué de la tierra de Egipto. Mas este concierto será que pondré mi ley en sus corazones, y escribirla hé en sus entrañas, y serán los hombres enseñados por Dios.* Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta. Este era, pues, el principal remedio que tenía nuestra dolencia, que era venir á ser enseñados por el espíritu de Dios, el cual, mediante su gracia y sus dones, purifica nuestras almas, ablanda la dureza de nuestros corazones, y esfuerza nuestra flaqueza, y no sólo nos enseña lo que debemos hacer, sino, lo que hace más al caso, danos voluntad y fuerzas para lo hacer. Y esto es lo que significa el escribir Dios su ley en nuestros corazones, criando en ellos un entrañable amor de Dios y de sus mandamientos, y juntamente con esto, odio capital contra los pecados. Esta tan grande gracia se guardaba para el tiempo de la venida del Salvador al mundo, la cual él nos

(1) Jerem., xxxi, 31-35.

mereció por aquel grande sacrificio de su pasión. Por lo cual dijo san Juan (1) *que la ley fué dada por Moises, mas la gracia y la verdad fué hecha por Cristo.*

§ III.

Diversidad de los Sacramentos de la ley de gracia, y sus efectos.

Pues viniendo á nuestro propósito, esta es una propia y singular excelencia de la Religión cristiana, que ella tiene Sacramentos, que son los instrumentos por los cuales se da este nuevo espíritu y esta gracia. Y porque son diversas las necesidades del alma, son tambien diversos los Sacramentos que las remedian. Porque así como el cuerpo humano primero nace, y despues de nacido crece y se mantiene, y muchas veces enferma y adolece, así tambien en las almas se hallan estas mudanzas. Porque primero nacen en la vida nueva despidiendo la vieja; y para este nacimiento sirve el sacramento del santo Bautismo, donde se nos infunde aquella agua limpia de la gracia, que purifica tan perfectamente todas las inmundicias y pecados de la vida pasada, que no queda de ella cosa que tenga razon de culpa: así como en la cosa que se engendra de otra, como el pollo del huevo, no queda nada de aquello de que se engendró. Y por eso este Sacramento quita, juntamente con la culpa, la pena que por ella se debía.

Otro sacramento hay para cobrar fuerzas espirituales y ser constante en la confesion de la fe. Otro hay para mantener y sustentar el alma en la buena vida, y tambien para crecer y aprovechar en ella, que es el Sacra-

(1) Joan., I, 17.

mento del altar; el cual es pasto y mantenimiento, no para engrosar los cuerpos, sino las almas: no de la vida corporal, sino de la espiritual, que es vida divina; y no de vida temporal, como la que da el manjar corporal, sino de vida eterna. Porque tal manjar, tal vida nos había de dar. Por donde, así como un niño crece y va cada día tomando carnes y fuerzas con el mantenimiento de la leche, así el alma religiosa aprovecha y crece en las virtudes y fuerzas de la vida espiritual, con el uso de este divino manjar. Mas de las virtudes y efectos de este divinísimo Sacramento adelante se tratará.

Otro sacramento hay que es como medicina de las almas: las cuales tambien enferman en su manera de vida como los cuerpos en la suya. Y para curar estas dolencias ordenó el Médico del cielo con gran misericordia y providencia el sacramento de la Confesion; dejando poder á los ministros de su Iglesia para la cura de estas enfermedades. Y porque despues de las graves dolencias suelen quedar algunas reliquias del mal pasado, para remedio de éstas se ordenó el sacramento de la Extrema-Uncion, y para ayudar á los hombres en aquel paso postrero y peligroso de la muerte. Los otros dos sacramentos sirven para dos órdenes de estados que hay en la Iglesia: uno de casados y otro de eclesiásticos; y porque en ambos estados hay sus propias cargas y obligaciones y tambien sus peligros, ordenó el Salvador dos diferencias de sacramentos para dar especial favor y socorro de gracia, acomodada y proporcionada al remedio de las necesidades y obligaciones de estos dos estados. Porque no quiso el Autor de nuestra salud que hubiese necesidad que careciese de remedio particular en su Iglesia. En lo cual se ve ser esta Religion perfecta é instituída por Dios, y todas las otras manca é imperfectas; pues sola ésta comprende todo lo necesario

para nuestra salvacion. Mas la eficacia y virtud de estos Sacramentos adelante se verá, cuando trataremos de los efectos que obra en las almas esta santísima Religion.

CAPITULO VII.

DE LA QUINTA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE ES EL FAVOR GRANDE QUE PROMETE Á LA VIRTUD, Y EL DISFAVOR Y CASTIGOS GRANDES QUE AMENAZA Á LOS VICIOS.

Entre las cosas principales que ha de tener la verdadera y perfecta ley es dar grandes favores á los buenos, y grandes disfavores y castigos á los malos. Porque como el fin de la ley sea refrenar y extirpar los vicios, y hacer á los hombres virtuosos, para esto conviene que la virtud sea muy privilegiada, y favorecida y galardonada, y el vicio muy aviltado y desfavorecido; para que así los hombres con amor de lo uno y temor de lo otro, aborrezcan el vicio y amen la virtud. Por lo cual dijeron muchos sabios que pena y premio eran las dos pesas con que el reloj de la república humana andaba concertado, cuando ni á los malos faltaba castigo, ni á los buenos galardón. Por donde cuanto una ley tuviere más de esto, tanto será más perfecta. Pues cuanto á este punto tan principal, ¿qué río de elocuencia bastará para declarar los favores, y galardones, y motivos grandes que la Religion y ley de los cristianos propone á los buenos, así en esta vida como en la otra, y los disfavores y castigos con que amenaza á los malos? Quien esto quisiere saber de raíz, lea la santa Escritura (1), y hallará que toda ella se resuelve en tres cosas que son, mandar, prometer y amenazar. Manda ó aconseja lo que debemos hacer, promete galardón al que

(1) Deut., xxvii, xxviii, etc.

lo cumpliere, y amenaza castigo á quien lo quebrantare; y de estas tres cosas lo que manda es poco, mas lo que promete ó amenaza es mucho. Y las historias sagradas son la verificacion de lo uno y de lo otro. En el libro que escribimos *Guia de pecadores*, están escritos doce singulares privilegios que tiene Nuestro Señor concedidos á los buenos en esta vida, demas de la bienaventuranza de la gloria que les tiene aparejada en la otra, donde remito al que los quisiere saber.

Pues ¿qué diré de las palabras tan dulces con que el mismo Señor en las santas Escrituras promete su favor y amparo á los buenos? En ellas dice (1), que quien á ellos toca, toca á él en la luz de los ojos; y que sus ojos tiene siempre puestos sobre ellos, y sus oídos en las oraciones de ellos (2). Y que él mismo los trae en su seno (3), y en sus brazos. En ellas dice (4) que á sus ángeles tiene mandado que los traigan en las palmas de las manos, para que no tropiecen sus piés en alguna piedra (5); y que si cayeren en tierra, no se lastimarán, porque él pondrá su mano debajo sobre que caigan (6). Y que muy bien puede la madre olvidarse de su hijo chiquito; mas que nunca en él caerá olvido de los suyos, y que él tiene contados uno por uno sus huesos (7), y ninguno de ellos será quebrantado. Y aún más añade en el santo Evangelio (8), que tiene contados todos los cabellos de su cabeza, y que ninguno de ellos les faltará. Pues ¿quién no ve cuán grandes sean es-

(1) Zachar., II, 8.

(2) Psalm., XXXIII, 16.

(3) Oseas, XI, 3.

(4) Psalm. xc, 11 et 12.

(5) Psalm., XXXVI, 24.

(6) Isai., XLIX, 13.

(7) Psalm., XXXIII, 21.

(8) Luc. XII, 7, et XXI, 18.

tos favores que aquí se proponen de presente á la virtud? Y esto es lo que el mismo Señor promete en el Evangelio, diciendo (1) que *quien por el dejare los bienes temporales de esta vida, recibirá en ella ciento tanto más de lo que dejó y despues la vida eterna*. Preguntará alguno ¿cómo sea esto posible, pues muchos de los que mucho dejaron por Dios, vivieron y murieron pobres en esta vida? A esto se responde, que no paga Dios los servicios que se le hacen en esta tan baja moneda de metal que usan los hombres, sino en otra moneda espiritual y divina, conforme á su grandeza, que es con tales mercedes y dones de gracia, que pudo con mucha verdad decir el Profeta (2): *Más vale un poquito de lo que Dios da al justo, que las grandes riquezas de los pecadores*. Lo cual, no sólo es verdad por razon de la ventaja que hacen las cosas espirituales á las temporales, sino tambien porque dan al hombre mayor contentamiento, mayor descanso, mayor paz y alegría que la posesion de todos los bienes del mundo : de tal modo, que el que estos favores recibiere, pueda con verdad decir que vale cien veces más esto que recibió, que todo lo que por amor de Dios dejó. Esto respondió un discípulo de san Bernardo, que por su predicacion dejó un grande estado, y á la hora de la muerte confesó que estimaba cien veces más que todo cuanto había dejado, la alegría de la esperanza de su salvacion que Dios entónces le diera. Esto tambien responderá san Francisco con toda su desnudez y pobreza. Y así andando él en medio del invierno muy mal vestido y desabrigado, y diciéndole un hermano suyo por escarnio : Francisco, véndeme una gota de ese sudor, el Santo le respondió : Yo lo tengo muy bien vendido á mi Señor.

(1) Matth., xix, 29.

(2) Psalm., xxxvi, 16.

Estos y otros muchos favores que no se pueden en pocas palabras referir son dones y gracias prometidos á los buenos para esta vida; mas el galardón de la otra, ¿quién lo explicará? pues el Apóstol (1) que lo vió, no se atrevió á declararlo. Mas sabemos que él será conforme á la magnificencia de aquel Rey soberano, cuyas riquezas no se pueden estimar: el cual galardón es tan digno de ser deseado que, como dice san Agustín (2), si fuese necesario sufrir cada día nuevos tormentos, y padecer por largos tiempos las mismas penas del infierno, todo esto sería bien empleado por gozar de tan grande bien.

Pues allende de este galardón, ¿quién tendrá palabras para explicar otros motivos que los cristianos tienen para aborrecer el pecado, y amar la virtud? Porque aquí entran innumerables ejemplos de santos, de vírgenes, de confesores y de mártires, los cuales se dejaron hacer mil pedazos, por no estar una sola hora en pecado y en desgracia de su Criador. Y sobre todo esto, que tan grande sea el motivo que tenemos, así para amar á este Señor como para aborrecer el pecado en la sagrada pasión, ¿qué entendimiento lo podrá comprender, y qué elocuencia bastará para lo explicar? Por lo cual todo se ve cuán grandes sean, no sólo los favores, sino también los motivos que los cristianos tienen para abrazar la virtud.

Mas por el contrario, cuán grandes sean los disfavors con que abate y condena los vicios, no se puede ni con muchas palabras declarar. Quien algo de esto quisiera saber, lea el capítulo XXVIII del Deuteronomio, donde hallará tan terribles y espantosas maldiciones, y azotes con que amenaza Dios á los quebrantadores de su ley, que le dejarán atónito y espantado, y le darán á co-

(1) I Cor., II, 2. II Cor., XII, 4.

(2) August. in Manuali. cap. 15.

nocer cuán grande mal sea el pecado y cuán grande el odio que Dios le tiene, y cuán grande el rigor con que lo castiga, y lo mismo hallará en el capítulo V y VI de Ezequiel. Y demas de esto traiga á la memoria los extraños castigos que desde el principio del mundo tiene Dios hechos contra los pecados, de que están llenas todas las historias sagradas; pues vemos que un pecado de desconfianza de su pueblo castigó Dios (1) trayéndolo desterrado cuarenta años por un desierto, donde no había cosa en que poner los ojos, sin que la oracion de Moises, ni el arrepentimiento del mismo pueblo bastase para revocar esta sentencia. Callo aquí el castigo de la desobediencia de nuestros primeros padres (2): callo el castigo de aquel diluvio universal (4) enviado por los pecados, y el de la soberbia de aquel hermosísimo ángel (3), por el cual se hizo el peor de los demonios, y tambien la destruccion de Jerusalem que hasta hoy día dura, y la de Babilonia, de Nínive y de otras grandes ciudades que por pecados fueron assoladas; porque esto sería nunca acabar. Basta decir que sobre todos estos castigos, les está guardada la pena del infierno que durará para siempre, en la cual eternalmente estarán privados de un bien infinito, que es la vision beatífica de Dios. Y allende de esta pena que llaman de daño, padecerán en el cuerpo y alma tormentos de fuego, no fuego espiritual como algunos ignorantes podrian imaginar, sino verdadero fuego material como este nuestro, aunque tiene otras propiedades, porque no mata como éste, mas atormenta las almas, lo cual no hace éste. Pues segun esto, ¿qué mayores favores se podrian prometer á la

(1) Deut., I, 37.

(2) Gen., III, 14-19.

(3) Gen., VII, 17-24.

(4) Isai., XIV, 12.

virtud y qué mayores disfavores al vicio que los susodichos? Lo cual todo declara cuán grande sea en esta parte la excelencia de la Religion cristiana, que tan grandes bienes propone á la virtud, y tan grandes amenazas y disfavores al vicio.

CAPÍTULO VIII.

DE LA SEXTA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE ES LA PERPETUIDAD Y CONSTANCIA DE ELLA EN TODOS LOS SIGLOS DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO.

La sexta excelencia de la Religion cristiana es la anti-güedad, y perpetuidad y constancia de ella, la cual desde el principio del mundo fué profetizada, figurada y persevera hasta hoy. Porque dado caso que en la ley de gracia nos explicó muchos misterios aquel Señor que vino á este mundo á ser, no sólo redentor, sino tambien nuestro doctor y maestro, como los profetas lo testifican (1), mas todavía ellos tambien creyeron y profetizaron todo lo que este celestial Maestro más claramente nos enseñó, junto con los misterios de la nueva ley de gracia. Y por esto siempre fué una la fe que corrió por todas las edades del mundo, habiendo sido por tantas vías combatida. Porque ¿quién podrá explicar con cuántas máquinas de tormentos, nunca vistos ni imaginados, pretendieron los monarcas del mundo derribar y desterrar de los corazones de los hombres esta fe? Y despues de éstos, ¿por cuántas vías los herejes con razones humanas pretendieron corromperla? Mas ella siempre perseveró en su misma pureza, como una firme roca en medio del mar, que desprecia todos los combates de los vientos y olas. Y todos los herejes

(1) Isai., LV, 4. Joel, II, 23.

con sus herejías se desvanecieron y deshicieron como humo, y ella siempre quedó entera; porque estaba fundada sobre firme piedra, que es el amparo y la proteccion divina. *Y por esto las puertas del infierno*, que son todas las fuerzas y artes de los demonios, y todo el poder del mundo, no prevalecieron contra ella (1). Lo cual es un grande argumento é indicio de su verdad. Porque, como ya dijimos, la verdad es siempre una y de una manera; mas la mentira que se desvia del blanco de la verdad puede ser de infinitas maneras. Lo cual se ve claro en los desventurados herejes de nuestros tiempos, entre los cuales, con no haber muchos años que comenzaron, se han levantado ya ciento y diez y ocho sectas diferentes, que son ya más que las lenguas de Babilonia. Y de aquí es lo que se cuenta de un señor de Alemania: el cual, siendo preguntado qué fe tenían ciertos pueblos sus vecinos, respondió que el año pasado habían tenido tal manera de fe, mas no sabía la que tenían el año presente. Esta es, pues, la condicion de la mentira, ser inconstante y varia: lo cual se ve cuán ajeno sea de nuestra santísima Religion.

Y es cosa maravillosa ver el celo que en todas las edades han tenido los Padres de la Iglesia en conservar esta pureza y sinceridad de la fe. Porque por una duda que se levante acerca de algun artículo de ella, procuran juntar un Concilio universal de todos los prelados, y todos en comun, invocada primero la gracia del Espíritu Santo tratan con grande peso y acuerdo esta duda, y determinan lo que se debe tener y creer. Y no contentos con esto, tiene la Iglesia deputados jueces para las cosas tocantes á la fe: los cuales en ninguna otra cosa entienden, ni de otras causas tratan sino de las que tocan á la fe. Lo cual todo procede, no sólo de la divina Providencia, que por

(1) Matth., xvi, 18.

medios tan convenientes gobierna su Iglesia, sino tambien porque la fuerza y hermosura de la verdad echa fuera sus resplandecientes rayos, con los cuales aprueba y justifica á sí misma, y enamora tanto á sus guardadores, que los hace tener estos tan grandes celos de su pureza virginal.

No vemos estos celos ni este manera de providencia en las sectas, ó religiones falsas que se han levantado en el mundo. Y así se maravilla san Agustin (1), viendo como entre los gentiles, cada filósofo pintaba á Dios y á la religion como se le antojaba, y no por eso había prohibicion ni castigo de ello. Sólo Sócrates fué sentenciado á muerte, porque confesaba un solo Dios, y negaba los otros. Y Anaxágoras fué desterrado de Atenas, por haber dicho que el sol era una piedra resplandeciente. De lo cual se maravilla mucho san Agustin (2), porque en esa ciudad estuvo en gran reputacion el Epicuro, el cual quitando la inmortalidad de las almas, y con ella la divina Providencia, y poniendo la felicidad del hombre en el deleite, totalmente pervirtió toda manera de religion. Porque ¿á qué propósito había de ser un hombre virtuoso, si Dios ninguna cuenta tenía con la virtud, y el alma moría juntamente con el cuerpo? Mas con ser este error tan pestilencial, nunca por eso este bestial filósofo perdió un cabello, ántes tenía muchos fautores y seguidores de esta blasfemia. Pues ¿qué diré de Plinio? El cual en la Historia natural dirigida al emperador Vespasiano, luégo en el principio niega la Providencia, y adelante la inmortalidad del alma: con lo cual totalmente destruyó la religion y culto de Dios, porque si en esta vida ni en la otra espero nada de Dios, ¿para qué lo tengo de honrar? Y con todo esto, publicado un libro con esta tan gran blasfemia, na-

(1) Aug. de Civ. Dei, lib. VIII, cap. 3.

(2) Ibid. XVIII, cap. 41.

die le dijo : Mal dices; ni por eso perdió nada. En lo cual se ve la vanidad de aquella secta y lo poco en que sus seguidores la tenían, pues tan mal la celaban. Los grandes tesoros guárdanse con gran diligencia; mas los que así no se guardan, indicio es que no son tenidos por tales.

Tampoco los judíos tenían estos celos de la verdad de su religion; porque entre ellos era tenida en veneracion la secta de los saduceos, los cuales eran tan materiales y groseros, que no creían que había más de lo que se conocía por los sentidos; y así decían: *que ni había ángeles (1), ni espíritus, y sobre todo negaban la resurreccion, la cual negada síguese lo que concluye el Apóstol (2): Si no se espera resurreccion de los muertos, comamos y bebamos, porque mañana moriremos.*

Tampoco los moros tuvieron estos celos de la verdad de su secta. Porque Averrois, comentador de Aristóteles, que era moro, niega la inmortalidad del alma : lo cual destruye totalmente la Religion. Y asimismo dice, que mejor trató Aristóteles del último fin y felicidad del hombre que Mahoma. Porque Aristóteles puso la felicidad del hombre en la más excelente de sus obras, que es en la contemplacion de Dios; y Mahoma la puso en la más sucia obra que puede haber, que es en comer, y beber, y mozas vírgenes, haciendo del paraíso un lugar de malas mujeres. Y porque este engañador vió que donde había comer y beber, había de haber excrementos y superfluidades del vientre, por no poner en el cielo muladar para esto, dijo, que por vía de sudor se despedirían estas superfluidades. Pues ¿qué cosa más para reir? En lo cual se ve que no habla en esta materia por metáforas, como algunos moros más discretos dicen, avergonzados con la deshonestidad de

(1) Act., xxiii, 8.

(2) I Cor., xv, 32.

este su paraíso, sino que realmente lo entendió como las palabras suenan; pareciéndole que no había otro cebo más sabroso para atraer á sí los hombres carnales y des-honestos que éste. El cual yerro es tan bestial, y tan contrario á toda filosofía, que necesariamente había de creer este tan grande filósofo que no era verdadero profeta, sino engañador, quien puso en su Alcoran un tan sucio paraíso como éste. Mas ni estos filósofos fueron por esto acusados, ó condenados. Lo contrario de lo cual vemos en la Religion cristiana, pues no consiente menoscabarse una tilde de la fe que profesa, sin que pase por el fuego quien la quisiera alterar. La cual es grande argumento de la verdad; pues ella, segun dijimos, con su propia dignidad y hermosura así se hace celar y eslimar.

CAPÍTULO IX.

DE LA SÉPTIMA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE ES LA DIGNIDAD DE LA SAGRADA ESCRITURA, EN QUE ELLA SE FUNDA.

La séptima excelencia de la Religion cristiana es la dignidad y pureza de la sagrada Escritura, que nos persuade y exhorta la buena vida, y nos da reglas y avisos para saber agradar á Dios. Para tratar del fruto y de las alabanzas de esta Escritura, eran menester tantos libros cuantos ella tiene; porque cada uno merecía su propia alabanza. Mas pasando de corrida por esta materia, y comenzando por los cinco libros de la Ley, entre otras muchas cosas que hay de mucha consideracion, una de ellas es ver de cuántas invenciones usó este gran profeta (1), *que hablaba con Dios cara á cara*, para inducir á los hom-

(1) Exod., xxxiii, 14.

bres á la guarda de la ley divina. Porque primeramente él ayunó cuarenta días, estando con Dios en el monte, y y alcanzó de él esta ley escrita en unas tablas de piedra con el dedo del mismo Dios, para mayor autoridad y estima de ella. Despues mandó guardar estas dos tablas dentro del arca del Testamento, sobre la cual estaba el propiciatorio, que era el lugar de mayor veneracion que había en aquel pueblo. Tras de esto prometió inestimables favores y prosperidades á los guardadores de la ley (1), y tan grandes maldiciones y amenazas á los quebrantadores de ella, que hacen temblar las carnes de quien las lee. Allende de esto, mandó al pueblo que entrado en la tierra de promision (2) levantase unas grandes piedras en el monte Hebal y las allanasen con cal, y edificasen junto á ellas un altar, y escribiese en estas piedras claras y distintamente las palabras de la ley de Dios, para que cuantos hombres por allí pasasen, vieses escritas las leyes que habían de guardar. Y á esta diligencia añadió otra muy principal (3), mandando que todos ellos trajesen en sus vestiduras unas fajas azules, las cuales les sirviesen de despertadores y memoriales de la ley que habían de guardar. Y sobre todo esto acrecentó otra diligencia mandando que se repartiesen las doce tribus (4) en dos montes que estaban juntos: las seis tribus en el uno, y las otras seis en el otro; y que los levitas pronunciasen en particular las maldiciones de los quebrantadores de la ley, y todo el pueblo á cada maldicion respondiese *Amen*; en esta forma : Maldito el que hace algun ídolo, y lo tiene escondido en su casa; y el pueblo responderá : *Amen*. Mal-

(1) Deut., xxviii.

(2) Deut., xxvii, 24.

(3) Num., xv, 38 et 39.

(4) Deut., xxvii, 12-26.

dito el que no honra á su padre ó madre; y el pueblo responderá: *Amen*. Maldito el que duerme con la mujer de su prójimo; y el pueblo responderá: *Amen*. De esta manera prosigue las maldiciones de los quebrantadores de los otros mandamientos con esta tan grande solemnidad y concurso de todas las doce tribus, para que con el miedo de estas maldiciones y de este *Amen, Amen*, de todo el pueblo, temblasen los hombres de cometer culpas sujetas á tantos temores. Y como si todo esto fuera poco, encomienda el estudio y la guarda de estos mandamientos con las más encarecidas palabras que se pudieran encomendar. Porque dice así: *Traerás estas palabras que yo te mando hoy (1) escritas en tu corazon, y enseñarlas hás á tus hijos y pensarás en ellas estando en tu casa, y andando camino, y cuando durmieres y despertares del sueño; y atarlas has por señal en tu mano, y estarán y moverse han delante de tus ojos, y escribirlas hás en los umbrales y puertas de tu casa*. Hasta aquí son palabras del Profeta. Pues ¿quién no entenderá por todas estas cosas de cuánta importancia sea la guarda de la ley de Dios, la cual un hombre tan lleno del Espíritu Santo por tantas vías y maneras la encomendaba? Porque no cargara tanto la mano en esta encomienda quien tanto sabía, si no viera clarísimamente lo mucho que ella nos importaba; porque sabía él muy bien que guardada esta ley todas las prosperidades y bienes se nos entrarían por las puertas, y haciendo lo contrario todos los males. En estos mismos libros de la ley se verán claramente aquellas dos tan celebradas perfecciones de Dios, que son misericordia y justicia. La misericordia se declara con los favores inestimables que hizo á este pueblo, así en la salida de Egipto, como en todo el camino hasta conquistar la tierra de promision. Por lo

(1) Deut., vi, 6-9.

cual dijo Moisés (1) *que Dios había guiado aquel pueblo y llevándolo de la manera que un padre lleva en los brazos un hijo chiquito*. Mas por el contrario, la justicia se ve en los grandes azotes con que los castigaba cuando se desmandaban, sin dejar culpa sin castigo: tanto, que una vez porque adoraron el idolo de Fogor (2) fueron muertos á hierro en un día veinte y cuatro mil hombres. Y como si esto fuera poco, mandó ahorcar todos los príncipes del pueblo porque no estorbaron aquel pecado. En lo cual se ve claramente la grandeza de estas dos tan señaladas perfecciones de Dios, que son misericordia y justicia, sin que la misericordia sea parte para impedir la justicia, ni la justicia á la misericordia. En lo cual se ve cuán admirable y cuán perfecto sea Dios, así en la una virtud como en la otra.

§ I.

Vense estas dos divinas perfecciones en los favores y castigos del santo rey David, y de la excelencia de los Salmos.

Pues si el hombre pasare de aquí á las historias sagradas, en ellas verá el cumplimiento de esta verdad. Porque en ellas hallará tan grandes prosperidades y favores hechos por Dios á los buenos, y tan grandes azotes y calamidades enviadas para castigo de los malos, que le causarán grande admiracion y espanto, y le darán á entender cuán grande sea el amor que Dios tiene á los buenos, y cuánto el aborrecimiento á los malos, en cuanto malos; cuán grande el precio en que tiene la virtud, y cuánto el odio que tiene á los vicios. Y por no traer de

(1) Deut., I, 31.

(2) Num., xxv, 9.

estos muchos ejemplos, en solo el rey David se ve lo uno y lo otro. Porque los favores que le hizo siendo él fiel á Dios, las victorias y señoríos y riquezas que le dió, las mercedes grandes que para todos sus descendientes le prometió, ¿quién las encarecerá? Mas por el contrario (1), cuando se desmandó en tomar la mujer ajena, ¿con qué azotes lo castigó? Porque primeramente así como él desobedeció á Dios, así permitió que todo su reino se rebelase contra él, y tomasen las armas para quitarle juntamente el reino con la vida, que es la postrera calamidad que á un rey le puede venir. Por donde le fué forzado salir de Jerusalem (2), y subir por una ladera de un monte él y todos los suyos, los piés descalzos, cubiertas las cabezas y llorando: donde un enemigo suyo desde lo alto del monte le deshonoraba llamándole tirano, y usurpador del reino ajeno, y derramador de sangre, y que por sus pecados le enviaba Dios aquel azote (3). Y demas de esto por una mujer que él deshonoró en secreto de su vasallo, permitió que su propio hijo, en presencia de todo el mundo, le deshonorase diez mujeres suyas y por el vasallo que mandó matar, demas de la muerte del hijo adulterino, murieron tres hijos suyos á hieiro (4) y la muerte del uno que fué el levantado contra él sintió tanto por ver que moría en pecado mortal y se iba al infierno, que con muchas lágrimas y llantos protestó que mucho más quisiera él morir que ver la muerte de aquel hijo. Y todo esto padeció despues de mucha penitencia y muchas lágrimas derramadas por aquel pecado. Y porque otra vez envanecido con soberbia mandó contar la gente de guerra

(1) II Reg, xi, 4.

(2) II Reg., xv, 16.

(3) II Reg., xvi, 12-22.

(4) I Reg., xii, 13. xiii, 14. xviii, 14 et 15.

que en su reino tenía, le mató *Dios en un día setenta mil vasallos* (1) y matara muchos más, si con grandes lágrimas y gemidos, y con ofrecerse él á la muerte por todos, no aplacara á Dios. Pues quien estas sagradas historias leyere, no podrá dejar de ver cuánta razon tiene el hombre para amar y procurar la virtud, á la cual tantos favores están aparejados, y aborrecer el vicio, que con tantos azotes y calamidades es castigado. En lo cual tambien se ve cuánto más nos ayudan estas Letras sagradas para el conocimiento de Dios, que toda esta fábrica del mundo, pues nos dan más distinto conocimiento de su bondad y justicia, y del grande amor que tiene á los buenos, y aborrecimiento á los malos que toda ella; el cual conocimiento nos mueve grandemente al amor y temor de este Señor.

Síguense luégo los Salmos: los cuales nos enseñan á alabar á nuestro Criador, y darle gracias por sus beneficios, y pedirle socorro para nuestras necesidades, y unos dan más claro conocimiento de él, representándonos la excelencia de sus obras, así las de naturaleza, como las de gracia de que tratan casi todos los Salmos, para despertar con esto en nuestros corazones amor, y temor, y reverencia de tan grande majestad, que son las cosas en que señaladamente consiste la suma de la filosofía cristiana. Porque toda ella se resuelve en dos cosas: la primera en esclarecer nuestro entendimiento con el conocimiento de nuestro Criador; y la segunda en encender en nuestra voluntad amor y temor de su santo nombre. De las cuales dos cosas, la primera se ordena á la segunda como á su fin y cosa más principal. Porque conocimiento sólo de Dios, sin correspondencia de la voluntad, poco nos puede aprovechar. Pues á esa se-

(1) II Reg., xxiv, 15.

gunda parte de la voluntad, como á cosa más principal, se ordenan todos los Salmos. Y por esta causa quiso la Iglesia que siempre los trajésemos en la boca de noche y de día, y que con ellos nos acostásemos, y levantásemos, y comiésemos, y cenásemos, para que con este tan continuado ejercicio añadiésemos siempre fuego á fuego, lumbré á lumbré, y devocion á devocion, y así creciésemos en el amor y temor de nuestro Criador.

§ II.

De los libros Sapienciales, Profetas y Evangelios.

Despues de los Salmos se siguen los libros que llaman Sapienciales: de los cuales no diré más de que son una filosofía moral, ordenada, no por Aristóteles ni Platon, sino por el Espíritu Santo: en la cual, sin divisiones, ni definiciones, ni silogismos, y sin variedad de opiniones, somos enseñados á regir y ordenar nuestra vida, así en el tiempo de la adversidad, como de la prosperidad: donde son tantos los avisos y consejos que se nos dan, que ninguna parte de la vida queda sin sus propios documentos y doctrinas. En ellos son inducidos los hombres por muchas razones á ser justos, y se declara con qué género de obras lo hayan de ser, que es la suma de toda la filosofía cristiana. Los cuales libros habían de traer siempre en el seno los que desean acertar á bien vivir; porque en ellos hallarán luz para sus entendimientos, devocion para sus voluntades, medicinas para sus llagas, y documentos saludables para ordenar sus vidas. Tienen tambien estos libros otra excelencia, que es no haber en ellos un renglon que no tenga alguna señalada y provechosa sentencia. En otros libros á veces es menester pasar muchas hojas para hallar un buen bocado; mas aquí no hay cosa

que no sea de precio, no hay cláusula que no sea una muy saludable sentencia, y una perla preciosa; porque estos libros parece que fueron una breve recapitulacion de toda la Sagrada Escritura.

Síguense despues los Profetas: los cuales, como tratan de las cosas que están por venir, tienen por principal oficio prometer grandes favores á los guardadores de la ley de Dios, y amenazar grandes y extrañas calamidades á los quebrantadores de ella, como se ve en toda su escritura, y particularmente en el capítulo V y VI de Ezequiel, de quien arriba hicimos mencion, donde verá el lector tan grandes amenazas de Dios contra los malos, que aunque tenga corazon de piedra le dejen espantado y atónito. Con la primera de estas dos cosas, que son las promesas, pretenden los profetas inclinar los corazones de los hombres al amor de Dios y de la virtud; y con la segunda, que son las amenazas, al temor de su justicia y aborrecimiento del pecado. Mas si alguno supiere bien filosofar en esta materia, hallará que no ménos mueven todas estas amenazas al amor de Dios, que las promesas; pues lo uno y lo otro nace de una misma raíz, que es la inmensa bondad de Dios, á la cual no ménos pertenece aborrecer y castigar los malos, que amar y galardonar los buenos; y pues lo uno y lo otro nos declara la grandeza de aquella suma bondad, y esta es el mayor estímulo y motivo que tenemos para amar á Dios, síguese que no es menor motivo para amarle la terribleza de sus amenazas que la grandeza de sus promesas.

En esta misma escritura por otra vía se nos descubre tambien la grandeza de la divina bondad, y el deseo que tiene de la salvacion de los hombres, pues tantos profetas les enviaba unos sobre otros, para que les declarasen la grandeza de sus culpas, y la ira y castigo que les estaba

aparejado, si no se enmendaban. Y no contento con declarar esto con gravísimas palabras, buscaba nuevas invenciones con que esto se les representase más á la clara. Á Jeremías (1) mandó que *anduviese con unas cadenas al cuello*, para representar las prisiones y cautiverio que por sus culpas había de padecer, y que *quebrase en presencia de ellos unas tinajuelas de barro* (2), para representar su destruccion. Á Isaias (3) mandó *andar desnudo para representar* de la manera que habían de ser llevados cautivos y desnudos á tierras de sus enemigos. A Ezequiel (4) mandó *rapar la barba, y repartir los pelos de ella en tres partes, y quemar la una parte en presencia del pueblo, y despedazar la otra, y esparcir la tercera por el aire, y desenvainar una espada contra ella*: para declarar con esta representacion la diversidad de los azotes y calamidades con que el pueblo había de ser castigado. Todos estos ensayos nos muestran por una parte la grandeza de la bondad de Dios, que por tantos medios procuraba apartar los hombres del pecado, y suspender el castigo de su ira; y por otra la grandeza de su justicia, la cual ejecutaba todas estas amenazas, si los hombres no desistían de sus malas obras.

Mas entre otras cosas, una de las más admirables es la fuerza del espíritu y la grandeza de la elocuencia con que estos hombres divinos afeaban y encarecían las ofensas de Dios. Lea quien quisiere los primeros catorce capítulos de Jeremías, y si supiere algo de los preceptos de los oradores, verá cómo este grande orador, enseñado por el Espíritu Santo, trata esta causa de Dios contra los malos con tanta elocuencia, con tales palabras, con tantas

(1) Jer., xxvii, 2.

(2) Jer., xix, 10.

(3) Isai., xx, 2.

(4) Ezech., v, 1 et 2.

exclamaciones, con tanta variedad de figuras y de razones; ya con halagos, ya con amenazas, ya con ejemplos de otras naciones, ya con ponerles ante los ojos la fealdad de sus idolatrías y desvergüenzas, y juntamente los beneficios divinos, que ni Tulio ni Demóstenes usaran ni de tanta variedad de figuras, ni de tantas sentencias como este profeta usó: elocuente sin elocuencia, artificioso sin artificio, porque tenía al Espíritu Santo por maestro: el cual le daba primero el sentimiento de aquellos tan grandes males, y despues las palabras y elocuencia proporcionada al sentimiento que tenían. Y así lo uno como lo otro excede tanto la facultad humana, que era imposible llegar aquí un hombre, mayormente no ejercitado en las ciencias humanas, cuales eran comunmente los profetas, si no estuviera lleno del espíritu de Dios; el cual le daba este tan extraño dolor y sentimiento de las culpas cometidas, y junto con esto palabras y figuras con que pudiese explicar lo que sentía.

Mas la doctrina de los santos Evangelios ¿quién se atreverá ó podrá dignamente alabar? Porque las otras doctrinas nos dió nuestro Señor por boca de sus siervos, mas esta nos dió por su unigénito Hijo, que nos fué enviado por doctor y maestro del mundo; en cuyos labios, dice el Profeta (1), *que fué derramada la gracia del Espíritu Santo, por razon de la excelencia de su doctrina*. Pues la primera cosa que notamos en ella es su santidad y pureza; la cual quitó luégo todas aquellas permisiones y licencias que daba la ley, como era tener muchas mujeres, y darles libelo de repudio, y dar á usura á los extraños, segun que arriba dijimos. En esta doctrina veremos con cuánta razon el profeta Isaías (2), entre los otros

(1) Psal., XLIV, 3.

(2) Isai., IX, 6.

nombres, llamó á Cristo Consiliario; porque él nos habia de dar por obra y por palabra todos aquellos consejos que arriba declaramos, en los cuales consiste la perfeccion de la vida evangélica. En esta misma doctrina (1) pronuncia por bienaventurados á los pobres de espíritu, á los misericordiosos, á los mansos, á los pacíficos, á los limpios de corazon, á los que tienen hambre y sed de justicia, que es de hacer lo que deben al servicio de su Criador; á los que lloran sus pecados y tambien los ajenos, y á los que padecen persecuciones, y maldiciones é injurias por cumplir con las leyes y obligaciones de justicia. Aquí (2) se encomienda la mortificacion de todas las aficiones demasiadas de padres, de parientes, de amigos, de honras, de dignidades y de todos los bienes temporales de esta vida. Aquí se destierra el amor propio, y se encomienda el odio santo de sí mismo (3) que es de las malas inclinaciones. Aquí nos enseña este Señor traer sojuzgada y sopeada la carne para vivir conforme á las leyes del espíritu, cuando dice (4): *Quien quisiere venir después de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz y sígame. Porque el que ama desordenadamente su vida, la perderá; y el que la perdiere por amor de mí, la ganará.* Aquí nos manda tener simplicidad de palomas (5), prudencia de serpientes, mansedumbre de corderos, y humildad de niños. Aquí se nos encomienda con grande instancia la pureza de la intencion en las buenas obras que hacemos, y que con toda diligencia huyamos el peligro de la vanagloria, que es muy grande, porque toma fuerzas para tentarnos con las mismas buenas obras que hacemos. Y

(1) Matth., v, 3-11.

(2) Luc., xiv, 26.

(3) Matth., xvi, 23.

(4) Luc., ix, 23 et 24.

(5) Matth., x, 16. xviii, 3.

este aviso nos da cuando ayunáremos (1), y cuando hiciéremos oracion, y cuando *diéremos limosna; no queriendo que sepa la mano siniestra* (2) *lo que hace la diestra*: y aconsejándonos que aquellos principalmente hagamos bien, de quien no podemos esperar retorno del bien recibido.

Y no contento con enseñar por palabras el camino del cielo, él se nos representa aquí como un espejo purísimo de todas las virtudes; especialmente de humildad, de mansedumbre, de blandura, de paciencia, de misericordia, de fortaleza, de celo de la gloria de Dios, de compasion de nuestras miserias, de deseo de nuestra salvacion, y sobre todo de caridad; la cual, despues de muchos trabajos pasados por nuestro remedio, no paró hasta llegar á la Cruz. Aquí veremos cómo se muestra siempre Dios omnipotente en dar remedio á todas las enfermedades y necesidades ajenas, y hombre flaco en la defension de sus injurias (3): á veces escondiéndose de sus enemigos, á veces huyendo de ellos, como cuando huyó á Egipto (4), y cuando se apartó al desierto con sus discipulos por dar lugar á la ira de sus contrarios (5): enseñándonos en esto, cuán poderosos y largos hemos de ser para con los prójimos, y cuán estrechos para con nosotros. Con estas virtudes se nos representa tan dulce, tan amable y tan suave; y con ellas mismas nos puso delante un perfectísimo retrato de la condicion y de las virtudes de su Eterno Padre; porque cual se nos representó aquí el Hijo, tal es tambien el Padre, no ménos amable, ni ménos blando y misericordioso que él para los humildes, ni ménos severo para con los soberbios y malos.

(1) Matth., vi, 18.

(2) Ibid., 3.

(3) Joan., viii, 59.

(4) Matth., ii, 14.

(5) Joan., xi, 54.

§ III.

De las Epístolas de san Pablo.

Tampoco hay palabras que basten para declarar la excelencia de la doctrina que contienen las Epístolas de san Pablo; porque primeramente se puede con razon decir de él que fué intérprete y comentador del Evangelio. Porque los santos Evangelistas no hacen más que contar con palabras simples amigas de la verdad, la historia de la vida y pasion de nuestro Salvador, sin encarecer la grandeza de aquel misterio y beneficio. Mas sobre este canto llano envió Dios este órgano del cielo, este divino Cantor, que con una voz de ángel echase un contrapunto sobre este canto llano; con lo cual hace una tan suave música y melodía, que sumamente deleita y suspende con una maravillosa dulzura las almas purgadas y dispuestas para sentir la grandeza de estos misterios. Porque por aquí primeramente nos descubre las riquezas (1) de aquella infinita bondad y misericordia del Padre Eterno, que por un tan alto medio como fué la encarnacion y pasion de su Hijo, nos quiso remediar y honrar, y resucitar de muerte á vida, y asentarnos con él en su gloria. Por aquí dice *que apareció en el mundo la benignidad y blandura de nuestro Dios* (2): *no por las obras de justicia que nosotros hicésemos, sino por sola su misericordia, por la cual nos quiso salvar.* Por aquí se nos declaró la grandeza de la caridad de Cristo para con los hombres (3): la cual se extendió á morir, no sólo por los justos, sino tambien por los pecadores, no sólo por los amigos, sino tambien por los

(1) Ephes., II, 4.

(2) Tit., III, 4 et 5.

(3) Rom., V, 8-10.

enemigos y por aquellos mismos, que derramaron su sangre; y con esto nos incita á amar á quien tanto nos amó, y á darle gracias por este sumo beneficio. Y por aquí tambien nos pone un santo y necesario temor, si fuéremos negligentes en aprovecharnos de este tan grande remedio y salud que Dios nos envió. Y no ménos por aquí esfuerza y confirma nuestra esperanza, diciendo (1): *que pues Dios nos dió su Hijo, no habrá cosa que nos niegue por él*; pues quien dió lo más, y tanto más, no negará lo que es mucho ménos. Y á esta misma virtud, juntamente con la caridad nos convida, cuando tantas veces nos encarece las riquezas inestimables de la gracia y de los bienes que nos vinieron por Cristo: el cual dice *que es nuestro abogado* (2), *nuestro propiciatorio, nuestro pontífice y sacerdote, nuestra sabiduría, nuestra justicia*, conviene á saber, causa de nuestra justicia, nuestra santificacion y redencion. Por aquí tambien nos obliga á aborrecer con sumo odio los pecados; pues ellos fueron los sayones que pusieron al Hijo de Dios (3) en la cruz. Y por esto dice que los que pecan, cuanto es de su parte, lo vuelven otra vez á crucificar. Por aquí tambien nos exhórta á la mortificacion de nuestra carne con todos sus vicios y apetitos, para corresponder en alguna manera al que por nuestro remedio consintió ser crucificada la suya (4). Por esto dice el mismo Apóstol que no sabía otra cosa sino á Cristo, y ese crucificado; porque de él aprendía estas y otras semejantes lecciones, con que edificaba á sí y á todo el mundo (5). Y por esto dice que en ninguna cosa se gloriaba sino en sola la cruz de este Señor; en la cual hallaba

(1) Rom., viii, 32.

(2) Hebr., ii, 17. iv, 15. v, 5. I Cor., i, 30.

(3) Hebr., vi, 6.

(4) I Cor., ii, 12.

(5) Galat., vi, 14.

tanta luz, tanta sabiduría, tantas consolaciones, tantos estímulos de amor de Dios, tanta fortaleza para sufrir trabajos por él, y finalmente tantas riquezas de gracia, que no hacía más caso, ni de los favores del mundo, ni de sus persecuciones, de lo que haría un hombre crucificado y muerto. Y por todas estas cosas concluye y declara cuánta sea la excelencia de este misterio, diciendo (1): *Manifiestamente se ve cuán grande sea este sacramento de la piedad que se descubrió en la carne y humanidad del Hijo de Dios, y fué justificado por autoridad del Espíritu Santo, y fué revelado á los ángeles, y predicado á las gentes, y creído en el mundo, y finalmente llevado á la gloria.* Este es, pues, el contrapunto que este órgano del Espíritu Santo echó sobre aquel canto llano de la historia sencilla del Evangelio, sacando de ella tan grandes motivos para conocer á Dios, y para poner en él todo nuestro amor y esperanza, y para abrazar la virtud, y aborrecer el pecado y mortificar nuestra carne.

§ IV.

Decláranse más en particular algunas doctrinas morales del Apóstol, y lo que se requiere para entender las santas Escrituras.

Mas aquí es de notar que como tenga dos partes la doctrina cristiana, la una que trata del misterio de Cristo, y la otra de la institucion de nuestra vida, que llaman doctrina moral, en ambas estas facultades es admirable este Apóstol, que fué dado por doctor de las gentes. Mas de la doctrina moral comunmente trata en el fin de cada una de sus epístolas. Y porque esta doctrina tanto es más provechosa cuanto descende á cosas más particulares, por

(1) I Tim., III, 17.

esto da reglas en ellas de cómo se han de haber los padres con sus hijos, los hijos con sus padres (1), los maridos con sus mujeres y las mujeres con sus maridos, los señores con sus siervos y los siervos con sus señores, los prelados con sus súbditos y los súbditos con sus prelados. Aquí tambien declara cuáles hayan de ser los obispos, los sacerdotes, los diáconos y ministros de la Iglesia (2). Aquí avisa cuáles hayan de ser las mujeres casadas, cuáles las vírgenes, cuáles las viudas, y qué manera han de ser socorridas sus necesidades. Y es cosa mucho para considerar, ver cuán proporcionados da los avisos y consejos á todas estas maneras de personas, como hombre enseñado por el Espíritu Santo. Á los ricos manda (3) *que no tengan altos pensamientos, ni pongan la confianza en sus riquezas, sino en solo Dios*. Á los viejos aconseja que sean *templados* en el comer y *beber*, que es vicio de viejos (4), ocasionado de la comun flaqueza de esta edad. Á las viudas aconseja (5) *que se ocupen en oraciones día y noche*, para que por esta vía hallen en Dios lo que perdieron en sus maridos. De esta manera procede por todos los estados de personas, señalando á cada uno lo que propiamente más le pertenece.

Pues por lo dicho entenderá el cristiano lector algo de la excelencia de esta santa Escritura. Mas otro singular indicio nos da para esto el Salvador en aquellas palabras que dijo al pueblo: *Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre* (6), *verá claro que mi doctrina es de aquel que me envió*. En las cuales palabras nos da á entender que el

(1) Ephes., v, 21-23. vi, 1-10.

(2) I Tim., iii, 1-10, tit., i, 6-9.

(3) I Tim., vi, 17.

(4) Tit., ii, 3.

(5) I Tim., v, 5.

(6) Joan., vii, 17.

juez entero, y sin sospecha de la verdad y excelencia de su doctrina, es el hombre que trabaja por cumplir la voluntad de Dios, guardando fielmente sus mandamientos. Porque así como para juzgar del sabor de los manjares se requiere que el paladar esté sano, así es necesario que el del alma lo esté para juzgar la cualidad de la doctrina; porque de otra manera, así como el doliente que tiene el paladar estragado é inficionado con malos humores, no juzga bien del sabor de los manjares, así los hombres de vidas estragadas, que aman la maldad y aborrecen la virtud, no son buenos jueces de la doctrina que enseña á bien vivir, la cual condena sus malas costumbres y mal vivir. Porque ¿cómo aprobará la doctrina de la humildad el soberbio, y de la castidad el deshonesto, y de la mansedumbre el mal sufrido, y de la caridad el envidioso, y de la liberalidad el avariento? Y así leemos que *predicando el Salvador contra el pecado de la avaricia* (1), *hacían burla de él los fariseos*, por ser ellos muy tocados de este vicio. Pues por esto el juez derecho de la buena doctrina ha de ser el hombre virtuoso que tiene sano el paladar de su alma. Y este tal quiere el Salvador que sea juez de su doctrina. Porque si al que tal fuere, pusieren delante todas las leyes que ha habido en el mundo, verá más claro que la luz del día que la doctrina de Cristo es la más verdadera, más espiritual, más santa, más conforme á la luz de la razon que el Criador infundió en nuestras almas, más honradora de Dios, más amiga de los hombres, y más enemiga y contraria á la carne y á todos sus apetitos de cuantas ha habido en el mundo. Sea, pues, el hombre virtuoso juez de esta causa, y no temerá nuestra doctrina venir á juicio ante su tribunal.

Pues por todo lo que hasta aquí se ha dicho se verá cuán

(1) Luc., xvi, 14.

grande sea esta excelencia de la Religion cristiana, que es tener una tan saludable, tan católica y maravillosa doctrina para la instruccion de nuestra vida. Y juntamente con esta alabanza tiene otra, que es la verdad y sinceridad de ella; porque ninguna escritura se hallará entre filósofos, sea de Aristóteles, sea de Platon, que tuvieron los antiguos por los dos ojos del mundo, donde no haya algunos errores, de los cuales está totalmente libre nuestra filosofía. En la cual parece ser aquélla doctrina humana, y por consiguiente defectuosa como lo es el mismo hombre; y ésta divina, pues está libre y exenta de todo error. Y con esta alabanza se junta otra, que es la concordia admirable del Testamento Viejo con el Nuevo: donde vemos que todo lo que allí se promete, aquí se cumple. Lo cual no es ménos argumento de ser esta doctrina revelada por Dios que el pasado. Pues, segun esto, ¿qué tiene que ver con esta celestial doctrina el Talmud de los judíos y el Alcoran de los moros, llenos de fábulas y patrañas mentirosísimas?

Pues en este vergel de flores que nunca se marchitan podrá el hombre virtuoso espaciarse y coger de él flores olorosas y saludables, que son sentencias y doctrinas con que sepa agradar á su Criador. Esta es aquella mesa real proveída de todos los manjares de que dice el Profeta (1): *Aparejaste, Señor, una mesa delante de mí, la cual me da fuerzas y sustancia contra todos mis enemigos*. Pues en esta mesa hallará el hombre pasto para su alma, instruccion para su vida, medicina para sus llagas, remedio para sus tentaciones y consuelo para sus trabajos; pues, como dice el mismo Apóstol (2), *todas las cosas que están escritas, fueron escritas para nuestra consolacion, para que por la*

(1) Psalm., xxii, 5.

(2) Rom., xv, 4.

consolacion y paciencia qae nos enseñan las Escrituras, crezcamos en la esperanza de los bienes eternos. Mas al cabo advierto, que esta leccion no es toda para todos, sino para solos los humildes y para los que están ya fundados en el estudio y conocimiento de la doctrina católica.

CAPÍTULO X.

DE LA OCTAVA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE ES LA PUREZA DE VIDA QUE CAUSA EN LOS PROFESORES Y GUARDADORES DE ELLA.

Otra propiedad y excelencia ha de tener la Religion y la ley, si es perfecta y verdadera, que ha de hacer virtuosos y buenos á los profesores de ella. Porque juzgamos de la Religion y de la ley, como de todas las artes que se usan en la vida humana. Llamamos mejor piloto al que mejor gobierna una nave y mejor médico y medicina la que mejor cura y sana las enfermedades. Pues como el oficio de la Religion y de la ley sea honrar á Dios y hacer á los hombres virtuosos, atajando con grandes prohibiciones y penas los vicios, síguese que aquella será más perfecta Religion que más eficaz fuere para estos efectos.

Pues esta excelencia tiene la cristiana Religion sobre cuantas ha habido; y ella es de la que más gloriosos frutos de varones santísimos han nacido en el mundo. Y para declarar algo de esto, trataremos primero de los frutos que produjo en la primitiva Iglesia, cuando estaba fresca la sangre de Cristo, y la memoria de sus maravillas y la doctrina de los apóstoles y varones apostólicos, que con el mismo espíritu que ellos fundaban la Iglesia y trabajan en plantar y cultivar la viña del Señor. Mas para entender cuán grande hazaña haya sido ésta, será necesario de-

clarar el estado en que el mundo estaba ántes de la predicacion del Evangelio. El cual se entiende por lo que el Apóstol escribe á los de Efeso por estas palabras (1): *Lo que os pido, hermanos, es que no viváis de la manera que viven los gentiles, que tienen oscurecidos sus entendimientos con las tinieblas de la ignorancia y ceguedad de sus corazones: los cuales, perdida la esperanza de la otra vida, se entregaron á todas las torpezas y codicias del mundo.* Este tan grande mal procedió, lo uno porque no esperaban bien ni mal en la otra vida, como aquí nota el Apóstol, y así le faltaba el freno del temor de Dios, que los apartase del mal; y lo otro porque en lugar del verdadero Dios, autor de toda santidad y limpieza, adoraban dioses sucísimos y deshonestísimos, en los cuales ponían todo género de torpezas y carnalidades. Y por esto no tenían por inconveniente ser tales cuales eran sus dioses. De manera que en aquel tiempo no era el mundo otra cosa sino un revolcadero y cenagal de puercos sucísimos, y una plaza de todos los engaños, y maldades, y mentiras que en el corazon humano pueden caber. Porque *juntamente con la idolatría reinaban todos los vicios, de los cuales ella es causa, principio y fin*, como dice el Sabio (2). Por lo cual el profeta Isaías (3) compara los hombres de aquel tiempo con dragones y serpientes, lobos, osos, leones y basiliscos; y al mismo mundo llama un desierto, un páramo y una tierra sin camino y sin labor donde no hay sino zarzas y espinas, y cuevas de serpientes y de bestias fieras.

Pues siendo tales los hombres y tal el mundo, pudo tanto la gracia de Cristo y la predicacion del Evangelio,

(1) Ephes., iv, 17-19.

(2) Sap., xiv, 12.

(3) Isai., xiii et xlv.

que mudó los lobos en ovejas, y los leones en corderos, y las serpientes en palomas, y los árboles estériles y silvestres en árboles hermosos que llevasen frutos de vida eterna. En lo cual se cumplió lo que el mismo Profeta mucho ántes había denunciado (1), diciendo, que el desierto se mudaría en un lugar delicioso, y la tierra yerma en vergel de deleites. Y esto hecho, añade Ezequiel (2) que los caminantes que por allí pasasen, maravillados de esta tan grande mudanza, dirían: Aquella tierra desierta y sin labor se ha hecho un jardin de deleites, significando por estas comparaciones la hermosura y abundancia de santidad que en el mundo había de florecer con la predicacion y gracia del Evangelio. Quien quisiere saber algo de esto, lea las historias eclesiásticas que de ello tratan, y las vidas de los padres del yermo y las crónicas de las órdenes; y ahí verá tan grande número de santos, conviene á saber: de religiosísimos pontífices, de confesores, de purísimas vírgenes, que junto con la carne vencieron en el mundo, é innumerables monjes, de los cuales unos vivían en la congregacion de los monasterios á manera de ángeles, y otros que, apartados de la compañía de los hombres, moraban en los desiertos haciendo vida más que humana.

Pues quien leyere las vidas de estos santísimos padres, las cuales escribieron gravísimos autores, no querrá mayor testimonio de la excelencia de nuestra Religion que lo que allí verá. Porque verá las noches casi enteras sin dormir y sin tener más cama que el suelo; verá las celdas de estos padres tan estrechas, que más parecían sepulcros de muertos que aposentos de vivos; verá que no usaban de otro mantenimiento que de pan con sal y raí-

(1) Isai., xxxv.

(2) Ezech., xxxvi, 35.

ces de yerbas crudas; porque, como dice san Jerónimo (1), comer cosa cocida se tenía entre los monjes por cosa de lujuria. Verá una pobreza, así en el vestido como en todo lo otro, la más estrecha que se puede imaginar. Verá un tan grande despegamiento del mundo, y de todos los afectos humanos que ni á las mismas hermanas que venían á ver á sus hermanos querían ver ni hablar. Pues ¿qué diré de aquella insaciabilidad de tratar y conversar noches y días con Dios sin cansarse ni enfadarse? ¿qué diré de aquella fe y confianza tan grande que tenían en Dios, con la cual mandaban á los leones y á las bestias fieras y mataban los dragones y serpientes? ¿qué diré de aquel tan grande amor de la soledad, y de aquel huir de la compañía de los hombres, cuando eran por sus virtudes y milagros estimados, por no perder un punto de aquella suavisima conversacion que tenían con Dios? Son todas estas cosas tan admirables y tan sobrenaturales, que no se podían sustentar sin ayudas sobrenaturales y sin especialísimo favor de Dios. Y por esto ellas mismas sin otros milagros dan testimonio de la excelencia de nuestra fe y Religion. Mas de esta materia trataremos más á la larga en su propio lugar.

§ I.

Tócase la constancia de los Mártires, y excelencia de las virtudes que se profesan en nuestra fe.

Otro indicio de la gran santidad de aquella edad dorada, es la muchedumbre de mártires que en aquel tiempo hubo, en el cual se desarraigó la idolatría del mundo, y se plantó la fe y el conocimiento del verdadero Dios. Cuán grande haya sido el número de estos gloriosos caballeros,

(1) In vita Patrum.

y cuán crueles los tormentos que padecieron, y cuán grandes las batallas que vencieron, y cuán gloriosamente triunfaron de los príncipes del mundo y del infierno, ni hay palabras para lo explicar, y apenas se podrá creer. Y por ser esta materia tan grande, que con pocas palabras no se puede dignamente tratar, quedará para otros lugares de esta escritura.

Pues en esta tan admirable fe y constancia de los mártires se ve cuán grande era la virtud y santidad de los que tales cosas padecían, por no estar un solo momento en desgracia de su Criador. Porque de esta santidad procedía esta tan grande fortaleza, como el mismo Salvador nos enseñó; el cual, despues de haber declarado en aquel divino sermon del monte los principales documentos de la vida evangélica, al cabo dijo (1): *El que oye estas mis palabras, y las pone por obra, será semejante á un hombre que edificó su casa sobre una peña firme. Por donde siendo combatida con las crecientes de los ríos, y con los torbellinos de los vientos y de las lluvias, no por eso cayó, porque estaba fundada sobre firme piedra.* Esta piedra firme es la fortaleza de todas las virtudes que de la gracia proceden, y señaladamente de la caridad, de la cual se escribe en los Cantares (2), «que las muchas aguas no podrán apagar el fuego de la caridad, ni las avenidas de los ríos la anegarán.» Pues ¿de dónde procedió esta tan admirable santidad, causadora de tan admirable fortaleza, sino de la profesion y Religion cristiana, en la cual tan grandes ayudas se dan para hacer á los hombres más que hombres, esto es, celestiales y divinos?

Alegará por ventura alguno que entre los filósofos no faltaron hombres virtuosos y continentes. Á esto primera-

(1) Matth., vii, 24 et 25.

(2) Cant., viii, 7.

mente respondo, que no merece nombre de perfecta virtud la que no tiene por fin á Dios, y no se endereza á su gloria.

¿Qué aprovecha, dice san Agustin (1), el bien vivir, por el cual no se alcanza el bienaventurado vivir? Sócrates fué entre los filósofos muy alabado de continente, y entre sus alabanzas pone una Platon, su discípulo, la cual refiere Quintiliano diciendo, que un hermoso mancebo llamado Alcibiades se le ofreció para que usase de él como quisiese; mas que él fué tan continente que no quiso usar de aquella licencia que tan liberalmente se le ofrecía. ¡Oh admirable virtud de continencia, no querer usar del vicio por el cual hoy día se queman los hombres! ¡Qué virtud y qué alabanza es tan estimada, carecer de un vicio tan abominable! Tambien podrán alegar la continencia de las vírgenes vestales que había en Roma. ¿Qué tiene que ver esto con millares de vírgenes nobilísimas, que en todas las partes de la Cristiandad se consagraron á Dios, despreciadas grandes riquezas y casamientos? Tambien en Roma hubo algunos hombres esforzados que pusieron la vida por la patria. ¿Qué tiene que ver esto con millares de cuentos de hombres, y mujeres, y niños, y vírgenes delicadas que se dejaron hacer mil pedazos, no por la salud temporal de la patria, sino por la gloria y honra de su Criador? ¿qué tiene que ver esto con la fortaleza de las madres que consintieron ser despedazados sus hijos mancebos delante de sus ojos, por no quebrantar la fe y lealtad que debían á su Dios? ¿hay fortaleza debajo del cielo que no parezca sombra comparada con ésta? Tambien hubo algunos filósofos que despreciaron las riquezas por entregarse á la filosofía. Cuantos hayan sido esos, podemos

(1) De Divers. tract. 1. de Discip. Christ. cap. 1. et de Ver. D. Sec. 10, serm. 64. cap. 1. et contr. Acad. lib. 1. cap. 2.

contar por los dedos; y en lugar de esos pocos, os daré yo millares de religiosos en cuantas órdenes ha habido y hay en la Iglesia, y muchos entre ellos muy ricos y grandes señores, los cuales todo eso junto con la propia voluntad, y con todos los deleites sensuales, renunciaron por amor de Dios. También hubo filósofos abstinentes que se contentaban con viles manjares, y se daban á la contemplacion de las obras de naturaleza. Mas ¿qué proporcion tiene esto con millares de monjes santísimos, los cuales morando en los desiertos, apartados de la compañía de los hombres, se mantenían con raíces de yerbas, y á veces pasaban dos y tres dias sin desayunarse, y algunas veces la semana entera, ocupando los días y las noches con increíble suavidad en la contemplacion de su Criador, como refiere Filon de los fieles que moraban cerca de Alejandria, y como se escribe de millares de monjes que moraban por los desiertos? Por lo cual es cierto que todas aquellas virtudes filosóficas apenas merecen llamarse sombras y figuras de las nuestras. Antes parece que así como los simios hacen algunas cosas en que en alguna manera imitan las obras de los hombres, así todas estas virtudes de filósofos se pueden llamar obras de simios, si se comparan con las virtudes de los santos varones que aqui hemos referido.

§ II.

Que no desdora la Religion que muchos cristianos vivan mal, y de las medicinas con que se cura esta dolencia.

Mas dirá por ventura alguno: si es tan grande la eficacia de la Religion cristiana para hacer virtuosos á los profesores de ella, ¿cómo vemos el día de hoy tan pocos seguir esa virtud, muchos de los cuales viven como si

ninguna fe ó religion tuviesen? Á los que esto dicen preguntaré yo : ¿Qué provecho recibiría un enfermo, si estando en un hospital muy bien proveído de médicos y medicinas no quisiese aprovecharse de ellas? Pues así digo que la fe y religion de la Iglesia cristiana es un hospital proveído de todas las medicinas espirituales, ordenadas por aquel sapientísimo Médico que nos vino del cielo para la cura de nuestras almas. Pues si yo de ninguna de estas medicinas uso, ni tengo cuenta con ellas, ¿qué provecho me pueden acarrear?

Y si me preguntáis qué medicinas sean éstas, y cómo tengo de usar de ellas, á esto respondo que son muchas y diversas; pero cuatro son las más principales que aquí sumariamente apuntaremos. Entre las cuales la primera es la fe, que son los artículos y misterios que ella confiesa. Y para aprovecharnos de esta excelente medicina, no basta rezar el Credo secamente como lo pronunciaría un papagayo, sino es menester entender y ponderar lo que comprenden esos misterios que creemos. Pongamos ejemplos: cuando confesamos que Dios es Padre, pensemos que no sólo es Padre de su unigénito Hijo, sino tambien de todos los justos que son hijos adoptivos suyos, de los cuales de tal manera es Padre que, como nos lo certificó su unigénito Hijo (1), no hay padre en la tierra que en la voluntad y amor, y en el cuidado y providencia de padre, y en el tratamiento y regalo de padre se pueda comparar con él. Pues aquí tiene el hombre remedio para todas sus necesidades, alivio para sus trabajos, consuelo para sus tristezas, esfuerzo para sus peligros, y obligacion para amar á este Padre, y tratarse como hijo suyo, conservando con la pureza de la vida la dignidad de esta nobleza.

(1) Luc., xi, 13.

Pasáis luego más adelante al Hijo, y confesáis que tomó carne de una Virgen santísima, y no sólo se hizo hombre, sino también padeció, y fué muerto y sepultado por el remedio de los hombres. Pues quien esto considerare, ¿cómo podrá dejar de amar á quien tanto lo amó, á quien tanto por su causa padeció, á quien por un medio tan costoso le redimió, y á quien tan grande bondad y caridad en esta obra le descubrió, y tan grande beneficio le hizo? ¿cómo podrá dejar de aborrecer el pecado cuyo perdon y remedio tan caro le costó? Y ¿cómo podrá emplear la vida en el regalo de su carne mal inclinada, pues él con tanto rigor por las culpas ajenas trató la suya inocentísima? Pues si sobre todo esto considerare profundamente aquellos tres postreros artículos de la fe, que son la venida de este Señor á juicio, y la gloria perdurable que ha de dar á los buenos, y la pena eterna, y aquellas temerosas llamas de fuego con que para siempre han de ser en cuerpo y alma atormentados los malos, junto con el destierro perpetuo del cielo, y con la privacion de la vision beatífica de Dios; y esto sin esperanza ni de misericordia, ni de perdon, ni de remedio, ni de revocacion ó mitigacion de la sentencia dada, lo cual todo se ha de ejecutar en la hora de la muerte, que á cada momento nos amenaza, ¿quién será tan enemigo de sí mismo, y tan duro de corazon, que no le tiemble la contera, si cada cosa de éstas considera profundamente? Esta es, pues, la primera medicina y la primera ayuda que nos da la Religion cristiana para la virtud.

La segunda es el uso de los Sacramentos, que son propias medicinas de las llagas y dolencias de nuestras almas, inventadas y ordenadas por aquel *piadoso Samaritano* (1) *que infundió aceite y vino sobre las llagas del he-*

(1) Luc., x, 34.

rido; porque aquel Señor, que tantas especies de yerbas medicinales crió para la cura de estos cuerpos mortales que tenemos comunes con las bestias, no había de dejar sin medicinas las almas inmortales que tenemos comunes con los ángeles; pues no son menores las enfermedades á que están sujetas que nuestros cuerpos. Mas entre estos Sacramentos, los que más á menudo se pueden recibir son el de la Confesion y el de la sagrada Comunión. De los cuales el uno sirve para curar las llagas del alma, y para resucitarla de muerte á vida, y el otro para conservarla sin pecado en la vida recibida. La virtud y eficacia de estos dos Sacramentos para estos efectos susodichos, y para otros muchos, con ningun género de palabras se puede explicar. Y por no hacer injuria á cosa tan grande, hablando de ella brevemente, no diremos aquí más, porque esto queda para otro lugar.

La tercera ayuda que nos da esta santa Religion es encomendar muchas veces el uso y continuacion de la oracion; la cual es remedio comun de todas las necesidades, y una medicina general para todos los males. Los Sacramentos tienen particulares efectos que obran en las almas, y las otras virtudes tienen tambien particulares materias y oficios en que se ejercitan; mas la oracion vale para todas las cosas, y particularmente es remedio contra el pecado. Y así con ella armó nuestro Salvador á sus discipulos la noche de la pasion, cuando les dijo (1): *Velad y orad porque no caigáis en tentacion*. Y conforme á esto el Eclesiástico dice (2): *que el que guarda la ley multiplica la oracion*; dando á entender que es muy grande ayuda para la guarda de la ley el socorro de la oracion. Callo otros muchos lugares, donde la continuacion de esta vir-

(1) Matth., xxvi, 41.

(2) Eccli., xxxv, 1.

tud muy encarecidamente se nos encomienda. De estas tres ayudas para la virtud nada supieron ni escribieron los filósofos, aunque se vendían por maestros de la vida humana. Porque ni tenían fe, ni sacramentos, ni sabían qué cosa era oracion; porque no esperaban favores del cielo para alcanzar la virtud, sino de sí mismos y de sus propias fuerzas.

Con estas tres ayudas podemos juntar la palabra de Dios, oída ó leída, ó devotamente pensada y rumiada, de cuyo fruto y provecho tratamos ya al principio de este libro. Estas son cuatro muy principales ayudas para alcanzar la virtud y la perfeccion de la vida cristiana. Y digo para alcanzarla, porque no consiste en ellas la perfeccion de esta vida, mas son medios é instrumentos muy eficaces para conseguirla, así como las medicinas lo son para alcanzar la salud, las cuales serían ociosas, si no se siguiese este fruto de ellas.

Pues tornando al propósito, si son tan pocos los cristianos que usen de estas medicinas, si tan léjos están y tan desacordados de pensar en los misterios de la fe que profesan, si nunca se llegan á los Sacramentos sino forzados con censuras, si no gastan siquiera una hora de veinte y cuatro que tiene el día en encomendarse á Dios, y pedirle favor y su gracia contra los pecados, que por todas partes nos tienen cercados, si nunca toman un libro devoto en las manos, ni oyen con atencion y deseo de aprovechar la palabra de Dios, ¿qué les puede ayudar el título de cristianos, si no usan de los socorros y medicinas que esta santa Religion nos propone para ayudarnos á la virtud, y criar en nuestros corazones temor y amor de Dios, y odio contra el pecado? Dadme vos una persona que usando de estos remedios esté desmedrada en la virtud, y valdrá algo vuestra objeccion. Mas por experiencia se ve, que todas las

personas que usan de ellos, cada día van creciendo y aprovechando más en el amor de Dios, y aborrecimiento del pecado y en toda virtud.

CAPÍTULO XI.

DE LA NONA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE ES
ALCANZARSE POR ELLA LA VERDADERA FELICIDAD Y ÚLTIMO
FIN DEL HOMBRE.

La nona excelencia de la Religion cristiana es alcanzarse por ella la felicidad y último fin del hombre. Para la inteligencia de esto, es de saber que aunque el principal oficio de la verdadera Religion sea hacer á los hombres buenos y virtuosos, mas no para ella aquí, sino pasa más adelante, pretendiendo hacerlos bienaventurados. Para lo cual toma por medio la virtud, que es la escala por do se sube á esta bienaventuranza. De modo que aunque la virtud sea digna de grande estima y veneracion, mas no consiste en ella nuestro último bien, como los filósofos estóicos afirmaban (1), mas solamente es medio y camino para alcanzar este sumo bien. Por manera que así como el fin del buen estudiante no es estudiar, sino alcanzar la ciencia por medio del estudio, y el fin del labrador no es cultivar ni labrar la tierra, sino coger los frutos de ella: así el último fin de la ley, no es solamente hacer al hombre virtuoso, sino bienaventurado; y para llegar á esto lo hace virtuoso. Lo primero es oficio de la ley, lo segundo es fin.

Mas que esta bienaventuranza no se pueda alcanzar en esta vida por ser llena de infinitas miserias, al principio de este libro lo disputamos y concluimos. Pero aquí es de

(1) Contra quos Aug. lib. 9. de Civit. Dei, cap. 5.

saber que hay dos maneras de bienaventuranzas: una consumada y otra comenzada. La consumada está guardada para los fieles siervos de Dios en la otra vida, donde verán claramente aquel sumo y universal bien en quien están todos los bienes, y así no tendrán más que desear. Pero la comenzada es aquella de que los amigos de Dios gozan en esta vida, la cual participa este nombre de bienaventuranza por alguna semejanza que tiene con la otra. Y si preguntáremos en qué género de bienes consista ella, no será necesario andar derramados como los filósofos, inquiriendo qué bienes sean éstos; porque el Apóstol (1) nos saca de esta perplejidad, diciendo que el reino de Dios no es comer *ni beber, sino justicia, y paz y alegría en el Espíritu Santo*. En las cuales palabras señala tres maneras de bienes: el primero es justicia, que es santidad y buena vida, la cual es fundamento de la verdadera paz, como dice Isaías (2), y de esta paz y justicia nace el alegría de la buena conciencia y el gozo del Espíritu Santo, que es el sello y cumplimiento de esta bienaventuranza. El cual gozo comunmente anda en compañía de la caridad como hijo de ella; y de esta manera consideramos aquí este gozo, hermanado y ayuntado con su madre.

Esta es aquella paz que dice el Profeta (3): *Mucha paz tienen, Señor, los que guardan vuestra ley, y no hay cosa que los ofenda y escandalice*. Y en otro lugar dice el Señor por Isaías (4): *¡Oh, si tuvieses, hombre, cuenta con mis mandamientos! porque luego derramaría yo sobre tí como un río de paz*. Y llama aquí río, lo uno por la grandeza de esta paz que Dios da, muy diferente de la que da

(1) Rom., xiv, 17.

(2) Isai., xxxii, 18.

(3) Psalm., cxviii, 163.

(4) Isai., xlviii, 18.

el mundo, y lo otro porque esta paz, á manera de río, apaga el encendimiento y ardor de nuestras codicias, y pasiones y apetitos que son los perturbadores de esta paz, los cuales por virtud de esta paz y de la justicia vienen á sosegar-se; como lo significó Salomon por estas palabras muy dignas de notar (1): *Cuando agradaren á Dios los caminos del hombre hará que sus enemigos tengan paz con él.* Pues no tiene el hombre otros más crueles enemigos que despedacen su corazon, y le hagan guerra cruel, sino la vehemencia y furia de sus apetitos, y pasiones y deseos ansiosos de cosas que no puede alcanzar; los cuales quita Dios por medio de esta paz y justicia. Mas cuál sea *esta paz*, no lo puede entender sino quien ha gozado de ella; porque, como dice el Apóstol (2), *sobrepuja todo sentido*: que es todo lo que el entendimiento humano puede por sí alcanzar.

Ni tampoco puede estimar ni conocer cuán grande sea el gozo en el Espíritu Santo, que de esta paz y justicia procede, sino el que por experiencia lo ha probado; como claramente lo dice el Señor por estas palabras (3): *Al que venciere daré yo un maná escondido, el cual nadie conoce, sino el que lo ha probado.* Donde por el maná, que era un manjar que tenía en sí toda suavidad, entiende este gozo y alegría espiritual, la cual sobrepuja todos los gustos y deleites del mundo, como la Esposa lo significó, cuando, hablando con su Esposo, dijo (4): «que sus pechos eran más suaves que el vino.» Entendiendo por los pechos la leche suavísima de las consolaciones espirituales con que él recrea las almas devotas, y por el vino todos los gustos

(1) Prov., xvi, 7.

(2) Philip., iv, 7.

(3) Apoc., ii, 17.

(4) Cantic., i, 2.

y deleites del mundo. Pues este maná tan suave, dice aquí el Señor, que nadie lo conoce sino quien lo ha probado.

§ I.

Testimonios sagrados, ejemplos, y conjeturas de la divina suavidad.

Pues dirá alguno: ¿de qué sirve tratar ahora vos de cosa tan escondida? Porque el que la ha gustado, mejor la conocerá por la experiencia que por vuestras palabras; y si no la ha probado, no bastarán palabras para que sepa lo que es, pues está escondida. A esto respondo, que todavía hay razones y conjeturas, y testimonios de las santas Escrituras, y ejemplos, y dichos de los santos, y muchos otros argumentos, por los cuales podemos en alguna manera conjeturar que tan grande sea la suavidad de este maná, lo cual no será de poco provecho para el estudioso lector. Porque como en la grandeza de esta paz y de este gozo se remate la felicidad y bienaventuranza de esta vida, y los hombres, como arriba dijimos, tengan un grande apetito y deseo natural de esta felicidad, podrá ser que algunos, convencidos con la fuerza de esta razon, quieran dar de mano á todas las bienaventuranzas falsas, engañosas y mentirosas que los hombres del mundo procuran, y buscar esta, que es la verdadera, y que sola ella en su grado quieta los corazones humanos.

Y porque dijimos que esta bienaventuranza comenzada tiene alguna semejanza con la otra consumada que esperamos, traigo por testigo de esto á san Bernardo, el cual, hablando con Dios, dice así (1): Algunas veces pones tú, Señor, en la boca de mi corazon que suspira por tí, una

(1) Sup. Cant. sem. 31 et 74.

cosa que no me conviene á mí saber lo que es. Siento la dulzura y la suavidad de ella, la cual es tan grande, que si en mí se continuase, no tendría más que desear. Pues esta es una de las principales propiedades de la verdadera bienaventuranza: dar cumplido reposo y satisfaccion al corazon humano. Y así contento con lo que posee, no desea ni suspira por más; porque tiene dentro de sí á Dios, fuente de toda suavidad: y contento con este bocado pierde el hambre de todas las otras cosas que ántes deseaba.

Mas para tratar de la grandeza de este gozo, era necesario tratar primero de la grandeza del amor con que aquella suma bondad ama las almas puras y humildes; porque sabido esto, no sería increíble aún á los muy incrédulos lo que acerca de esta materia dijésemos. Mas este no es su propio lugar. Baste saber que, como san Crisóstomo dice (1), este amor es tan grande que ninguna aficion de los amadores de la hermosura de alguna criatura, aunque sea de aquellos que andan como locos con la fuerza de sus aficiones, se puede comparar con la grandeza de este amor. Pues por aquí en alguna manera se entenderá cuáles sean las consolaciones con que este tan grande Amador recrea, esfuerza y apacienta las almas que así ama.

De éstas, pues, dice él hablando con sus siervos por Isaias (2): *Á mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os asentaré, y regalaré; y de la manera que una madre halaga un hijo pequeñito, así yo os consolaré. Verlo habéis así cumplido, y alegrarse há vuestro corazon, y vuestros huesos así como una yerba florecerán.* Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta. Pues ¿quién pudiera

(1) Dissim. Centur. 1. Dissim. XXVII.

(2) Isai., LXVI, 12-14.

imaginar que palabras tan regaladas pudieran proceder de aquella incomprensible Majestad y esto para con una criatura que en presencia de él es mucho ménos que una hormiga? Mas ¿qué otra cosa nos quiso este Señor declarar por estas tan dulces palabras, y por esta comparacion del regalo de la madre para con su hijo chiquito, sino la grandeza del amor que tiene á las almas puras y humildes, y los regalos con que las consuela y recrea en esta vida, miéntras se dilata la alegría de la otra? Muy bien entendía esto, como quien tantas veces lo había probado, el santo rey David en medio del aparato y resplandor de la casa real, cuando maravillado de la grandeza de esta suavidad, decia (1): *¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de vuestra dulzura, la cual tenéis escondida para los que os temen!* Y dice muy bien escondida; porque, como ya dijimos, no la conoce sino quien la ha probado. La cual dulzura, aunque propiamente se recibe en el alma, mas á veces es tan grande, que así como los ríos con las avenidas salen de madre, así ella redunda en la misma carne, dándole unos como relieves de los manjares que ella goza, y haciéndola participante de su alegría. Lo cual tambien confiesa el mismo Profeta (2), cuando dice: *Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo.* Pues esta alegría, así como se funda en Dios y es causada y obrada por él, así es conforme á quien él es, que en todas sus obras es grande, en todas Dios. Si no decidme, ¿qué regalo era aquel que la Esposa quiso significar en sus Cantares (3), cuando dijo: *La mano siniestra tiene puesta el Esposo debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará?* Pues este regalo y consolacion es tan gran-

(1) Psalm., xxx, 20.

(2) Psalm., lxxxiii, 5.

(3) Cant., ii, 6.

de, que muchas veces arrebatada, y lleva en pos de sí todas las fuerzas y sentidos, así interiores como exteriores del hombre, de tal modo, que le es grande tormento divertirse de aquello que está gozando, á oír, ó hablar, ó entender en otra cosa; porque por todo el mundo no quería perder un punto de aquello que goza. Y así se escribe de la virgen santa Clara, que habiendo recibido en la fiesta de la Epifanía una grande consolacion de nuestro Señor, de tal manera tenía robados y embebidos sus sentidos en aquella consolacion, que por muchos días le era necesario hacerse gran violencia para estar atenta á lo que le decían. De san Bernardo tambien leemos que al principio de su glorioso noviciado andaba tan absorto en espíritu, que había perdido el uso de los sentidos: de manera que viendo no veía, y gustando no gustaba, y así comía y bebía unas cosas por otras, sin hacer diferencia de ellas; porque la fuerza del espíritu y el gusto de la divina suavidad, que trae consigo la caridad, de tal manera había embebido en sí, y arrebatado todas las fuerzas del alma, que no tenía vigor ni virtud para otra cosa más que aquella.

A quien estas cosas parecieren increíbles, aprovéchese para creerlas de los ejemplos que se ven en las cosas humanas. Ponga los ojos en un corazon vehementemente aficionado á la hermosura de alguna criatura, como la que la santa Escritura refiere de la aficion de Amnon, hijo de David, para con Tamar (1), la cual era tan grande que le enflaquecía y consumía las carnes; porque todo el vigor y fuerzas del alma estaban tan ocupadas y suspensas en aquella tan fuerte aficion, que dejaban el cuerpo y el estómago desamparado de los espíritus que lo habían de sustentar, y así poco á poco se iba consumiendo

(1) II Reg., XIII, 2.

y gastando de flaqueza. Pues díganme ahora, si tanto puede la hermosura de una criatura, que no es más que un cuerecico blanco y colorado, ¿cuánto más podrá aquella infinita hermosura de la divina bondad, cuando el Espíritu Santo con un rayo de su luz descubre algo de ella á un alma pura y limpia? Si tanto pueden las cosas humanas, ¿cuánto más las divinas? Si tanto la naturaleza, ¿cuánto más la gracia? O por mejor decir, si tanto la corrupcion del pecado, ¿cuánto la gracia y luz del Espíritu Santo? Si tanto, finalmente, el demonio atizador de malos amores, ¿cuánto más aquel divino Espíritu inflamador de los devotos corazones?

§ II.

Otras conjeturas de esta divina suavidad en los justos por el desprecio de lo temporal, y olvido de sus cuerpos.

Otro indicio tenemos de la grandeza de esta suavidad: que es la aspereza de innumerables monjes que moraban en los desiertos haciendo vida más que humana, de la cual se dijo algo en el capítulo pasado, y adelante se dirá mucho más. Ahora solamente diré una cosa que escriben, no solamente nuestros autores, sino tambien Filon, nobilísimo escritor y filósofo platónico, y de nacion judío; la cual no podrá dejar de poner admiracion á quien quiera que la leyere. Escribiendo él, pues, la vida santísima que hacían los fieles que habían creído de la circuncision (1), que adelante referiremos, entre otras cosas, dice que había algunos de ellos, que estaban tan llenos de Dios, y gozaban de tan grandes consolaciones en la contemplacion de las cosas divinas, que venían á estar las semanas enteras sin desayunarse, por estar sus almas

(1) Tract. de Vita contemplat.

tan grandemente recreadas y hartas con la suavidad de las consolaciones divinas, que la hartura de ellas redundaba en los cuerpos; y la alegría del espíritu era tan grande, que hacía no sentirse ni la flaqueza, ni el hambre del cuerpo. ¡Juzgue, pues, ahora el cristiano lector por este indicio, qué tan grande sería la felicidad y suavidad de un alma que aquí había llegado, y vea si hay razon para llamar á esta bienaventuranza comenzada, pues de tal manera henchía el seno y capacidad del hombre, que ninguna cosa más en esta vida deseaba, y aún de la flaqueza y necesidades naturales se olvidaba!

A este indicio añadiré otro, que es la renunciacion que leemos de muchas personas, las cuales, despues que fueron tocadas de Dios, despreciaron el mundo con todas sus pompas, galas y vanidades, y dejaron grandes estados, y patrimonios y muy honrosos casamientos, y abrazaron la cruz de la penitencia, y dejando el camino ancho del mundo, caminaron por la estrecha senda del Evangelio; y menospreciando los gustos de la carne, abrazaron y amaron la pureza de la virginidad sobre todas las cosas. ¡Qué virtud fué la que acabó con san Eduardo, rey de Inglaterra, que siendo mozo, y casando con una nobilísima y virtuosísima señora, determinasen ámbos de comun consentimiento de guardar perpetua virginidad, y que la mantuviesen y guardasen no por un año, ni dos, sino por toda la vida, comiendo y cenando juntos, y tratándose y amándose con entrañable aficion, pues la semejanza de los espíritus y de la vida es grande motivo y causa de amor! ¡Cuán llenos estaban aquellos corazones de las consolaciones del espíritu, pues así despreciaban los gustos de la carne! No tengo esta por menor maravilla que la de aquellos tres mozos que no ardieron en las llamas del horno de Babilonia, pues éstos, en medio del

fuego de la carne y de la juventud no se quemaban; porque la llama de otro mayor fuego que ardía en sus espíritus apagaba la de los cuerpos. Bien veo que de estos ejemplos hay pocos; mas de los que dejaron por Dios grandes estados, y casamientos, y patrimonios están llenas las historias y vidas de nuestros Santos. Y si áun en estos miserables tiempos que lamentamos, rodeásemos los ojos por solos estos reinos de España, hallaremos que muchas personas de nobles estados, así hombres como mujeres, menospreciando el señorío y las riquezas de la tierra, escogieron ser ántes despreciados en la casa de Dios, que vivir gozando y mandando en el mundo. Algunos de los cuales llegaron á tomar la vida pobre y áspera de religiosos descalzos, mudando la seda en sayal, y el señorío en servidumbre, y las riquezas en pòbreza, y la libertad en sujecion, y la vida regalada en vida áspera y estrecha. Torno, pues, á concluir: ¿cómo pudieran los hombres nacidos y criados en vida deliciosa despreciar todos los gustos y regalos de ella, si no estuvieran más regalados y satisfechos con los gustos y consolaciones del Espíritu Santo.

Pues este divino espíritu, que esencialmente es amor no criado cría en los corazones que están ya mortificados y dispuestos con el uso de las virtudes, una tan grande llama del amor divino, que muchas veces con una palabra sola, ó con un santo pensamiento se encienden en este amor: como leemos de Fray Egidio, uno de los compañeros de san Francisco, el cual muchas veces, con sólo oír esta palabra Paraíso, era arrebatado en espíritu. Porque los tales, despues de muy arraigado en sus almas el hábito de la caridad, están como una pólvora seca que una sola centella que caiga sobre ella, luégo se inflama.

§ III.

De los efectos que causa la alegría y suavidad espiritual.

Mas ¿quién podrá con palabras explicar los efectos que esta divina suavidad causa en las almas devotas? Porque primeramente de aquí les viene un santo hastío y odio de sus cuerpos; porque la necesidad y obligacion de mantenerlos les hace divertir de aquel ejercicio en que querían siempre permanecer. Y así leemos de uno de aquellos santos padres del yermo en la historia Eclesiástica, una cosa en parte graciosa, y es que comía andando. Y preguntado por qué hacía esto, respondió que el comer no era cosa que se había de hacer de propósito.

¿Qué diré de otros efectos de santos deseos que, como centellas vivas, saltan de este divino fuego? Porque los tales desean padecer trabajos, y derramar sangre por aquel Señor que tan dulce y tan amable se les muestra. Desean dar voces á todas las criaturas, para que vengan á beber de estas aguas de vida, de este vino y leche suavísima á que el Profeta nos convida (1), doliéndose en trañablemente de los que por su culpa pierden tan grande bien. Desean otros la soledad, y el apartamiento de las gentes, para gozar más enteramente y más sin impedimento de estos regalos y abrazos del Esposo celestial. Y así desean la noche para que con mayor silencio y quietud puedan, segun el Profeta nos aconseja (2), conversar con él, y pésales con el día como le pesaba al grande Antonio, por hallarse mejor para esto con las tinieblas y soledad de la noche que con la luz del día. Y como dicen los filósofos, que el movimiento natural es

(1) Isai., LV, 1.

(2) Psalm., cxxxiii, 2.

más ligero al fin que al principio, así cuanto más gozan de la presencia de Dios, tanto más desean verla, diciendo con el profeta (1): *¿Cuándo vendré y apareceré ante la cara de mi Dios?* Por lo cual, no sólo no temen la muerte, cuya memoria á muchos es intolerable, mas ántes desean con el Apóstol ser desatados, por verse con Cristo. Y así se dice de los tales que tienen la muerte en deseo, y la vida en paciencia.

Finalmente, tal es y tan copiosa esta divina consolación, que el cuerpo flaco y de carne no puede muchas veces sufrir la violencia y alegría de ella. Lo cual había experimentado la Esposa cuando decía (2): *Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque estoy enferma de amor.* Pues dirá alguno: ¿Por qué nuestro Señor recrea muchas veces las almas con tales consolaciones, que la flaqueza del sujeto no las pueda soportar? A esto se responde, que nuestro Señor se há en esta parte con sus familiares amigos como un rey que convida á otro rey, al cual manda servir con una mesa llena de muchas diferencias de manjares, no porque piense que él pueda comer de todos ellos, sino para mostrar la voluntad que tiene de honrarle con aquella rica mesa. Pues esto mismo hace nuestro Señor con sus familiares amigos de este convite espiritual para mostrar el deseo que tiene de consolarlos y alegrarlos, y para mostrar cuánto más los alegraría si la flaqueza del sujeto lo sufriese. Mas no por eso ellos han de tomar más de aquello que la complexion del cuerpo puede sufrir.

Sobre todos estos deseos, acordándose que este Señor, á quien tanto aman y desean agradar, siendo rico se hizo pobre por ellos, y así nació, vivió y murió con suma po-

(1) Psalm., xli, 3.

(2) Cantic., ii, 5.

breza, vienen á enamorarse tanto de esta virtud, y parecerles tan hermosa, que no hay avariento en el mundo á quien tan hermoso parezca el oro, como á ellos la pobreza, por haber sido tan amada del Señor de todo lo criado. Y así ellos la abrazan, y procuran vestirse de ella y aborrecen toda superfluidad y demasía de las cosas no necesarias. Y por la misma razon, viendo al mismo Señor cercado de tantos trabajos, desean ellos tambien padecer trabajos por él y alégranse, y dánle muchas gracias cuando se ven en ellos; porque saben cuánto le agrada el siervo que padece de buena gana trabajos por su Señor. Pues todos estos deseos son centellas vivas que saltan del fuego de la caridad, y de la divina suavidad, como ya dijimos.

Nada de esto parecerá increíble á quien hubiere leído en Aristóteles que la contemplacion de Dios y de las cosas altas y divinas por poco, que alcancemos de ellas, es de grande suavidad; y que esto es hacerse el hombre en su manera participante de la felicidad de Dios: la cual no es otra que estar siempre contemplando su misma hermosura. Pues si esta contemplacion natural de las cosas divinas, alcanzada por medio de las criaturas, sin fundamento de fe, ni de gracia, ni de caridad, ni de santidad de vida, tanta suavidad traía consigo, ¿cuál será aquella donde todas estas cosas juntas concurren; y sobre todo particular luz y fuego del Espíritu Santo, que así quiere recrear las almas que por su amor dieron libelo de repudio á todos los gustos y bienes del mundo?

§ IV.

Responde á una tácita objecion.

Mas dirá por ventura alguno: yo confieso ser verdad todo lo dicho; porque las razones y autoridades que ha-

béis alegado, claramente lo prueban. Mas esos grandes favores no son comunes á todos, sino á los que de todo su corazon se entregaron á Dios, desechados todos los gustos y regalos del mundo: que es cosa de pocos. A esto primeramente respondo, que por lo dicho se prueba la excelencia de la Religion cristiana. Porque si, como ya vimos, el oficio y fin de la verdadera y perfecta ley es hacer á los hombres buenos y bienaventurados, lo cual esta ley hace tan perfectamente como está aprobado, síguese que esta es la más perfecta ley de cuantas ha habido en el mundo.

Lo segundo digo, que aunque estos grandes favores y consolaciones sean para personas muy espirituales; pero tambien tiene nuestro Señor otros proporcionados para la capacidad y virtud de cada uno. Para lo cual es de notar, que así como el que va á coger agua del mar, cuanto mayor vaso lleva tanto más agua coge, así el alma que se llega á nuestro Señor, que es un mar de infinita suavidad, miéntras más dispuesta y más purgada estuviere de la aficion y apetito de las cosas sensuales, más gustará de esta suavidad. Porque, como dice san Agustin (1), Dios es sapiencia del alma purgada, dando á entender por esta palabra, que como es necesario que el paladar esté libre de malos humores para que tenga gusto de los manjares corporales, así tambien lo es que lo esté el paladar de nuestra alma para gustar de los espirituales. De aquí, pues, se infiere que segun la mortificacion que el alma tuviere de los gustos del mundo, así participará de las consolaciones del Espíritu Santo: si poco, poco; y si mucho, mucho. Y por esto no puede faltar la alegría de la buena conciencia á los que se determinan de guardar los mandamientos de Dios; como lo declara san Agustin

(1) De Doctrina Christiana, lib. 1, cap. 10, 11, 12.

por estas palabras (1): Tú que buscas verdadero descanso, el cual se promete á los cristianos en la gloria, sábetelo que gustarás la suavidad de él entre las molestias y amarguras de esta vida, si guardares los mandamientos de aquel que lo prometió. Porque muy presto hallarás por experiencia que son más dulces los frutos de la virtud que los del pecado; y más alegremente gozarás de la suavidad de la buena conciencia entre las tristezas de esta vida, que de la mala entre los deleites de ella. Y sobre el Génesis dice él mismo (2), que la alegría de la buena conciencia es un paraíso. Por donde la Iglesia, en aquellos que templada, y piadosa y justamente viven, se llama paraíso de deleites; el cual florece con abundancia de gracia y castos deleites.

Con esto tambien se junta que á la entrada de este camino suele nuestro Señor hacer muy buen tratamiento á los que de nuevo entran á servirlo: como lo vemos representado en el recibimiento del hijo pródigo (3). Porque, como sabio y piadoso Padre, entiende que no podrá un hombre habituado á los gustos y vicios del mundo abrazar luego la cruz de la penitencia, si no fuere cebado y recreado con otros gustos mayores. Por tanto, ya que se determinó de llamarlo á su servicio, tambien se determinó de proveerle de todo lo necesario para efectuarse este llamamiento; pues sus obras son perfectas y acabadas, y no las comienza ni abre los cimientos sino para cargar sobre ellos el edificio. Conforme á lo cual dice san Gregorio (4), que al principio de la conversion hay halagos y dulzuras, y en el medio batallas y tentaciones;

(1) Aug. de Cath. rudibus. cap. 16, in fin.

(2) Aug. de Genes. contra Manich. lib. 2, cap. 9, et ad lit. lib. 11. cap. 40. et epist. 57.

(3) Luc., xv, 20-32.

(4) Greg. in lib. 24, Moral. cap. 13.

mas en el fin la perfeccion de una hermosa victoria de las batallas pasadas. La causa de estas consolaciones que reciben los principiantes es la novedad y grandeza de los misterios que comienzan á ver con la nueva luz que les dan, de los cuales ántes no tenían más que un conocimiento muerto, como tambien era muerta la fe de ellos. Mas ahora con esta luz es tan grande la alegría y admiracion de ver cosas tan admirables, que hasta entónces no habían conocido, que no acaban ni de maravillarse de cosas tan grandes como las que contienen los misterios de nuestra fe, ni de alegrarse de ver las nuevas mercedes que de nuestro Señor reciben. Esto acaece tambien en las cosas humanas. Quien nunca salió de una aldea, cuando entra en Venecia, ó en otra insigne ciudad, no acaba de maravillarse de cosa tan nueva y tan hermosa; mas en el que ya la vió muchas veces, cesa esta admiracion, porque cesó tambien la novedad. Pues esto mismo acaece á aquellos cuyos ojos nuestro Señor abrió para ver la hermosura y grandeza de su casa. Finalmente, por muy poco que sea lo que se da, son tan grandes los pocos de Dios, que sobrepujan todos los muchos del mundo. Por lo cual dijo David (1): *que valia más un poquito de lo que Dios da al justo, que las grandes riquezas de los pecadores*. Y su hijo Salomon dice (2): *Que más vale un poquito con temor de Dios que tesoros grandes é insaciables*.

Estos dos efectos tan nobles de la Religion cristiana, que son la bondad y felicidad que en estos dos capítulos precedentes hemos explicado, prueban claramente ser ella verdadera. Porque no lo siendo, se seguiría que una de las mayores mentiras y blasfemias del mundo era causa

(1) Psalm., xxxvi, 16.

(2) Prov., xv, 16.

de la mayor bondad y felicidad que hay en el mundo. Porque como todo el fundamento de ella sea confesar que Cristo es verdadero hijo de Dios, no siendo esto así, nuestra fe confesaría una de las mayores falsedades y blasfemias del mundo, creyendo en un hombre que se hacía Dios sin serlo: que es la mayor falsedad, y maldad, y blasfemia de cuantas el entendimiento humano pueda imaginar. Pues siendo esto así, ¿cómo era posible que de la mayor maldad y blasfemia del mundo procediese la mayor bondad y felicidad de cuantas se han visto en el mundo, siendo verdad que la maldad no puede parir sino maldad, y que tan noble efecto no era posible proceder de tan mala y tan abominable causa?

CAPÍTULO XII.

DE LA DÉCIMA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE ES HABER DESTERRADO LA IDOLATRÍA DEL MUNDO: QUE ES EL PRIMER TRIUNFO DE CRISTO.

Estos dos efectos de la Religion cristiana, que son hacer á los hombres buenos y bienaventurados en su manera, pertenecen á personas particulares; otros hay generales que tocan á todo el mundo, ó á alguna principal parte de él. Los cuales llamamos triunfos de Cristo, porque él triunfó del demonio y triunfó del mundo, y asimismo triunfó de los que le procuraron la muerte. Los cuales son tambien efectos principales de la Religion cristiana y gloriosísimos triunfos de Cristo. De los cuales se trata más á la larga en la cuarta parte de esta escritura, donde juntamente se ponen las profecías que denunciaron mucho ántes estos triunfos y se declara la grandeza de ellos. Mas en este lugar donde tratamos de las excelen-

cias y efectos de la Religion cristiana, será necesario decir algo brevemente de ellos.

Es, pues, ahora de saber que el mayor mal que ha habido en el mundo despues que Dios lo crió y el más antiguo, y más universal, y más injurioso de la divina Majestad, y causador de mayores males, fué el pecado de la idolatría. Todos estos males tenía este grande mal. Ca primeramente era muy antiguo, porque comenzó luégo desde el diluvio, como santo Tomas dice (1). Mas no falta quien diga que tambien reinó ántes del diluvio. Porque si era tan universal la corrupcion del mundo (2), como la Escritura dice, y como lo muestra aquel castigo tan universal del mismo diluvio, parece que la luz del entendimiento humano había de estar muy apagada para el conocimiento de Dios, y que él había de permitir que perdiesen la luz los que tenían tan estragada la vida; porque éste suele ser el castigo de grandes pecados, cuales eran los de aquel tiempo.

Era tambien este pecado, demas de ser tan antiguo, tan universal, que sacado un riconcillo de Judea, donde había un rayo de luz para conocer el verdadero Dios, todo el resto del mundo, todas las islas del mar, y finalmente, todo lo que mira y cerca el sol, estaba oscurecido y contaminado con esta mortal pestilencia.

Era tambien este pecado el más injurioso de la divina Majestad de cuantos hay. Porque esto era quitar á Dios su silla, y asentar en ella al demonio su capital enemigo, y tomar la corona real de su divinidad, y ponerla en la cabeza de Satanas, que en los ídolos era adorado. Y junto con los ídolos vinieron de lance en lance á tanta ceguedad, que adoraban los animales brutos, y las aves, y las

(1) 2. 2. quæst. xciv. art. 4 ad 2.

(2) Gen., vi, 5.

serpientes, como el Apóstol dice (1), y los dragones, como se escribe en Daniel (2). Callo otros feísimos, deshonestísimos y abominables dioses que adoraron, de los cuales trataremos adelante.

Pues pregunto ahora, ¿cuál había de ser la vida, cuáles las costumbres de los que tales dioses adoraban? Porque aquí señaladamente se mostraba la severidad de la justicia divina, permitiéndole que los tales adoradores cayesen en todos los despeñaderos de vicios y abominaciones que se pueden imaginar: los cuales refiere el Apóstol en el primer capítulo de la epístola escrita á los romanos, como adelante veremos.

Pues ¿qué diré de los sacrificios que se ofrecían á estos ídolos (3)? De los cuales unos eran deshonestísimos, como los que se hacían á honra de la diosa Vénus y de la diosa Flora; otros eran furiosos, como los que se ofrecían al dios Baco, que era dios del vino, que llamaban bacanalía; otros eran cruelísimos, de que hace mención la santa Escritura (4), donde los padres, despojados del amor natural, que hasta las bestias tienen á sus hijuelos, sacrificaban á sus mismos hijos y los pasaban por el fuego como hizo Manases (5), rey de Judea.

Pues si tantos males traía consigo esta pestilencia, y esto no en un reino ó provincia, sino en todo el universo mundo, síguese que el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar de él un tan grande mal. Pues este tan grande beneficio se debe á la Religión cristiana y á la virtud y omnipotencia del Salvador: el cual, por el ministerio de unos rudos y pobres pescadores, ha-

(1) Rom., I, 23.

(2) Dan., XIV, 22.

(3) Aug. de Civit. Dei, lib. VI, cap. IX, et 7. Item. lib. II cap. 26.

(4) Psalm., cv, 35-37.

(5) IV Reg., XXI, 2. Paral., XXXIII, 6.

tallando continuamente, no con armas de hierro, sino con la virtud del Espíritu Santo, á pesar de todo el mundo, desterró esta pestilencia de él. Estos, pues, asolaron los templos de los ídolos, derribaron sus altares, quemaron, y despedazaron y arrastraron sus ídolos, y derribaron de su trono al príncipe de este mundo, que en todo él era adorado.

Y fué así que continuándose en estos tiempos por una parte la predicacion del Evangelio y por otra la furia de los tiranos contra la Iglesia, sucedió el negocio de tal manera, que cuanto más procuraban los tiranos extinguir el nombre de Cristo y el número de los cristianos, martirizando cada día millares de ellos, tanto más ellos crecían y se multiplicaban, como refieren las historias de la Iglesia. Y si algun incrédulo pusiere sospecha en ellas, no la puede poner en Plinio segundo, que era gentil: el cual siendo gobernador de una provincia y viendo la muchedumbre de cristianos que cada día se mataban, escribió al emperador Trajano una carta, que hoy día anda entre las otras suyas, dándole cuenta de la mucha gente que cada día moría sin cometer delito alguno contra las leyes romanas: la cual con todos los tormentos que padecía, crecía tanto que cada día se disminuían más los sacrificios y culto de los ídolos. Lo susodicho es de Plinio: el cual en estas palabras abiertamente confiesa la disminucion del culto de los ídolos y la muchedumbre y constancia de los cristianos que padecían por la fe. De modo que, como se escribe del reino de Isboseth, hijo de Saul (1), y del de David, que aquél cada día iba en disminucion, y el de David en crecimiento, haciéndose de cada vez más fuerte con el favor de Dios, hasta que finalmente el reino de Saul se acabó, y el de David permaneció y quedó victo-

(1) II Reg., III, 1.

rioso y solo, así el reino del príncipe de este mundo, que es el demonio que en todos ídolos era adorado, quedó destruído y aniquilado; y el de Cristo extendido por el mundo de tal manera, que en tiempo del emperador Constantino los mismos sacerdotes de los ídolos, viendo sus dioses tan caídos, entregaban los ídolos que tenían en gran estima y veneracion. Y á los que ántes llamaban los rayos de Júpiter, sacaban por sus manos de los subterráneos y escondrijos donde los tenían; y lo que ántes era negado á los ojos del pueblo y solamente concedido ver á los sacerdotes, de ahí adelante era hecho comun y despreciado de todos como cosa vilisima. Otras muchas estatuas hechas de metales preciosos fueron derretidas, y acuñadas, y hechas moneda para el provecho comun de los pueblos. Otras estatuas hechas de cobre de muy hermosas labores, fueron llevadas á Constantinopla para hermostear la ciudad, puestas en lugares públicos por las calles, y en el lugar de las representaciones, y en las casas reales: conviene á saber, Picias el adivino, Apolo y las musas Helicónides y las mesas de Apolo Delfico, y los templos fueron despojados, unos de las puertas, otros de los ricos maderamientos; otros dejaban despreciados y hacían de ellos muladares, y poco á poco se caían. Porque sabemos que entónces se destruyeron y del todo cayeron en Egea de Cilicia el templo de Asclepio, y en Aface, cerca del monte Líbano y del río Adon, la casa de Vénus: el uno y el otro templo insignes y muy estimados por sus devotos.

Mas á este propósito será razon escribir el fin que hubo aquel magnífico templo de Sérapis, grande dios de los egipcianos, que está en Alejandria; y muchos habrá, dice Eusebio, que le hayan visto. Está edificado en alta cumbre, levantada no por naturaleza, sino por artificio,

más de cien gradas en alto; por todas partes cuadrado y de grande y espaciosa anchura, edificado de bóvedas por dentro hasta el más alto aposento. En lo alto tenía muchas y muy abiertas ventanas, y en lo bajo subterráneos para diversos usos y ceremonias de sus abominables sacrificios, y en medio repartidas muchas salas, y cuerdas, y retretes, donde posaban los guardas del templo. Por defuera estaba todo el sitio cercado en cuadro de portales. En medio de todo el edificio estaba una cámara sustentada con preciosas columnas y labrada de dentro y fuera magníficamente de mármol; y las paredes aforradas con planchas de oro, y sobre éstas otras de plata, y después otras de cobre para que guardasen los más preciosos metales. Dentro de la cual estaba el ídolo de Sérapis, tan monstruoso de grande, que con la mano derecha tocaba en una pared y con la izquierda en la otra. El cual se decía que era labrado de todos los metales y maderas que se crían en la tierra; y sobre la cabeza tenía una medida de trigo. Otras muchas cosas tenían los antiguos fabricadas en el mismo lugar, para hacer atónitos á los miserables, que ahora sería largo de contar. Y para más encarecer sus blasfemas fantasías, habían echado fama los sacerdotes paganos, que si alguna mano de hombre tocasse en la sobredicha estatua, luégo la tierra se abriría, y el cielo se hendería y caería á pedazos, la cual fama tenían algunos creída, y otros á lo ménos temían y recelabanla. Pero un caballero, más armado de fe que con loriga, arrebató una hacha, y con toda su fuerza de un golpe derribó la mejilla del falso dios que encantaba los hombres. Entónces el un pueblo y el otro alzaron un gran alarido; mas ni se cayó el cielo ni se abrió la tierra: antes el caballero, prosiguiendo lo comenzado, hizo rajas el madero podrido, y derribándole en el suelo, y poniéndole

fuego, y levantando la llama todo fué uno. Pero no le consumieron todo, mas hicieron una sarta de los piés, y de las manos, y de la cabeza, con su medio celemin encima, y trajéronle arrastrando por su devota Alejandría; y despues á vista de todo el pueblo le volvieron en ceniza. Hecho esto volvieron al tronco que quedaba, y acabaron de quemarle en el lugar público donde se hacían los juegos y representaciones. En este tiempo, como refiere la historia Tripartita, mandó el emperador Teodosio á Teófilo, obispo de Alejandría, que destruyese los templos de los gentiles, lo cual él cumplió de buena gana. Y así, despues de la quema de Sérapis, fundieron otros ídolos de metal é hicieron de ellos bacías, y calderas, y otros vasos para servicio de las iglesias y mantenimiento de los pobres. Pero fué de esta manera, que aunque á todos los otros dioses hicieron pedazos, tuvieron respeto á la diosa Mona. Porque á ésta mandó Teófilo, obispo, que guardasen sana y la pusiesen en lugar público, para que no pudiesen negar los paganos en los tiempos venideros, cuáles eran los dioses que adoraban. Y acuérdomé, dice este historiador, que Amonio, gramático, que era su sacerdote, de quién yo aprendí gramática siendo muchacho, sintió en gran manera esta injuria, y nos decía que ninguna cosa había tanto llegado al alma de los gentiles, como no haberse deshecho el ídolo de la diosa Mona como los otros, más haberse guardado por escarnio de ellos. Y aquí vemos á la letra cumplido lo que el Señor tantos años ántes había profetizado diciendo (1): *Ahora se llega el juicio del mundo. Ahora el Príncipe de este mundo ha de ser echado fuera de él. Y si yo fuere levantado de la tierra*, esto es, puesto en una cruz, *todas las cosas traeré á mí*. Este, pues, fué el primer triunfo de la Religion

(1) Joan., xii, 31 et 32.

cristiana contra el demonio y contra todo su poder, mediante la virtud de Cristo: el cual de tal manera deshizo y aniquiló aquellos dioses de los gentiles, que hoy día no hay rastro ni memoria de ellos. Y así se cumplió aquella profecía de Zacarias (1), en la cual promete Dios *que destruirá los nombres de los ídolos de la tierra, y que no habría más memoria de ellos*; ¿qué se hizo, pues, aquel tan nombrado Júpiter? ¿qué es de Vénus? ¿qué es de Latona? ¿qué es de Apolo? ¿qué es de Cupido y de Baal, con todos los otros ídolos, tan reverenciados de los emperadores? ¿qué se hicieron? ¿dónde están? ¿en qué vinieron á parar? ¿qué se hizo toda aquella flota de dioses, que eran casi tantos como todas las provincias del mundo? Pues ¿quién no exclamará aquí? ¿quién no alabará á aquel Señor que tan gran beneficio nos hizo, pues de tan grande y tan universal mal nos libró? ¿quién, finalmente, no engrandecerá la omnipotencia del Crucificado, que así pudo limpiar la tierra, así pudo purgar el mar, así pudo santificar el aire inficionado con el humo de los sacrificios malvados y desterrar de todo el universo esta pestilencia mortal? ¿que así pudo abatir los dioses adorados y reverenciados de todas las gentes y ponerlos debajo de los piés de unos pescadores? Pues ¿quién no conocerá ser mayor que todo el mundo, quien así lo pudo sojuzgar?

CAPÍTULO XIII.

DE LA UNDÉCIMA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE CONTIENE EL SEGUNDO TRIUNFO DE CRISTO, POR EL CUAL TRIUNFÓ DEL MUNDO, Y DE TODOS LOS MONARCAS DE ÉL.

Despues de este primer triunfo, que fué del demonio, síguese otro no ménos glorioso, que fué del mundo y de

(1) Zach., XIII, 31 et 32.

todos los monarcas y principes de él: los cuales todos tomaron las armas, y conjuraron contra el reino de Cristo. De lo cual se maravilla el Profeta luégo al principio de sus Salmos, diciendo (1): *¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Juntáronse los reyes de la tierra, y los principes se aliaron con ellos para hacer guerra al Señor, y á su Cristo, rey ungido.* Y dice esto el Profeta, porque vió en espíritu que todas las gentes, todas las naciones, así bárbaras como políticas con todos sus reyes y principes, incitados y sopladados por los demonios que en los ídolos eran adorados, se habian de levantar y conjurar en uno en defensa de sus dioses, contra el nuevo reino de Cristo. Y esta batalla duró no por una breve temporada, sino por más de doscientos años, en catorce bravísimas persecuciones que la Iglesia padeció en tiempo de catorce reyes, segun la cuenta de san Agustin en el libro diez y ocho de la Ciudad de Dios. Porque diez persecuciones son las que comunmente se cuentan levantadas por diez emperadores romanos. La primera de Neron, en la cual padecieron san Pedro y san Pablo, con otros innumerables mártires. Porque el ejemplo de todas las crueldades y deshonestidades, Neron, mandó pegar fuego á Roma por su pasatiempo; y para excusar el odio y envidia de tan grande crueldad, echó fama que los cristianos lo habian hecho. Y para dar color á esta falsedad, mandó matar cuantos cristianos se pudieron hallar en Roma con cruelísimos tormentos. Esta, pues, fué la primera de las diez persecuciones. La segunda fué de Domiciano, en cuyo tiempo fué desterrado san Juan Evangelista, y echado en la tina de aceite hirviendo. La tercera fué de Trajano, en cuyo tiempo padecieron tres santísimos pontífices: Clemente, discípulo de san Pe-

(1) Psalm., II, 1 et 2.

dro, y Policarpo é Ignacio, discípulos de san Juan. La cuarta de Antonino Vero. La quinta de Severo. La sexta de Maximino. La séptima de Decio, que martirizó á san Lorenzo, y fué muy cruel. La octava de Valeriano. La nona de Aureliano. Y la décima, y muy cruel, la de Diocleciano y de Maximiano. Estas diez persecuciones fueron ántes del imperio de Constantino, que fué cristianísimo. A estas diez añade san Agustin la de Juliano Apóstata, que fué la más perniciosa de todas; porque buscó otras nuevas artes para perseguir los cristianos, privándolos de todas las honras, y favores, y estudios de buenas disciplinas, y con otras invenciones que el demonio le enseñaba.

Otra fué del emperador Valente, arriano, que cruelísimamente persiguió los católicos, y entre ellos pretendió matar al gran Basilio, obispo de Capadocia, amenazándole por medio de un presidente suyo con la muerte si no seguía la secta arriana; al cual respondió el santo varon: pluguiese á Dios tuviese yo alguna joya para dar á quien sacase á Basilio de esta vida. Y dándole aquella noche de plazo para que deliberase lo que había de hacer, dijo: Yo mañana seré el mismo que ahora soy: plega á Dios que tú no te mudes de lo que ahora dices. Todas estas persecuciones fueron de emperadores romanos. Otra fué de Sápór, rey de los persas, que adoraba el sol: el cual era muy poderoso, y muy grande enemigo del nombre de Cristo, y así levantó contra él una grande persecucion, en la cual murieron muchos santos, obispos, sacerdotes, diáconos, y muévas vírgenes consagradas á Cristo, y muchos de otros estados más bajos, cuyo número llegó á diez y seis mil mártires gloriosos, que con diversas maneras de tormentos fueron coronados. Antes de estas persecuciones cuenta san Agustin por la primera la de Judea,

en la cual Santiago el Mayor, por mandado de Herodes, fué degollado, y el Menor despeñado, y san Pedro preso, y san Estéban apedreado, y san Matías apóstol herido y apedreado, y finalmente, toda la Iglesia de Judea perseguida por san Pablo, que entraba por las casas, y sacaba los fieles, y poníalos en las cárceles, donde les hacía padecer por la fe lo que él por ella despues padeció. Estas fueron las persecuciones de la Iglesia, y estos los tiranos que cruelísimamente la perseguían.

Pues para tratar ahora de la grandeza y gloria de este triunfo, era menester, no elocuencia de hombres, porque ésta no basta, sino de ángeles, para declarar por una parte la furia y rabia de los tiranos, y las invenciones nunca vistas ni imaginadas de crueldades con que atormentaban los santos, y por otra la fortaleza, la constancia, el esfuerzo de los mártires en medio de tan crueles tormentos. Porque los tiranos no pretendían matar, porque muriendo los santos y perseverando en la firmeza de su fe, quedaban ellos vencidos y los mártires vencedores, sino querían apretarlos con tantas crueldades, que viniesen á adorar sus ídolos. Y para esto buscaban mil invenciones de tormentos, y repetíanlos unos sobre otros, hasta que á los verdugos faltaban fuerzas para atormentar, y á los mártires carnes en que recibir los tormentos. Y con todo esto consumidos ya los cuerpos, estaban los espíritus tan enteros en la confesion de la fe, que sufrían los tormentos, no sólo con paciencia, sino tambien con alegría, escarneciendo de los tiranos, y burlando de sus amenazas. Y todo esto padecían, por no cometer un sólo pecado mortal negando á Cristo con solo la palabra, y no con el corazon: del cual pecado al punto se podían arrepentir, y alcanzar perdon como san Pedro lo alcanzó (1) acabando

(1) Matth., xxvi, 75.

de negar. Y esta persecucion no fué en una ciudad, ó en un reino solo, porque no hubo lugar ni rincon en la tierra que no fuese bañado con sangre de mártires, especialmente Roma, Alejandría, que era grande honradora del ídolo de Sérapis, donde padeció santa Catalina mártir, en Antioquía, en Nicomedia, en Cesárea de Capadocia, y en Cesárea de Palestina, en Ponto, en Helesponto, en Africa, en Egipto, en Cartago, en Zaragoza, donde padecieron los diez y ocho mártires, que celebra Prudencio: en París, donde fué martirizado san Dionisio con sus compañeros; en Milan, donde lo fué san Sebastian; en Siracusa, en Catania, donde padecieron santa Agueda, y santa Lucía, y santa Ines; en Bitinia, en Acaya, en Esmirna, en Tébas, y finalmente, en todas las provincias del imperio romano, que tenía el cetro del mundo desde el tiempo de Augusto que *mandó describir todas las gentes* (1). Y así como los lugares eran muchos y diversos, así lo eran las diferencias de las personas que padecían; porque no sólo eran hombres robustos, ó de naciones bárbaras, que no temen la muerte, sino de toda suerte de personas, y de todas las edades, de viejos, de niños, y de personas nobles y ricas, y sobre todo de vírgenes delicadísimas, que, con fortaleza más que varonil, sufrían tormentos nunca pensados; y de las mujeres dice Cipriano que eran más fuertes en padecer que los hombres en atormentar.

§ I.

Cómo de todas suertes de estados con insaciable rabia perseguían el nombre de Cristo: infiérese su mayor triunfo.

Es tambien de notar, que no sólo los emperadores por el celo que tenían de su imperio, creyendo que sus dioses

(1) Luc., II, 1.

se lo habían dado, sino tambien el pueblo y la gente menuda ardían con el mismo odio contra los cristianos, por ser destruidores del culto y templos de sus dioses. De lo cual, entre muchos ejemplos, contaré uno solo (1): En la ciudad de Gaza, Zenon y Nectario, hermanos, no ménos en el espíritu que en la carne, con ardiente celo de la fe destruyeron los templos de los ídolos que allí había. Contra los cuales se ensañaron en gran manera los moradores de esta ciudad, y presos con graves prisiones, los azotaron. Despues, juntándose en el lugar de sus representaciones, con desordenadas voces los acusaron que habían destruído sus templos, y que otras muchas cosas habían hecho en injuria de sus dioses en los tiempos pasados. Y encendiéndose unos á otros, como se suele hacer, corrieron á la cárcel y sacándolos los mataron cruelmente, arrastrándolos unas veces boca arriba, otras veces por las espaldas, é hiriéndolos continuamente con palos, y piedras y azotes. Oí que las mujeres salían de sus casas, y las lanzaderas de sus telares arrojaban para herirlos: y que los cocineros de las casas comunes, unos echaban sobre ellos agua hirviendo, otros las ollas que cocían, otros barrenaban sus cuerpos con asadores. Pero como ya los despedazasen y quebrasen las cabezas, tanto que los sesos les echaron en tierra, sacáronlos fuera de la ciudad do suelen echar las bestias muertas, y quemando allí sus cuerpos, algunos huesos que quedaron mezclados con las calaveras de los camellos y de los asnos, porque con dificultad se pudiesen hallar. Pues de esa manera, y con esta furia y rabia perseguían los gentiles, inspirados por los demonios que moraban en los mismos ídolos, á los que destruían esta falsa religion. En lo cual es mucho para considerar, que destruyendo los filósofos

(1) Euseb. in Eccle. Hist.

epícuros todo género de religion (1), porque negada la inmortalidad de las almas y la divina Providencia, afirmando que Dios ninguna cuenta tenía con las cosas humanas, no había para qué aprovechase la religion, y con todo esto, nunca persiguieron ni á él ni á sus discípulos: ántes fué tan recibida esta falsedad, que traían su nombre esculpido en los anillos y tazas de plata, y afirmaban que éste solo entre los filósofos había alcanzado la verdad, y librado los hombres de vanos temores y miedos de los dioses. La causa de esto fué, porque nada se le daba al demonio que creyesen al Epicuro, porque tan suyos eran los que le creían como los que le adoraban. Mas recibir la fe y Religion cristiana, era lo que á él desterraba del mundo, y sacaba las almas de su poder: lo que no hacía el Epicuro.

Mas volviendo al propósito, con toda esta furia y rabia de persecuciones que se levantaron contra la Iglesia, ella quedó vencedora, y triunfó gloriosamente de todos los enemigos que con tanta fiereza la perseguían; y los tiranos con sus dioses quedaron postrados por tierra, y el Crucificado quedó victorioso y señor del campo: él adorado por verdadero Dios, y los falsos dioses acocados y quemados, y echados en los muladares, como arriba contamos. Y aquí se cumplió aquella promesa del Padre Eterno, el cual, hablando con su Hijo, y con su Iglesia por Isaías, dice (2): *Confundidos y avergonzados quedarán todos los que pelearon contra tí. Serán como si no fuesen, y vendrán á ser destruidos los que tomaren armas contra tí. Buscarás á los que te fueron rebeldes, y no los hallarás.* De esta manera, pues, perecieron y se desvanecieron todos los reyes y tiranos que pretendían extin-

(1) August. de Civit. Dei, lib. 18. cap. 41.

(2) Isai., xli, 11 et 12.

guir el nombre de Cristo y su Religion. Esto nos figura aquella estatua que vió en sueños Nabucodonosor (1), compuesta de diversos metalés, que significaba los cuatro principales reinos y monarquías del mundo. Pero una piedra cortada de un monte sin manos, dió en la estatua y la hizo pedazos; mas la piedra creció tanto, que vino á hacerse un tan grande monte que hinchíó el mundo. Por la cual piedra todos los doctores, así hebreos como latinos, entienden el reino de Cristo, que se había de extender y dilatar por toda la tierra. De modo que aquella soberbia Roma, que mandaba el mundo, y crucificó á san Pedro, está ahora sujeta á los sucesores de san Pedro, como á vicarios de Cristo. Y los emperadores que impugnaban este glorioso nombre, vienen ahora á ser coronados, y besar el pié á este su vicario. Y así se cumple aquella promesa del Padre Eterno á su santo Hijo, al cual dijo (2): *Asiéntate á mi diestra, hasta que pongas á tus enemigos por escabel de tus piés*. Pues ¿quién no se maravillará de este tan glorioso triunfo? ¿quién pensará que los cristianos, que en aquel tiempo eran los más abatidos y despreciados del mundo, habían de venir á ser señores de Roma, y tener los emperadores á sus piés? ¿quién no verá que no se pudiera hacer esto, sino interviniendo aquí el brazo poderoso de Dios?

§ II.

De tres cosas que se han de considerar en este triunfo, y de las armas con que se consiguió.

Mas en este triunfo de los ídolos y de los tiranos que los defendían hay tres cosas de grandísima admiracion, y

(1) Daniel, II, 31-45.

(2) Psalm. CIX, 1 et 2.

dignas de grande consideracion. La primera es, que el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar la idolatría de él, como ya dijimos. La segunda, que esta obra fué la más reñida y más contradicha de acabar de cuantas jamás se vieron en el mundo. La tercera, que esta victoria se alcanzó por el más alto medio de cuantos imaginarse pudieran, y más digno de la gloria de Dios. Pues cuanto á lo primero, que es haber sido este el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, pruébase, porque, segun reglas de filosofía, tanto es un bien mayor, cuanto nos libra de mayor mal, y tanto este bien es más divino, cuanto es más universal. Pues ¿qué mayor mal que el pecado de la idolatría? Y ¿qué mayor bien que librar á todo el mundo de ella?

Lo segundo, que esta empresa fuese la más dificultosa de cuantas ha habido, pruébase por la contradiccion de doce emperadores romanos, señores del mundo, y de otros reyes, los cuales defendían la idolatría con tales tormentos y crueldades, que, como dice Cipriano, para el cuerpo de un mártir había más tormentos que miembros. Con lo cual se junta el tiempo que esta batalla duró, que fueron doscientos y tantos años, como ya dijimos.

La tercera cosa, no ménos admirable, fueron las armas con que estos valientes caballeros de Cristo pelearon. Porque no fueron lanzas, ni espadas: no dar licencia para vicios y deleites, no dádivas grandes que suelen corromper los ánimos, no elocuencia de oradores, no ciencia de filósofos, no favores de reyes y emperadores. Pues ¿con qué armas pelearon? Con armas de virtudes admirables, con fe firmísima, con caridad encendidísima, con fortaleza invencible, con paciencia inexpugnable, con maravillosa constancia, con suma lealtad para con su Criador y emperador. Pues con estas armas de perfectísimas virtudes ven-

cieron los mártires todo el poder del mundo y del infierno, y defendieron la fe y la Iglesia de la furia de los tiranos.

La fortaleza y armas de estos nobles guerreros describe la Esposa en los Cantares, cuando dice (1): *La camilla de Salomon cercan sesenta fuertes de los más esforzados de Israel, los cuales tienen sus espadas en las manos, y son muy diestros en pelear; y cada uno tiene su espada sobre el muslo por los temores de la noche.* Todo esto es místico, todo espiritual, como todo lo demás de estos Cantares. Pues esta camilla es la santa Iglesia, en la cual dulcemente duerme y reposa en las almas de los justos aquel Esposo celestial, *que tiene sus deleites con los hijos de los hombres* (2). Y llámase camilla á diferencia de aquella cama real que él tiene en los palacios celestiales, donde reposa en aquellos espíritus soberanos. Pues esta camilla de la Iglesia cercó y defendió él del furor y armas de los hombres y de los demonios con la fortaleza de los mártires, los cuales, como caballeros esforzados la defendieron, confesando la fe, y burlando de los tiranos y de todas sus amenazas, que eran los temores de la noche, causados por el príncipe de las tinieblas. Por lo cual estaban estos nobles caballeros apercebidos con estas armas espirituales de las virtudes que dijimos para defenderla. Y para mostrar cuán á punto de guerra estaban para esta defensa, no se contentó la Esposa con decir que tenían las espadas en las manos, sino añade más, que las tenían sobre los muslos, como quien está á punto de desenvainar. Este era el ejercicio y apercebimiento de los fieles de aquella dichosa edad. Por lo cual dice Tertuliano que no se espantaban en aquel tiempo los cristianos, ni extrañaban las persecuciones de los tiranos. Porque desde el día

(1) Cant., III, 7 et 8.

(2) Prov., VIII, 31.

que determinaban serlo, se estaban apercibiendo con estas armas para el tiempo de la batalla.

Viendo, pues, los emperadores esta constancia, y considerando que nada acababan por esta vía con los santos, y que ellos quedaban corridos y vencidos, cesaban de atormentarlos. Por donde entendiendo esto el astutísimo apóstata Juliano (1) buscó otras extrañas maneras y artes para combatir la fe. En cuyo tiempo sucedió una cosa memorable á este propósito, que Rufino escribe. Acaeció, dice él, que sacrificando una vez este tirano á Apolo en Antioquía, no pudo haber respuesta de él; y preguntando á sus sacerdotes la causa de este silencio, respondieron que estaba allí cerca el sepulcro de Babilas, mártir, y que injuriados por esto los dioses callaban. Entónces mandó el emperador que viniesen los galileos, que así acostumbraba él llamar á los cristianos, para que llevasen de allí los huesos del mártir. Juntóse prestamente toda la Iglesia, hombres y mujeres, dueñas y doncellas, viejos y niños, con gran alegría, vestidos de fiesta; y llevaron con solemne procesion el ataúd del santo mártir cantando á altas voces: *Confúndanse todos los que adoran los ídolos* (2), *y los que confían en las estatuas de ellos*. Estos y otros semejantes cantares sonaban en las orejas del Apóstata, que veía la triunfal procesion de los fieles, que se extendía por espacio de dos leguas. De lo cual se encendió en tan rabioso furor que otro día mandó prender á todos los cristianos, y meter en las cárceles á cuantos pareciesen por la ciudad, y allí atormentarlos con gravísimas penas. Lo cual desagradó á Salustio, su presidente, aunque era pagano; pero por el mandamiento del César lo comenzó á ejecutar. Y prendiendo á un mancebo, que acaso halló

(1) Eccli. Hist. lib. 10 c. 11.

(2) Psalm., xcvi, 7.

primero, llamado Teodoro, le atormentó desde el alba del día hasta la tarde con grande crueldad, renovándole unos y otros verdugos. Pero él, puesto sobre el lugar del tormento, cercado de una parte y de otra de sayones, otra cosa no cuidaba sino con rostro alegre y seguro repetir el verso del Salmo que el día de ántes toda la Iglesia había cantado (1): *Confúndanse todos los que adoran los ídolos, y los que confían en sus imágenes*. Viendo Salustio que era acabado el arancel de todos los tormentos que tenían de molde para dar á los fieles, y que la fuerza de su corazon se enternecía, y no podía mellar la fortaleza del mártir, mandóle volver á la cárcel, y fué al emperador para hacerle saber lo que había hecho, y aconsejóle que no mandase proceder contra los cristianos de aquella manera; porque á su majestad traería confusion y á ellos grande gloria. A este Teodoro vi yo, dice el historiador de esto, Rufino, despues en Antioquía; y preguntándole si había sentido mucho los dolores, me respondió que algun tanto le dolían las llagas; pero que estaba cerca de él un mancebo, que con unas limpias toallas le quitaba el sudor del rostro, y le rociaba con agua fría, en lo cual recibía tan grande deleite, que mucho más se entristeció cuando le bajaron del tormento que cuando le pusieron en él. Por el consejo de Salustio se contentó el emperador con amenazar á los cristianos, que volviendo vencedor de los persas, se vengaría enteramente de ellos. Y así se partió, de donde nunca volvió; porque allí fué herido y muerto, y no se sabe si por los suyos, ó por los enemigos, despues de un año y ochó meses de su mal poseído imperio. Esta es la historia que cuenta Rufino, en la cual vemos cómo la constancia de este valeroso mancebo hizo que no pasase adelante la persecucion.

(1) Ubi Supr.

§ III.

De otros dos prodigiosos testimonios de esta maravillosa constancia.

Otro cosa no ménos dulce y admirable cuenta el mismo historiador, que tambien hace á este propósito. Edesa es ciudad de Mesopotamia, habitada de cristianos, y ennoblecida con las reliquias del apóstol santo Tomé. Pasando por ella el emperador Valente, vió que los católicos, á quien él había echado de las iglesias, hacían sus ayuntamientos en el campo: por lo cual se encendió en tanta saña, que dió una bofetada al corregidor de la ciudad porque no los había apartado más léjos, conforme á su mandamiento. Pero él, aunque gentil é injuriado del emperador, todavía dió lugar en su corazon á la natural humanidad. Y habiendo otro día de salir á destruir todo el pueblo de los católicos, tuvo maneras secretas cómo todos lo supiesen, para que se pusiesen á recaudo y no los hallase donde los iba á buscar. Y á la mañana salió por la ciudad con grande estruendo de oficiales, y buscó todas las vías posibles, para que, si pudiese ser, pocos ó ningunos padeciesen. Pero procurando él esto, veía que gran muchedumbre del pueblo corría aprisa al lugar deputado para el martirio, temiendo cada uno no faltar al tiempo de la corona. Entre otros vió que una mujercita salía de su casa muy apresurada y tan despavorida, que ni cerraba su puerta, ni bien se cubría el manto; y que, como mejor podía, traía de la mano un hijuelo, y á gran prisa pasaba por medio del escuadron de sus alguaciles. Entónçes él, no pudiendo más contenerse, dijo: Prendedme esa mujer, traédmela acá. Y como viniese ante él, díjole: Miserable mujer, ¿dónde vas tan deprisa? Ella res-

pondió: Al campo donde se junta el pueblo de los católicos. Dijo el juez: ¿Pues no has oído que el corregidor va á matar á cuantos allí hallare? Respondió ella: Pues porque lo he oído me doy tanta prisa, porque allí me halle. Dijo el juez: Pues ¿para qué llevas este niño? Respondió: Para que Dios le dé tan buena ventura, que muera tambien mártir. Lo cual como oyese aquel prudente varon, mandó volver la gente, y guiar el carro en que iba al palacio del emperador, y entrando dijo: Señor, yo estoy aparejado para sufrir la muerte si tú me la quieres dar; pero no ejecutaré tu mandamiento acerca de esta gente de los católicos. Y contando al emperador lo que había pasado de aquella excelente hembra, amansó él su ira y cesó la persecucion. Pues por este ejemplo veremos cómo la maravillosa constancia de los mártires vencía la furia y rabia de los tiranos, y hacía cesar sus tormentos.

Y para gloria de Cristo y de sus esforzados caballeros, añadiré otro testimonio de esta inexpugnable constancia y fortaleza, con que los santos mártires, siendo vencidos y muertos, vencieron y triunfaron del mundo. Lo cual muestra una carta del emperador Maximino (1), el cual, despues de haber intentado las más extrañas invenciones del mundo para destruir el nombre de Cristo, finalmente visto que con todas sus invenciones y crueldades no pudo vencer la constancia de los mártires, volvió la hoja y escribió esta carta, en que revoca su determinacion y leyes por estas palabras: «El emperador Maximino, nunca vencido, Augusto, etc. Entre las otras cosas que por el provecho público siempre ordenamos, habíamos mandado que todo nuestro imperio se rigiese por las leyes antiguas, y por la comun costumbre de la disciplina romana. Y por consiguiente añadimos que los cristianos, que dejaron la

(1) Euseb. libr. VIII, cap. IX.

religion de sus antepasados, fuesen constreñidos á volver á ella. Pero somos informados que perseveran en su propósito, y con tanta firmeza, que por ninguna forma pueden ser atraídos á la religion antigua que por nuestros mayores fué instituída, mas cada uno hace la ley para sí, y en diversos pueblos usan de diversas ceremonias. Y dado que sobre esta razon fué por Nós mandado que so pena de muerte volviesen á las leyes antiguas, muchos de ellos escogieron ántes ser muertos con gravísimas penas, y sufrir innumerables tormentos y muertes que obedecer á nuestro mandamiento. Y porque vemos que aún muchos perseveran en la misma voluntad y propósito, que ni quieren dar honra á los dioses celestiales, ni conformarse con la costumbre de su propia tierra; Nós, mirando á la mansedumbre acostumbrada con que solemos perdonar á todos los hombres, de nuestro propio motivo queremos que á éstos tambien se extienda nuestra clemencia. Por lo cual mandamos y ordenamos que les sea lícito ser cristianos, y reparen y edifiquen de nuevo sus templos en que tienen costumbre hacer sus oraciones.» Hasta aquí son palabras de la carta de Maximino.

Estas, pues, fueron las armas con que el Salvador triunfó del mundo, que fueron armas de virtudes, armas espirituales, armas divinas; porque si Dios había de pelear, con estas armas había de pelear; y si había de vencer, con éstas había de vencer. Porque no fuera tan grande gloria suya pelear con la omnipotencia de su brazo, de la manera que peleó contra Faraon y contra Senaquerib, rey de los asirios, matándole una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres de su ejército, y despues á él por manos de sus propios hijos. Mas la gloria de esta victoria fué vencer muriendo y padeciendo; y vencer los emperadores con la constancia de doncellas tiernas y delicadas.

CAPITULO XIV.

DE LA DUODÉCIMA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA,
LA CUAL CONTIENE EL TRIUNFO DE CRISTO CONTRA LOS QUE
LE PROCURARON LA MUERTE.

La duodécima excelencia de la Religion cristiana es la gloria con que Cristo triunfó de los que le procuraron la muerte, tomando venganza de ellos con calamidades nunca vistas y oídas: las cuales refiere Josefo, gravísimo historiador, de nacion y profesion judío, en siete libros que de esta materia escribió, de los cuales tratamos adelante más largamente, mas aquí referiremos la suma de ellas para el cumplimiento de esta materia de los triunfos de Cristo. Es, pues, de saber, que luégo despues de la muerte del Salvador comenzaron sus calamidades por el mismo juez Pilato, que lo condenó; el cual afligió aquel pueblo que tenía á su cargo de muchas maneras. Despues del cual se siguieron otros gobernadores de aquella provincia, conviene á saber: Festo, Félix, Floro, Albino, Cestio; los cuales fueron tales, que cada uno se esmeraba en ser peor que el otro, y competir con él en maldad, y crueldad, y avaricia; y así cada uno en su tiempo afligió aquel pueblo con tantas maneras de robos, cohechos, injurias, muertes, afrentas, y otros semejantes agravios, que incitaron á los miserables hombres á rebelar contra el imperio romano, siendo tan desiguales sus fuerzas y armas contra este poder. Despues de esto sucedió la venida de Vespasiano por razon de este levantamiento, el cual primeramente determinó conquistar las ciudades comarcanas, mayormente la provincia de Galilea, de la cual era gobernador y defensor el sobredicho Josefo.



Donde casi todas las ciudades de su provincia fueron destruidas, y sus moradores cautivos y muertos. Mas cuán grande haya sido el número de los unos y de los otros, no se cuenta, sino solos los de algunas ciudades. Pero púese conjeturar por este indicio, que en la ciudad de Jotapata, que Josefo defendía, fueron muertos en tiempo del cerco y á la entrada de ella, cuarenta mil hombres. Y en otra ciudad, por nombre Taraquías, fueron cautivos casi otros tantos. Pues por aquí se verá cuál sería el número de los otros muertos y cautivos en las otras ciudades, en las cuales muchos mataron á sí, y á sus mujeres é hijos, por no venir á manos de los romanos, y otros se despeñaron de grandes riscos, y otros se echaron en el mar.

Después de esta conquista se siguió el cerco de Jerusalem, cuyas calamidades y desastres vencen con extremada ventaja todas las tragedias y calamidades que ha habido en el mundo. Y el hambre de los cercados fué tan grande que llegaron á comer las riendas de los caballos, y sus cintas, y zapatos, y los cueros con que estaban aforradas las puertas, y otros había que comían las pajas secas, y de cualquier estiércol que hallaban se vendía un pequeño peso por cuatro dineros. Mas el número de los muertos ¿á quién no espantará? porque murieron en este cerco parte á hierro, y parte por hambre un cuento y cien mil hombres, los cuales se habían ayuntado en aquella sazón á celebrar la pascua del Cordero, que no se podía celebrar fuera de Jerusalem. Pues ¿cuándo, desde que Dios crió el mundo, hubo jamás cerco ó batalla, en la cual el número de los muertos llegase siquiera á la mitad de esta cuenta? Los cautivos fueron noventa mil; los cuales guardaban unos para echar á las fieras, y otros para que se matasen unos á otros en los espectáculos y fiestas de los

romanos. Tras de esto se siguió luego la ruina de aquella tan insigne y tan conocida ciudad en todo el mundo, cercada de tres muy fuertes muros, y amparada con aquellas tres famosísimas torres de cuya grandeza, y fortaleza, y hermosura, tantas cosas se cuentan; mas para Dios no hay casa fuerte. Pues toda ella con sus hermosísimos palacios y edificios, y sobre todo con aquel sacratísimo templo celebrado en todo el mundo, fué abrasado y arrasado por tierra, sin quedar en ella piedra sobre piedra: de tal manera, que, como refiere Josefo, quien por allí pasara, juzgara que nunca allí hubo habitacion, ni poblacion de hombres. Y juntamente con la ciudad feneció aquel reino más antiguo que el de los romanos, sin jamas hasta hoy ser restituído ni haber levantado cabeza.

Mas no se contentó con todo esto la severidad de la justicia divina, sino pasó aún más adelante. Y si fueron por otro levantamiento destruidos por el emperador Trajano, y despues más crudamente por Adriano, y despues por Valente, y ahora andan derramados y desterrados por todas las naciones del mundo, sin rey, sin templo, sin sacrificio, sin sacerdote, sin orden de república, oprimidos, y avasallados y cargados de pechos y atributos en todas las naciones. Pues segun esto podemos ahora preguntar á los que así andan desterrados: Amigos, ¿qué se hizo aquella tan antigua república? ¿aquel famosísimo templo? ¿aquel orden de sacerdotes y levitas? ¿aquel coro de cantores? ¿aquellos instrumentos de música tan suaves? ¿aquellas vestiduras sacerdotales? ¿aquellos vasos de oro tan ricamente labrados? ¿aquellas ofrendas y sacrificios que todas las gentes allí ofrecían? Y, si volvemos atras, ¿aquella potencia de David? ¿aquellas riquezas y gloria de Salomon? ¿en qué se ha convertido toda aquella majestad y grandeza? *¿Quién derribó del cielo en*

la tierra el pueblo de Israel (1), tantas veces defendido y amparado por Dios? *¿Cómo no se ha acordado del estrado de sus piés en tantos años?* *¿Cómo lo deja oprimir de todas las naciones?* Pues ¿por qué pecado tan grande castigo? No por el de la idolatría, por el cual fueron llevados cautivos á Babilonia; mas este cautiverio no duró más que setenta años, los cuales acabados fueron restituidos en su antigua república y policía. Mas ahora despues de mil quinientos años no vemos esta restitucion. Pues ¿cuál será la causa de tan largo destierro sobre tantas calamidades pasadas? ¿qué podemos aquí decir sino que pues Dios es rectísimo y justísimo juez, el cual por peso y medida proporciona las penas de los castigos con la calidad de los delitos, que cuanto este castigo y destierro fué mayor que el otro, tanto el pecado porque se dió es mayor? Pues díganme ahora todos los entendimientos del mundo, ¿qué pecado pudo haber mayor que el de la idolatría, sino la muerte injustísima del Hijo de Dios, y Señor de todo lo criado? Pues el triunfo de Cristo fué el castigo y la venganza de este pecado; el cual así como fué el mayor de todos los pecados del mundo, así fué castigado con la mayor de todas las calamidades del mundo.

CAPÍTULO XV.

DE LA DÉCIMATERCIA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA,
QUE ES SER APROBADA POR TESTIMONIO DE DOCTÍSIMOS Y
SANTÍSIMOS VARONES Y MUCHO MÁS DE LOS SAGRADOS CON-
CILIOS.

En todas las causas que se tratan entre los hombres, así civiles como criminales, viene á liquidarse y determi-

(1) I Paral., xxviii, 3. Thren., ii, 1.

narse la verdad por el dicho de los testigos cuando son abonados. Pues tampoco nuestra sagrada fe y Religion carece de testigos muy más ciertos y abonados que todos los otros. Porque primeramente testigos son de esta verdad doctísimos y santísimos varones, junto con los sagrados Concilios. Testigos tambien son los santos mártires, como el mismo nombre lo significa, porque mártir quiere decir testigo, los cuales firmaron con su sangre la verdad de nuestra fe. Y testigos son tambien los milagros obrados por Dios, en confirmacion de esta verdad. Y testigos tambien no ménos abonados los profetas, y el cumplimiento de sus profecías muchos años ántes denunciadas. De estas cuatro maneras de testimonios trataremos ahora, y primero del testimonio de los santos Doctores.

Es, pues, ahora de saber, que, como Aristóteles dice en el primer libro de su Retórica, por tres cosas damos crédito á un hombre, y creemos que trata verdad. La primera si es sabio, la segunda si es virtuoso, la tercera si es nuestro amigo. Porque del sabio presuponemos que no errará, y del virtuoso que no mentirá, y de nuestro amigo que no nos engañará. De estas tres cosas las dos primeras caben en muchos doctores de la Iglesia, los cuales testificaron y defendieron nuestra fe contra todos los herejes del mundo. Entre los cuales unos hubo consumadísimos en todo género de filosofía moral, y natural y sobrenatural, que llaman metafísica: como fué santo Tomas, san Buenaventura, Alberto Magno, Alejandro de Alés, Escoto y otros innumerables que siguieron la manera de filosofar que éstos. Otros hubo que con estos estudios juntaron la flor de la elocuencia, así griegos como latinos: cuales fueron entre los griegos el Gran Basilio; y su hermano Gregorio Niseno, y su amigo y compañero de sus estudios Gregorio Nacianceno, y el contemporáneo de

éstos san Juan, llamado por su grande elocuencia Crisóstomo, que quiere decir boca de oro: y el imitador de éste, Teodoreto; y más antiguo que éstos, Orígenes. Entre los latinos Cipriano, Ambrosio, Agustino, Jerónimo, versado tambien en las lenguas hebrea, griega y caldea; y Lactancio Firmiano, á quien él llama río de la elocuencia tuliana, y Arnobio; y el consumado en todas las ciencias humanas, junto con la elocuencia, Boecio Severino. Todos estos varones esclarecidos en todo género de las disciplinas y ciencias humanas y divinas, con otros innumerables, de que se hace mencion en los catálogos de los escritores eclesiásticos despues de estar tan fundados en estas ciencias, gastaron toda la vida en tratar, enseñar, escribir é inquirir la verdad de nuestros misterios; y todos ellos á una voz, y con un mismo espíritu los testifican, y confiesan ser esta verdad revelada por Dios.

Con esto se junta ser muchos de ellos santísimos varones, los cuales son muy abonados testigos de la verdad; porque estando libres de toda la corrupcion de ambicion, de avaricia, y de todos los apetitos y deseos desordenados, no tenían cosa que los torciese y apartase de la verdad; la cual preciaban más que todos los tesoros del mundo, y por falta de esta pureza dijo nuestro Salvador á los fariseos (1): *¿Cómo podéis vosotros creer procurando tanto la gloria de los hombres, y no haciendo caso de la gloria de Dios?* Y de los malos dijo el sabio (2), *que su malicia los había cegado y privado del conocimiento de la verdad.* Lo contrario de lo cual acaece en las almas puras y libres de toda malicia; porque así como en un espejo limpio resplandecen más claramente los rayos de la luz corporal, así resplandecen en la conciencia pura los

(1) Joan., v. 44.

(2) Sap., II, 21.

rayos de la luz espiritual de la verdad. Con esto se junta, que los varones santos tratan siempre con Dios, que es fuente de luz y de sabiduría: la cual continuamente le piden como la pedía David, cuando decía (1): *Abre, Señor, mis ojos, para que considere yo las maravillas de tu ley*; y por consiguiente, á ellos más que á otros comunica Dios el conocimiento de sus misterios. Por lo cual dijo el Eclesiástico (2), *que el alma del varon santo atina mejor en el conocimiento de la verdad que siete hombres puestos en atalayas para especular*: queriendo por estas palabras declarar cuánto importa la pureza de la vida para el conocimiento de Dios y de sus obras. Y por esto dice el Salmista (3): *que en la boca del justo está la sabiduría, y que su lengua hablará juicio*.

Pero otro mayor testimonio que este tiene nuestra Religión, que es de los sagrados Concilios; lo uno por razon de la asistencia del Espíritu Santo, que es el maestro de la Iglesia; y lo otro porque los testimonios de los santos son de personas particulares, mas el de los Concilios es de toda la Iglesia universal donde se juntan todos los preladados y los mayores teólogos y letrados que hay en toda la cristiandad, y tratan con maravilloso concierto y acuerdo las cosas que han de determinar. Porque invocada primero la presencia del Espíritu Santo, cometen á los teólogos que ventilen y disputen las cuestiones que se han de definir. Y despues otros elegidos para esto, ordenan los decretos que se han de concluir. Y esto viene otra vez á los padres para ver si hay alguna cosa que se deba añadir, ó quitar, ó mudar. Y esto hecho vuélvese otra vez á proponer lo enmendado, y preguntar por los votos y pa-

(1) Psalm., cxviii, 18.

(2) Eccli., xxxvii, 18.

(3) Psalm., xxxvi, 50.

receres de todos. En lo cual se gastan á veces muchos meses en la averiguacion de un solo decreto que es de una verdad. De modo que con tener por cierta la asistencia del Espíritu Santo, examinan con suma industria y diligencia lo que se debe tener. Y sobre todas estas diligencias se añade la confirmacion del sumo pastor y vicario de Cristo, que es el Pontífice romano. Porque ni la fe, ni la gracia, ni la confianza en Dios excluyen los medios de la providencia humana, con tanto que no escribe en ella nuestra confianza, sino en la Providencia divina. Este es muy principal testimonio de la verdad de nuestra Religión: que es de innumerables varones doctísimos, y de otros juntamente doctísimos y santísimos, y sobre todo de los sagrados Concilios.

De este testimonio de la verdad carecen todas las sectas que ha habido en el mundo. No hablo en la secta de los gentiles, la cual, no sólo no tuvo testimonio de ningun filósofo sabio, más ántes todos conocieron la vanidad de ella, como se ve por Tulio en el libro de la Naturaleza de los dioses; donde condena la supersticion de aquellos que ponían en los dioses, machos y hembras, casamientos y parlos, y generaciones, y todas las flaquezas que vemos en las cosas humanas.

De la secta de los moros ya dijimos cómo los principales filósofos que en ella hubo, que fueron Avicena y Averrois, condenan á Mahoma en el principal artículo en que se funda todo el orden de la vida humana, que es el último fin del hombre. Mas dirá alguno: Los judíos tienen tambien sus rabinos y doctores que defienden su secta é interpretan la Escritura, y compusieron el Talmud, que es entre ellos como el derecho canónico entre nosotros. De esta escritura suya trataremos adelante, donde verá el cristiano lector tantos y tan grandes disparates, tantas

mentiras y deshonestidades, tantas fábulas y patrañas, que sin duda quedará alónito y como fuera sí, de ver cómo pudo haber hombres en el mundo que tales cosas escribiesen, y otros tan ciegos que las creyesen. Mas la fuerza de la pasión, y la potencia del demonio, y la ceguedad y malicia del pecado mucho pueden con los tales.

CAPÍTULO XVI.

PREÁMBULO PARA TRATAR DEL TESTIMONIO QUE NUESTRA FE TIENE CON LA SANGRE DE LOS SANTOS MÁRTIRES, DONDE SE DECLARA CUÁN GLORIOSA COSA SEA PADECER MARTIRIO POR DIOS.

Después del testimonio de los santos doctores, síguese el de los mártires, los cuales no sólo con palabras sino también con obras y con su sangre testificaron la verdad de nuestra fe, dejándose hacer pedazos por la confesión de ella. Por lo cual se llaman mártires, que quiere decir testigos; porque de esta manera dieron testimonio de la fe que profesaban.

No me atreveré á tratar de esta materia sin pedir primero el favor y socorro del Espíritu Santo, para que él, que les dió fortaleza para vencer tan grandes batallas, me dé palabras con que pueda referir alguna pequeña parte de ellas. Y confieso que ninguna otra materia trato con más gusto y voluntad, y ninguna más recelo tratar, por entender cuán bajo ha de quedar todo lo que en esta parte se dijere, en comparación de lo que la dignidad de ella requiere. Porque ¿qué palabras bastarán para explicar batallas que fueron un espectáculo y materia de admiración á los ángeles, á los hombres, á los demonios, y á los mismos tiranos y verdugos que martirizaban los

santos? Mas por otra parte la gloria de estos fuertes guerreros no nos consiente cerrar la boca para sus alabanzas. Porque pues á los cronistas extraños, como dice Eusebio, está bien que recuenten las batallas, las victorias, los arcos triunfales, y canten las fuertes hazañas de los cónsules y magistrados, y las matanzas de los enemigos y de sus ciudadanos, y pinten en sus historias la turbacion de la patria, los llantos de las mujeres, y la orfandad de los hijos, justo es que en esta obra que trata de las cosas que pertenecen á Dios contemos las luchas que la carne por la salud del alma ha peleado, y la guerra con que varonilmente conquistó la ciudad celestial, y publiquemos las batallas que venturosamente acabó por la virtud de la fe; en las cuales no se armó contra mortales caballeros, sino contra los demonios espirituales; no por las posesiones de la tierra ni señorío de las provincias, sino por el reino de los cielos y heredad del paraíso; no para señorear temporalmente, sino para recibir eterna corona en servicio del Rey inmortal y Dios de todas las gentes.

Ni carece esta materia de notable fruto para las almas; porque por aquí se confirma nuestra fe, por aquí se enciende nuestra caridad, por aquí se conoce el poder de la divina gracia que tal fortaleza puso en carne tan flaca. Por aquí se esfuerza nuestra paciencia, y se alivian nuestros trabajos, y se despierta nuestra devocion, y se condena el regalo de nuestra carne, y se avergüenza nuestra flojedad y tibieza, pues es tan poco lo que hacemos por el reino del cielo, viendo lo mucho que estos fuertes caballeros padecieron por él. Y por aquí finalmente queda sin excusa nuestra negligencia, viendo lo que el hombre podría con la gracia que á nadie se niega. Esta es una grande gloria que tiene la Iglesia, que es haber sido fundada con la sangre de tantos mártires.

Tambien tengo de pedir al cristiano lector que no me tenga por prolijo ó importuno, si en estos libros tratare muchas veces de esta materia, y me extendiere en ella; porque ella es tan dulce, tan provechosa y tan copiosa, que por mucho que se escriba, ni al escritor faltarán batallas nuevas que escribir, ni al lector cosas con que se pueda edificar, y de que se deba maravillar. Porque si se despueblan las casas y las ciudades para ver lidiar los hombres con un toro, ¿cuánto más glorioso espectáculo será ver pelear una doncella de trece años con todo el poder del mundo y del infierno, y salir de esta batalla vencedora, sin que todas las promesas, y amenazas, y tormentos de los tiranos pudiesen hacer mella en su fe y honestidad?

Mas ántes que entre en esta materia, me será necesario advertir al lector de algunas cosas, para que saque más fruto de esta lectura. Y primeramente, porque no es de todos saber estimar la dignidad y alteza de las cosas espirituales, quando á los ojos de carne parecen abatidas y amenguadas, trataré en breve de la dignidad y gloria que está encubierta debajo de aquella ignominia que por defuera en los mártires parecía. Lo cual tambien vemos en las ignominias de la cabeza de los mismos mártires, que es Cristo nuestro Salvador. Porque ¿qué cosa más abatida que el pesebre de Cristo, que es lugar propio de bestias, y la Cruz, que era lugar de malhechores? Mas ¿qué lengua podrá explicar la hermosura, las riquezas, las gracias, los tesoros y la gloria que está escondida debajo de esa tan humilde figura? Pues con los ojos que miramos las ignominias de la cabeza, hemos de mirar las de sus preciosos miembros, los cuales en su grado participan, así la virtud, como la gloria y hermosura de su cabeza. La causa de esta gloria es la dignidad y excelen-

cia de la virtud, la cual, como dijo Platon, es de inestimable hermosura. Y como la virtud de la fortaleza y paciencia en casos de muerte sea la más fina y más probada, como el Apóstol dice (1), de aquí es que á los que tienen ojos y juicio para saber mirar y estimar la dignidad y precio de las cosas, ninguna hay que les parezca más gloriosa, ni más hermosa, ni más digna de ser estimada; y esto de tal manera, que cuanto la deshonra, y abatimiento, y la lucha es mayor, tanto lo es la admiración y estima de esta virtud.

Pues porque el piadoso lector tenga ojos para conocer la hermosura que está encubierta en los abatimientos, cárceles y prisiones de los santos mártires, pondré aquí algunos pedazos de las cartas que el santo mártir Cipriano les escribía, ó cuando estaban presos en las cárceles, esperando la corona, ó cuando habían estado constantes y esforzados para recibirla. Pues en una de estas cartas, esforzando á unos santos obispos, y sacerdotes, y otros muchos que estaban presos en la cárcel y en las minas de metales, por la confesion de la fe, dice así:

§ I.

De la carta y exhortaciones de san Cipriano á los gloriosos Mártires que padecían por la fe.

La grandeza de vuestra gloria (2), beatísimos y amantísimos hermanos, me obliga á ir á visitaros, y abrazar esos sagrados miembros, si no me impidiera el destierro que yo tambien padezco por la confesion del nombre de nuestro Salvador. Mas en la manera que me es posible me presento á vosotros, y vengo con el espíritu y con el

(1) Rom., v.

(2) Lib., III, epist. XXV.

amor adonde con el cuerpo no puedo ir, declarando en estas letras mi ánimo y la alegría que recibo con vuestras virtudes y alabanzas, teniéndome por participante de vuestras coronas, si no con la pasión del cuerpo, á lo ménos con la compañía de la caridad. Porque ¿cómo puedo yo callar, oyendo de mis carísimos hermanos tantas y tan gloriosas virtudes, con las cuales la divina bondad os ha honrado de tal manera, que parte ya de vosotros acabó su martirio, y recibió del Señor la corona; y parte está en la cárcel, ó en las minas de metales, presa con hierros, dando con esta dilacion de los tormentos, ejemplo y esfuerzo á los hermanos? Mas vuestros títulos y méritos crecen con la dilacion de las penas, para alcanzar en el cielo tan grandes premios, cuantos días ahora se cuentan en los tormentos. Y no dudo que vuestra religiosa vida mereciese que el Señor os levantase á tan alta y gloriosa cumbre de honra; porque siempre florecisteis en la Iglesia, guardando la fe y los mandamientos del Señor, conservando la inocencia con la simplicidad, y la concordia con la caridad, y la modestia con la humildad, y la diligencia en vuestro ministerio, y la vigilancia en ayudar á los que trabajan, y la misericordia en recrear los pobres, y la constancia en defension de la verdad, y la severidad en el castigo de la disciplina. Y porque ninguna cosa faltase para el ejemplo de las buenas obras, ahora esforzáis los corazones de los hermanos á padecer martirio con la confesion de vuestra fe, y con la pasión de vuestro cuerpo, haciéndoos guías y capitanes de la virtud, para que, siguiendo la grey á sus pastores, trabaje por imitar lo que ve en ellos, y así sean con iguales servicios y méritos coronados. Y haber comenzado vuestra confesion con crueles azotes de varas, no conviene extrañar este linaje de tormento, porque no es razon que el cuerpo del cris-

tiano tema las varas, pues tiene toda su esperanza en el santo madero. Aquí el siervo de Cristo reconocerá el sacramento de su salud, porque por medio del madero fué redimido para la vida eterna, y por el madero ahora se dispone para la corona. Y ¿qué maravilla es, que siendo vosotros vasos escogidos de oro y de plata, estéis condenados á las minas de metales, sino que ahora se ha mudado la naturaleza de las cosas; pues los lugares que solían dar estos metales, ahora los reciben con vosotros? Aquí tambien prendieron vuestros piés con cadenas, y ataron con prisiones infames los miembros dichosos y templos de Dios, como si con el cuerpo se pudiese prender el espíritu, ó vuestro oro precioso se pudiese inficionar con el tocamiento del hierro. Para los hombres consagrados á Dios, y que con religiosa virtud testifican su fe, no son estas prisiones, sino ornamentos; ni atan los piés de los cristianos para la infamia, sino glorificanlos para la corona. ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales no serán desatados por el carcelero, sino por Cristo! ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales por el camino de la salud van derechos al paraíso! ¡Oh piés atados por un poco de tiempo en el siglo, para que siempre estén libres en compañía de Cristo! ¡Oh piés detenidos con grillos y con la ira del adversario, los cuales con gran ligereza han de correr por un camino glorioso á Cristo! Detenga la crueldad y malignidad del adversario presos vuestros cuerpos, mas vosotros muy presto volaréis de estas penas de la tierra al reino del cielo. No está regalado vuestro cuerpo en esas minas con cama blanda, mas está regalado con el refrigerio y consolacion del Espíritu Santo. Los miembros cansados con los trabajos tienen por cama la tierra, mas no es pena dormir y reposar con Cristo. Están vuestros cuerpos afeados, y descoloridos, y cubiertos

de polvo; mas lo que de fuera ensucia el cuerpo, espiritualmente lava y purifica el alma. Es pequeña la ración de pan que ahí os dan; *mas no vive el hombre con sólo pan, sino con la palabra de Dios* (1). Fáltaos la vestidura en tiempo del frío; mas el que ha vestido ya á Cristo, abundantemente está abrigado y adornado. Están erizados los cabellos de la cabeza medio trasquilada; mas como sea Cristo la cabeza del hombre, de cualquier manera que ella esté por la gloria de él está muy hermosa. Esta fealdad y oscuridad para los ojos de los gentiles, ¿con qué resplandor será recompensada? Esta pena breve del siglo, ¿con cuán esclarecida y eterna gloria será remunerada, *cuando el Señor, segun dice el Apóstol* (2), *reformare el cuerpo de nuestra humildad, y lo hiciere semejante al cuerpo de su claridad!*

Ni tampoco, muy amados hermanos, debéis tener por menoscabo de nuestra fe y religion, no tener ahora los que sois sacerdotes facultades para ofrecer y celebrar los sacrificios divinos, pues ahora celebráis y ofrecéis á Dios un sacrificio precioso y glorioso, por el cual se os ha de dar un grande premio. Pues, como dice el Profeta (3), *sacrificio es para Dios el espíritu contribulado; y el corazon quebrantado y humillado no le despreciará el Señor.* Este sacrificio ofrecéis á Dios día y noche sin cesar, ofreciendo á vosotros mismos, como sacrificios puros y limpios. *Este es aquel cáliz de salud que el Profeta* (4) *quería ofrecer á Dios en recompensa de los beneficios recibidos.* Pues ¿quién no recibirá alegre y prontamente este cáliz de su salud? ¿quién no deseará tener algo que pue-

(1) Matth., iv, 4.

(2) Philip., iii, 21.

(3) Psalm., l, 12.

(4) Psalm., cxv, 13.

da ofrecer á su Señor? ¿quién no padecerá fuerte y constantemente esta muerte preciosa en su acatamiento, para agradar á los ojos de aquel que en esta batalla nos está mirando desde lo alto, ayudando á los que pelean, y coronando á los que vencen, y remunerando con piedad de padre lo que él nos dió, y honrando lo que él en nosotros obró? Todo esto, fortísimos y fidelísimos caballeros de Cristo, declarásteis á vuestros hermanos, cumpliendo con las obras lo que ántes enseñasteis con palabras; para que así seáis grandes en la casa de aquel Señor que dijo (1); *Quien obrare y enseñare será grande en el reino de los cielos*. De aquí procedió que mucha parte del pueblo, siguiendo vuestro ejemplo, juntamente confesó, y juntamente ha sido coronada; y estando unida y abrazada con sus pastores con lazo de fortísima caridad, ni en la cárcel, ni en los metales se apartó de ellos. A cuyo número se juntaron muchas vírgenes: las cuales despues del fruto de sesenta (2), debido á su virginidad, acrecentaron el de ciento, debido al martirio; para que así reciban corona doblada en el cielo. Mas en los muchachos que están en vuestra compañía, es la virtud mayor: la cual pasa adelante de la facultad de su edad, con la gloria de su confesion; para que todas las edades y condiciones de hombres y mujeres hermosteen esa bienaventurada grey de vuestro martirio. Pues ¿cuál será ahora, amantísimos hermanos, la virtud de vuestra conciencia vencedora? ¿cuán grande la alteza de vuestro ánimo? ¿cuán grande la alegría de vuestros sentidos? ¿cuál el triunfo de vuestro pecho, viéndose cada uno de vosotros abrazado con la obediencia de los mandamientos divinos, y verse ya seguro en el día del juicio? Andar entre las minas de los

(1) Matth., v, 19.

(2) Matth., xiii, 8.

metales, con el cuerpo cautivo, y con el espíritu reinando en el cielo.

Lo susodicho es un pedazo de esta divina epístola del glorioso doctor, obispo y mártir, Cipriano. Del cual pudiera referir aquí otras epístolas suyas, escritas en semejantes propósitos, en las cuales viera el cristiano lector cuán grande gloria y hermosura está encerrada en cosas que á los ojos del mundo parecerían tan feas y abatidas. Mas por evitar prolijidad no las quise escribir. Mas con todo, quien quisiere ver la alteza que está encubierta en esta bajeza, lea lo que san Crisóstomo escribe sobre aquellas palabras que el Apóstol escribe á los cristianos de Efeso, diciendo (1): *Ruégoos, hermanos, yo, preso por el Señor*, etc.; y aquí verá las grandezas que este santo doctor dice sobre esta prision, alegando que mayor cosa era ser preso por Cristo que hacer milagros, y resucitar muertos, y más que ser llevado al tercer cielo, y más que estar entre los coros de los ángeles: diciendo que si no fuera por la obligacion de residir en su Iglesia, no descansara hasta ir á ver estas cadenas, y abrazarlas, y besarlas. Todo esto se ha dicho para darnos ojos con que sepamos mirar, y reverenciar, y estimar las injurias y abatimientos que aquí contaremos de los santos mártires.

Sobre esto añadiré otra cosa que hace á este propósito. En tiempo del santísimo papa Gregorio (2), la emperatriz de Constantinopla le envió á pedir con mucha instancia la cabeza del apóstol san Pablo. Mas el religioso Pontífice le respondió que por ninguna vía despojaría á Roma de aquel tan precioso tesoro. Mas lo que haría por ella sería limar un poco de la cadena con que el glorioso Apóstol estuvo preso en tiempo de Neron, y que esto le enviaría

(1) Chrys. Hom. VIII. in cap. ad Ephes., IV, 1.

(2) Lib. III. Epist. D. Greg. Ind. XII. Epist. XXX.

por unas preciosas reliquias. Pues por aquí, como dije, se verá la estima en que los santos tuvieron lo que el mundo en otros tiempos tuvo por la más abatida cosa de él. Y junto con esto se entenderá cuán gloriosa y meritoria cosa sea padecer trabajos, injurias y agravios por amor de Cristo, y cuán digna de ser, de todos los que le aman, preciada y deseada.

§ II.

De la prosperidad de la Iglesia con las persecuciones, y de los estragos que ocasionaron los regalos de la paz.

Demas de lo dicho tambien me pareció prevenir á los que todas las cosas miden con el provecho ó daño de los cuerpos, que quando aquí leyeren las extrañas maneras de tormentos que los santos mártires padecieron, no se escandalicen ni espanten de ver cómo la Providencia divina no abrasaba con rayos del cielo á los que tales crueldades ejecutaban en los santos, ó como la tierra no se abría y los tragaba vivos, como á Datan y Abiron. Por-entendida la calidad de estas pasiones, verán cuanto mayor materia tienen aquí para alabar la divina Providencia, que para quejarse de ella.

Para lo cual presupongamos primero que nuestro Señor en todas sus obras generalmente pretende por su parte una gloria, y por otra el provecho de los hombres: como se ve claro en la obra de nuestra redencion, la cual señaladamente sirvió para la gloria de Dios y para el comun remedio del género humano. Y esto declararon los ángeles, quando nacido el Salvador cantaron: *Gloria á Dios, y paz á los hombres* (1). Tambien conviene presuponer que este mismo Señor, como justísimo apreciador de las

(1) Luc., II, 14.

cosas, mucho más cuenta tiene con la salud y bien de las almas, que son inmortales y semejantes á los ángeles, que con los cuerpos, que son corruptibles y semejantes á las bestias. Lo cual, demas de otros muchos ejemplos, se ve en la providencia que tuvo de san Juan Bautista (1), pues santificó y enriqueció su alma con tantas gracias áun ántes que naciese. Y con todas estas grandezas dió su cabeza por el baile de una mozuela. Y lo mismo vemos en Jeremías, que en el vientre de su madre fué santificado, y al cabo de la vida consintió que muriese apedreado.

Pues siendo esto así, y conociendo nuestro Señor cuánto mejor le iba á su Iglesia con la guerra que con la paz, porque la guerra y la persecucion, como dice san Crisóstomo, hacía mártires, mas la paz y la prosperidad hacía á los hombres flojos, ambiciosos y deliciosos, procuraba más para su Iglesia lo que le convenia que lo que la dañaba. Y que esto fuese así demas de ser esta la comun sentencia de los santos, alegaré á Eusebio, gravísimo autor (2), que como testigo de vista confirma esta misma sentencia; la cual me pareció referir en este lugar para nuestro propósito. Dice, pues, él así:

Ciertamente sobrepuja nuestras fuerzas declarar cuánto haya aprovechado y crecido hasta nuestros días, y á cuán alta cumbre haya subido la palabra de Cristo, y doctrina del Evangelio, como se puede conjeturar por lo que diré. Ya los emperadores romanos concedían á los nuestros autoridad de regir las provincias, y de juzgar en diversas ciudades, y permitían á sus mujeres y á su familia, no solamente creer en Jesucristo, más que con toda libertad y confianza viviesen en su Religion. Tanto que aquellos tenían por fieles amigos, que sabían guar-

(1) Luc., I, 44.

(2) Euseb. Eccl. Hist. lib. VIII, cap. I.

dar lealtad á su señor y á su ley, ni sentían mal de su fe. Como fué aquel famosísimo Doroteo, camarero de los reyes, que por la fe del Salvador era tenido por fidelísimo. Por lo cual mereció ser antepuesto á todos en honra, y amor, y privanza de los príncipes. Semejantemente el excelente caballero Gorgonio, y otros discípulos de Cristo, que en el palacio de los emperadores eran honrados; y otros que merecían por la seguridad de su fidelidad ser escogidos por gobernadores y presidentes de las provincias. Pues la muchedumbre de los pueblos que en las iglesias se juntaban, mayormente en los días de fiesta, ¿quién podrá cumplidamente contar? Tanto que ya no bastaban los templos antiguos, mas cada día se ensanchaban y se hacían mayores, conforme á las ciudades. Así por mucho tiempo el estado de las iglesias se prosperaba, y la gloria de ellas volaba sobre la tierra, y pasaba todo lo criado, y á grande prisa caminaba para el soberano cielo. Ninguna envidia, ni enemistad del maldito demonio se le ponía delante; porque por la diestra del poderoso era llevada; y el pueblo cristiano lo merecía con la ayuda de Dios, así por la constancia de la fe, como por la guarda de la justicia. Pero despues que por la mucha soltura y regalo se corrompieron las costumbres, la doctrina tambien se estragó; porque enviando unos á otros, y contradiciendo, y difamando los grandes á los pequeños, y los pequeños á los grandes, mordiendo, y acusando, y levantando entrañables contiendas dentro de nuestros reales, enclavando con saetas de palabras los corazones de los prójimos, moviendo guerras y bandos, prelados contra prelados, y pueblos contra pueblos, mostrando amigable semblante y encubriendo engaños en el corazon, y con la lengua hermooseando halagüeñas palabras, y finalmente poco á poco creciendo el monton de los males; la divina

Providencia, viendo que la destruccion de su pueblo había sido por usar mal de la paz, y de la blandura y regalo con que hasta allí los trataba, comenzó á poner arrimadizos á su Iglesia, que bamboleaba. Y permitió al principio, que perseverando todavía entero el estado de la Religion cristiana, y sin menoscabo de las comunidades de las iglesias, fuesen primero que todos salteados por la persecucion de los gentiles, sólo aquellos que traían hábito y ejercicio de caballería. Pero ni de esta manera entendieron los pueblos la clemencia divina, ántes, como si ningun conocimiento de Dios tuvieran, así pensaban que aquello no venía guiado por su mano; y á esta causa todavía perseveraban en sus males. Semejantemente los que se tenían por caudillos y adalides del pueblo, olvidados del divino mandamiento, contra sí mismos se encendían con envidias, y rencores, y bandos, tanto que más vivían á manera de tiranos que de sacerdotes; y menospreciando la devocion y puridad cristiana, celebraban los sagrados misterios con ánimos aseglarados. Todo lo susodicho es de Eusebio. Despues de lo cual comienza á recontar la persecucion de Diocleciano y Maximiano, emperadores; la cual permitió nuestro Señor para remedio del daño que la prosperidad y la paz larga habían causado. Lo cual he referido aquí, para que se vea que más claramente resplandece la divina providencia en los azotes y castigos, que en las prosperidades y regalos; y que no es esto cosa nueva en él, sino muy usada. Y así dice él por san Juan (1): *Yo á los que amo reprendo y castigo*. Y por Amos, profeta, hablando con su pueblo, dice (2): *A solos vosotros conozco entre todas las gentes; y por esto tengo de visitaros con el castigo de vuestros pecados*.

(1) Apoc., III, 19.

(2) Amos, III, 2.

Servía también esta persecucion para gloria de los mismos mártires, los cuales con una hora, ó un día de trabajo, ganaban una eternidad de descanso, y una especial corona de martirio, y una altísima silla entre los coros de los ángeles; porque así como llegaron á lo último que se podía hacer por la gloria de su Criador, que es perder la vida, así les dará él en su palacio real un altísimo y nobilísimo lugar; y así como ellos fueron leales á Dios en estar tan constantes en la confesion de su nombre, así él lo será mucho más en la grandeza del galardón que les dará. La gloria de ellos cuenta san Juan en el libro de su revelacion (1), diciendo «que vió una compañía de gentes de todas las naciones y linajes del mundo, la cual era tan grande, que nadie la pudiera contar; las cuales estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos cantando loores de Dios. Y uno de aquellos veinticuatro ancianos, que asisten ante el trono de Dios, me preguntó: Estos que ves aquí vestidos de ropas blancas ¿quién son, y de dónde vinieron? Yo le respondí: Señor mío, vos lo sabeis. Estos, dijo él, son los que pasaron por una grande tribulacion y lavaron sus vestiduras, y blanqueáronlas con la sangre del Cordero. Y por eso están ante el trono de Dios, y le sirven de día y noche en su templo; y el que está asentado en el trono mora en ellos. Y ya de aquí adelante no padecerán más hambre, ni sed, ni los afligirá el ardor del sol y del estío. Porque el Cordero que está en medio del trono los ha de regir, y llevar á beber de las fuentes de las aguas de vida, y él enjugará todas las lágrimas de sus ojos.» Todo esto es de san Juan. Véase, pues, por aquí, si se pueden llamar á engaño los santos mártires, pues con tan breves trabajos

(1) Apoc., vii, 9-17.

merecieron una tan grande gloria, que el Cordero de Dios, que es el Señor de todo lo criado, como piadosa madre enjugase las lágrimas de sus ojos, y por un breve trabajo les diese eterno descanso en lo más bien parado de su reino.

§ III.

De cómo el Martirio es la obra con que más es glorificada de sus criaturas la excelencia divina.

Mas cuán glorificado haya Dios sido con las victorias y triunfos de estos gloriosos mártires, ¿quién lo podrá explicar? Porque muchas maneras hay con que las criaturas glorifican y alaban á su Criador: de las cuales adelante trataremos más copiosamente entre los frutos del árbol de la Cruz. Mas ahora decimos brevemente, que unos glorifican á Dios con salmos y voces de alabanza, otros con la pureza de la vida, otros con ofrecerse á trabajos y peligros virtuosos, confiados en su bondad y providencia, otros con padecer persecuciones del mundo por su gloria, y otros de otras maneras. Mas la más alta manera de glorificarle es padeciendo muerte por su servicio, mayormente cuando la muerte es prolija, y ejecutada con crueles tormentos; porque esto no es ya padecer una sola muerte, sino muchas, de la manera que los santos mártires las padecían, como adelante veremos. Y que esto sea glorificar á Dios, significólo el evangelista san Juan (1), cuando al morir san Pedro en cruz llamó *glorificar á Dios, y seguir á Cristo, siendo grande gloria seguir al Señor*, como el Eclesiástico dice (2). Pues segun

(1) Joan., xxi, 19.

(2) Eccli., xxiii, 38.

esto, no hay caudal en toda la naturaleza humana, ayudada con la gracia, para honrar más á su Criador que mostrar, no por palabra, sino por la obra ser tan grande su Majestad, y bondad, y su gloria, que quiera su fiel siervo padecer todos los tormentos que la furia de los hombres y de los demonios pudieron inventar, ántes que decir ó hacer alguna cosa contra su servicio. ¿Qué mayor fe? ¿qué mayor fortaleza? ¿qué mayor lealtad se puede pedir á una criatura de carne que ésta? ¿adónde puede subir más toda la facultad de la naturaleza humana, ayudada con todos los socorros de la gracia? ¿qué tiene el hombre más que ofrecer á Dios que la vida, y ésta ofrecida con tales tormentos? Y si es verdad, como lo es, que todos los buenos son *aquellas plantas* de Isaías (1), las cuales con la hermosura de sus virtudes *nos convidan á glorificar á Dios*, ¿cuánto más lo glorificarán estos árboles cultivados y regados con la sangre de sus mártires?

Es tambien por otra manera glorificado Dios con esta sangre, porque él les dió aquella constancia y fortaleza invencible con que perseveraron tan leales y fieles hasta la muerte. Y esto es lo que san Juan nos significó en la autoridad alegada, cuando dijo que los *mártires habían parado blancas sus vestiduras con la sangre del Cordero*. Porque por el mérito de aquella preciosa sangre se les dió aquella tan grande firmeza y constancia, con la cual burlasen de los tiranos, despreciasen sus amenazas, y escarneciesen de todas las máquinas de sus tormentos. De manera que así la fortaleza y mérito del padecer, como la corona de la pasión, se debe á aquel inocentísimo Cordero, que nos mereció lo uno y lo otro. ¡Oh quién tuviese palabras para explicar cuán grande sea la gloria

(1) Isai., Lxi, 3.

del poder, y de la bondad, y de la providencia de Dios, que en esta obra resplandece! *Los cielos*, dice David, *predican la gloria de Dios* con la grandeza de sus virtudes y hermosura. Mas ¿qué le costó á Dios esta obra? Así esta como todas las otras no le costaron más que lo que dice el Profeta (1): *Ipse dixit, et facta sunt*. No le costó más que decir, y hacerse todo lo que él quisiese, sin que hubiese cosa que le contradijese, ó resistiese. Mas aquí, ¡cuántas cosas le resistían! Cuántas peleaban contra él! Peleaban los tiranos, peleaban los demonios, peleaban mil maneras de tormentos, resistía la flaqueza de nuestra carne, la cual aún en Cristo temió la muerte; resistía toda la potencia del amor propio; peleaban todas las fuerzas de la naturaleza; peleaba y resistía la complexion del hombre, que es la más sensible y más enemiga del dolor de cuantas otras hay, por donde ha acaecido muchas veces los hombres confesar la culpa de muerte que no cometieron por excusar el dolor de los tormentos, teniendo por menor mal la muerte que la violencia del dolor. Pues ¡cuán grande gloria del poder de la divina gracia fué, hacer que tantos millares de hombres, de mujeres, de viejos, de mozos y de doncellas tiernas y delicadas sufriesen tan extraños tormentos, y esto con tanta fortaleza, con tanta alegría, con tanto esfuerzo, que confundiesen á los tiranos y cansasen á los verdugos, y ellos, no sólo no se cansasen de penar, más ántes sufriesen los tormentos con grande gloria y ufanía, como personas que tanto más cerca tenían la corona, cuanto mayores tormentos padecían! Y así muchos de ellos, como dice Hilario, daban gracias por sus azotes, otros se gloriaban en sus cadenas y cárceles, otros ofrecían alegremente sus dichosas cabezas al cuchillo; muchos de ellos saltaban en las hogueras

(1) Psalm., CXLVIII, 5.

que para ellos estaban encendidas, y temblando los ministros de la maldad, ellos con un religioso apresuramiento se arrojaban en las llamas; y otros hubo que siendo mandados echar en las aguas para ser ahogados, iban á ellas no como aguas de muerte, sino de refrigerio saludable, ofreciendo en sus cuerpos al Criador, como dice Basilio, otra nueva manera de holocausto, no por fuego, sino por agua. Cosa es esta de que aquel santo Profeta quedaba espantado y atónito, cuando hablando con Dios, y viendo figurada esta maravilla en el paso de los hijos de Israel por el mar Bermejo decía (1): *Abriste, Señor, en el mar camino á tus caballos en medio de las muchas aguas; y cuando yo esto oí, me temblaron las carnes, y con esta voz se estremecieron los labios de mi boca.* Palabras son estas de quien tenía espíritu de Dios, para saber estimar esta admirable virtud y fortaleza, que aquel omnipotente y misericordioso Señor dió á sus fieles caballeros, los cuales en medio del mar amargo de sus persecuciones hallaron camino seguro, y en medio de las muchas aguas de las tribulaciones se les descubrió la tierra seca por do pasasen á pié enjuto y sin peligro: pues, como se escribe en los Cantares (2), *las muchas aguas no pudieron apagar en ellos la llama de la caridad ni las crecientes de los ríos la pudieron cubrir.* Admirable fué el poder de Dios, cuando pasó los hijos de Israel por las aguas del mar Bermejo sin peligro; y no ménos lo fué cuando dió virtud á los santos mártires para pasar por medio de las aguas de tantas tribulaciones sin desmayo y sin pecado. Aquello hizo él una sola vez; mas esto hizo con todos los santos mártires, que no son ménos que las estrellas del cielo. Pues ¿quién pudiera acabar esta tan

(1) Habac., III, 15 et 16.

(2) Cant., VIII, 7.

grande obra, sino Dios? ¿quién pudiera á una carne tan flaca dar fortaleza para vencer tan grandes batallas sino el brazo de Dios? Estaban atónitos los que presentes se hallaban, y con ser enemigos se compadecían de ver lo que las santas vírgenes padecían; porque la grandeza de los tormentos vencía la dureza de sus corazones, y convertía su furor en compasion. Pues esta fué singular gloria de Dios, pelear contra todo el poder del mundo y del infierno con instrumentos tan flacos, tan delicados y tan sensibles, y vencer y triunfar de toda esta potencia con ellos. Pues ¿cuán grande gloria fué esta de este Señor, ayudar él tan poderosamente á sus fieles siervos, y defender ellos con tanta fidelidad la gloria de su Señor? Yo confieso que todos aquellos espíritus soberanos de ángeles, y querubines, y serafines glorifican á Dios con la excelencia de su naturaleza, y con el resplandor de la gracia y gloria que les fué dada, y con la obra por donde la merecieron; mas no le glorifican de la manera que los santos mártires, con la pasion de sus cuerpos, porque no los tienen. Alaba Plutarco á Alejandro Magno, sobre todos los otros monarcas del mundo, diciendo que los otros nacieron monarcas, mas éste ganó la monarquía con su lanza, y con muchas heridas que en diversas batallas recibió. Lo mismo en cierta manera podemos decir de los santos ángeles: los cuales fueron criados en el cielo Empíreo con aquella noble naturaleza y gracia que les fué dada; y poco les costó la gloria de que para siempre gozan. Mas los santos mártires, ¿con cuántas heridas, con cuántos géneros de tormentos, unos sobre otros repetidos, la ganaron? Por donde aquellos cantan y predicán la gloria del Señor con la hermosura de la naturaleza y gracia que les dieron, mas éstos con las heridas que en sus cuerpos por la gloria de su Señor recibieron. Esto nos

declara san Juan en su revelacion (1) cuando dice *que oyó una voz en el cielo como de un grande trueno, y como voz de muchas aguas y como voz de tañedores que tañían en sus vihuelas*. Pues ¿cómo concuerdan entre sí estas tres maneras de voces, de grande trueno, y de muchas aguas, y de música suave de vihuelas? Todo esto es místico, todo espiritual. Pues por este tan grande trueno se entiende la predicacion del Evangelio, que sonó por todo el mundo, como lo significó Isaías cuando dijo (2): *En los últimos fines de la tierra oímos las alabanzas y la gloria del Justo*, que es Cristo, autor de nuestra justicia. Y por las muchas aguas, entendemos las grandes tribulaciones y tempestades que los santos apóstoles y mártires padecieron por esta predicacion. Mas por la música de vihuela en que estos santos mártires tañían, entendemos la gloria las alabanzas que ellos daban á su Criador con la pasion de sus cuerpos. Porque en la vihuela están las cuerdas que hacen la música depurada de todo humor, y retorcidas y estiradas en ella, y de esta manera sirven para la música. Pues esto mismo vemos en los santos mártires: los cuales, despedido de sí todo el amor y aficion de las cosas terrenas y de su misma vida, fueron torcidos y afligidos con diversos tormentos. Porque los cuerpos de estos santos tendidos en las parrillas, y crucificados, y estirados en los maderos, ¿qué eran sino cuerdas de estas vihuelas, que hacían una música suavísima en los oídos de Dios? Pues en estas vihuelas tañen y cantan eternalmente los santos mártires cantares de alabanza á su Criador, predicando su gloria, y el poder de su gracia, con la cual vencieron tan grandes batallas por su amor.

(1) Apoc., xiv, 2.

(2) Isai., xxiv, 16.

§ IV.

De cómo se manifestó la gloria de Dios en los santos Mártires con los prodigios y milagros que obró por ellos.

Resplandece tambien aquí la gloria de la bondad y providencia divina por otra manera maravillosa. Porque demas de la fortaleza interior de la gracia con que este Señor ayudaba á sus siervos, ayudábalos tambien con otros socorros, y ayudas, y favores exteriores. Porque unas veces apagaba las llamas del fuego, como lo hizo con santa Lucía; otras curaba en la cárcel sus llagas, como lo hizo con santa Margarita y santa Agueda; otras los visitaba en la cárcel, como lo hizo con santa Catalina, mártir; otras los mandaba consolar con ángeles y con cantares muy suaves, como lo hizo con san Vicente; otras soltaba las cadenas con que estaban presos, como lo hizo con san Pablo y con su compañero Silas; otras los confirmaban más en la fe con los milagros que por ellos obraba, como lo hizo con san Lorenzo, que estando preso daba luz á los ciegos; otras consolaba con la conversion de muchos, que por virtud de ésta y otras maravillas se convertían á la fe, y padecían martirio juntamente con ellos, como se escribe de aquellos cincuenta oradores, que se convirtieron á la fe por la doctrina de santa Catalina, y padecieron martirio por ella. Y de todos estos ejemplos hay muchos, aunque no hice aquí mencion más que de solos éstos. Otras muchas veces amansaba los leones y bestias fieras para que no tocasen en sus siervos. De lo cual contaré aquí un memorable ejemplo, que no podrá dejar de causar mucha devocion y admiracion á quien lo leyere, considerando este regalo y favor de la divina Providencia de que vamos hablando, el cual cuenta

Eusebio en su historia, como testigo de vista que presente se halló. Sus palabras son estas (1):

Yo ahora no cuento lo que oí, sino lo que ví con mis ojos. Buscaban los tiranos nuevas artes de tormentos que sucediesen unos á otros: primero rasgaban con peines de hierro sus cuerpos; despues echábanlos á las bestias, azomándoles los leones, y osos, y onzas, y otras muchas fieras, puercos monteses, y otros, agarrochándolos primero, é hiriéndoles con fuego para acrecentarles la fiereza. Todas estas municiones se aparejaban contra la fortaleza de los siervos de Dios, y con crueldad se armaban para sus penas los hombres, los brutos animales y los elementos. Entónces desnudaban á los honradores del Señor en medio del palenque, amenazando á las fieras, y encrueliesciéndolas con mil artes dentro de sus cuevas, y así salían rabiosas, y súbitamente henchían el coso, y ceñían en derredor el sagrado coro de los mártires, que en medio estaban cercándoles de una parte y de otra. Pero andando muchas veces alrededor de ellos olieron la virtud divina presente, y humillándose se apartaron de sus venerables cuerpos. Mas el furor que se amansó á las fieras se dobló á los hombres. Ninguno de ellos conoció el socorro del Soberano, y ninguno creyó que les favorecía la diestra del Poderoso; mas enviaron á las bestias hombres diestros en embravecerlas, pero ellas, porque viesan que no les faltaba osadía ni fuerzas, sino que el poder de Dios amparaba sus siervos con increíble ligereza, despedazaron aquellos que iban á hacerlas feroces. Y no quedando ya oficial que osase ir á ellas, mandaron á los mártires que con sus manos les hiciesen cocos, y las incitasen á venir contra sí mismos; mas ni áun esto las movia de su lugar, ántes si alguna iba hacia ellos, en

(1) Euseb. Eccl. Hist. lib. VII, cap. III.

llegando al más cercano, luégo daba la vuelta. Los que presentes estaban hubieron grande espanto, viendo que los hombres desnudos, entre los cuales eran muchos de tierna edad, en medio de tantos y tan fieros animales, estaban sin temor ni temblor, levantadas al cielo las manos, y los ojos, y el corazon puesto en Dios, menospreciando, no solamente todo lo temporal, mas su misma carne; y temblando sus mismos jueces de espanto, estaban ellos alegres y con sereno rostro en presencia de todas las fieras. Mas ¡oh duras y atónitas almas de hombres! Que la ferocidad de las bestias por la virtud de Dios se enternece, y la rabia humana avergonzada de los brutos animales no se aplaca! Hicieron experiencia de otros delincuentes gentiles, echándolos á las bestias: los cuales en pareciendo delante de ellas, fueron despedazados, unos por leones, otros por los osos, otros por las onzas, y otros echados en los aires con los cuernos de los toros; ni áun despues de así encarnizadas las fieras, osaban llegar á los siervos de Dios, á quien la virtud soberana cercaba con muro fortísimo, cumpliendo la palabra que él había dicho (1): *Do se hallaren dos ó tres de vosotros juntos en mi nombre, estaré en medio de ellos.* Viendo la crueldad rabiosa salir en vano todos sus ardis, trocaron las fieras, haciendo salir otras de refresco. Y como quiera que tampoco éstas diesen molestia á los santos, finalmente soltaron los rabiosos hombres más crueles que tigres, y con sus espadas acabaron lo que las fieras no quisieron comenzar. Esta dulcísima historia refiere Eusebio, en la cual podrá ver el piadoso lector cuán grande seria la consolacion de estos gloriosos mártires, cuando considerasen este tan grande favor y regalo de la divina Providencia para con ellos. De aquellos tres mozos

(1) Matth., xviii, 20.

que mandó Nabucodonosor echar en el horno de fuego (1), porque no quisieron adorar su estatua, se escribe que como el fuego no les hiciese algun daño, inflamados sus corazones con otro mayor fuego de amor de aquel Señor que así los había amparado, comenzaron á entonar aquel cántico, que comienza: *Benedicite omnia opera Domini Domino*, en el cual convidan á todas las criaturas del cielo y de la tierra, y del aire, á que juntamente con ellos alaben aquel Señor, que así tuvo por bien socorrer á sus fieles siervos. Pues ¿qué ménos harían estos santos mártires, viéndose cercados de tantas fieras, sin recibir molestia de ellas? ¿qué gracias, qué alabanzas y bendiciones darian al Señor, que así los defendió y favoreció en esta batalla? Y ¿cuán de buena gana ofrecerían las cervices al cuchillo por tal Señor, mayormente esperando luégo tras del cuchillo la corona, que casi ya tenían en las manos?

Pudiera tambien referir aquí otros favores semejantes que hacía el Señor á sus mártires, y especialmente á las vírgenes de que arriba hicimos mencion para confirmacion de esta verdad.

CAPÍTULO XVII.

DE LA DÉCIMAQUARTA EXCELENCIA DE LA FE Y RELIGION CRISTIANA, QUE ES HABER SIDO CONFIRMADA CON EL TESTIMONIO DE INNUMERABLES MÁRTIRES.

Presupuesto el preámbulo, siguesè que tratemos de la victoria maravillosa de los santos mártires, y del testimonio que con ella nos dieron de la fe católica. Para tratar de esta materia conviene traer á la memoria aquellas dos

(1) Dan., III, 20 y 21.

espirituales ciudades que san Agustín describe en los libros de la Ciudad de Dios, (1): que son Jerusalén y Babilonia; cuyos moradores, y caudillos, y oficios son muy diferentes. Porque los moradores de Jerusalén son todos los buenos; mas los de Babilonia todos los malos. El caudillo de los unos es Cristo, y de los otros es el demonio. Aquella ciudad edifica el amor de Dios, que llega al desprecio de sí mismo; mas esta edifica el amor propio, cuando llega á despreciar á Dios por amor de sí. Los moradores de estas dos ciudades tienen perpetua guerra unos con otros. Porque, como dice Salomón (2), *abominan los justos al hombre malo, y abominan los malos al hombre bueno*. Así mismo el Eclesiástico dice (3): *Contra el mal el bien; y contra la vida la muerte: así al varón justo es contrario el pecador*. Y esta guerra no es nueva, porque comenzó con el mismo mundo, *cuando mató Caín á su hermano Abel* (4), *no por otra causa, sino, como dice san Juan* (5), *porque las obras de Abel eran buenas y las de Caín malas*.

Pues cada una de estas ciudades tiene sus combatientes y defensores. Contra la ciudad de Babilonia pelea Cristo con los suyos: mas contra Jerusalén el príncipe de este mundo con todos sus aliados. En la una parte pelea el espíritu, en la otra la carne, pretendiendo derribar y ahogar el espíritu. La joya por que una parte pelea es la gloria de Dios; y el fin por que la otra guerrea es el interés del amor propio, despreciada la gloria de Dios.

Pues como el principado de esta ciudad de Babilonia fuese tan contrario y tan injurioso á la gloria de Dios, y

(1) Aug. de Civ. Dei, lib. XV. c. 1 et 2. et lib. XVIII. c. 18.

(2) Prov., xxix, 27.

(3) Eccli., xxxiii, 15.

(4) Gen., iv, 8.

(5) I Joan., iii, 12.

estuviese tan extendido por toda la redondez de la tierra donde el verdadero Dios estaba olvidado y el príncipe de este mundo en su lugar adorado, indignándose el Hijo de Dios por la injuria de su padre, y compadeciéndose de la ceguedad de los hombres, vino á este mundo á pelear con esta bestia fiera y desterrarla de él. Esto es lo que todos los padres antiguos continuamente le pedían. Porque esto deseaba David (1) cuando pedía que este *potentísimo Señor se ciñese su espada y la pusiese sobre el muslo para pelear con este enemigo*. Esto mismo pedía Isaías cuando decía (2): *Levántate, levántate y vistete de fortaleza, brazo del Señor; levántate, como en los días antiguos y en las generaciones de los siglos. ¿Por ventura no eras tú el que heriste al soberbio y llegaste al dragon?* En las cuales palabras el Profeta pide al Salvador que así como al principio de la creacion de las cosas derribó á Lucifer del cielo, así ahora lo destierre del mundo que tiene tiranizado. Y esta victoria denunció el mismo Profeta (3): cuando hablando de las obras de este Señor dijo *que venía á predicar al mundo un año de jubileo y un día de venganza: el jubileo para los pecadores, y el día de venganza para los demonios que traían engañados los hombres*. Y este mismo día de venganza y de victoria prometió el mismo Señor poco ántes de su pasion cuando dijo (4): *Ahora ha de ser juzgado y sentenciado el mundo; ahora el príncipe de este mundo ha de ser echado fuera de él. Y si yo fuere levantado sobre la tierra, esto es, puesto en la cruz, todas las cosas traeré á mí*. Y esto mismo vió en espíritu san Juan en el Apocalipsis (5), donde dice *que vió descender*

(1) Psal., XLIV, 4.

(2) Isai., LI, 9 et 10.

(3) Ibid., LXI, 2.

(4) Joan., XII, 31.

(5) Apoc., XX, 1-3.

del cielo un ángel, el cual tenía la llave del abismo, y traía una gran cadena en su mano, y con ella prendió al dragon, serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo encerró en el abismo y selló la puerta de él para que no engañase más las gentes. Pues este ángel es Cristo nuestro Salvador, según la naturaleza humana; el cual, por virtud de su gracia, y por medio de sus apóstoles y varones apostólicos, desterró esta fiera del mundo, para que no fuese más adorada, como hasta entónces lo había sido.

Mas veamos ahora qué soldados escogieron estos dos capitanes para esta batalla, y con qué género de armas armó cada uno á los suyos. Pues Cristo primeramente escogió para esta conquista unos rudos, y pobres é ignorantes pescadores, hombres sin letras, sin nobleza, sin elocuencia y sin otra valía humana. Y á estos armó él, no con armas de hierro, sino con el favor y gracia del Espíritu Santo, y de todas las virtudes, y señaladamente con aquellas tres más principales que miran y honran á Dios, que son fe, esperanza y caridad; mas estas no en grado remiso, sino perfecto; no como las tienen los principiantes, sino como las poseen los perfectos. Lo cual conviene que declaremos en este lugar.

Pues para entendimiento de esto es de saber, que la inmensa bondad de nuestro Señor, de tal manera trata en esta vida á sus familiares amigos cuando los ve ya destetados del mundo y descarnados de toda carne, y hechos hombres espirituales y divinos, que les da una cata de aquel vino celestial, y unas como primicias de aquellos bienes eternos, de que para siempre han de gozar, como arriba declaramos. Porque en esta moneda *paga él ciento por uno* en este mundo, como lo promete en su Evangelio (1), haciendo mercedes y dando grandes con-

(1) Matth., XIX, 29.

solaciones á los que por su amor renunciaron todas las consolaciones del mundo. Pues conforme á esto digo que estas tres virtudes, que llamamos teologales, tienen sus propios galardones en el cielo. Porque á la fe se dará en premio la clara vision, y á la esperanza la posesion, y á la caridad la fruicion y gozo del sumo bien. Pues este especial favor hace nuestro Señor á los varones perfectos en esta vida, que vengan á participar una semejanza de la gloria que á estas tres virtudes se ha de dar en la otra. Porque la fe en los tales llega á estar, no sólo fortificada, sino esclarecida con los dones del Espiritu Santo, de tal modo, que á muchos de ellos parece que no creen sino que ven la verdad de los misterios de la fe. Asimismo tienen tan firme, tan viva y tan segura la esperanza de la gloria, que les parece que ya la tienen en las manos. Y éstos son de quien comunmente se dice que tienen la muerte en deseo y la vida en paciencia por la firmeza de esta esperanza: la cual en algunos era tan grande, que prometían favores á otros cuando se viesen en el cielo, como se escribe de nuestro padre santo Domingo. Pues la caridad, que es la reina de las virtudes, tienen éstos tan abrasada y encendida, que arden en amor de Dios; y gozan á veces de tan grandes alegrías que no hay palabras para las explicar. Porque éstas corresponden al premio que se da á la caridad, que es la fruicion del mismo Dios. Y de aquí les nace un tan gran deseo de agradar á un Señor que tan amable y tan suave se les ha mostrado, que desean padecer mil géneros de tormentos por él. Y así de muchos mártires se escribe que ellos mismos, tocados de este divino fuego, voluntariamente sin ser buscados se ofrecían al martirio, como adelante veremos.

Pues tornando al propósito, estas eran las armas con que nuestro capitan armó sus caballeros, para pelear con

los principados y poderes del mundo, con fe tan esforzada y clarificada, con esperanza tan segura y tan confiada, y con caridad tan encendida y abrasada, como está dicho. Confirmados, pues, con estas tres virtudes sabían certísimamente que acabada la postrera boqueada, y acabando de correr los filos de la espada por la garganta, en ese mismo instante, sin más dilacion, habían de ver y gozar de aquella infinita hermosura que tanto amaron, y que sus almas habían luégo de ser llevadas por los santos ángeles con coronas de martirio á ser colocadas entre los coros de los Santos, donde para siempre gozarían de deleites eternos, y de bienes que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón humano pudieron caber. Pues con tales armas ¿quién no se esforzará? ¿quién no se animará? ¿quién no peleará alegremente contra todo el poder del mundo?

§ I.

Calidad y armas de los soldados con que se peleó en esta guerra.

Ahora veamos cuáles fueron los soldados, y cuáles las armas con que el príncipe de este mundo peleó contra el ejército y reino de Cristo. Esto nos representa san Juan en una maravillosa vision que él relata en su Apocalipsis, en la cual, resumiéndola en pocas palabras, dice (1): «Que apareció una gran señal en el cielo, que fué una mujer vestida del sol, con la luna debajo de los piés, y con una corona de doce estrellas en la cabeza; la cual padecía dolores por parir. Y apareció otra señal en el cielo, que fué un dragon grande y rojo, con diez cuernos y siete cabezas. Y este dragon estaba delante de la mujer,

(1) Apoc., XII, 1-5.

para tragar el hijo que pariese; y ella parió un hijo varón, el cual había de regir las gentes con vara de hierro.» Esta mujer que aquí pinta san Juan todos sabemos que es la Iglesia: y estar ella vestida del sol, que es Cristo, sol de justicia, nos representa estar ella adornada, hermoseada y enriquecida con los méritos y gracia de Cristo, é inflamada en su amor. De esta manera de vestidura hace mencion el Apóstol (1), cuando dice: *Todos los que habéis sido bautizados estáis vestidos de Cristo*. Tener esta mujer la luna, que es tan mudable, debajo los pies, nos representa el desprecio que los santos tienen de todas las cosas de esta vida, que son más mudables y más inconstantes que la misma luna. La corona adornada con doce estrellas, es la gloria que tiene la Iglesia de haber sido fundada con la doctrina de los doce apóstoles; los cuales recibieron primero que todos las primicias de la gracia, y bebieron de la misma fuente de vida. Los dolores grandes que esta mujer tenía por parir, nos representan los grandes deseos que la Iglesia tenía de dilatar la fe por todo el mundo, y de engendrar hijos espirituales á Cristo su esposo. El dragon grande y rojo que estaba para tragar el hijo que la mujer pariese, es el demonio, príncipe de este mundo, cuyo color dice que era rojo, para significar la sangre de los mártires que él por medio de sus ministros había derramado. Los diez cuernos que tenía en la cabeza, fueron diez emperadores romanos, que precedieron antes del imperio del cristianísimo Constantino; por los cuales levantó el dragon las diez persecuciones que comunmente se cuentan de la Iglesia. Las siete cabezas significan otra manera de persecuciones de astutísimos herejes, por cuyo medio el dragon levantó otras persecuciones mayores que las pasadas, con las ar-

(1) Galat., iii, 27.

tes y astucias de estos herejes. Decir que este dragon estaba con la boca abierta, esperando tragar el hijo que la mujer pariese, nos representa el furor y ardor que aquel dragon infernal tenía de extinguir y desterrar del mundo el nombre de Cristo.

Pues por esta figura primeramente se entenderá cuáles eran los soldados de que el demonio se sirvió para hacer guerra al reino de Cristo: que fueron por una parte los emperadores y monarcas del mundo, y por otra los astutísimos herejes, que le hacían guerra más cruel; porque la persecucion de los unos principalmente tiraba á los cuerpos; mas la otra con astucias de argumentos hacía más cruel guerra á las almas; y así la una hacía mártires, la otra herejes.

Las armas con que el dragon armaba estos tiranos, eran engaños y mentiras: que son las armas propias de este padre de la mentira, con las cuales venció los dos primeros hombres del mundo. Porque hacía creer á los emperadores que aquellos ídolos eran verdaderos dioses, y que con su favor habían señoreado el mundo, y con él habían de conservar este señorío; y que faltando este culto de ellos se perdería. Y porque esta Religion de Cristo con todas sus fuerzas destruía, y condenaba, y escupía éstos sus dioses, conservadores como ellos imaginaban, de su imperio, encruelecianse en tanto grado contra ella, que todo su estudio é ingenio, y todas sus artes y fuerzas empleaban en desterrarla del mundo. Y con esto pensaban vengar las injurias de sus dioses, y aplacarlos y alcanzar de ellos, no sólo la conservacion de su imperio sino la salud, la prosperidad y abundancias de los bienes temporales. Y así en las leyes perversísimas que hizo Maximino escribir en tablas de metal contra los cristianos, mandando aprender á los niños de coro las blasfemias

contra el Salvador, y que se compusiesen de ella cantares para cantar por las calles, daba por razon de ellas, que despues que los cristianos eran desterrados de sus tierras, había serenidad en el cielo, y la tierra daba frutos en mayor abundancia, y todas las cosas sucedían prósperamente. Y por tanto, que era cosa muy provechosa que aquella ley se guardase para alcanzar y conservar la gracia de los dioses, á los cuales ningunos sacrificios se podían ofrecer más agradables que la persecucion y destierro de esta aborrecible gente de todos los lugares donde su majestad es adorada. Tales falsedades y blasfemias hacía creer aquel padre de la mentira á estos sus ministros; y estas eran las armas con que hacían guerra cruel á la Iglesia. Donde se ve cuán desiguales eran así los soldados como las armas de la una parte y de la otra. Porque los soldados de Cristo eran pescadores; los del dragon eran emperadores. Las armas de aquéllos eran la fe de la verdad; las de éstos eran la mentira y falsedad.

Pues con esta persuasion mentirosa, encendidos los ánimos de los tiranos, ¡qué artes, qué invenciones de tormentos no buscaron para atormentar los santos! Comun cosa era degollar, quemar, azotar con muchas diferencias de azotes, hasta consumir las carnes, y llegar á los huesos, y sacar el alma del cuerpo con ellos; á otros arrastraban y despedazaban á las colas de los caballos; á otros aspaban en unos maderos, y allí rasgaban sus carnes con garfios de hierro; á otros abrían por medio, y los cortaban en los tajones de la carnicería, y los echaban en el mar, para que los comiesen los peces. A otros, dice Suetonio Tranquilo y Cornelio Tácito en la vida de Neron, que echaban á los perros, vistiéndolos primero de pieles de fieras, para que los lebreles con mayor furia los acometiesen y despedazasen. Otros hubo que desnudaron y

ataron de piés y manos, y en la fuerza del invierno los pusieron sobre una laguna de agua helada, descubierta al norte en una noche fría, para que estuviesen toda ella penando con aquel nuevo tormento; y junto á esta laguna estaba aparejado un baño con aguas calientes, para que el mártir tuviese á la mano el remedio, si quisiese decenderse de su propósito. Y de esta manera padecieron cuarenta soldados, cuyo glorioso martirio celebra san Basilio en una elegantísima homilia.

Mas no contentos los tiranos con un sólo linaje de tormentos, ejecutaban en el cuerpo del mártir unos sobre otros, para que si no quedaba vencido con unos, lo fuese despues de ya debilitado con los otros. Esto se ve en la variedad de los tormentos con que muchos santos mártires fueron atormentados, especialmente san Lorenzo, san Vicente, santa Agueda, santa Dorotea, santa Olalla, santa Martina. Y de un santo diácono, por nombre Clero, se escribe en su calenda, que es á siete de enero, que siete veces fué atormentado, y despues por largo tiempo encarcelado, y al fin degollado. Tan insaciable era la sed que los tiranos tenian de la sangre de los mártires. Y á veces el número de los que padecían era grande; porque en la calenda del día del nacimiento de nuestro Salvador se lee el martirio de la santa vírgen Anastasia, la cual con doscientas mujeres y setecientos hombres fué desterrada á las islas Palmarias. Los cuales todos con diversos martirios glorificaron á su Criador, y ofrecieron la vida al que se la había dado. Mas este es pequeño número en comparacion de otros de que adelante haremos mencion, y particularmente de diez mil mártires y once mil vírgenes, las cuales en un día corrieron con guirnaldas de rosas y azucenas al tálamo del Esposo celestial, donde siguen al Cordero por do quiera que va.

Esto se ha dicho así en general; mas porque esta materia es de grande edificacion para nuestras vidas, y de grande admiracion, viendo el poder inestimable de la divina gracia, me pareció debía descender á tratarla más en particular, recontando las batallas y fortaleza de algunos esclarecidos mártires.

PRÓLOGO SOBRE LAS HISTORIAS Y BATALLAS GLORIOSAS DE
LOS SANTOS MÁRTIRES QUE AQUÍ SE CUENTAN.

Sentencia es muy celebrada de Platon, que si se pudiese ver la hermosura de la virtud con ojos corporales, robaría y llevaría tras sí los corazones de los hombres. Y si esto há lugar en cualquiera de las virtudes, mucho más en las que tienen respeto á Dios, y tienen por oficio honrarle, creerle, amarle, y fiarse de él; porque las tales tienen un altísimo y nobilísimo objeto á que miran, que es Dios, Señor de todo lo criado. Entre las cuales aquellas tienen el principado que sumamente glorifican á Dios, y de esta manera le glorifican los hombres que por mantener la fe, lealtad y reverencia que se debe á aquella inmensa Majestad, se ofrecen, no sólo á perder la vida, sino á perderla con cruelísimos y terribles tormentos. Pues si cualquiera otra virtud, segun la sentencia susodicha, es tan hermosa, ¿cuánto será mayor la hermosura de la virtud que á este supremo grado hubiere llegado, que es el mayor sacrificio que el hombre puede ofrecer, y lo último adonde puede sublimar la gracia á un hombre mortal? Es tan grande esta hermosura, que, como dice el Apóstol (1), viene á ser un hermosísimo y admi-

(1) I Cor., IV, 9.

nable espectáculo, no sólo á los hombres y ángeles, sino al mismo Dios que sumamente se alegrá viendo pelear y triunfar la carne flaca de toda la potencia del mundo y del infierno por su fe y amor. En esto se conoce la virtud de la gracia, y la eficacia de la redencion de Cristo, por quien esta gracia se da. Y porque aquellos á quien Dios ha dado ojos para ver esta hermosura se edifican y deleitan grandemente leyendo las batallas y triunfos de los mártires, y aquella espantosa constancia que tuvieron así los hombres como las mujeres flacas entre tanta furia y rabia de tormentos, parecióme que debía extenderme más en esta materia para dar este gusto y contentamiento al cristiano lector, mayormente siendo este un tan grande argumento y confirmacion de nuestra fe, que es lo que en esta segunda parte de esta escritura pretendemos. Porque tal fortaleza y constancia nos dan claro testimonio de la virtud y asistencia de Dios. Ca de otra manera, ¿cómo pudiera, pongo por ejemplo, la vírgen santa Olla, de edad de trece años, padecer tantas invenciones de tormentos nunca vistos, si no estuviera toda su alma llena de Dios? Pues ¿qué diré de la vírgen santa Agueda, que siendo muy noble y delicada iba con grande alegría á la cárcel como si fuera á desposorios? Donde primero la colgaron, y cruelísimamente azotaron, y despues retorcieron uno de sus virginales pechos, y se lo cortaron de raíz. Y tras esto hicieron una cama de cascos de tejas puntiagudas, y juntamente de carbones encendidos, para que el cuerpo, ya llagado de los azotes, tuviese para su refrigerio aquella nueva invencion de cama en que descansase. Pues ¿qué corazon pudo inventar un tan nuevo género de crueldad para un cuerpo tan delicado? ¿qué diré de la vírgen santa Bárbara, á la cual tenía su padre encerrada en una torre por la grandeza de su hermosura, la cual

su mismo padre, tomado del vino ó veneno de la infidelidad, sabiendo que era cristiana, la acusó y presentó al juez: el cual primeramente la mandó desnudar y azotar tan cruelmente con nervios de toro, que corría sangre de su cuerpo por todas partes, y así desnuda la mandó poner en la cárcel. Y otro día viendo que ni con este tormento había podido vencer su constancia, mandó aplicarle dos hachas ardiendo á los dos lados de su cuerpo, y despues mandó que le diesen muchos golpes con un martillo en la cabeza, y tras esto que le cortasen á cercen ambos sus virginales pechos. Y como si todo esto fuera poco, mandó que la trajeran por toda la ciudad desnuda azotándola cruelmente. Y viendo el perverso juez la fortaleza y perseverancia de la vírgen, y que ya ni había más tormentos que probar, ni más cuerpo en que los ejecutar, mandó finalmente que la llevasen á degollar, adonde iba la santa vírgen con grande esfuerzo y alegría, y allí por manos de su propio padre, más cruel que todas las fieras, fué degollada, para que así se cumpliese lo que el Salvador había profetizado (1), diciendo: *Que hasta los padres habian de entregar á la muerte sus propios hijos por odio de la fe*. De esta manera la santa vírgen, pasando por tantos fuegos, envió su purísimo espíritu á Dios, y así dió fin á esta gloriosa batalla. Donde no solamente nos pone admiracion la constancia de estas vírgenes, sino mucho más la alegría del padecer, y la libertad con que respondían y reprendían la crueldad é infidelidad de los jueces, sin hacer caso de que con esto los acedaban y encruelécian más contra sí. Pues ¿cómo pudieran doncellas tan delicadas vencer tan grandes batallas si no estuvieran armadas con tan grande fe, con tan encendida caridad, con tan grande fortaleza, y con tan firme confianza, que

(1) Matth., x, 31.

ya les parecía que veían aparejada la corona, y así corrían alegremente á recibirla de las manos del Esposo celestial? Y siendo tanta la flaqueza de las mujeres, que basta ver una espada desnuda, ó un poco de sangre, para caer en tierra amortecidas, éstas, viendo tantos instrumentos de crueldad y tanta sangre derramada de sus cuerpos, no sólo no desmayaban, mas ántes se alegraban y daban gracias por su pasión. Pues siendo tan natural en todas las criaturas el amor de la vida, y el temor de la muerte, y siendo los cuerpos humanos tan sensibles, que no pueden sufrir una punzada de alfiler, ¿cómo pudieran estas doncellas vencer tales batallas y levantarse sobre todas las leyes y fueros de naturaleza, si no tuvieran dentro de sí al autor y Señor de ella? Y siendo él mismo el que peleaba y vencía en ellas, síguese que era verdadera la fe y Religión que el mismo Dios con la fortaleza de sus ánimos testificaba. Por lo cual decimos ser esta una grande confirmacion de nuestra fe. A lo cual se puede aplicar aquella sentencia del Apóstol (1), en que dice: *Que lo flaco de Dios es más fuerte que toda la fortaleza de los hombres*; pues toda ella no bastó para vencer la constancia de estas doncellas tan flacas: ántes ellos quedaron vencidos, y las vírgenes vencedoras.

Donde tambien es mucho de considerar que entre los misterios de nuestra fe, uno de los mayores, que es el de la pasión y muerte de nuestro Salvador, señaladamente se confirman con las victorias de los mártires. Porque como sea tan grande el número de ellos, que parece competir con el de las estrellas del cielo, y hayan sido tan extrañas las invenciones de tormentos que ellos vencieron, y ser esta la mayor gloria que toda la naturaleza humana esforzada con la gracia puede dar á su Criador, hácesenos

(1) I Cor., 1, 25.

luego muy creible que el Hijo de Dios, que tanto deseaba la gloria de su Eterno Padre se ofreciese á todos los tormentos é ignominias de su pasion, porque con el ejemplo y esfuerzo de ella peleasen ellos más animosamente, viendo á su Dios y Señor ir en la delantera para esforzarlos. Por lo cual, bastando una sola gota de su preciosa sangre para redimir el mundo, quiso derramar á poder de tormentos cuanta tenía, por dar este tan grande esfuerzo á los mártires, y esta tan grande gloria á su eterno Padre con la fe y constancia de ellos. La cual gloria deseaba él con tan gran deseo, que aunque no hubiera otra causa para padecer sino ésta, por sola ella padeciera, y diera por bien empleados todos sus trabajos aunque más no hubiera. Esta consideracion entenderán mejor los que tuviesen ojos para saber mirar y estimar la constancia y fortaleza de estos gloriosísimos caballeros.

Ahora querría preguntar á los que leen libros de caballerías fingidas y mentirosas, ¿qué los mueve á esto? Responderme han que entre todas las obras humanas que se pueden ver con ojos corporales, las más admirables son el esfuerzo y fortaleza. Porque como la muerte sea, según Aristóteles dice, la última de las cosas terribles, y la cosa más aborrecida de todos los animales, ver un hombre, despreciador y vencedor de este temor tan natural, causa grande admiracion en los que esto ven. De aquí nace el concurso de gentes para ver justas, toros y desafíos y cosas semejantes, por la admiracion que estas cosas traen consigo: la cual admiracion, como el mismo filósofo dice, anda siempre acompañada con deleite y suavidad. Y de aquí tambien nace que los blasones é insignias de las armas de los linajes comunmente se toman de las obras señaladas de fortaleza, y no de alguna otra virtud. Pues esta admiracion es tan comun á todos y tan

grande, que viene á tener lugar, no sólo en las cosas verdaderas, sino tambien las fabulosas y mentirosas; y de aquí nace el gusto que muchos tienen de leer estos libros de caballerías fingidas. Pues siendo esto así, y siendo la valentía y fortaleza de los santos mártires sin ninguna comparacion mayor y más admirable que todas cuantas ha habido en el mundo, pues basta para ser, como dijimos, un hermosísimo espectáculo para Dios y para sus ángeles, y siendo sus historias, no fabulosas ni fingidas, sino verdaderas, ¿cómo no holgarán más de leer estas tan altas verdades, que aquellas tan conocidas mentiras? A lo ménos es cierto que los sanos y buenos ingenios, mucho más han de holgar de leer estas historias que las de aquellas vanidades, acompañadas con muchas deshonestidades con que muchas mujeres locas se envanecen, pareciéndoles que no ménos merecían ellas ser servidas que aquéllas por quien se hicieron tan grandes proezas y notables hechos en armas. Pues como yo no deba tener cuenta con estómagos y gustos tan dañados, sino con los sanos, á éstos sé que hago gran servicio refiriendo estas historias tan gloriosas y provechosas; pues con ellas, entre otros muchos frutos, como ya dijimos, se confirma la verdad de nuestra fe. Ni se puede alegar contra esto que algunos padecieron en defension de sus sectas engañosas, porque éstos han sido muy pocos, y los nuestros son innumerables. Ni tampoco se puede decir que se engañaría á los nuestros como gente simple, pues entre los mártires hubo gran número de sacerdotes y obispos doctísimos en todo género de doctrinas, á vueltas de otros grandes filósofos como fué san Dionisio, y Justino, mártir, y otros tales, los cuales no se habían de ofrecer á morir, y morir con tan extraños tormentos, sin mucha consideracion y muy claro conocimiento de la verdad, porque no es tan

liviano negocio la muerte, que los hombres sabios se ofrezcan á ella sin mucho peso y deliberacion, y sin muy seguras prendas y conocimiento de la verdad.

Y porque sería cosa infinita y ajena de nuestro instituto entremeter aquí todas las historias de los mártires que se cuentan en catorce persecuciones de la Iglesia, como ya dijimos, solamente referiré aquí algunos pedazos de tres: de las cuales una fué de Diocleciano, otra de Antonio Vero, emperadores romanos, y otra de Sapor, rey de los persas, sacadas fielmente, parte de la historia Tripartita, y parte de la eclesiástica de Eusebio, aprobada por la Iglesia. Y con estas juntaré el martirio de santa Martina, vírgen, y santa Olalla, y de san Policarpo, discípulo de san Juan Evangelista, por ser muy dignos de ser sabidos.

CAPÍTULO XVIII.

PERSECUCION DE DIOCLECIANO Y MAXIMIANO.

Corría el año diez y nueve del imperio de Diocleciano en el mes de marzo, acercándose la alegre solemnidad de la Pascua, cuando por toda la redondez de la tierra se pregonaban los edictos del César: que todas las iglesias do quier que estuviesen edificadas fuesen derribadas por el suelo; y todos los volúmenes de las divinas Escrituras fuesen quemados: y si alguno de nosotros tuviese alguna dignidad, oficio, fuese privado de él, y quedase infame; y si alguno tuviese cristiano esclavo, que nunca pudiese ser el tal cristiano libre. Tales cosas contenían las primeras leyes que contra nosotros se establecieron. Despues de algun tiempo se acrecentaron, mandando que todos los prelados de las iglesias primeramente fuesen presos, y forzados con toda arte de tormentos á adorar los ídolos.

Entónces viérais muchos de los sacerdotes de Cristo pelear maravillosamente á vista de Dios y de los ángeles y de los hombres, cuando con la crueldad de los perseguidores eran arrebatados á los sacrificios, y varonilmente resistían. Ca unos eran despedazados, otros atenazados, otros quemados con lañas de hierro ardiendo: de los cuales algunos fatigados consentían, otros hasta el fin perseveraban constantes. Y algunos de los perseguidores, conmovidos de compasion, llevando á los nuestros á sus sacrificios, publicaban que habían sacrificado siendo falso; y de otros aún ántes que llegasen á los templos, decían que ya habían hecho lo que era mandado; y los dejaban culpados de sólo consentir la infamia del delito que no habían cometido. A otros quitaban de cabe los altares medio muertos, y los echaban afuera; á otros arrastraban por los piés, y ponían entre los que habían sacrificado. Pero muchos de ellos á grandes voces protestaban que no habían consentido, mas que eran cristianos y se preciaban de ello. Otros con mayor libertad decían que ni habían sacrificado ni sacrificarían en algun tiempo. A los cuales incontinentemente los oficiales de la justicia que estaban presentes, apuñeaban la boca y los ojos porque callasen, y á empellones los echaban diciendo que ya habían dado consentimiento. Tan grandes eran las astucias de los enemigos, porque á lo ménos se creyese, que salían con su intento. Pero no quedaban sin respuesta de los bienaventurados mártires. Cuya virtud y fortaleza y grandeza de corazon, dado que no bastan palabras para contar en particular, pero referiremos lo que nuestras fuerzas bastaren. Y porque, segun dijimos, el fuego comenzó á emprenderse contra solos los principales y constituídos en dignidad, hacían pesquisa de los caballeros que había entre los nuestros denunciándoles que les convenía adorar

los ídolos, ó perder su nobleza y privilegios juntamente con su vida. Muchos de ellos renunciaron por Cristo la caballería, y otros, aunque ménos, pospusieron las vidas. Pero como creció la llama por todos los pueblos y sus sacerdotes, no es posible hacer suma de cuántos mártires cada día padecían por todas las ciudades y provincias.

En Nicomedia un varon noble, y segun la reputacion del siglo, ilustre, luégo que vió fijado el edicto en la plaza contra los siervos de Dios, públicamente, encendido con fuego de fe, quitó la carta, y á vista de todo el pueblo la hizo pedazos, estando en el pueblo el mismo emperador y su compañero Maximiano. A los cuales, como fuese hecha relacion de la religiosa y varonil hazaña del caballero de Cristo, con gran ímpetu y fiereza le atormentaron, y con todas sus fuerzas nunca acabaron que alguno le viese triste en las penas; mas con alegre rostro y semblante, faltándole ya carnes que fuesen llagadas, el corazon y espíritu vivía y se regocijaba. De lo cual sus verdugos más gravemente se sentían viendo, que embotaban en él todas sus armas, y no podían oscurecer el resplandor de su cara. Despues de éste pasaron todo su furor contra uno de los compañeros de Doroteo, que estaban siempre en la cámara del emperador, y eran tratados como nobles, porque viendo éste los demasiados tormentos que al mártir sobredicho se dieron, con alguna libertad habló mal de ello; y por esto fué traído á juicio, y mandado sacrificar á los dioses. Pero resistiendo él á esto, fué mandado colgar, y despedazar todo su cuerpo con peines de hierro, para que con la angustia del dolor hiciese lo que estando sin lesion despreciaba. Y como permaneciese inmovible, fué mandado que fregasen con sal y vinagre sus carnes ya desolladas. Y sufriendo con el mismo corazon este tormento, mandaron poner unas

parrillas sobre el fuego en presencia del juez, y poner encima lo que quedaba de su cuerpo gastado, para que del todo fuese consumido, no de presto, sino lentamente; para que la pena durase por mayor espacio. Puesto él así, los blasfemos ministros revolvían su cuerpo á todas partes, esperando cada vez sacar de él palabras de consentimiento; pero él, perseverando fortísimamente en la confesion de la fe, y estando muy alegre por la esperanza de la corona, consumidas y derritidas en el fuego sus carnes, despidió su bienaventurado espíritu, y lo envió á su Criador. De esta manera, Pedro, que este era su nombre, coronado de martirio, verdaderamente se hizo sucesor del apóstol san Pedro en el nombre y en la fe. Maestro de éste era Doroteo en los oficios que en palacio convenía hacer; porque era camarero mayor del César. En cuya compañía estaba asimismo Gorgonio, su igual en virtud y fe y magnanimidad: por doctrina de los cuales y saludables ejemplos, todos los caballeros de la cámara real perseveraban firmes en la fe.

Pues como Doroteo y Gorgonio viesén atormentar á Pedro con tan crueles tormentos, con alta voz y fortaleza de espíritu dijeron: Emperador, ¿por qué castigas en sólo Pedro el propósito y voluntad que todos tenemos así como él? ¿por qué es él sólo acusado del delito que todos conformemente confesamos? Esta es nuestra fe, esta nuestra Religion y concorde sentencia. Semejantemente mandó el emperador llevarlos á la audiencia; y despues de atormentados casi con las mismas penas que los primeros, los mandó ahorcar. Entónces Antimo, obispo de esa ciudad, perseverando en la misma confesion, mereció la corona del martirio echado un lazo á la garganta. Al cual, como á buen pastor que sabiamente careaba sus ovejas, siguió gran parte del rebaño.

§ ÚNICO.

De las prodigiosas hazañas de otros innumerables Mártires que en diversas partes glorificaron á Cristo.

Pero entre tantas huestes de mártires, dice Eusebio, tengo por cosa digna de contar la hazaña de dos mancebos; los cuales, como fuesen presos y los constriñesen á que sacrificasen, dijeron: Llevadnos á los altares; y como llegasen, pusieron las manos sobre las brasas que estaban en ellos, y dijeron: Si de aquí quitáremos las manos haced cuenta que sacrificamos; y así perseveraron hasta que toda la carne se deshizo sobre el fuego. Pues ¿qué diré de aquellos trescientos hombres que cuenta Prudencio en el martirio de Cipriano? Ante cuyos ojos puso el tirano un altar de sus abominables sacrificios, y una calera de cal hirviendo á par de él, diciendo que los que no quisiesen sacrificar habían de ser echados en aquella calera. Oyendo trescientos hombres estas palabras, movidos con un ímpetu del Espíritu Santo, y con el calor de la fe y del amor de Dios, y con deseo de la corona gloriosa del martirio, corrieron á gran prisa y se arrojaron en la calera, comprando con una breve y gloriosa muerte una más gloriosa y perdurable vida.

Mas volviendo al tiempo de Diocleciano, en esta sazón acaeció que se encendió fuego en el palacio del emperador: lo cual creyó él con falsa sospecha que había sido esto hecho por los nuestros. Por lo cual, encendido con mayor fuego de ira, mandó que todos los fieles fuesen llevados en dos haces, y los unos fuesen descabezados y los otros abrasados. Pero la gracia de Dios encendía más poderoso fuego en sus corazones que la saña en el corazón del emperador. Finalmente, siendo preguntados por los

oficiales cuáles de ellos querían sacrificar y escapar con la vida, á todos pesaba, así hombres como mujeres, de ser preguntados; y de su voluntad unos se echaban en las llamas, otros á porfía tendían la cerviz al cuchillo. Y como los que presentes estaban tomasen horror de ver crueldad tan extraña, los ministros de la muerte sacaron de allí la parte de los que aún vivían y pusieronlos en una nave, y llevados á alta mar los arrojaron en las olas. Y tanto creció su rabioso furor, que siendo sepultados los cuerpos de los criados de la casa real, abrían sus sepulcros y echaban sus venerables cuerpos en el mar, diciendo: Echémoslos en el mar, porque por ventura no se hagan estos dioses de los cristianos, y esta loca gente que no quiere adorar nuestros dioses, adore nuestros esclavos.

Y como quiera que tan desmedidas crueldades se hiciesen en Nicomedia, do estaba el autor de tantos males, hambriento de las carnes de los cristianos, pero no ménos prisa se daban en la provincia de Malta y de Siria, en poner en cárceles á los príncipes de las iglesias por mandamientos imperiales. Y juntamente con ellos prendían muchos del pueblo, hombres y mujeres: tanto que por todas partes era lastimera y terrible cosa de ver. Porque súbitamente en pregonándose las provisiones reales, se hacía silencio en la ciudad y grande apretura de gente en las cárceles. Ningun hombre parecía por las calles; en las cárceles no cabían: tanto, que no parecían delincuentes presos, sino que todos los ciudadanos habían mudado morada; y las cadenas hechas para los ladrones y adúlteros y homicidas, entónces ceñían los cuellos de obispos y sacerdotes, diáconos, y lectores, y religiosos monjes: tanto que para los verdaderamente culpados faltaban prisiones y lugar en las cárceles. Pero como se hiciese

relacion á los príncipes que las cárceles estaban llenas y faltaba lugar para los malhechores, enviaron nuevas provisiones, mandando que de los que estaban presos quien quisiese sacrificar saliese libre, y quien resistiese muriese con graves tormentos.

Tales fueron las batallas de los gloriosos mártires en Tiro, á do habían venido de las partes de Egipto. Y no menores fueron las que en su provincia, digo en Egipto, vencieron otros bienaventurados, así hombres como mujeres, niños y viejos, despreciando la vida presente por la fe de la eternidad, y anhelando por la gloria verdadera, que en ver á Jesucristo consiste.

Algunos de ellos, despues de azotados, encadenados, heridos y raídas sus carnes, fueron echados en el fuego; otros despeñados en las aguas, otros descabezados, inclinando ellos de su gana la cerviz al cuchillo; otros consumidos de hambre; otros enclavados en maderos, de los cuales fueron puestos muchos la cabeza abajo. No fue menor la crueldad que en Tebaida se ejercitó, donde en lugar de rayos usaban cascós de vasos de barro, con los cuales raían de tal manera sus carnes, que las despojaban de todo el cuero. Las mujeres sacaban desnudas: tanto, que ni áun sus partes naturales cubrían, y con nuevo y afrentoso artificio las colgaban de un pié, la cabeza hacia el suelo, y allí las dejaban colgadas todo el día. A muchos ataban los piés á dos ramas de árboles apartados, si acaso allí cerca los hallaban, y despues soltaban las ramas que habían doblegado, para que con su fuerza, volviendo á su natural puesto, rasgasen por medio las entrañas de los fuertes guerreros. Y esto no pasó en pocos días, ni en breve tiempo, mas por años enteros cada día se martirizaban, quando ménos, diez al día, y muchas veces ciento, hombres, mujeres y niños.

En esta sazón, pasando yo por las regiones de Egipto, ví con mis ojos presentar innumerable pueblo delante del ferocísimo presidente, sentado en su tribunal; á los cuales preguntaba uno á uno; y en respondiendo que era cristiano, éste era todo el proceso, y luégo le ponía aparte ya condenado. Y no obstante que todos de su voluntad, y á porfía unos ante otros se le ponían delante, y libremente confesaban su fe, ni por esto, ni por contemplacion de tanta muchedumbre, el cruelísimo tirano templaba su ira. Examinados todos, salieron juntamente al campo, cerca de los muros, no arrastrados con sogas, sino llevados con maromas de fe. Ninguno faltó sin que nadie mirase por ellos: todos venían muy alegres, y entre sí contendían quién estrenaría primero el cuchillo del verdugo. Falta-ron las fuerzas á los porteros, aunque á ratos se renovaban: cansáronse sus brazos, y los filos de sus espadas se embotaron. Ví á los carniceros, sentarse cansados, y acezando, y mudando puñales, y que el día se acababa ántes que los mártires. Y en todo este tiempo ninguno de ellos, hombre ni niño, volvió atrás de su lealtad una vez comenzada; mas ántes temía cada uno no se oscureciese la claridad del día primero que le cupiese la suerte de su martirio. Con tanta alegría y confianza recibían la muerte presente, sabiendo que era principio de la vida bienaventurada. Ví que mientras los unos eran degollados, los otros no estaban ociosos ni congojados, más alegremente cantaban himnos á Dios hasta que les venía la vez tanto deseada, para que no les hallase la muerte en otro ejercicio, sino en el que habían de continuar para siempre en el cielo. ¡Oh maravilloso y digno de gran veneracion tal coro de cantores bienaventurados, tal capitania de fuertes, tal corona y resplandor de la gloria de Cristo!

Regia esta capilla, capitaneaba este ejército, hermosea-

ba esta corona, el sagrado pontífice y capitan esforzado y perla sobre todas las perlas preciosa, Pileas, obispo de la ciudad llamada Tumis; de cuya gloriosa pasion y de la carta que escribió estando preso en la cárcel á su amada esposa la iglesia de Tumis, haremos adelante mencion. Mas no se hartaban aquellos fieros corazones con toda esta carnicería. Porque viendo que no habían podido vencer á los mártires vivos, procuraban para consuelo de su rabia vengarse en los cuerpos de los muertos. Y así á unos mandaban echar en el mar para que los comiesen los peces, otros quemaban y volvían en ceniza, pareciéndoles que con esto perderian la esperanza de la resurreccion, por la cual morían alegremente. A muchos mandaban echar en las privadas, como lo hicieron con el ama del mártir Hipólito, por nombre Concordia, y con el glorioso san Sebastian, dos veces mártir, una asaeteado y otra tan fieramente azotado, que á poder de azotes envió aquella alma santísima del tormento de los azotes al reino de los deleites eternos. Este linaje de desprecio declara la grandeza de la persecucion de los tiranos y la furia del demonio que rabiaba en sus corazones, viendo cada día menoscabarse su honra y dilatarse la gloria y reino de Cristo.

CAPÍTULO XIX.

MARTIRIO DE LA VÍRGEN SANTA OLALLA.

Y porque en esta cruelísima persecucion de Diocleciano y Maximiano padeció la vírgen santa Olalla en la ciudad de Mérida, siendo de edad de trece años, cuya pasion celebró Prudencio en sus elegantísimos versos, parecióme que la debía ingerir en este lugar, junto con el martirio de la vírgen santa Martina, que adelante se pone, el cual

no fué ménos admirable que el de esta santa, aunque fué en tiempo de otro emperador; en el cual se verá una gloriosa competencia entre Dios y estas santas vírgenes: ellas á padecer tormentos por él, y él á esforzarlas y hacer milagros por ellas. Y que santa Olalla haya padecido en tiempo de los emperadores ya dichos, muéstranlo estas palabras que Prudencio le atribuye, que dicen así: Isis, Apolo y Vénus nada son; y Maximiano nada es. Aquéllos son nada por ser hechos de mano; y éste es nada porque adora dioses hechos de mano. En este martirio veremos una de las más fieras y porfiadas batallas que se han visto. Porque veremos por una parte pelear juntas sus armas toda la potencia del mundo y del infierno, y todas las invenciones de tormentos que se pudieron imaginar; y por otra una doncellica noble y delicada de trece años, y con ser de esta edad, salir vencedora de esta tan gran batalla. Veremos otrosí la omnipotencia de aquel Señor, el cual declara la grandeza de su poder y de su gracia, escogiendo los más flacos sujetos del mundo para derrocar la idolatría y plantar la fe: lo cual fué cosa tanto más admirable cuanto más flacos eran los instrumentos de que usó.

Pues comenzando á relatar su glorioso martirio, esta virgen fué natural de Mérida, hija de padres cristianos, los cuales desde su tierna edad la criaron en temor y amor de Dios: en el cual, creciendo cada día de virtud en virtud, vino á tener grandes deseos de morir por el Esposo celestial á quien tenía consagrada su virginidad. Y viniendo un juez á Mérida á perseguir los cristianos, y oyendo la fama de la cristiandad de esta virgen y de sus padres, envió un carro para que se la trajesen, la cual á la sazón estaba en un lugar llamado Ponciano, treinta y ocho millas de la ciudad de Mérida, en compañía de otra

virgen de su mismo propósito, por nombre Julia. Llegados, pues, los ministros del adelantado, y diciéndole que ya su padre Liberio con otros cristianos estaba preso, y que ella tambien era llamada por la misma causa, recibió esta nueva con grande alegría, por el deseo que tenía de padecer por amor de su Salvador. Y si ella entónces pudiera, quisiera andar todo aquel camino en una hora. Iba en su compañía la virgen susodicha, á la cual dijo la santa: Sábeta, hermana Julia, que aunque voy tarde, seré primero martirizada. Llegada á la ciudad, mandó el juez traerla ante sí. Al cual dijo la virgen: ¿A qué viniste á esta ciudad, enemigo de Dios? ¿por qué persigues á los cristianos y á las vírgenes que se han consagrado á mi Señor Jesucristo? El juez, oido esto, díjole con mansedumbre: Niña, ántes que crezcas, me parece que quieres perder la flor de tu juventud. Respondió la virgen: Yo soy de trece años, mas no pienses que podrás espantarme con tus amenazas. Ca asaz me basta lo que he vivido en la tierra, porque tengo esperanza de vivir en el cielo. Respondió el juez: No te engañe, mezquina, esa vanidad; mas llégate á ofrecer sacrificio á los dioses, porque puedas escapar de los tormentos que te esperan, y ser honrada con un esposo noble y rico. Yo, dijo ella, tengo esposo noble y rico, é inmortal, que es Jesucristo, Salvador del mundo. Oído esto, el juez comenzó á halagarla con blandas palabras, diciendo: Mira, hija, á tu niñez, y ten compasion de tí misma, y ofrece incienso á los dioses, y librate de la muerte. La virgen respondió: Cristiana soy, y no haré lo que me dices.

Entónces airado el juez, mandóle dar curador, y á él mandó que la hiciese azotar. Y siendo azotada, bendecía al Señor, y maldecía á los emperadores y á sus dioses. De lo cual, informado el juez, mandóla traer ante sí; y

viendo su hermosura, y mostrando compasion de su tierna edad, díjole: Dí, niña, ¿qué te aprovecha esta tu porfia? Ve y ofrece sacrificio á los dioses, y no quieras sufrir tantas penas. Respondió la virgen: ¿Qué te aprovechó, desventurado, mandarme desnudar y azotar, pensando que me pudieras apartar de la verdad? Engañaste, miserable, porque sólo mi cuerpo tienes en tu poder; mas sobre mi alma sólo aquel lo tiene que la crió. Y porque conozcas mi voluntad, yo te digo, que maldije y maldigo ahora tus dioses y tus emperadores. Embravecido con esta respuesta el juez, hizo poner su estrado en la plaza, y mandó parecer ante sí á la virgen, para que allí fuese atormentada. Para lo cual mandó cortar varas de árboles, dejándolas con sus nudos, y haciéndolas remojar, y con ellas mandó azotar la virgen. Entónces ella díjole: Viejo desventurado, no pienses que me espantas con tus amenazas; porque más me esfuerzas con ellas. Oyendo esto el juez dijo á los verdugos: Traed aceite hirviendo y derramádselo sobre los pechos. Y echándole este aceite, dijo la virgen: Este tu aceite serviente no me ha hecho mal; ántes me ha encendido más en el amor de mi Señor Jesucristo, al cual desea ver mi alma. Oyendo esto el juez dijo á los verdugos: Traed muy presto cal viva, y metedla en ella, y echadle agua fría encima para que abí se abra. Entónces dijo la virgen: Atormentete el fuego perdurable del infierno, que así trabajas por atormentar la sierva del Rey del cielo. Pasado este tormento, no contento el cruel tirano con lo hecho, mandó traer una olla llena de plomo derretido, y tendida la virgen sobre un lecho de hierro, mandó que le mostrasen primero aquel linaje de tormento, para ver si con él desistía de su propósito. Mas como ella no desistiese de él, mandó que derramasen aquel plomo derretido sobre su

cuerpo. Mas estando la vírgen con los ojos levantados al cielo esperando este tormento, helóse el plomo, y quemaba las manos de los que lo echaban, y no quemaba á ella. Y viendo esto el juez, y cada vez más embravecido, mandó traer las varas y azotarla cruelmente, y despues fregarle las llagas con cascos de tejas puntiagudas. Y pasado este tormento, viendo el tirano la constancia de la vírgen, díjole: No pienses que has de salir de aquí vencedora, porque otras penas mayores tengo aparejadas para vencerte. Respondió la vírgen: No me puedes tú vencer; porque aquel vence en mí, que pelea por mí. Entónces el cruel tirano mandó que le pusiesen hachas encendidas en el cuerpo. En el cual tormento dijo la vírgen: Asado es ya mi cuerpo, mas no por eso me fallece esfuerzo. Mándame echar sal encima, porque mi cuerpo pueda ser sabroso manjar á mi esposo celestial. Oyendo esto el tirano, y quedando espantado de tal esfuerzo, mandó que la echasen en un horno encendido, y que no la sacasen de él hasta que fuese quemada. Mas la vírgen dentro del horno cantaba himnos y alabanzas á Dios. Y como el tirano que andaba paseándose junto al horno la oyese cantar, viendo que ya no le quedaba más que probar, atónito de lo que veía, vino á decir: Pienso que somos vencidos; porque esta moza todavía persevera en su mala intencion, y no siente dolor. Mas porque no se glorie vanamente, sacadla del horno, y raedla los cabellos de la cabeza, y llevadla por las plazas desnuda, para que así sea avergonzada. Oyendo esto la vírgen dijo: Aunque sea deshonrada en la tierra, descabellada, desnuda, y afeada, aquel por cuyo amor yo sufro esto, tomará de tí venganza, enemigo de justicia, y te dará tu merecido. Dijo entónces él: Si temes esta fealdad, ven y sacrifica á nuestros dioses. Respondió ella: Ofrezco á mi Dios sa-

crificio de alabanza. Oyendo esto, dijo el tirano: Estiradla en el caballete de madera, y ponedle fuego á los lados. Puesto el fuego, comenzó la virgen á loar al Señor, diciendo aquellas palabras de David (1): *Probaste, Señor, mi corazon, y examinástelo con fuego, y no hallaste en mi maldad*. Y dice Prudencio, que estando la virgen en este tormento, y siendo desgarradas ya sus carnes con garfios de hierro, decía: Estas señales, Dios mio, que el hierro hace en mi cuerpo, letras son con que vuestro santo nombre se escribe en mi carne, las cuales predicán vuestras victorias y triunfos. Entónces los verdugos hicieron un cabestro de cabellos que le habían cortado, y enfrenándola con él, la llevaron fuera de la ciudad donde la habían de justiciar. Y puesta en el tormento del caballete fué allí otra vez estirada, y azotada, y atormentada de nuevo. Y no quedando aún aquel rabioso corazon, instigado por los demonios, harto con los tormentos pasados, mandó de nuevo poner hachas encendidas á sus costados. Entónces la virgen dijo: ¿Por qué, Calfurniano, usas de tan gran crueldad contra mí? Pues abre los ojos, y mira mi cara, y conóceme ahora bien, porque me puedas conocer en el día del juicio, cuando pareciéremos delante de mi Señor y esposo Jesucristo, donde tú recibirás el castigo merecido por tu crueldad. Oyendo esto muchos de los que presentes estaban, y maravillados de tan grande fortaleza en tan tierna edad, fueron de tal manera compungidos, que conocieron la virtud de Cristo que en aquella virgen triunfaba, y se convirtieron á él dejada la idolatría. Y poniéndole los verdugos fuego por todas partes, ella abriendo la boca tomaba la llama que ardía. Y luégo fué vista salir de su boca aquella alma santísima en figura de paloma que subía á lo alto.

(1) Psalm., xvi, 3.

Y el cruel tirano, ya que no pudo acabar nada con el cuerpo vivo, quiso vengarse en el muerto, mandando que estuviere tres días colgado, y puesto á la vergüenza en presencia del pueblo. Mas la divina Providencia envió gran copia de nieve sobre su cuerpo, y hermoseó sus miembros, y limpió los cabellos que estaban ensuciados con las manos sangrientas de los carniceros, y quedó blanqueado el cuerpo, que con las llamas del fuego estaba tostado y denegrido. Esta es en breve la historia de este tan admirable martirio.

CAPÍTULO XX.

MARTIRIO DE LA VÍRGEN SANTA MARTINA.

Despues de este tan glorioso martirio de la vírgen santa Otalla, me pareció añadir el de santa Martina; porque no es ménos glorioso ni ménos admirable, puesto caso que fué en tiempo de otro emperador, por nombre Alejandro, en cuyo tiempo sucedió la quinta persecucion de la Iglesia. Y aunque haya aquí muchas cosas de qué maravillarnos, pero una de las principales es una santa competencia entre esta vírgen y su celestial Esposo: ella á padecer diversos linajes de tormentos por él, y él á hacer milagros y maravillas por ella.

Fué, pues, esta vírgen de muy noble linaje, cuyos mayores tuvieron siempre muchos magistrados en la república romana, y su padre fué cónsul, que era el principal cargo de la ciudad. Esta doncella, quedando por muerte de sus padres muy rica y abastada de bienes temporales, no usó de ellos para soberbia y vanagloria; mas dándose toda á Dios y á obras de misericordia, gastaba todos sus bienes con los pobres. Y con estas y otras

semejantes ocupaciones, perseverando en santidad de vida, armó de fortaleza su corazon, y se puso en vela contra el bravo leon, que con grandísimo cuidado busca siempre á quien tragar. Mandados, pues, por el emperador que entónces perseguía los cristianos, Vital, Cayo y Casio, principales personas de su casa, á buscar cristianos para los hacer sacrificar, hallaron en una iglesia de la ciudad á esta santa doncella puesta en oracion; y llegándose á ella, como por su nobleza era conocida, le dijeron: El emperador te saluda y estima como conviene á tu nobleza, pero manda que vayas con nosotros para sacrificar al gran dios Apolo. Respondió la virgen con alegre semblante: Aguardad, pués, un poquito, que después que me encomendare á Dios y al santo Obispo, de buena voluntad me iré con vosotros. Y volviendo á su oracion, encomendándose al Señor muy abincadamente, se fué con ellos muy contenta. Llegados al palacio los que la habían traído, enviaron á decir al emperador que traían una doncella cristiana de grandísima autoridad y nobleza, que de buena voluntad quería sacrificar á los dioses y demas de esto persuadir á los cristianos que hiciesen lo mismo.

Holgándose mucho de ello el emperador, mandó que le fuese llevada, y díjole: Gran placer recibo en que siendo tan noble y bien criada, quieras dejar esa opinion cristiana, y sacrificar ál dios Apolo. Yo te prometo que por ello recibas y hayas de mí muchas bonras y favores. Respondió á esto la virgen sin ningun temor: Mándame tú sacrificar siempre á Dios vivo, que con su poder crió todo el mundo de nada, para que sacrificándole yo, tu Apolo falso, avergonzado y enflaquecido, ne pueda más burlarse de las criaturas que esperan y confían en su Señor y Salvador Jesucristo. Y mandándola el emperador

Llevar al templo para que sacrificase, le dijo la santa: Entra tú conmigo y los sacerdotes de tu Apolo, y todos los que le honráis; y veréis cuán benignamente mi Dios santo y bueno recibe de mis manos sacrificio. Oyendo esto el emperador, mandó que los de su guarda y todos los que presentes estaban, fuesen con ella al templo, y viesen lo que hacía. La santa doncella, encomendándose á Dios y armándose con la señal de la cruz, se puso en oracion; y acabada ella, hubo un grande temblor de tierra en toda la ciudad, y cayó una gran parte del templo de Apolo, y desmenuzando la estatua del ídolo, mató todos los sacerdotes que en él estaban, y mucha otra gente infiel. Indignado el emperador con estas cosas, como por estar ciego de corazon no entendiese que todo aquello era poder y virtud de Dios, mandó que diesen muchos bofetones á la vírgen y que rasgasen sus carnes con hierro. Hicieron los sayones sin ninguna piedad lo que les era mandado; pero cansados y enflaquecidos comenzaron á decir á grandes voces: ¡Qué maravilla es esta, que mucho más cansados y flacos estamos nosotros que ésta que tan mal tratamos, porque nosotros vemos cuatro mancebos muy hermosos, que la esfuerzan y vuelven sobre nosotros los tormentos que le damos! Pero el emperador, movido con ira, viendo los atormentadores quebrantados, deshonorábalos, arguyéndolos de flacos y para poco. Y por esto mandó que fuese la vírgen levantada en alto y que sus carnes fuesen rasguñadas con pedernales agudos. Mas la vírgen, puestos sus ojos en el cielo, decía: Bendito eres, Señor mío Jesucristo, que tan liberalmente das tu gracia á los que en tí ponen toda su esperanza. Dichas estas palabras, perseverando con grandísima constancia en los tormentos, vino una luz del cielo que rodeó á ocho verdugos que la atormentaban; los cuales, ca-

yendo en tierra, rogaban á la vírgen les alcanzase perdon de Dios, por los tormentos que le daban, pues forzados los hacían. Respondió la santa con mucha alegría: Si qui-siéreis convertiros á mi Señor Jesucristo, y creer de todo corazon que él dará el premio á cada uno de sus obras, gozaréis de los premios que en el cielo están aparejados para sus fieles; pero si otra cosa creyereis, de verdad os digo que os esperan eternos y espantosos tormentos en el infierno. Ellos todos ocho alumbrados con la divina gracia, dijeron á grandes voces que creían en Cristo: y abominando el cruel oficio que hacían, todos á una voz dijeron al emperador: Nosotros de aquí adelante no queremos servir á estos que tú llamas dioses, y á la verdad son ídolos; pues hemos aprendido de Martina cuán grande sea la virtud de Dios y de su Hijo Jesucristo. Enojado de esto el emperador, mandó luégo que fuesen colgados en alto, y con cuchillos fuesen despedazadas sus carnes. Mas ellos en todos estos tormentos ninguna cosa hablaban, solamente tenían puestos los ojos en el cielo. Y siendo así atormentados un gran rato, mandó el emperador que fuesen degollados, temiéndose que otros, movidos por su ejemplo, se tornasen cristianos. Ellos nada turbados por la sentencia, haciendo en sus frentes la señal de la cruz con grande alegría, esperaron el martirio. Y así con corona de gloria enviaron sus espíritus bienaventurados al cielo.

El día siguiente, llevada la vírgen delante de Alejandro, y mandándole él sacrificar, como ella no hiciese caso de su mandamiento, mandó el tirano que desnuda fuese levantada en alto y sus carnes despedazadas. Y en tormento tan esquivo no cesaba la vírgen de alabar á Dios. Y despues de hecha pedazos, fué atada á cuatro palos, y allí muy cruelmente azotada por dos verdugos. Y per-

severando ella en las alabanzas de Dios, fué tanto el espacio en que la estaban atormentando, que se revezaron siete verdugos á azotarla. Mas ella no hacía caso de las penas que le daban, por el esfuerzo que recibía con el favor de la divina gracia: ántes los verdugos pedían con grande instancia al emperador les diese licencia para no la tormentar más, porque ellos eran los atormentados. Mas el cruel tirano con mucho coraje mandó que unos y otros, y muchos más se revezasen en la azotar. Estaba presente al martirio de esta santa un hombre rico y pariente del emperador, el cual por complacerle, dijo que la mandase llevar á la cárcel, y allí fuese pringada y caldeada con aceite hirviendo sobre aquellas llagas que estaban corriendo sangre. El emperador mandó luégo que así se hiciese. Iba la vírgen con un rostro lleno de alegría á la cárcel á recibir este nuevo tormento, y toda la noche gastó en loores de Dios, y fueron oidas voces en la cárcel, que juntamente con la vírgen alababan al Señor. Al tercer día fué presentada al tirano, el cual le dijo que fuese luégo al templo y sacrificase, si no quería morir mala muerte. Pero la vírgen, haciendo la señal de la cruz, en el nombre de Cristo, entró en el templo, y puesta en oracion mandó al demonio que estaba dentro en el ídolo de Diana, que saliese luégo de él. Y súbitamente, con grandísimo estruendo, salió y cayó fuego del cielo y quemó el ídolo, y parte del templo que cayó mató muchos de los sacerdotes y de otros infieles. El emperador, atemorizado con estas cosas, entregó la vírgen á un presidente por nombre Justino, para que de nuevo la atormentase, y porque la santa con grande fe y confianza le dijo: Atórméntame cuanto quisieres, ca no me podrás hacer que sacrifique á tus dioses, él la mandó luégo levantar en alto, y despedazar las carnes, ya despedazadas,

con peines de hierro, y la mandó abrir por los pechos con los peines, hasta recibir no ménos que ciento diez y ocho heridas en ellos. En todo este tormento ninguna palabra habló la virgen, sino los ojos puestos en el cielo, ofrecía su cuerpo en sacrificio á Dios. El presidente, pensando que era muertâ, mandó que la dejaran, mas entendiendo que aún estaba viva, le dijo: Martina, ¿quieres sacrificar á los dioses y excusar los tormentos que aún te tengo aparejados? Respondió la santa: Yo tengo á mi Señor Jesucristo que me esfuerza, y no sacrifico á tus abominables dioses. El presidente arrebatado con ira, y casi medio loco, la hizo quitar del palo, y mandó á los verdugos que la llevaran á la cárcel, pareciéndole que no podría ella por sí andar segun estaba despedazada; más ella se fué á la cárcel por sus piés. Sabido esto por el emperador, la mandó echar á las bestias bravas, y llevada al teatro para esto, fuéle echado un bravo leon; mas él, llegándose á la santa, no sólo le hizo mal, mas ántes se arrodilló á sus piés. Viendo ella esta maravilla de Dios, de nuevo le suplicó que no permitiese que ella se viese jamas apartada de su amor. Y por el leon estar lamiendo los piés de la virgen, perdida toda su natural braveza, fué tornada á llevar á su prision. El cual leon como instrumento de la divina justicia, habiendo perdonado á la inocencia de la virgen, de camino mató á Eumenio, pariente del emperador, que había dado el consejo contra la santa. Ella fué luégo llevada á la cárcel, donde pocos días despues mandó el tirano que la llevaran al templo á sacrificar á los ídolos. Pero la virgen le respondió: Haz todo cuanto pudieres, porque nunca me podrás apartar del que conmigo tengo, que es mi Señor Jesucristo. Oído esto la mandó otra vez atar, y despedazar los huesos, que las carnes ya lo estaban. Y diciéndole uno de sus

al tormentadores: Confiesa Martina á Diana por diosa, y serás libre. Respondió ella: Cristiana soy, y á Jesucristo confieso. Entónces mandó el tirano que fuese quemada, para lo cual fué luégo hecha una grande hoguera y la virgen de Cristo arrojada en ella. Mas la divina Providencia envió agua del cielo que mató la llama, y un viento recio que se levantó, esparció el fuego y quemó muchos de los gentiles que presentes estaban. Espantado el emperador de lo que veía, y creyendo que estos eran hechizos, y que los tenía en los cabellôs, porque toda estaba desnuda, la mandó trasquilar; y pensando que con esto le había quitado toda su fuerza, comenzó á burlar de ella, y mandóla meter tres días en el templo de Diana, donde estuvo sin comer alabando al Señor. Al cabo de ellos fué sacada del templo, y pidió á Dios en su oracion fuese servido de la librar de la miseria de esta vida. El emperador, viendo su constancia y que no podía con ella, la mandó degollar. Y con este martirio, haciendo oracion á Dios, se fué á la gloria de su Esposo y Señor, el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Escribió este martirio Adon, obispo de Tréveris.

CAPÍTULO XXI.

MARTIRIO DE LA VÍRGEN SANTA ANASTASIA, ESCRITO POR
SIMEON METAFRASTE.

Hallamos en las historias haber sido dos vírgenes de un mismo nombre, que era Anastasia, ambas romanas, y ambas de muy esclarecido linaje, pero mucho más esclarecidas con la santidad de la vida y confesion de la fe. La una de ellas fué casada con un hombre depravado, así en la fe como en la vida. Por lo cual, no usando ella

de la libertad del matrimonio, conservó siempre su pureza virginal. Muerto el marido, perseverando ella en la misma pureza, empleaba toda su vida y hacienda en socorro de pobres y necesitados, mayormente de aquellos que estaban presos por la fe, buscándolos en las cárceles, y proveyéndolos de todas las cosas necesarias, limpiando sus llagas, y curándolas, y haciéndoles sufrir con sus amonestaciones y consejos esforzadamente los tormentos; y despues de muertos sepultaba sus cuerpos honrosamente con toda la pompa y gloria que en aquel tiempo se sufría, en lo cual gastó todo lo que le quedaba de vida, hasta que ella se ofreció tambien en sacrificio y holocausto á Dios, acabando su vida entre las llamas del fuego por la confesion de la fe.

La otra Anastasia escogió la vida monástica y quieta, desechando los cuidados y cargas del matrimonio, y no contenta con la corona de la virginidad, mereció tambien con un esforzado y grande ánimo la palma del martirio, gozando en el cielo de estas dos coronas. Pues renunciando esta vírgen sus padres, y parientes, y bienes temporales, siendo de edad de veinte años, se encerró en un monasterio, donde siendo instituída por la santa Sofía, porque éste era el nombre de su maestra, produjo despues frutos de virtudes proporcionados á tal doctrina y tal institucion. Mas el demonio, teniendo envidia de tal santidad y pureza, hizole primero guerra con sus domésticos y familiares, los cuales procuraban apartarla de aquel recogimiento y rigor de vida. Mas como ella perseverase constantemente en el propósito comenzado, viendo que por esta vía no la podía vencer, volvióse á otras artes, é hizo que esos mismos familiares suyos denunciassen á los oficiales del juez que andaban en busca de los cristianos, que esta vírgen lo era. Luégo ellos fueron al

presidente que se llamaba Probo, siendo en aquel tiempo emperador el cruelísimo Diocleciano, diciendo contra esta virgen, que ni honraba sus dioses ni al emperador, sino que predicaba por Dios á un hombre llamado Cristo, y que había escogido una vida solitaria sin compañía de marido, y que enseñaba á otras vírgenes esta nueva manera de vida. Juntando, pues, el presidente mucha gente ante su tribunal, mandó que esta virgen le fuese presentada. Fueron luégo los ministros de la maldad, y quebrando las puertas y cerraduras del monasterio, preguntaban por el nombre de Anastasia. La santa maestra suya Sofía, entendiendo lo que era, rogó con grande humildad é instancia á los alguaciles le otorgasen un poco de espacio, en el cual derramando muchas lágrimas, y tomando á la virgen, y poniéndola secretamente delante del altar, y llamando á Dios por testigo de lo que quería decir, habló de esta manera.

Yo, hija mía dulcísima, habiéndote recibido en mi compañía desde tu tierna edad, nunca cesé desde el primer día hasta este de enseñarte con todas mis fuerzas todo lo que te era necesario para el servicio y amor de Cristo. Y pues tú ahora *has llegado á la edad de la plenitud de este Señor* (1), camina para él con grande alegría; porque hoy te desposo, y ofrezco, y entrego en manos de tu celestial Esposo. Y ya te está aparejado el tálamo, y el que te llama es verdadero y fiel, y los mensajeros de esta alegre nueva son ya llegados, para llevarte al palacio soberano donde está tu rey. Camina, pues, hija mía, por este angosto y estrecho camino, recibiendo el martirio por su amor, para que él ponga despues tus piés en lugar espacioso. Ca justo es ¡oh, hija, no sólo padecer y morir una vez por Cristo, sino muchas veces, si esto

(1) Ephes., iv, 13.

fuese posible! Porque si siendo él Dios padeció, no por sí, sino por nosotros, ¿cuán justo y cuán debido es que nosotros, que somos sus siervos, imitemos alegremente su muerte? Mas no se llama muerte, hija mía, perder la vida por Cristo, sino alegría, y gozo, y deleite, y resplandor, y luz más dulce y hermosa que esta del sol. En aquella casa real todos los bienes están libres de muerte, todos son firmes, y estables, y perpetuos. No mires, hija mía, á la crueldad de los tiranos, ni á la terribilidad de los tormentos, porque tu celestial Esposo se hallará presente, y los aliviará, y te socorrerá. Y si él fuere servido que padezcas para prueba de tu fe, nunca te desamparará en los trabajos, y acabarse há la fuerza de los dolores, y amanecerte há la consolacion y la luz; y la vida y la gloria te cercarán.

A estas palabras respondió la virgen: Cosa es, madre mía, digna de ser deseada y pedida á nuestro Señor, que yo nunca desfallezca con la fuerza de los tormentos; pero aunque el espíritu está pronto, la carne es flaca; mas ruega tú al comun Señor que él me envíe fortaleza de lo alto, con la cual pueda resistir á tan grandes dolores; é yo, madre mía, esforzada con su virtud y gracia, guardaré tus consejos, y ninguno de ellos echaré en olvido.

Diciendo esto la virgen, y prometiendo esta tan dulce promesa, arremetieron luego los alguaciles, y arrebatándola como á un cordero de los brazos de su madre, le echaron una cadena al cuello, y caminando ella con grande alegría, fué presentada ante el presidente. Y estando delante de él, estaba muy más presente su alma á Cristo su esposo, poniendo sus ojos fijos en él, y contemplando su hermosura. Espantábanse los que presentes estaban de ver la belleza de su rostro, y la gravedad, y honestidad con que asistía al juez. El cual primeramente

le preguntó por su nombre. Ella respondió que se llamaba Anastasia; y Dios me ha levantado ahora, dijo ella, para echar en vergüenza á tí y á tu padre. El entónçes, viéndola á la vírgen responder con esta aspereza, determinó ablandar aquella aspereza con regalos, no entendiendo con quien lo había, y qué pecho de acero tenía delante de sí. Y así le decía: Aconséjote yo, hija, lo que más te conviene, que es juntarte con nosotros, sacrificar á nuestros grandes dioses, y por esta vía alcanzarás casamiento con un hombre muy rico y principal, con el cual te darán riquezas, oro, plata, vestiduras preciosas, muchedumbre de criados, y así vendrás á ser una mujer muy principal en esta ciudad. Por tanto mira por tí, y toma el consejo que conviene para tu hermosura y nobleza, y no quieras experimentar el furor de nuestra ira, y ver cuán grande mal sea no honrar nuestros dioses. Porque yo pongo á ellos por testigos, que tengo lástima de tu hermosura, y que no tengo menor cuidado de tí que si fuera tu padre segun la carne, y con este amor te aconsejo lo que te conviene. Y si tú no tomares mi consejo, será necesario que pruebes por experiencia que no será menor la severidad y rigor de mi ira, que es ahora la blandura de mis palabras. Y podrá ser arrepentirte á tiempo que nada te aproveche.

Oyendo estas palabras la vírgen, trajo á la memoria las palabras y consejo de su buena maestra, y así respondió: Mi esposo, ¡oh juez, y mis riquezas, y mi vida, es Cristo; y padecer muerte por él es para mí cosa más preciosa que la misma vida; y por su amor no hago caso de oro, ni plata, ni riquezas; ni nada de lo que puede alegrar en esta vida es para mí cosa alegre, porque él sólo y su dulce compañía es mi alegría, de quien espero eternamente gozar! Y por tanto, el fuego, la espada, y el

hierro, y el despedazamiento de miembros, y las heridas y azotes, y cualesquier otras cosas que vosotros habéis inventado para atormentarnos, no son para mí tormentos, sino deleites, poniendo yo mis ojos en solo él, y deseando padecer por él, no una, sino mil muertes si fuese posible. Por tanto, no finjas que tienes lástima de mi hermosura, que tan presto se marchita como la flor del campo, sino comienza á hacer lo que está en tu poder, y en la crueldad de tus costumbres; porque yo nunca jamas adoraré esos vuestros dioses de piedra y palo.

Con estas palabras, ensañado el juez, le mandó dar de bofetadas, y tras de esto la hizo desnudar en cueros en presencia del pueblo, echando en la plaza aquella hermosura, digna de ser reverenciada de los ángeles, para avergonzar aquella vírgen que no estaba acostumbrada á vista de hombres. Y haciéndose esto, le dijo: Así conviene que seas afrentada y deshonorada ante los ojos de los hombres. Por tanto vuelve sobre tí, y llégate á honrar la benignidad de nuestros dioses, y no quieras afear y oscurecer ántes de tiempo esa tan florida hermosura. Ca si esto no haces, nadie te podrá librar de mis manos, ni excusar que no te haga mil pedazos, y te eche á las fieras para que te coman; y esto ten por cosa cierta. La vírgen á esto respondió: No es para mí deshonra, ¡oh juez, estar desnuda de mis vestiduras, sino grande ornamento y atavío! Porque de esta manera *despojada del hombre viejo* (1); *vestiré el nuevo que es de justicia y verdadera santidad*. Y por esto no soy yo, sino tú el que se ha de avergonzar, por estar vestido de impiedad y maldad, la cual así como agua ha penetrado tus entrañas. Entre tanto, estando la vírgen con gran deseo de entrar en la batalla de su martirio, y recelando que el juez se

(1) Ephes., iv, 24.

podría ablandar, y perder ella la corona, añadió estas palabras: Cruelísimo juez, amenázasme con la muerte, aquí estoy ya aparejada; porque esto es lo que yo deseo. Porque si despedazares mis miembros, y cortares la lengua y las manos, y los dientes y las uñas, entónces me harás mayor beneficio. Ca toda entera cuán grande soy me debo á mi Criador, y este ha sido siempre mi deseo, que él sea glorificado en todos mis miembros, y ellos sean presentados ante su tribunal con la hermosura y ornamento de mi confesion. Con el valor y esfuerzo de estas palabras quedaron atónitos y espantados los que presentes estaban. Mas el juez, dejadas las palabras, procedió á los tormentos.

Y primeramente mandó hincar cuatro palos en tierra, dos de una parte y dos de otra; y mandando atar los piés y brazos de la vírgen á estos cuatro palos, y quedando el cuerpo en lo alto de ellos, hizo que debajo pudiesen fuego de sarmientos, y sobre él echasen aceite, y pez, y piedra azufre, y juntamente con esto mandó que tres verdugos con un mismo ímpetu, y en un mismo tiempo azotasen sus espaldas con varas, y así fué luégo hecho. Pues como ella estuviese así por un gran pedazo de tiempo padeciendo, y las espaldas se despedazasen con los azotes, y las entrañas por la parte de abajo se abrasasen con fuego, y las venas se convirtiesen en ceniza, y la sangre se consumiese, que era un tormento terrible áun de oír, la vírgen ¡oh verdaderamente ánimo generoso, y más alto que la misma naturaleza! estaba toda ocupada en hacer oracion á Dios, trayendo á la memoria y repitiendo con la boca palabras de la santa Escritura en que ella estaba muy ejercitada, y con esto y con su oracion como con un rocío del cielo mitigaba la llama de sus dolores.

Por lo cual cansada aquella bestia fiera con este linaje de tormento, mandó que la pusiesen sobre una rueda en que fuese atormentada, queriendo sobrepujar el tormento pasado con el presente. Y luégo los malvados ministros traían al derredor con cierto artificio aquella rueda, con la cual se quebrantaban los huesos, y los nervios se extendían, y toda la fábrica del cuerpo se desordenaba, y los miembros se desencajaban de sus lugares naturales. En este tiempo hacía la virgen oracion al Señor que le podía ayudar en el tiempo de su afliccion, y así decía (1): *Dios de los dioses, Dios de las virtudes*, Dios de mi salud, de quien procede mi paciencia, y en quien está mi confianza (2): *torre de mi fortaleza, refugio mío*: socórreme ahora, Señor, en esta afliccion (3). *Dios que me ciñes de virtud*, Dios, Dios mío, no te alejes de mí, porque desfallece mi vida en los dolores. Mas ¡oh socorro acelerado y admirable del Criador! Hecha esta oracion luégo se desataron las cuerdas con que el santo cuerpo estaba atado en aquella máquina, sin quedar en todo él señal, ni del fuego pasado, ni de las heridas recibidas.

Mas ni con este tan gran milagro se movió aquella bestia fiera, ni desistió de su crueldad, por estar obstinado y tomado del vino de la infidelidad. Y así la mandó luégo como estaba desnuda extender en un cierto ingenio de madera, y allí mandó á los verdugos que rasgasen y arasen sus carnes con garfios de hierro. Mas ella, levantando sus ojos al cielo, fué tan poderosamente confortada, que cansados los verdugos del continuo trabajo, ella estaba con un ánimo y rostro tan sereno, como si ningun dolor padeciera. Con lo cual el tirano desatinaba, y estaba

(1) Psal., XLIX, 1. LXXIX, 5. LXXXVII, 1. LXI, 6.

(2) Psal., XLV, 1.

(3) Psal., XVII, 33. Psal., LXX, 12.

perplejo, no sabiendo de qué manera atormentaría la vírgen. Estaba todo el rostro de él mudado, y saltaba en la silla, ni podía caber dentro de sí con la rabia y furor que padecía. Y como ya él estaba como loco y sin juicio, el demonio, de que estaba vestido, le dijo que mandase cortar á cercen ambos los pechos de la vírgen, que era cosa de gravísimo dolor, por estar estas dos partes del cuerpo tan cerca del corazon. Mas la vírgen, que estaba más encendida en el amor de Cristo que el tirano en su furor, despreciaba lo que era ménos por lo más.

Y tras de esto el tirano, deseando vencer aquella admirable fortaleza de la vírgen con la terribilidad de los tormentos, mandó que la arrancasen las uñas de los dedos. Mas ella, como si fuera insensible á los dolores, daba gracias á Dios por haberla tenido por digna de ser semejante á él y compañera de sus pasiones; y junto con esto deshonraba los dioses del tirano, llamándolos tinieblas, y engaño del mundo, y demonios, y otros nombres ignominiosos. Lo cual, no pudiendo sufrir el tirano, mandó que estirándole la lengua de la garganta se la cortasen, y con ella le arrancasen los dientes. Mas la vírgen, no desmayando ni remitiendo nada de su constancia, perseveraba dando gracias á Dios, y rogándole diese buen fin á su martirio, y pidiendo salud á todos los enfermos que se la pidiesen por ella. Sonó luégo una voz del cielo diciendo, que le era otorgado todo lo que pedía. Y hecha esta oracion, dijo al verdugo: Haz lo que te es mandado; y ella sacó aquella lengua que siempre se ocupaba en las alabanzas divinas, la cual fué luégo cortada, y los dientes arrancados, y la boca quedó hecha una fuente de sangre, con la cual se teñía toda la vestidura de la esposa de Cristo, más preciosa que todas las púrpuras de los reyes.

En este tiempo, fatigada la virgen con sed, pidió un poco de agua, la cual le dió un hombre llamado Cirilo, que era cristiano, aunque no era conocido por tal. Y por este beneficio recibió un grande galardón, porque por un jarro de agua fría alcanzó la corona del martirio. Porque como supiese el tirano que este hombre había dado agua á la virgen, no sólo por natural compasión de su dolores, sino por comunicar con ella en la misma fe, le mandó luego matar; y con esto dió sentencia definitiva que la virgen fuese degollada, y así le fué cortada la cabeza fuera de la ciudad, y su cuerpo estuvo por algunos días en el suelo, pero sin ser tocado de las aves del aire, ni de las bestias de la tierra, las cuales en su manera reverenciaban aquellas heridas recibidas por el comun Señor.

Y despues por especial providencia suya fué entregado á la bienaventurada santa Sofía, que la había criado y enseñado: en lo cual cumplió Dios su petición y dió el descanso que sus entrañas deseaban. Porque siendo presa la virgen, y llevada al martirio, la santa maestra suya temía y temblaba, recelando el peligro de los tormentos; y por esto, postrada en tierra, con encendidas oraciones y ríos de lágrimas, rogaba á Dios que la virgen no desmayase con la fuerza de los dolores.

Mas despues que se dió fin glorioso á su martirio, vino un ángel del Señor y libró á la maestra de aquel temor y cuidado, dándole alegres nuevas del fin glorioso de la virgen; y junto con esto la llevó adonde estaban las reliquias de su cuerpo adornadas con la confesion de la fe, y con la vestidura del martirio, que era lo que ella deseaba. Entónces, abrazando ella todas aquellas preciosas reliquias, y besando cada uno de aquellos miembros, y derramando sobre ellos muchas lágrimas de alegría, decía: «Hija mía dulcísima, hija mía muy amada, hija que

yo crié con toda diligencia en ejercicios virtuosos, y en silencio, y en trabajos, gracias te doy porque no despreciaste mis consejos, y porque guardaste fielmente lo que me prometiste, y te presentaste á tu esposo Cristo, adornada con la vestidura de la virginidad, y hermosada con las heridas del martirio, y coronada con corona de piedras preciosas, y ahora *moras en el lugar del tabernáculo admirable* (1), *que es la casa de Dios*, donde habitan los que siempre se alegran con su presencia. Por tanto te ruego, muy amada hija, y espiritual madre, porque así conviene que te llame, que me seas en esta breve y caduca vida buena curadora y ama de mi vejez, aplacando por mí al comun Señor, y rogándole por mí cuando saliere de esta vida. Pues como esta piadosa y religiosa vieja, que tambien sabía parir y criar tales hijas, abrazase y compusiese con sus manos las santas reliquias, y no tuviese fuerzas para llevarlas, ni hallase medio para esto, y así estuviese muy congojada y afligida, vinieron súbitamente dos hombres en hábito y forma de mucha reverencia, y tomando en sus manos las santas reliquias, y llevándolas en compañía de su maestra, las sepultaron honrosamente junto á la ciudad de Roma, á gloria de Dios Padre, y de su unigénito Hijo Jesucristo, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

AL LECTOR.

Es tan grande, tan dulce y tan admirable el fruto que se recibe de la historia de los santos mártires, que demas de lo arriba escrito, no pude dejar de dar parte al cristiano lector de la consolacion que yo recibí leyendo estos tres martirios que aquí escribo: el uno de esta vírgen no-

(1) Psal., **XLI**, 5.

bilísima, por nombre Anastasia, de edad de veinte años; y otro de un obispo, no ménos noble, y de la misma edad, por nombre Clemente; y el tercero de un compañero y discípulo suyo, aún de menor edad, llamado Agatángelo; ambas escritas por Simeon Metafraste. Y será bien referir aquí lo que Nicéforo, historiador grave, dice (1) del martirio de san Clemente, y de su discípulo, en el libro de su *Historia Eclesiástica*. Sus palabras son estas:

En tiempo de los cruelísimos emperadores Diocleciano y Maximiano, padeció un nuevo género de martirio Clemente, obispo de Ancira, con su compañero Agatángelo; porque veintiocho años duró la conquista de su glorioso martirio. Y á mi juicio, despues que Dios crió el mundo, no se han hallado tales mártires como eslos dos, que con tanta ventaja sobrepujasen á los que padecieron por fuego, hierro, piedras y maderos, y á los que pelearon con bestias fieras, y sufrieron largas prisiones y cárceles, y á los que padecieron de diversas maneras en la tierra, en el aire y en las aguas, y á los que fueron martirizados con grande frío ó calor, y á los que, finalmente, perdieron la vida con cualesquier penas y tormentos; porque á todos estos con gran ventaja exceden estos dos gloriosos mártires. Los cuales primeramente fueron atormentados en Roma, y despues en Nicomedia, sucediendo unos atormentadores á otros, acabando unos y comenzando otros más crueles que los pasados, ejecutando unos un linaje de tormentos, y otros inventando otros, hasta que despues de todos ellos experimentados, perdieron la esperanza de vencerlos, y dieron fin á su martirio mandándolos degollar. Lo susodicho es de Nicéforo.

(1) Niceph. lib. 7. cap. 14.

CAPÍTULO XXII.

COMIENZA LA HISTORIA DEL MARTIRIO DEL BIENAVENTURADO SAN CLEMENTE Y DE SU COMPAÑERO AGATÁNGELO.

En el año de doscientos cincuenta despues del nacimiento de nuestro Salvador, siendo emperador Valeriano, nació esta dichosa planta en la ciudad de Ancira, que es en la provincia de Galacia. Era este santo de muy alto y noble linaje, y de padres ricos, aunque el padre era infiel, mas la madre, que había por nombre Sofia, era muy católica y religiosa. Muerto el padre en las tinieblas de su error, quedóle este hijo niño que ella criaba á sus pechos. Y despues de llegado á edad de poder ser enseñado, la madre empleaba todo su cuidado en adornarlo de todas las virtudes. Y sintiendo la buena madre que se allegaba el fin de sus días, tomando al hijo, que era ya de doce años, y abrazándole con grande amor, y deseando hacerle no ménos heredero de los tesoros del cielo que de su patrimonio, hablóle de esta manera:

Hijo mío, hijo muy amado, hijo que primero que vieses á tu padre, viste tu orfandad, mas Dios te ha sido padre, y él te ha enriquecido, pues él usó de tu orfandad para tu felicidad. Yo te dí ese cuerpo que tienes, mas Cristo te reengendró con su espíritu. Conoce ese padre, y procura que no tengas ese nombre de hijo en vano. Sirve á solo Cristo, y en él pon toda tu esperanza; ca él es la inmortalidad, él la salud, y él es el que descendió del cielo por nuestro amor (1), y nos levantó consigo á lo alto, é hizo sus hijos. Y por tanto, quien obedeciere á este Señor y Padre, vencerá todas las cosas, no solamente á

(1) Ephes., iv, 8 y 9.

los reyes y tiranos que adoran los ídolos, mas tambien á los demonios que moran en ellos. Dichas estas palabras, y sus ojos llenos de lágrimas, comenzó á profetizar á su hijo lo que le había de suceder en la vida, y así le dijo: Ruégote, hijo muy amado, por cuanto viene ya acercándose una grande persecucion contra la Iglesia, que por todo lo que debes á esta madre que te crió, me otorgues esta gracia y me des esta honra, que estés fuerte y constante en la confesion de Cristo, é yo confío en él, oh hijo mio, que él pondrá en tu cabeza una corona florida de martirio. Por tanto aparéjate con tiempo y con grande ánimo para esta batalla porque no te halle desapercibido. Ca no peleamos con flacos enemigos, ni por cosas de poco precio, sino contra muy poderosos adversarios, que son los demonios, y contra sus defensores; y el negocio de que se trata es la gloria y vida eterna, y la infamia y tormentos que nunca se acaban. Ni sean parte para vencer tu propósito sus promesas, ni tampoco sus amenazas, porque gran vergüenza es, muriendo constantemente los caballeros por el rey mortal de la tierra, no querer hacer nosotros lo mismo por el Rey inmortal de los cielos; mayormente siendo tan desigual el galardón de los unos y de los otros. Porque ¿qué bien se puede hacer al muerto que nada siente? Mas muriendo por Cristo, en premio de esta vida mortal se da la inmortal; y por las riquezas y deleites que corren con el tiempo, se da bienaventuranza perdurable. Mas ¿qué digo? Por ventura, si ahora no morimos, ¿no hemos de morir poco despues y pagar esta comun deuda al género humano? Mas la muerte que se padece por Cristo no se puede llamar muerte, porque con la esperanza del galardón se alivia el sentimiento de su dolor. Y ante todas las cosas debes considerar, hijo, que el Hacedor del universo se hizo hombre por nosotros, y

viendo á la tierra conversó con los hombres, y lo que sobrepaja toda admiracion, por nosotros, siervos ingratos, fué el Señor de la majestad condenado, escupido, abofeteado, y finalmente muerto. Lo cual todo padeció por nosotros y por nuestra salud, y por librarnos de la tiranía del pecado, y abrirnos las puertas del cielo. Pues ¿en qué razon cabe que padeciendo él tales cosas por nosotros, no padezcamos nosotros algo por él? Estas cosas debes, hijo mio, imprimir en tu corazon, para que no haya cosa que te aparte de la caridad de Cristo: no las amenazas de los tiranos, no nuevos géneros de tormentos, no miedo de los reyes; sino contra todo esto te esfuerce los bienes que están aparejados á los mártires, y el reino del cielo, que es el premio del martirio.

Estas cosas decía cada día la buena madre á su buen hijo, teniendo él canas ántes de la edad por su gran prudencia. Y estando ella para partir de esta vida, le dijo: Este es el premio que te pido, hijo mio, por los trabajos de la crianza y por los dolores del parto, que sea yo glorificada en los miembros de mi hijo; porque ya yo me parto de tí, y esta luz sensible mañana me falta; por tanto ruégote, luz y vida mía, y entrañas mías, que no me falte esta esperanza. Una mujer hebrea (1) parió siete mártires y peleó en siete cuerpos; mas tú sólo bastas para mi gloria y para que sea yo bienaventurada entre las otras madres. Ya yo, hijo, me parto de tí y mi cuerpo se apartará de tus suavisimos ojos, mas mi alma estará siempre pendiente de la tuya, con cuya virtud confiadamente me presentaré ante el tribunal de Cristo, gloriándome en tus trabajos y en las señales de las heridas que recibirás por él. Esto decía la buena madre á su hijo, y juntamente besaba todos sus miembros, diciendo: Dichosa yo que beso

(1) II Machab., vii, 1-20.

los miembros de un mártir y los miembros que se han de ofrecer á Cristo en sacrificio; y diciendo esto, y abrazándolo, y hablando dulcemente con él, acabó en paz, encomendando su espíritu á Dios, y el cuerpo á las dulces manos de su hijo.

Entonces el piadoso hijo, sepultando honrosamente el cuerpo de su madre, tomó el estado de la vida monástica, cumpliendo en esto el mandamiento de su madre, que era dejar el mundo el que despues por Cristo había de dejar la vida. Quedando él, pues, en esta edad, huérfano de padre y madre, tomó á Dios por padre, el cual le proveyó de otra madre que en el nombre, y en la nobleza, y en la santidad y riquezas, era semejante á la primera, porque tambien se llamaba Sofía; la cual noche y día se ocupaba en la oracion. Y habiendo sido ella muy deseosa de tener hijos, carecía de ellos. Mas la divina Providencia, que desde lo alto provee todas las cosas, no consintió que su siervo en aquella tierna edad careciese de madre, y así le proveyó de ésta. La cual, como mujer santa y sabia, criaba este nuevo hijo con tanto amor y cuidado como si ella lo pariera; y no era menor el amor y reverencia que él tenía á ella. Comenzó luego el santo mozo como tierra fértil á dar frutos de bendicion. Porque habiendo una grande esterilidad y hambre en la tierra de Galacia, él recogía los niños huérfanos y pobres que andaban por las calles hambrientos y desnudos, y vestíalos y manteníalos, dándole para esto su buena madre con mucha alegría todo lo necesario para el reparo de sus cuerpos; mas él tomaba á su parte el cuidado de las almas, criándolas en toda virtud y en la fe y amor de Cristo. Y con este cuidado y doctrina, de tal manera les aprovechó, que andando el tiempo vinieron á padecer con él. Y de esta manera la buena Sofía, que ántes carecía de hijos, vino á tener muchos y muy

virtuosos. Mas Clemente en este tiempo, desechando de sí todo regalo del cuerpo, se mantenía con solas las legumbres, acordándose de aquellos tres santos mozos que usaban de este manjar, mediante el cual, ni el fuego de los vicios, ni el del horno de Babilonia pudo nada con ellos (1).

Mas porque convenía que la candela se pusiese sobre el candelero de la Iglesia, ordenó Dios que el que resplandecía con tantas virtudes, enseñase á otros el camino de la salud. Y así por comun consentimiento de los moradores de Galacia le dieron primero cargo de proponer la palabra de Dios, y poco despues fué ordenado de diácono y sacerdote; y pasados dos años, cuando él cumplía los veinte, viendo el pueblo en aquella edad las canas y madurez de la virtud, le escogieron por obispo. Y puesto en esta dignidad comenzó á tener mayor cuidado de los huérfanos, enseñándoles toda buena doctrina, y administrándoles el santo bautismo. Y á fama de esta buena institucion acudían á él de los lugares comarcanos muchos padres, ofreciéndole sus hijos para que él los doctrinase, los cuales él criaba y enseñaba como si fueran sus propios hijos. Estos fueron los primeros frutos de esta buena planta.

§ I.

Del principio del imperio de Diocleciano y del martirio de san Clemente.

Mas tiempo es ya que vengamos á tratar de su martirio. Para lo cual es de saber que en este tiempo comenzó á imperar Diocleciano; el cual, luégo en el primer año de su malvado imperio, envió edictos á los adelantados de todo el imperio romano, mandándoles que á fuerza de tor-

(1) Dan., I et III.

mentos desterrasen del mundo el nombre de cristianos, prometiendo grandes premios y favores á los que en esto pusiesen mayor cuidado. Llegando este mandamiento á Domiciano, presidente de Galacia, fué ante él acusado Clemente, diciendo de él que había traído gran número de mozos al conocimiento de Cristo, y que condenaba el culto de sus grandes dioses. Mandó luego Domiciano traer á Clemente ante sí, el cual procuró primero atraerle con blandas y fingidas palabras y promesas; mas el santo ningun caso hacía, ni de sus honras, ni de sus promesas, ni tampoco de sus amenazas.

Viendo el juez su constancia, quitada esta máscara, comenzó á vomitar la ponzoña que tenía en su corazón; y así, desnudando al mártir y amarrándolo á un madero, mandó que le rasgasen las carnes con garfios de hierro.

De esta manera ahondando las heridas, le arrancaron tanta carne, que ya se le parecía la figura y forma de las entrañas, y él estaba tan descarnado y tan cubierto de sangre, que apenas los ojos de los que presentes estaban podían sufrir un tan doloroso espectáculo. Mas el santo mártir ni se alteró en su ánimo, ni mudó el semblante de su rostro, ni dijo palabra alguna lastimera, ni dió los gemidos que suelen dar los que son atormentados; mas perseverando con más seguridad que los que presentes estaban, y como si sintiera menos los dolores que los mismos que le atormentaban, ocupaba su ánimo en dar gracias á Cristo su capitán, que lo esforzaba. Y habiéndose gastado mucho tiempo en este tormento, y estando ya cansadas las manos de los atormentadores, y perseverando él con un esforzado y generoso corazón, pretendiendo el juez quebrantar aquella firme roca: No pienses, dijo, que tú has de ser poderoso para vencer mi fortaleza; porque aunque estén cansados los que hasta aquí te atormenta-

ban, yo mandaré suceder otros de refresco, que acaben de despojarte de toda la carne que queda, hasta descubrir todos tus huesos. Acudieron, pues, estos de nuevo, haciendo lo que los pasados, hasta cansarse tambien como ellos.

Mas aquel cruel tirano, maravillándose por una parte de la constancia del mártir, y por otra hallándose corrido y vencido de él, mandó que le desatasen del madero; el cual estaba tal, que hasta los ojos de los verdugos no sufrían verlo, porque estaba despojado de su carne, y solamente parecía hombre, por quedar en él la armazon de los huesos, los cuales estaban bañados en sangre. Por lo cual el tirano, desesperado de poderle vencer por vía de fuerza, volvió á tentarle con blandas palabras, y así le decía que, siquiera por un breve espacio, diese algun alivio á aquel miserable cuerpo, y no quisiese mostrar valentía y esfuerzo en una cosa tan vana y padecer muerte por ella. Pero el mártir, no haciendo caso de estas palabras, respondió: Esta muerte con que me amenazas quitando la vida á mi cuerpo, acarrea la inmortalidad á mi alma. Por tanto ya que sabes esta mi determinacion, no cures de palabras, sino pon por la obra todo lo que quisieres, y no dejes de probar todo lo que te pareciere intolérable de sufrir. Entónces el cruel tirano, tomado de su acostumbrada ira, dijo: Este hombre es un animal porfiado; por tanto herirle reciamente en la cara y en la boca, porque por tener él sola esta parte de su cuerpo sana, usa de esta libertad de hablar. Luégo entre los verdugos, los que eran más humanos le herían con las manos, y otros no osaban tocar en él, porque estaba todo su cuerpo tan deshecho, que apenas se podía tener en pié; mas los que eran más crueles, heríanle con piedras en la boca. Entónces el mártir dijo: No es este para mí tormento,

porque grande honra es del siervo padecer lo que su Señor, el cual fué abofeteado, y su siervo san Estéban apedreado; y alivia este mi trabajo la imitacion de la pasion, y la igualdad de la honra de los que son mayores que yo. Y diciendo esto levantaba los ojos á Cristo su capitán, dándole gracias con toda devocion. Entónces Domiciano, perdida la esperanza de vencer al mártir, mandó que le volviesen á la cárcel, y que dos hombres le llevasen del brazo, pareciéndole que no se podría menear por los tormentos pasados. Mas aquel Señor, que confirma los flacos, y levanta los caídos, no quiso que tuviese él necesidad de esta ayuda; mas desechando de sí los que le querían llevar, se fué por su pié á la cárcel. Espantado el tirano de tan grande fortaleza, dijo á los que presentes estaban: Tales soldados había menester el emperador, que tuviesen tales espíritus en las cosas arduas. Pero él no será más presentado ante mi tribunal. Yo lo enviaré al emperador Diocleciano, porque él sólo será poderoso para vencerle. Y dicho esto escribió al emperador todo lo que había pasado, y mandó llevarlo preso de la ciudad de Ancira á Roma, donde estaba Diocleciano. Viéndose el mártir fuera de su ciudad, levantando las manos y el corazon al cielo, comenzó á decir: Señor Dios, que ordenas todas las cosas para la salud del género humano, y nos abres muchos caminos de salud, suplicote por esta mi ciudad, y por las almas que en ella han creído, para que no caigan en el lazo del demonio, ni sean engañadas con el artificio de los tiranos. No consientas que ellos sean desterrados de esta ciudad que los crió, sino tú que volviste á Jacob á la casa de su padre (1), y le libraste de las manos de Esaú, é hiciste que los huesos de Josef fuesen llevados de la tierra de Egipto á la sepultura de sus pa-

(1) Gen., xxxii, 9. xxxiii, 4. xlv, 1. Exod., xiii, 19.

dres, ten por bien de volverme á esta ciudad que me engendró y crió hasta la edad presente, para que así se le vuelva este su depósito. Hecha esta oracion, comenzó alegremente su camino.

Llegado, pues, á Roma, y dadas las cartas á Diocleciano, mandó que le presentasen á Clemente. Viendo él su rostro alegre y generoso, y disimulando lo que tenía en su ánimo, y maravillándose de haber padecido lo que las cartas testificaban, dijo al mártir: ¿Eres tú aquel gran Clemente, que tienes un esforzado y generoso ánimo? Más fuera razon que ese ánimo emplearas en cosas grandes, y no en defender esa vana creencia que provoca nuestra ira, y mueve nuestros dioses á venganza, á los cuales debes esa fortaleza que tienes, con la cual pudiste resistir á tan grandes tormentos, para que así vinieses al conocimiento de la verdad. Y diciendo esto puso delante de los ojos del santo, oro, plata, vestiduras ricas, insignias de magistrados, y dignidades que le prometía, y de otra parte instrumentos para atormentar: que eran manos de hierro, camas de hierro, ruedas y peines de hierro, parrillas, calderas, asadores, sartenes, cadenas pesadas, y otra muchedumbre de instrumentos terribles de ver. Y hecho esto, mirando al mártir con blando rostro, y mostrando aquellas riquezas, le dijo: De todo esto te haremos merced, si adorares nuestros dioses.

Pues apartando el santo sus ojos de aquellas riquezas, y escarneciendo de ellas, y dando un gran gemido por lo que le habian dicho, respondió: Destruídos sean vuestros dioses, y vosotros con ellos. Entónces el emperador mirando con rostro airado á Clemente, y volviendo los ojos á aquellos géneros de tormentos: Estos, dijo él, están aparejados para los que blasfeman de nuestros dioses. El mártir á esto respondió: Si vuestros tormentos, como

pensais, son terribles é intolerables, y vuestros dones resplandecientes y magníficos, ¿cuáles os parece que serán los dones de Dios? Y ¿cuáles los castigos y ríos de fuego que tiene aparejados á los malos? Porque vuestro oro y plata ¿qué son sino polvo y lodo, y materia vil y sin fruto, sujeta á los ladrones? Y vuestras vestiduras preciosas, ¿qué son sino hilos y babas de gusanos é invencion de hombres bárbaros? Tales, pues, son vuestras cosas. Mas las de Dios, por el contrario, tienen deleites inmortales, y resplandor perpetuo; ca no temen las mudanzas y vueltas del tiempo, ni saben qué cosa es vejez, sino siempre perseveran en la misma flor de su hermosura.

A esto respondió Diocleciano: Paréceme, Clemente, que hablas bien, y sientes mal; porque con tus palabras tratas de la inmortalidad, y por otra parte pones tu esperanza en un hombre mortal, que es vuestro Cristo; el cual dicen haber padecido innumerables penas por mano de los judíos, por los cuales fué crucificado. Mas nuestros dioses son inmortales, y libres de toda molestia y dolor. Verdad es, dijo el mártir, lo que dices; porque ¿cómo han de morir los que nunca vivieron, y como han de sentir los que carecen de sentido?

§ II.

Renuévanse los martirios del santo en el tribunal de Diocleciano.

Indignado el emperador con estas y otras semejantes palabras, deja las palabras, y vuélvese á los tormentos. Y así mandó atar al mártir á una rueda, y traerla con grande ímpetu al derredor, y que en este mismo tiempo azotasen cruelísimamente al mártir con varas. Y cuando

la rueda le tomaba debajo, quebrantábansele los huesos, y cuando volvía á lo alto descargaban los verdugos sobre él sus azotes. Mas él, estando en este tormento, volvióse á Cristo diciendo: Señor mío Jesucristo, ven á ayudarme, y levantarme del peso de este tormento, *porque me han cercado dolores de muerte* (1). Favoréceme, Señor, para gloria tuya y confesion de tu nombre, y para confusion y deshonor de tus enemigos, y para esforzarme á padecer por tí mayores dolores. Hecha esta oracion, luégo cesó el movimiento de la rueda y el tormento de los azotes, y todas las ataduras se soltaron, y el mártir fué restituído á su primera sanidad. Por donde muchos de los romanos que asistian á este espectáculo se convirtieron á Cristo, y comenzaron á dar voces diciendo: Grande es el Dios de los cristianos. Mas el mártir decía: Doite gracias, Señor mío, por haber querido que yo padeciese en esta gran ciudad, y en presencia de tantos hombres por tu unigénito Hijo, que tambien padeció por nosotros, y dió su sangre en precio de nuestro cautiverio. Y luégo contó por sus nombres los santos de Roma. En esta ciudad, dijo él, san Pedro glorificó á Dios, y Paulo lo predicó, y Clemente, cuyo es mi nombre, lo adoró, y el divino Onésimo confesó; por quien ellos tambien padecieron: los cuales ahora son venerados de los fieles, y de aquí á pocos días lo seran de los emperadores. Esto dijo, profetizando el fin y destruccion de la idolatría.

Estas palabras encendieron más la ira de Diocleciano, y por eso mandó que le despedazasen la boca con unas puntas muy agudas de hierro, con lo cual los dientes quedaron movidos y las mejillas quebrantadas; mas la voz del mártir nunca se reprimió, ni la libertad de hablar se remitió. Y diciéndole los verdugos que callase, él no

(1) Psal., xvii, 5.

cesaba de hablar más alto, hecho como una estatua de metal, que mientras más golpes le dan, más suena. Por lo cual, fatigado el emperador y desconfiado, mandó que lo volviesen á la cárcel. Mas la muchedumbre de aquellos que habían creído, así hombres como mujeres, por el milagro de la rueda, juntándose todos en uno entraron en la cárcel, y postrándose á sus piés, pedían con grande instancia el divino bautismo. Movido, pues, el santo con esta fe y devocion bautizó á todos juntamente con sus hijos. Y á la media noche les apareció una vision celestial, que era una luz tan grande que ni se puede explicar con palabras ni la sufrían ver los ojos: la cual así como un relámpago esclarecía aquella cárcel, y en medio de aquella luz apareció un hombre con muy alegre rostro, vestido de una resplandeciente vestidura, y llegándose á Clemente le puso en las manos un pan y un cáliz, y hecho esto desapareció dejando á los que allí estaban atónitos y enmudecidos con esta vision tan admirable. Y conociendo el santo varon ser esta la materia del santísimo Sacramento, hechas sus oraciones y pronunciando las palabras de la consagracion, dió la santa comunión á los que estaban ya bautizados. Viniendo, pues, otros muchos al santo, y creciendo el número de los fieles, y haciendo iglesia de la cárcel, los carceleros dieron cuenta al emperador, el cual mandó que los prendiesen de noche, y si no quisiesen negar la fe de Cristo, los matasen sin ninguna remision. Siendo, pues, todos presos, holgaron más de perder esta vida temporal que negar á Cristo que nos crió, amó y murió por nosotros, y así salidos fuera de la ciudad, ofrecieron sus hijos al Señor como unos santos sacrificios, sin que alguno faltase, sino sólo uno cuyo ánimo era más juvenil; porque no quedó por huir de la batalla, sino para pelear con mayores dolores. Este era

el admirable Agatángelo, de quien comenzaremos ya á tratar.

Mas Diocleciano, mandando traer ante sí á Clemente, y dándole á entender que estaba arrepentido de lo pasado, comenzó á alabar al santo mártir y tratarle blandamente para ver si por esta vía le podía convencer. Mas viendo que nada aprovechaba, dejada aquella fingida mansedumbre, comenzó á descubrir su ponzoña é imaginar otro terrible tormento, movido á esto por consejo de un hombre principal llamado Anfion. Y el tormento era, que muchos hombres juntos trabasen de sus miembros de tal manera, que los desencajasen de sus lugares naturales, y demas de esto, que cuatro verdugos juntamente le estuviesen azotando con nervios secos de toro.

Habiendo, pues, el mártir sufrido este tormento con admirable constancia, díjole Diocleciano: Veo, Clemente, que eres muy porfiado; mas no pienses que me has de vencer, porque ahora te atormentaré con garfios de hierro, porque tambien tú eres de hierro y careces de sentido como él, y quizá por esta vía te despertaré de ese profundo sueño que duermes. Bien dices, respondió el santo, oh emperador, que duermo, porque duermo un dulce sueño adormeciéndome Cristo los dolores con la esperanza de los bienes venideros, y esforzándome á padecer por él mayores trabajos; el cual tambien me hace velar y estar atento para que hable libremente y predique su santo nombre. Diciendo esto el santo, mandó el emperador á los verdugos que dejasen de azotar al mártir, y lo levantasen en un madero, y rasgasen su cuerpo con garfios de hierro hasta que le consumiesen todas las carnes y estuviese todo desangrado sin quedar más que la armazon de los huesos. Hecho esto, mirando el mártir cual estaba, y vuelto al tirano, dijo: No es este el cuerpo que tú despe-

dazas; ca ningun dolor siento cuando lo despedazas, porque el cuerpo que me dió la naturaleza ya quedó consumido con los tormentos pasados, sin quedar parte de él; y este nuevo cuerpo que ahora despedazaste me dió mi Señor Jesucristo, y consumido este, él me dará otro, porque no le faltará materia de que lo haga.

Dichas estas y otras muchas palabras, mandó el emperador que le aplicasen hachas de fuego ardiendo, las cuales eran deleitables al santo, porque eran luz que le alumbraban sin quemarle. Por lo cual, espantado el emperador de tan grande fortaleza, y volviéndose á los que presentes estaban: Muchos, dijo él, de estos malaventurados cristianos tengo atormentados y muertos, mas nunca tal corazon ni cuerpo tan robusto he visto como éste. Por tanto yo determino enviarlo á Nicomedia á Maximiano, compañero de mi imperio, el cual pienso que tendrá las cosas de este hombre por un prodigio increíble; ca no pienso haber él visto jamas semejante constancia. Y diciendo esto con grande admiracion mandó que el mártir con sus prisiones fuese llevado por mar á Nicomedia, para ser examinado de Maximiano, dándole cuenta por carta de lo que había pasado primero con Domiciano y despues consigo; diciendo que eran cosas que sobrepujaban toda la fe y fuerzas de la naturaleza humana; añadiendo mas, que si le pudiese vencer y atraer á su religion, lo cual él no esperaba, le haría gran placer en tornárselo á enviar para muestra de su grande ingenio y prudencia.

§ III.

Sacan al santo Mártir de Roma; pasa por Rodas, y comienza otra nueva batalla por orden de Maximiano, emperador, en Nicomedia.

Sacan, pues, al santo de Roma, acompañándole muchos de los fieles. Mas ¿quién podrá explicar lo que ellos decían y hacían? Ca unos se postraban á sus piés, otros le tomaban las manos, otros abrazaban su cuello y lo besaban, derramando amarguísimas lágrimas por aquel apartamiento, otros se untaban con su sangre y tocaban sus heridas sin poder apartarse de aquel esclarecido varon, más fuerte que el mismo hierro. Y era tan grande el sentimiento de ellos, que hasta los mismos marineros, vencidos de compasion de tan doloroso espectáculo, dieron lugar y tiempo á aquella triste despedida. Llegándose, pues, ya la hora del navegar, apénas le podían dejar subir en el navío los que le acompañaban, pareciéndoles que se les arrancaban las entrañas.

Pero el santo, haciendo oracion por la ciudad y por sí, comenzó á navegar. Mas ¿qué hizo aquel soberano Gobernador para compañía y consuelo de su santo? Aquel mancebo Agatángelo, de que arriba hicimos mencion, que fué el primero de los que el santo bautizó en la cárcel, y se escapó del martirio de los otros, estando á la sazón en Roma, usando de toda buena industria, se metió secretamente y escondió en la misma nave. Y navegados ya hasta doscientos estadíos, estando los marineros ocupados en su oficio y el santo mártir en un rincon puesto en oracion, llegó á él este mancebo, y postrado á sus piés le dijo que él era el primero de los que en la cárcel habían sido por él bautizados y solo escapado del martirio; y co-

mo venía allí inspirado por Dios á serle compañero en sus trabajos. Mas ¿qué hizo aquí entónces el mártir? Bende-
cíalo, abrazábalo, hablábale con grande benignidad, mos-
trando tener las entrañas llenas de gozo. Y luégo comenzó
á dar gracias al Señor por la venida de aquel mancebo,
rogándole con mucha eficacia que lo esforzase para que
fuese compañero de su confesion. Doite gracias, decía él,
Señor mío Jesucristo, que eres mi única consolacion y
ayuda, pues ni en la tierra ni en el mar me has desam-
parado, y defendido toda la vida, y recreado mi ánimo
fatigado con los trabajos, y hecho consolador mío por la
manera que tú sabes. Porque ahora en el mar me has
consolado con este mi hermano Agatángelo, el cual con
el nombre que tiene me promete tu favor, porque Aga-
tángelo quiere decir denunciador de buenas nuevas. Por
tanto concédeme, oh Rey mío, que él hasta el fin perseve-
re fiel, y que tú le glorifiques con la confesion de tu fe, y
tú seas glorificado en él.

De esta manera estaban los santos día y noche en ora-
cion sin desayunarse; porque ningun cuidado habían te-
nido de hacer alguna provision, como personas que traían
el pan vivo, y el agua de la gracia en sus almas, con que
se sustentaban. Mas compadeciéndose los soldados y ma-
rineros de tan largo ayuno, y ofreciéndoles de comer,
diéronles gracias por la buena voluntad que les mostra-
ban, mas no quisieron tomar nada de ellos, diciendo que
lo esperaban de Dios, lo cual así se cumplió. Porque no
había de faltar la providencia de un tan fiel Señor á tan
fieles siervos. Y así á prima noche les proveyó de mante-
nimiento por ministerio de los angeles. Pasados muchos
días en la navegacion, llegaron á Rodas, y desembarcán-
dose muchos de los que navegaban para proveerse de lo
necesario, rogaban los santos á los que quedaban en su

guarda les diesen licencia para ir á la iglesia de los cristianos. Era entónces día de domingo, y los cristianos que moraban en la isla habían acudido á la iglesia, y no faltó entre ellos uno que reconoció á Clemente, y lo hizo saber al obispo de la isla, que se llamaba Fotino: el cual sin detenerse, tomando consigo muchos de los fieles que estaban en la iglesia, llegó al puerto, y rogando á los guardas con grande instancia que les quitasen las prisiones, y los dejasen venir á la iglesia, alcanzó de ellos lo que pedían. Y dando gracias á Dios, los llevó á la iglesia, y abierto el libro de los Evangelios, la primera cosa que se leyó fueron aquellas palabras del Salvador: No queráis temer á los que pueden matar el cuerpo, y no pueden matar el alma. Con esta palabra se infundió en el corazon de los santos una dulcedumbre divina, y levantando los ojos y las manos al cielo, hacían oracion con lágrimas de alegría, con lo cual, enternecidos los ánimos de los que los veían, derramaban tambien muchas lágrimas. Luégo aquel piadoso y santo obispo rogaba á Clemente que celebrase los sagrados misterios, y haciendo él este oficio, vieron los que merecieron verle una brasa muy resplandeciente puesta en el altar, muchos ángeles revoleando encima de ella, y los que presentes estaban se postraron en tierra, no pudiendo sufrir con la vista tan grande resplandor.

Corriendo esta fama por la ciudad, acudieron muchos de los infieles, trayendo consigo sus hijos y parientes enfermos, echándolos á los piés del santo, y otros tocaban sus manos, y así quedaban libres y sanos de enfermedades incurables: con lo cual tambien fueron curadas muchas almas de los gentiles, viniendo por este medio en conocimiento de la verdad.

Espantados los soldados de tan grande aficion como

toda aquella ciudad tenía á Clemente, y recelando no intentasen alguna novedad con que el santo escapase de sus manos, vuelven á echarles en las prisiones, y llevarlos al navío. Y sucediéndoles buen tiempo, pasando el mar Egeo, llegaron á Nicomedia, donde estaba Maximiano: el cual, recibidas las cartas del emperador que daban cuenta de lo pasado, y viendo el semblante del santo, en el cual ninguna cosa vil ni baja se mostraba, y conjeturando por su rostro la grandeza de su ánimo, no se atrevió á examinarle, sino, fingiendo algunas causas y ocupaciones de guerra, cometi6 este negocio á un presidente, por nombre Agripino. El cual, mandando parecer ante sí al mártir le preguntó si él era Clemente; y respondiendo él que sí, y que era siervo de Cristo, mandó á los soldados que le diesen un gran pescozon, diciéndole que se llamase siervo de los emperadores, y no de Cristo. Pluguiese á Dios, dijo el mártir, que todos vuestros señores y emperadores se llamasen siervos de Cristo, y todas las gentes le sirviesen y obedeciesen, y no sirviesen á la maldad de vuestra superstición. Encendido el juez con esta respuesta, y concibiendo mayor ira de la que con palabras podía explicar, volvióse á Agatángelo; y preguntóle: ¿Tú quién eres? Porque no hace mencion de tí la carta de Diocleciano. Ent6nces él mirando al cielo, y mirando á Clemente porque de ambas partes esperaba socorro: Yo, dijo él, por la gracia de Dios, soy tambien cristiano, y por medio de Clemente, siervo de Cristo, alcancé este bienaventurado nombre. Luégo el juez mandó levantar á Clemente en alto, y herirle y cortarle los miembros, y al Agatángelo mandó azotar cruelísimamente con nervios de toro. Mas Clemente, sufriendo su tormento con grande y generoso corazon, sin hacer caso de sus llagas, hacía oracion por sí y por el compañero. Ent6nces

el juez, cesando de este castigo y poniéndolos en la cárcel, mandó que se aparejasen para otro día en el teatro muchas diferencias de bestias fieras muy crueles. Entre tanto los santos, estando en la cárcel, perseveraban con grande atencion en la oracion, á los cuales viniendo los ángeles los esforzaban y animaban al martirio. Mas los presos que estaban por otras causas en la cárcel, viendo la perseverancia de aquella oracion, y espantándose de la venida y consolacion de los ángeles, derribáronse á los piés de los santos, rogándoles que les diesen conocimiento de Cristo, y que no les tuviesen por indignos de que ellos tambien lo confesasen. Estuvieron, pues, los santos hasta la media noche enseñándolos, y doctrinándolos, y amonestándolos, y hasta que los dejaron muy bien instruídos y confirmados en la fe, y purificados con el santo bautismo. Luego Clemente con su oracion abrió las puertas de la cárcel, y despidió todos los presos con mucha alegría suya y de ellos, quedándose él con su compañero sólo en ella.

Este hecho alteró grandemente al juez, y mandando sacar los santos al teatro, él primero como leon rabioso comenzó á bramar contra ellos, y luego mandó sacar los leones y otras bestias fieras, las cuales ningun mal hicieron á los santos, ántes los miraban con ojos alegres, y les lamían las manos, y los abrazaban, como hacen los perrillos cuando sus señores vienen á sus casas de lejas tierras. Lo cual al juez fué causa de grande admiracion y espanto, y desesperacion de poder vencer á los santos; mas á ellos fué causa de glorificar á Dios, diciendo: Gloria sea á tí, Cristo, por quien las bestias fieras nos tuvieron acatamiento, é hiciste con nosotros lo que con Daniel en el lago de los leones (1), pues lo mismo hiciste con nosotros como verdadero Dios de Daniel.

(1) Daniel, xiv, 28-42.

Mas no por esto perdió nada de su furor aquella bestia fiera, ántes mandó que tomasen unas alesnas largas y agudas y encendidas, y se las hincasen por las manos entre dedo y dedo, hasta llegar á la muñeca del brazo. Y no contento con esto, mandó que les hincasen otras debajo de los sobacos, que penetrasen hasta los hombros. Mas el pueblo que presente estaba, no pudiendo sufrir tan grande inhumanidad, y por otra parte espantado como los santos pudieron resistir á tan grandes dolores, sin perder la vida con ellos, se alborotó de tal manera que comenzaron á apedrear al tirano, y dar voces diciendo: Grande es el Dios de los cristianos. Con esto el juez echó á huir, y los mártires se subieron seguramente á un monte por nombre Pirami. Mas el tirano los anduvo buscando muchos días, y finalmente los halló. Y luégo mandó que todos los devotos de sus dioses acudiesen á aquel monte; y puesto él en su tribunal, y traídos ante sí los santos: ¿Por qué, dijo él, con vuestros hechizos y encantamientos alborotasteis el pueblo, é hicisteis que se levantasen contra nos, y maldijesen nuestros dioses? Nosotros, respondieron los mártires, nada de eso hicimos, sino llamando nosotros, la fuerza de la verdad les dió conocimiento de Dios, y así lo predicaron á grandes voces como tú lo viste. Por tanto si tienes otro tormento que ejecutar en nosotros, no lo dilates, porque él es poderoso para librarnos de tus manos. Entónces el tirano, usando de otra nueva crueldad, mandó extender los santos sobre una gran piedra que estaba en aquel monte, y quebrantar sus huesos, hiriéndolos reciamente con unos maderos. Y hecho esto, los metió así quebrantados en unos sacos, atando á la boca de ellos una grande piedra, y de esta manera los mandó arrojar de lo alto del monte por la ladera abajo, por la cual iban rodando, y no pararon hasta caer

en el mar, que llegaba á raíz del monte. Los que presentes estaban creyeron que luégo espirarian; y con esto algunos de los fieles se llegaron á la playa, para ver si podían coger algunas reliquias de ellos. Mas ¡oh admirable potencia y providencia tuya, Cristo, rey nuestro! porque habiendo estado los santos por largo espacio debajo del agua, aparecieron los sacos viniendo sobre el agua, y allegándose á la ribera, y desatándolos, hallaron todos sus miembros sanos y sin alguna lesion. Y no contento aquel piadoso Señor con este favor y regalo, á la media noche envió sus ángeles para que los recreasen del trabajo pasado, y los proveyesen de mantenimiento. Desde abí vinieron á la ciudad, y contaron á los fieles las maravillas de Dios, y levantando las manos al cielo le daban gracias de todo corazon.

§ IV.

De como volvieron los santos á su patria: multiplicanse los tiranos, y se inventan nuevos tormentos.

Sabido esto por el presidente, y viendo por experiencia que era imposible vencer los santos, y que muchos de los gentiles viendo estos milagros se convertían á Cristo, no se atrevió á pasar adelante, sino hizo saber al emperador Maximiano lo que pasaba, diciendo que los mártires eran naturales de la ciudad de Ancira. Sabido esto por el emperador, y recelando este combate, tomó de aquí ocasion para enviarlos á su patria, encargando este negocio á un presidente que allí estaba, por nombre Curicio, diciendo: Justo es que la tierra que los engendró los tenga y castigue. De esta manera la divina Providencia cumplió lo que su santo le había pedido, que era acabar la vida en su patria, donde era obispo, despues de haber corrido

tantos mares y tierras. Llegado á la ciudad, entra el santo con grande alegría, diciendo: Gloria sea á tí, Señor mío Jesucristo, que oíste mi oracion, y me volviste á mi patria, y al sepulcro de mis mayores, y más con este fruto de Agatángelo, compañero de mis trabajos.

Presentados los santos ante el presidente Curicio, tentó el primero de atraerlos con blandas palabras y alabanzas, concluyendo su largo razonamiento, diciendo que sacrificasen á sus dioses, pues no podían dejar de padecer no lo haciendo. A esto respondieron los santos: ¿Para qué nos amenazas con trabajos, pues éstos por amor de Cristo nos son deleites? Ni tenemos compasion de nuestros cuerpos, sino de vuestras almas miserables, pues servis á unos dioses que ningun sentido tienen.

Embravecido con esto el juez: Pues tanto, dijo él, os holgáis con los trabajos, yo seré en esta parte muy liberal para con vosotros. Y haciendo encender un hierro puntiagudo, mandólo hincar debajo de los sobacos de los santos, y atándoles fuertemente los brazos, é hincando dos maderos en tierra, mandó atar á Clemente en el uno, y á su compañero en el otro, y los verdugos los herían agriamente en todas las partes de su cuerpo. Entónces el juez, escarneciendo de ellos, preguntó si sentían aquellos tormentos. Al cual Clemente respondió lo que dice el Apóstol (1): *Cuanto más se corrompe nuestro hombre exterior, tanto más se renueva y perfecciona el interior*. No contento con esto el tirano, mandó encender un capacete, y así encendido lo hizo poner sobre la cabeza de Clemente; y luégo el humo de las carnes abrasadas comenzó á salir por la boca, y por las narices y oídos. Entónces el santo, dando un grande gemido, y llamando á Dios: ¡Oh agua viva, dijo él, y lluvia de nuestra salud, envíame,

(1) II Cor., IV, 18.

Señor, una gota de tu rocío; y pues ántes nos sacaste del agua, ahora nos saca del fuego y nos da tu refrigerio! Y diciendo esto, poco á poco se fué enfriando el hierro, y los que herían á Agatángelo se cansaron. Aquí el tirano espantado y atemorizado de lo que veía, mandó soltar los santos y llevarlos á la cárcel, disimulando la perplejidad en que estaba con color de misericordia.

Mas aquella santa Sofía, la cual dijimos haber probijado á Clemente, y hecho con él oficios más que de madre, viendo cómo despues de tan largo tiempo había vuelto á su patria con el resplandor y hermosura de su gloriosa confesion, no cabía en sí de placer, esperando luégo la corona que le había de venir del cielo. Vino, pues, de noche á la cárcel, y abrazando á Clemente y derramando muchas lágrimas, besaba con grande devocion sus manos, y su rostro, y todos aquellos sagrados miembros, pidiéndole que le diese cuenta de todos los caminos y trances que había pasado. Y dando él razon de todo esto, ella con unos lienzos limpiaba la sangre y las heridas del santo, y luégo le dió de comer de los manjares que acostumbraba él comer en su casa.

Desesperado, pues, el juez de poder vencer tan grande constancia, salióse afuera y encomendó el negocio á otro juez de los amesenos, por nombre Domicio. Mas la santa madre Sofía no podía apartarse con el cuerpo de los que tenía abrazados en su corazon; y así vino muy alegre con aquellos muchachos que, como ya dijimos, Clemente había bautizado y doctrinado.

Sabido esto por Maximiano, mandó que si los muchachos se apartasen de Clemente, los dejasen libres; y donde no, que los matasen. Dada esta sentencia, los soldados trabajaban en apartarlos por fuerza del mártir, mas ellos resistían á esto cuanto podían, arrojándose en tierra, y

abrazando los piés del santo, con mayor constancia y prudencia de lo que pedía aquella edad; y así todos allí quisieron ántes morir que apartarse de su maestro. Mas la piadosa Sofía, por el grande amor que les tenía, tomó muy á cargo la sepultura de los muertos; y así con gran dolor se apartó de Clemente y de su compañero, por entender en la sepultura de estos inocentes, diciendo que Dios daría órden cómo volviesen á aquella tierra. Llegando, pues, los mártires á la ciudad de los amesenos, y haciendo oracion á Dios con devotas lágrimas para que les ayudase en esta nueva batalla, fueron presentados ante el sobredicho Domicio. Pero ellos estaban tan léjos de rebusar los tormentos, que pretendían atraer á la fe al mismo juez. Sobre lo cual hizo Clemente un tan divino razonamiento, que el compañero Agatángelo, lleno de alegría, se derribó á sus piés y levantándose de allí lo abrazó, y besó su faz con grande devocion. Mas el tirano, como estaba ciego y obstinado en su error, tomó las armas para pelear contra ellos. Y para esto apartó el uno del otro para que estuviesen más flacos. Pero esto le sucedió al reves; porque aunque estaban apartados con los cuerpos, estaba juntos con los espíritus. Mandó, pues, este tirano que se henchiese una cisterna de cal viva, y que arrojasen en ella los santos, y puso á la boca dos soldados en guarda para que de noche no los sacasen de ahí los cristianos: no sabiendo el loco que el que guardó los tres mozos del horno de Babilonia (1), guardaría aquí sus siervos, como lo hizo; y así estuvieron allí todo el día que era un viérnes Santo, sin recibir daño alguno. Y no contento con esto, resplandeció sobre ellos toda la noche siguiente una luz del cielo. Lo cual, viendo los dos soldados que los guardaban, movidos por el milagro de

(1) Daniel, III, 72-100.

aquella luz, recibieron otra más excelente luz en sus almas, con tan grande fe y devocion, que saltaron en la misma cisterna, y se juntaron con los santos. Luégo por la mañana, creyendo el tirano que estaban ya muertos, y mandando sacar sus cuerpos de la cisterna, halláronlos vivos, y sanos, y con alegre rostro, y á los mismos dos soldados con ellos, cuyos nombres eran Fegon y Eucarpo: los cuales por mandado del tirano fueron luégo crucificados, honrándolos la divina bondad con la imitacion de la muerte de Cristo, y corona de mártires. Mas Clemente y su compañero pasaban su carrera, y el tirano mandó que les sacasen dos correas de las espaldas y los azotasen cruelmente. Y viendo que nada de esto aprovechaba, mandó traer dos lechos de hierro y poniéndolos mucho fuego debajo, y echando sobre ellos aceite hirviendo, pez derretida, y piedra azufre, pareció al tirano y á todos que serían muertos; y así los mandó quitar de estas camas y echar en el río. Mas ellos dormían en ellas un dulce sueño, en el cual les apareció Cristo acompañado de ángeles, diciéndoles que no temiesen, porque él estaba con ellos. Viendo esto Domicio, y espantado de lo que había visto, y no sabiendo ya qué más hacer, vuélvelos á enviar á Maximiano, que de Tarso había venido á Ancira. Van, pues, los santos este camino, siguiéndolos junto con los soldados de guarda muchos fieles. El camino era largo y desierto, y tan falto de agua, que padecían todos gran trabajo de sed. Mas el santo mártir, lleno de una vivísima fe y confianza, hizo oracion á nuestro Señor, y á la hora levantó una fuente en aquel desierto con que todos fueron recreados. A la fama de este milagro concurrieron todos enfermos de aquella comarca, y á todos dió entera sanidad el mártir tocándolos con sus manos.

Considerando este santo las maravillas que Dios

obraba á cada hora por él, y con cuánto regalo y providencia acudía al tiempo de las mayores necesidades, encendiéndose en su corazon una tan grande llama y fuego de amor de Dios, y una tan grande sed y deseo de padecer por un tan bueno y tan fiel Señor, que hizo una oracion devotísima suplicándole con grande instancia que todos los días que viviese, siempre padeciese trabajos y dolores por su amor, sacrificando todos los miembros de su cuerpo en su servicio. Y acabada esta oracion, parecióle que oía una voz de lo alto, que le decía: Concedido se te há, Clemente, lo que pediste; esfuérzate y aparéjate para pasar constantemente esta carrera, porque con el tiempo que has batallado, y con el que te queda por pasar, se te contarán veintiocho años de martirio. Alegre, pues, con esta respuesta el santo, caminaba para Ancira; y sabiendo los soldados que el emperador estaba en Tarsis, lugar de Cilicia, llevaron allí los santos y presentáronlos al emperador, el cual comenzó primero á tratarlos con palabras blandas y grandes promesas, pretendiendo atraerlos á su falsa religion. Mas ellos, por el contrario, pretendían con palabras divinas atraerlo á la suya, profetizando que los sucesores de su imperio habían de ser honradores de Cristo. Indignado con esto Maximiano, y dejadas muchas palabras que se pasaron de parte á parte, mandó hacer una gran hoguera y echar en ella los santos. Mas el Señor, que guardó aquellos tres santos mozos en el horno de Babilonia, guardó tambien á estos de tal manera, que estando ellos día y noche en aquella hoguera, nunca el fuego pudo dañar aquellos miembros dedicados á Dios, reconociendo y honrando la criatura á los siervos de su Criador. Espantado Maximiano de esta maravilla, y viendo cómo los santos estaban en medio de la hoguera, levantadas las manos y los ojos al cielo, dando

Dios, mandólos sacar de allí, y presentados ante su tribunal: Ruégoos, dijo, que siquiera en esto me hagáis la voluntad: que es, hacerme saber con qué linaje de encantamientos habéis reprimido la virtud del fuego. No, dijeron ellos, oh emperador, con encantamientos, sino con la virtud de aquel Señor que nos prometió, diciendo (1): *Estando en el fuego no te quemarás*. Entónces el tirano mandó á los verdugos que públicamente los arrastrasen é hiriesen hasta matarlos. Mas tambien esto sucedió mal al tirano; porque viendo muchos de los gentiles, por una parte la generosidad de aquellos corazones, y la libertad con que hablaban al emperador, y su fortaleza y constancia invencible, y por otra considerando que entre tantos tormentos conservaban la vida, reconociendo aquí el dedo y la virtud de Dios, renegaban de sus dioses y se volvían á Cristo. Luégo el emperador, no sabiendo ya más qué hacer, mandó que así como estaban atados los llevasen á la cárcel, y estuviesen por espacio de cuatro años en ella presos; pareciéndole que el tiempo y la prision tan larga domaría á los que ni el fuego ni el hierro habian podido domar. Pasados los cuatro años salieron de la cárcel muy esforzados para su confesion; porque el deseo y amor de Cristo, y la esperanza cierta de los bienes advenideros les hacía parecer la cárcel un palacio real. Sabido esto por Maximiano, desconfiando de la victoria, y dando á entender ser estos hombres indignos del tribunal imperial, no se atrevió más á examinarlos; y por esto cometió el exámen á un cruelísimo sacerdote de los ídolos, muy ejercitado en atormentar cristianos, y grande oficial de pervertir corazones. A este cometió este cargo; y para más incitarle á todo género de crueldad, dióle á entender que los jueces pasados habían sido ven-

(1) Eccli., LI, 6. Isai., XLIII, 2.

cidos más por su propia flaqueza que por el esfuerzo y ánimo de los santos. Comenzó luego este oficial de Sathanas á usar de las artes que su maestro el demonio le había enseñado, acometiendo á los santos ya con promesas, ya con amenazas, ya con blandura de palabras, y con muestras de amor y buena voluntad, dándoles á entender que le pesaba de sus trabajos pasados. Mas viendo que nada de esto aprovechaba, mandó que azotasen tan cruelmente las espaldas y hombros de los santos, de tal manera, que consumida toda la carne se les parecían las junturas y armazon de los huesos. Y acabado este tormento, viendo que los santos por su pié se volvían á la cárcel, corrido de verse vencido, y casi desmayado, fué llevado por los brazos á su posada. Y caminando los santos á la cárcel, acudieron de todas partes los fieles á coger las reliquias de los pedazos de la carne y sangre que de ellos corrían, como un precioso tesoro. Aquí tambien el mal sacerdote con todos sus artificios y engaños, desconfió de poder vencer los santos. Sabido esto por Maximiano hizo burla del sacerdote, diciendo: ¿Este es el que me alababan?

§ V.

Renuévanse otros tiranos, y del fin de esta gloriosa batalla y martirio de los santos.

Estaban muchos hombres principales á la sazón con el emperador: entre los cuales uno, por nombre Máximo, movido con ira y saña por lo que oía, rogó al emperador que le entregase los santos; porque él tenía confianza que los sacaría de su propósito, ó á lo ménos los mataría. Este fué el octavo tirano. Y entremetiéndose algunos días en medio, trataba con ellos muy amigablemente, vendiéndolos

seles por muy grande amigo, y que como tal les quería dar consejo saludable. Y llamándolos ante sí, Dios os salve, dijo, hombres amados de los dioses inmortales, los cuales os tienen en lugar de hijos muy queridos. Ca muchas veces hablaron conmigo y me aparecieron en sueños, reprimiendo la ira que tenían contra vosotros, no por otra causa sino porque esperan la mudanza de vuestro propósito, que de aquí á poco será, como esta noche pasada me lo reveló el grande dios Dionisio, y me mandó que os llamase. Véis aquí, pues, el altar aparejado y tambien los sacrificios: por tanto llegad y sacrificad á los que tanto os aman. A esto respondieron los santos: Falso es, oh juez, lo que dices; porque aquí no conocemos más que dos Dionisios, uno de piedra y otro de metal, y ninguno de éstos es inmortal; porque ninguno tiene vida ni sentido: y el uno se puede quebrar ó convertir en cal, y el otro fundirse para hacer de él vasos de servicio.

Viendo, pues, el tirano que no servían sus artes pasadas sino para poner mácula en sus dioses, quitada la máscara de amigo descubrió la de enemigo. Y así mandó hacer una cama sembrada de muchas púas muy agudas, de un pié en alto, é hizo acostar de espaldas á Clemente sobre ellas, y mandó á los verdugos que con palos gruesos le estuviesen hiriendo reciamente en el vientre, y en los pechos, para que así se le hincasen más las púas en las espaldas. Mas con todo este tormento el santo varon, ni perdió la vida, ni la confianza en la promesa del Señor, que le prometió que con ningun tormento de estos moriría. Mas al compañero Agatángelo mandó echar plomo derritido sobre su cabeza; lo cual él sufrió con admirable constancia. Por donde así el tirano como los demas que con él estaban, espantados de ver vivo á Clemente, estando su cuerpo por ambas partes despedazado, y tan

desfigurado que no parecía ser hombre, sino porque hablabá, apenas podían creer lo que veían. Pero el mártir, mirando al tirano, le dijo: Ahora conocerás que no sólo nuestro cuerpo pelea contra vosotros, sino también nuestro Dios; pues por singular providencia suya no consiente que el alma se parta de nuestros cuerpos.

Desesperado, pues, ya este tirano, hizo saber todo lo que había pasado á su emperador, el cual mandó que los santos fuesen encerrados en la cárcel, y que no se les diese de comer, para que así muriesen de hambre.

Pero con todo esto los malvados, teniendo tan larga experiencia de la fortaleza de los santos, no perdían la esperanza de vencerlos. Porque estando presente con el emperador Afrodisio, natural de Persia, cuando se le daban estas nuevas, el cual había martirizado muchos cristianos, parecióle que alcanzaría grande gracia con el emperador si acabase lo que ninguno de los otros jueces había acabado. Y para esto convidó á los santos á una magnífica cena, para aliviar con esto los trabajos pasados, y atraerlos á sí blandamente con este regalo. Mas ellos, como muy devotos de la virtud de la abstinencia, dijeron que se mantenían con pan del cielo, del cual quien comiere no padecerá más hambre, sino vivirá eternamente, porque allí se nos está aparejada una buena cena. Enojado el tirano con esta respuesta: Vuestra cena, dijo él, será muerte con dolor, á la cual yo os convidaré mañana.

Mandó luego otro día traer dos piedras de tahona, y atarlas á los cuellos de los santos, y traerlos arrastrando por medio de la ciudad, dándoles otros de pedradas, y diciendo los pregoneros con voz alta: Obedeced á los dioses y á los emperadores, y quien esto no hiciere así será castigado. Esto hacía el tirano por quebrantar los espíri-

tos de los santos, y levantar la ciudad contra ellos. Mas salióle en blanco su esperanza: ca viendo los gentiles la alegría del rostro de ellos, y la fortaleza de sus cuerpos, que con tantos dolores todavía estaban vivos, teníanlos por hombres impasibles é inmortales, y así, dejada la idolatría, glorificaban al Dios que tal fortaleza y ánimo les había dado. Y viéndose el juez ya del todo desesperado, escribió al emperador lo que pasaba; el cual, perdida también la esperanza, condenólos á cárcel perpetua, para que así enflaquecidos acabasen la vida.

Estando, pues, mucho tiempo en la cárcel, muchos otros fieles padecieron martirio ántes de ellos. Mas los guardas de la cárcel, cansados de aquella guardia tan prolija, fueron á otro nuevo emperador, por nombre Maximino, que entónces comenzaba á imperar, á preguntarle qué mandaba hacer de aquellos cristianos presos que parecían inmortales. El tirano blasfemando primero de sus dioses, porque no habían podido quitar la vida á aquellos sus enemigos, y preguntando de dónde eran naturales, y sabiendo que eran de Ancira, enviólos á Lucio, que era presidente en aquella tierra. Y con esto Dios nuestro Señor rodeó las cosas de tal manera, que despues de tantos caminos viniese á cumplirse la petición de Clemente, que era acabar la vida en su patria. Llegados á ella, el juez sin hablarles palabra los encerró en la cárcel, atándolos de tal manera, que estaban como envarados, sin poderse mover, ni extender las piernas. Y el día siguiente, llamando á Agatángelo, le dijo: Yo se que tú, no por ignorancia, sino por facilidad y simplicidad de condicion, te dejaste engañar de este Clemente; pues de esa misma facilidad debes ahora aprovecharte para hacer nuestra voluntad, y corresponder á la significacion de tu nombre, dándonos buenas nuevas con la mudanza de tu

conversion. Á esto respondió Agatángelo: Esta constancia que ves en mí, no nace de esa facilidad ó simplicidad que dices; porque si yo esa tuviera, ¿cómo pudiera resistir á tantos jueces, y al mismo emperador, y á tantas invenciones de tormentos con que nos pretendíais vencer, y á tantos artificios de promesas y palabras con que nos queríais engañar? Así que no debes llamar esto facilidad, sino verdadera sabiduría; la cual tiene más cuenta con los bienes eternos, que nunca se mudan, que con estos temporales que cada día van y vienen; y ésta nos hace despreciar vuestros falsos dioses, y adorar al verdadero Dios, y por esta causa tenemos la muerte por un sueño que pasa. Así, que no es sólo Clemente el que me ha convertido, sino mucho más Cristo, que por medio de él me llamó. Ni él me engañó, sino ántes me libró del engaño en que vivía. Y así ruego á Dios que desengañe á vosotros, para que de esta manera os sea yo alegre mensajero de la verdad.

Visto el juez cuán mal le había sucedido este primer encuentro, mandó hincar al santo unas púas muy encendidas por las orejas, y aplicarle unas hachas ardiendo por los lados. Lo cual todo sufría el mártir fuertemente haciendo oracion y diciendo: Señor mío Jesucristo, no permitas que yo sea privado del fruto de aquellos bienes inmortales, sino dame fortaleza y paciencia, para que acabada esta jornada de mi confesion me juntes con tu siervo Clemente, y con todos aquellos que por tu glorioso nombre pelearon. Oyó el Señor desde lo alto esta petition. Por lo cual, viendo el juez que era por demas todo cuanto hacía, apartando al mártir á un lugar por nombre Criptos, le mandó cortar la cabeza á los cinco días de noviembre, habiendo primero batallado con dos emperadores, Diocleciano y Maximiano, y con los magistra-

dos Agripino, Curicio, Domicio, y con el sacerdote de los ídolos, y con Máximo, Afrodisio y Lucio.

Mas aquella piadosa y santa madre Sofía, que entrañablemente le amaba, despues que vió el fin glorioso de su martirio, y se vió libre de los cuidados y temores que por él padecía, abrazó su cuerpo con grande alegría y le sepultó á la entrada de una iglesia que allí había. Pero el santo Clemente, sabido el fin glorioso de su fiel discipulo y compañero, no cabía en sí de placer, glorificando á Dios por este beneficio.

Mas el cruel tirano, no contento con tener de aquella manera preso y apiolado al santo, mandó que cada día le diesen ciento y cincuenta heridas en el rostro y en la cabeza. Y padeciendo él esto cada día, todo su cuerpo y el suelo estaba bañado de sangre. Mas de noche acudieron los ángeles con una grande luz y claridad, y curaron sus llagas. En esta sazón, la piadosa y santa madre Sofía, que de todo corazon amaba aquel santo que ella había prohijado, encendida con un grande celo del amor de Cristo, juntando consigo todos sus familiares, y los mozos que ella había criado, entrando en la cárcel desató al mártir y le sacó de ella. Y luégo le vistió de una ropa blanca, y ella tambien en señal de alegría se vistió otra del mismo color, poniéndole en la mano el santo Evangelio, y con muchas velas encendidas y perfumes olorosos, entró con él en la iglesia, proveyendo quien le llevase de un brazo para poder andar. Y sintiendo Clemente en este camino que el Señor le quería llamar, levantando una mano en lo alto porque en la otra tenía el Evangelio, hizo primero oracion por su madre Sofía, y luégo por sus clérigos y pueblo, y por todos aquellos que despues de su acabamiento pidiesen á nuestro Señor mercedes por él. Y de esta manera entró en la iglesia, cerrando todos con

mucha diligencia las puertas, por temor de los adversarios. Amanecido, pues, el día glorioso de la Epifanía, celebró el santo obispo los sagrados misterios, y dió el divino Sacramento á los que estaban aparejados, y los recreó con las palabras de su doctrina. Y como ellos estuviesen temerosos de la violencia de sus contrarios, los esforzó diciendo: que ninguno de ellos perecería, mas dos de vosotros, juntamente conmigo, partiremos de esta vida, y luego cesará esta rabia y furor de los gentiles, y sucederá una nueva paz en el imperio de los romanos, y todas las ciudades y tierras se henchirán del conocimiento de Cristo, y se abrirán las iglesias, y cerrarán los templos de los ídolos, y huirán los que los adoran, y perecerán los temores que vosotros ahora padecéis; y esto se cumplirá muy presto, y algunos de vosotros lo veréis.

Diciendo esto el mártir, la santa Sofía, amadora de los mártires, estaba tan llena de alegría por amor de su hijo Clemente, que llevó á su casa todas las viudas y huérfanos, á los cuales por espacio de doce días les daba de comer abundantemente, y á todos los demas que sobrevenían, y todos ellos festejaban estos días honrando la venida de su pastor.

En esto se llegaba el día del domingo, en que el Señor quería llevar para sí su siervo. Fué él este día á la iglesia, y celebrada su misa, y dada la sagrada comunión á los fieles, entró uno de los magistrados, acompañado de soldados, con grande ímpetu y furor en la iglesia, y mandó á uno de sus soldados que cortase la cabeza á Clemente. Y así estando él sacrificando, fué ofrecido él mismo á Dios en sacrificio. Mas los que presentes estaban, se fueron de ahí con muchas lágrimas, y solos dos ministros que asistían al sacrificio, de los cuales el uno se llamaba Cristóbal, y el otro Chariton, como el santo ha-

bía primero dicho, par de aquella sagrada mesa fueron con él sacrificados.

Mas su fiel madre Sofía, encerrando aquel santo cuerpo en un lugar de su casa muy seguro, perdidos ya los cuidados y temores con que vivía, encendiendo muchos cirios, envolvió el sagrado cuerpo en un lienzo muy limpio y lo sepultó en la iglesia, donde fuera sepultado su compañero Agatángelo, para que tuviesen los cuerpos un mismo sepulcro, cuyas ánimas ya moraban en el cielo; y junto á Clemente sepultó los dos diáconos, que con él habían padecido. Y asentada par del sepulcro de los santos, decía con entrañable aficion estas palabras: Yo, hijos míos, os sepulté en este lugar secreto, mas Cristo os publicará y dará descanso, por cuyo amor tantos trabajos padecisteis. Ya á mí la vejez me llama á vuestra compañía, la cual se ha dilatado hasta ahora, para recibir vuestros cuerpos y sepultarlos. Y con muchas lágrimas decía: Rogad al Señor por mí, que fui vuestra madre y vuestra ama, para que asi como aquí estuve con vosotros, así allá esté en vuestra compañía cerca de vosotros.

§ VI.

Fin de la historia.

¡Oh, quién supiese ahora filosofar sobre la historia de estos dos tan gloriosos mártires, qué de flores tan olorosas podría coger de este tan fresco jardin, y qué motivos de amor y confianza en aquella infinita bondad, que así quiso esforzar y glorificar sus siervos! Porque primeramente, aquí verá la grandeza de esa misma bondad y providencia del fidelísimo Señor para con sus fieles siervos, considerando cuán presto les acudía en medio de sus

batallas, y con cuántos favores y regalos, con cuántas maravillas por ministerio de ángeles los curaba, y mantenía, y proveía de nuevas fuerzas para entrar de refresco en la pelea. Donde notaremos, como arriba se dijo, una gloriosa competencia entre el Señor y sus fieles siervos: ellos á padecer por él, y él á obrar maravillas por ellos, y cumplir todas sus peticiones, confundiendo con esto sus adversarios, y glorificando sus santos. Y con ser este Señor el que obraba y vencía en ellos y por ellos, quería que todo el mérito de esta obra fuese á cuenta de ellos. Dejábalos un poco padecer, y luego les acudía con su socorro, lo uno para su merecimiento, y lo otro para su esfuerzo.

Aquí tambien verá la hermosura y órden de la divina Providencia; la cual usa de la malicia de los malos para adelantamiento de su gloria; no sólo por la que él recibía con la constancia de sus mártires, sino por los muchos que se convertían á la fe en la prosecucion de estos martirios; de modo que por el medio que los tiranos pretendían disminuir el número de los fieles, por ese los acrecentaban, como aquí se ha visto.

Por aquí verá la eficacia de la sangre y redencion de Cristo, por cuyos merecimientos se dió á los mártires esta sobrenatural y espantosa fortaleza y constancia. Por aquí verá un linaje de desafío entre la omnipotencia de la gracia, si así se puede decir, y toda la potencia del mundo; la cual aquí llegó á lo último de lo que podía, juntando en uno todas sus fuerzas, y todas las maneras, y máquinas de tormentos que hombres y demonios pudieron inventar. Y esto no en un día, ni un año, sino en veinte y ocho años, revezándose unos jueces despues de otros, y pretendiendo sobrepujar los unos á los otros, con mayor artificio y crueldad. Y con todo esto se quedó el campo

por la gracia, y toda la potencia del mundo vencida, afrentada, avergonzada y corrida.

Por aquí verán cuán engañados viven los que se eximen de guardar la ley de Dios, diciendo que es dificultosa y pesada, no mirando las fuerzas y virtud de la gracia que en estos mártires resplandece, la cual está Dios aparejado para dar á quien hiciere lo que es en sí, sin faltar á nadie. Por aquí tambien verá cuán mal pleito tendrán los tales en el día del juicio, cuando allí muestre Dios el ejército innumerable de los mártires, con las insignias gloriosas de sus martirios, y diga á los malos: Todos estos que véis aquí compraron el reino del cielo con todas estas maneras de tormentos, y vosotros no lo quisisteis comprar con la guarda de solos diez mandamientos. Por aquí tambien se confirmarán más los fieles en la fe; porque, dejados aparte los otros mártires, ¿qué hombre habrá tan insensible que no vea que tal fortaleza como la de este glorioso Clemente y de su compañero no era posible hallarse en cuerpo y corazon humano, si no fuera potentísimamente socorrido y ayudado con la virtud y fortaleza del brazo de Dios? Y pues este Señor era el que ayudaba los mártires á la confesion de la fe, síguese que ella sea verdadera, porque no puede Dios dar favor y ayuda á cosa falsa, ni ser testigo y fautor de mentira. Sobre todo esto aquí verá la gran fuerza de la caridad y amor de Cristo, considerando con qué palabras y ruegos pedia la madre de este santo á su único y muy amado hijo, que muriese por Cristo, y la fiesta que hizo la segunda madre Sofía, cuando vió este hijo que ella tanto amaba, muerto y despedazado en sus brazos; pues convidaba á todos los fieles á comer en su casa para celebrar esta fiesta; y cuán léjos estaba de ponerse luto por la muerte de este hijo, pues ese día contra el estilo y auto-

ridad de su persona y edad, se vistió de ropas blancas en señal de alegría. ¿Dónde están aquí las leyes de naturaleza? ¿dónde la vehemencia del amor de madre para con un tal hijo? Donde tambien verá cuán grande sea el merecimiento de padecer trabajos por la obediencia y gloria de Cristo, pues á éste posponían las santas madres, la vida y amor de sus hijos. Estos y otros semejantes frutos podrá coger el prudente lector, leyendo esta historia, con la cual tambien se avergonzará de regalar su carne, y se consolará en sus trabajos, y esforzará á padecer alguna cosa por amor de aquel Señor, por quien los mártires tanto padecieron; y finalmente verá cuán grande mal sea un pecado mortal, pues por no caer en él, aunque fuese por un pequeño espacio, tales tormentos padecieron los mártires, aunque sabían que caídos en él por temor de los tormentos, tan fácilmente alcanzarán el perdon como lo alcanzó el príncipe de los Apóstoles (1), cuando por temor humano negó á Cristo, etc.

CAPÍTULO XXIII.

DE OTRA PERSECUCION QUE PADECIÓ LA IGLESIA EN TIEMPO
DEL EMPERADOR ANTONINO VERO.

Despues de esta tan grande persecucion de Diocleciano, añadiré aquí un pedazo de otra que fué en tiempo de Antonino Vero, referida por una devotísima carta de los fieles de Leon de Francia y Viena, que contiene cosas admirables, la cual ingerió Eusebio cesariense en el quinto libro de la *Historia Eclesiástica*, por estas palabras:

Nobilísimas ciudades de Francia son Leon y Viena, por

(1) Matth., xxvi, 73.

donde pasa el muy caudaloso río Ródano, en las cuales en tiempo del imperio de Antonino Vero acaecieron muchas cosas memorables, así por la crueldad de los perseguidores, como por el fuerte sufrimiento de los nuestros. Pero será deleitable cosa oirlas recontadas por la carta que los moradores de las mismas ciudades escribieron á las iglesias de Asia y de Frigia, del tenor siguiente:

§ I.

Principio de la persecucion, y del prolongado martirio de los bienaventurados Santo y Blandina.

Los siervos de Cristo, moradores de Leon y Viena, ciudades de Francia, á todos los hermanos que en Asia y Frigia tienen la misma fe y esperanza de gloria, por la redencion de Cristo. Paz sea con vosotros, gracia y gloria de Dios Padre, y de Jesucristo su Hijo. La grandeza de nuestra tribulacion, y la crueldad de los gentiles, que en los santos mártires ejecutan, ni nosotros en presencia podemos comprender, ni ménos referir á otros por cartas. Con todas sus fuerzas nos acometió el enemigo, esperando que por la terribilidad del combate descubriría portillo por donde se entrase la ciudad de nuestra fe. Y para esto enseñaba á sus ministros á cumplir en los siervos de Dios todas las artes de crueldad y malicia. Primero vedándonos la morada de nuestras propias casas, despues el uso de los baños comunes, de ahí adelante mandando que no parezcamos en público. Finalmente que ni en público, ni en secreto, ni por los campos estemos en compañía de hombres. Mas la gracia de Dios no nos aparta de sí: ántes á los más flacos de nosotros libra de su poder, y pone por escudo varones más firmes que columnas, que por su

paciencia pueden no solamente sufrir los golpes del enemigo, mas de su gana salirle al encuentro, y alegremente ofrecerse á los tormentos é injurias, y avergonzar á los verdugos cansados, pareciéndoles que por su flojedad se delienen, segun la prisa llevan al reino de Cristo, pregonando con sus obras y con la virtud del sufrimiento lo que el Apóstol escribe (1): *que no son merecedoras las pasiones de este siglo de la gloria venidera, que se revelará en nosotros.* ¡Oh, cuán animosamente sufren el mueran, mueran del pueblo, y sus baldones y denuestos tienen por esclarecidos loores! ¡Oh, cuán de buena gana esperan á ser encarcelados, y azotados, y apedreados, y todos cuantos tormentos inventa la furia del pueblo! Finalmente, un día con gran alboroto, estando presente el capitan y todos los principales de la ciudad, fueron presos muchos hermanos, y llevados á la presencia del juez, que á la sazón venía de fuera; con los cuales usó de tanta inhumanidad, que nadie podrá decir las formas de penas que su ferocidad descubrió. Uno de ellos era Vecio Pagato, el cual con Dios y con los hombres guardaba perfecta y verdadera caridad; cuya vida, aún en su juventud, era de todos tan aprobada, y en tanto tenida, que á muchos gravísimos viejos era antepuesto; porque conversaba sin queja ni agravio de alguno en todos los mandamientos y justicias del Señor, y siempre se hallaba presto y alegre para el servicio de los siervos de Dios. Este, lleno de santo celo y fervor de espíritu, viendo que tan duros tormentos se daban á los santos, y que contra derecho y razón tantas penas se intentaban contra las entrañas de hombres, y tales hombres, no pudiendo sufrir tanta injusticia, demandó audiencia para alegar por los excelentes ciudadanos, y responder por aquellos contra quien

(1) Rom., VIII, 18.

ningun crimen se podía probar; porque con ser el más noble, era tambien el más enseñado de toda su gente. Pero la porfiada dureza del juez no dió lugar á que hablase lo que quería; mas solamente le preguntó si él tambien era cristiano. A quien respondió con libre y alta voz, que cristiano era; dijo entónces el juez: Sea puesto en compañía de los presos, pues se hace su abogado. Antes de este, el santo presbitero Zacarías, por la perfeccion de su caridad, siguiendo las pisadas de quien por sus ovejas puso su alma, por defension de la libertad de los fieles padeció martirio; y así el uno como el otro siguieron al Cordero, do quiera que va en el reino celestial. Pues con tales capitanes, esforzándose todo el ejército de los fieles, alegremente pierden sus vidas ántes que menoscaben su fe. Verdad es que algunos flacos para sufrir el peso de los tormentos, que eran diez en número, nos dejaron por su caída grande lloro y tristeza, y quebrantaron los corazones de muchos, á quien la virtud de los primeros había animado. Por donde comenzamos á temer, no los dolores, mas el incierto fin de cada uno, y mucho más gravemente nos afligían las caídas de los nuestros que las mismas heridas. Pero cada día se prendían otros con que se recompensaba la falta de los vencidos: tanto que en ambas ciudades todos los más señalados y estimados en virtud, por cuya industria se regian las iglesias, están en la cárcel; entre los cuales acaeció, que prendieron algunos paganos siervos de los nuestros, porque comunmente estaba mandado que todos se pesquisasen y prendiesen, los cuales, temiendo los tormentos que veían dar á sus señores, y justiciados por los verdugos, á quien por consejo del diablo había sido mandado que los amonestasen, testificaron falsamente contra los nuestros delitos abominables: Que matábamos niños

y los comíamos, y que cometíamos torpedades que no es lícito decir ni pensar, cuales no es creíble que hombres en algun tiempo hicieron. Lo cual, como se publicase de nosotros á la gente, todos nos aborrecían y maldecían, áun aquellos que ántes deseaban más templanza en nuestro tratamiento. Y todos á una voz comenzaron á bramar y encruelecerse contra los cristianos. Entónces entendimos que se cumplía lo que el Señor tenía dicho (1): *Vendrán días, cuando cualquiera que os matare, pensará que hace servicio á Dios.* De ahí adelante sobrepuja todo arte de decir la terribilidad de los tormentos que á los santos mártires se daban: porfiando Satanas por la grandeza de la afliccion acabar con alguno de ellos, que confesase los delitos de que éramos infamados. Para lo cual se juntaron con igual furia el pueblo, y juez, y sus oficiales, y la gente de guerra, apretando señaladamente al santo Diácono vienense, y á Maturo recién bautizado, pero muy confirmado en la fe, y á Atalo, ciudadano de Pérgamo, que fué columna y sustentacion de nuestra Iglesia; y á Blandina, mujer en quien mostró Cristo que las cosas tenidas en poco y despreciadas de los hombres son por él mucho estimadas, y que la caridad fortalece por la gracia las cosas que de su natural son flacas. Porque temiendo todos nosotros que Blandina blandearía porque era esclava y de bajo estado, y recelándose su misma señora, que era del número de los mártires, que por ventura con vil corazon se dejaría vencer de sus dolores, y que por la flaqueza del cuerpo apenas tendría fuerzas para sufrir los someros acometimientos, no fué así. Ca primero desmayaron y se enflaquecieron las fuerzas de los sayones, que por mandamiento del juez unos despues de otros se renovaban, tanto que desde el alba

(1) Joan., xvi, 2.

hasta la tarde todo el día gastaron en sus tormentos; y finalmente se rindieron, cuando á ella no quedaban carnes que pudiesen recibir más heridas. Pero aquella dichosa mujer, segun despues ella misma nos describió, cuantas veces pronunciaba palabras de confesion, diciendo: *Cristiana soy*, tantas veces volvían á su cuerpo las fuerzas perdidas, y cesando por la confesion los dolores, tornaba de refresco á la lucha. Por lo cual, conociendo la virtud de aquellas palabras: *Cristiana soy*, más á menudo y con mayor alegría las pronunciaba, diciendo: *Cristiana soy*, y ningun mal hacemos de los que nos acusáis. Asimismo el diácono llamado Santo sufrió nuevos linajes de penas, mayores que decirse pueden, y que es posible sufrir á la humana naturaleza. Pero el varon, lleno de Dios, tan grande escarnio hizo de sus fieros y rabiosos mordiscos, que nunca, siendo preguntado, les quiso declarar de qué ciudad era, ni de qué provincia, ni de su linaje, ni siquiera su nombre; mas siendo preguntado de todas estas cosas, á cada una respondía: *Cristiano soy*, este es mi nombre, este es mi linaje, esta es mi naturaleza, y no soy otra cosa sino *cristiano*. De donde á los verdugos su mismo coraje era tormento, viendo que con tantas heridas no le podían sacar que manifestase su apellido, dado que le ponían planchas de hierro y de cobre ardiendo sobre las ingles y en otras partes delicadas del cuerpo, y de nuevo las encendían, y así sus carnes con el fuego se derretían, pero su corazon perseveraba entero, y constante, y sin temor, templando las ardientes llamas del fuego con el agua de la celestial y eterna fuente de vida que salió del costado de Jesus. Ya todos los miembros del cuerpo tenía llagados, mas ántes en todo su cuerpo tenía una llaga, y la figura de hombre tenía perdida, tanto que no sólo no se podía conocer quién era,

mas ni qué era: solamente se conocía en él Jesucristo por su gloriosa confesion, y por la paciencia con que vencía el poder de los enemigos. Esforzaba sus compañeros al sufrimiento con el ejemplo de su pasion, mostrando á todos en su misma persona que ninguna cosa hay terrible á quien Dios ama, y ninguna pena se siente que se sufre por el deseo del paraíso. Pero los oficiales de la maldad no reverenciaban la virtud del santo mártir, mas despues de pocos días, pensando que si estando las llagas hincharadas y tan lastimeras, que de sólo tocarlas recibiría molestia le renovasen los tormentos, y le rompiesen las carnes podridas, consentiría en su infidelidad, ó aspirando en el tormento pondría espanto de su fiereza, y miedo á todos los otros, volvieron á atormentarlo. Pero todo salió al revés de lo que los malos pensaron, porque por los segundos tormentos volvió su cuerpo á su primera sanidad y hermosura, y las fuerzas de los miembros que la primera crueldad había quitado, restituyó la segunda: así que los tormentos repetidos no le fueron dolorosos, ántes medicinales. Despues de esto sacaron á Blandina, de quien arriba contamos, otra vez al tormento; la cual como estuviese medio muerta, como dicen, y el pié en la sepultura, en tocándole los primeros golpes, como si la recordaran de profundo sueño, puso su corazon en la bienaventuranza venidera; y como senador que desde lugar alto y público hace razonamientos al pueblo, con tanta autoridad y seguridad comenzó á decir: Muy errados estáis, oh varones, que pensáis que comen carnes humanas los que por su templanza dejan de comer carne de animales comederos. Y perseverando por algun rato en su firmeza, otra vez la volvieron á la compañía de los otros presos.

§ II.

Del martirio de san Fotino, obispo, y algunos otros; castigo de los renegados, y fortaleza de santa Blandina.

Despues que vació el aljaba de todas sus suetas el enemigo, faltando ya linajes de penas que sobrepujasen la constancia de los mártires, halló el demonio nuevos ardidés para combatir su fortaleza. Dejólos consumir en la estrechura y en la humedad de la cárcel con pesadumbre increíble y apretamiento de prisiones, metidos en sótanos hondos y oscuros, para que allí espirasen por el dolor de las llagas recibidas. Y así fué que muchos en esta afliccion dieron el alma á Dios, aceptando el Señor su fin glorioso. Pero en tanta fatiga no nos faltó el socorro de la gracia soberana; porque algunos otros, dado que no ménos crueles tormentos habían recibido, de que poco ni mucho se habían curado, en lugar tan contrario á su salud, por la virtud divina convalecieron, y cobraron súbita alegría de corazon, y fuerzas corporales, no en balde, mas para amonestar á los otros la virtud de la perseverancia. Mayores dolores sentían por los que del día ántes habían sido atormentados; porque aún no se había mitigado el escocimiento de las llagas. Estos morían con la fatiga del hedor de la cárcel, y con la estrechura y oscuridad en que estaban, uno de los cuales fué el bienaventurado Fotino, obispo de Leon, cuya pasion gloriosa no es justo callar. Porque siendo de edad de noventa años, y sin fuerzas corporales, como hombre de tanta vejez, y casi todo al mundo muerto, y solamente vivo para el amor del martirio, fué llevado á la audiencia del juez, no guiándole otros, mas llevándole en hombros, porque estaba debilitado por los muchos años y

largas enfermedades. Cuya alma se había detenido para que Cristo triunfase más gloriosamente en tan miserable cuerpo. Y puesto el viejo en presencia del pueblo, todos á una voz dijeron: Este es el mismo Cristo. Y preguntándole el juez: ¿Quién es el Dios de los cristianos? Respondió: Saberlo has, si fueres digno. Luégo se encendió la furia rabiosa de todos, y los que cerca estaban, comenzaron á herirle con puñadas, bofetadas y coces, sin acatamiento de su ancianía y autoridad. Y los que estaban apartados, arrojábanle cualquiera cosa que á mano hallaban, con que le pudiesen herir; tanto que se tenía por culpado el que de alguna manera no lastimase al viejo, creyendo que de esta manera vengaban á sus dioses. Pero como despues de muchos escarnios y golpes le metiesen medio muerto en la cárcel, poco despues envió á Dios su glorioso espíritu.

En la misma afliccion hizo con nosotros la benigna mano del Señor grande misericordia sin nosotros esperar-la, mas concedida por la liberalidad divina, y ordenada por la sabiduría de Cristo, que quiso magnificar á sus fieles. Los perseguidores hicieron lo que no hay memoria que otros hiciesen en los tiempos pasados. Todos aquellos que primero siendo llamados, ó puestos á tormento habían negado la fe, metieron juntamente en la cárcel. Y para que su castigo fuese sin consuelo, no ya acusados por cristianos, sino por matadores de hombres y malhechores. Por lo cual tenían los desventurados la pena doblada. Porque la esperanza del descanso, y la gloria de su confesion mitigaba los dolores de los leales, y la caridad de Cristo, y la gracia del Espíritu Santo recreaba su afliccion; pero á éstos su propia conciencia fatigaba más ásperamente que los grillos, y cadenas y el hedor de la cárcel; tanto que en el gesto y en los ojos se diferen-

ciaban de los fieles. Porque los santos salían á la audiencia ó al tormento regocijados, y en sus rostros parecía no sé qué de divinidad, y sus prisiones los hermoseaban como collares de perlas; y de la suciedad de la cárcel salían olorosísimos á Cristo, y á sus ángeles, y á sí mismos, como si no hubieran estado en cárceles, sino en jardines. Los otros salían tristes, la cabeza baja, y en sus acatamientos espantables, y sobre toda fealdad disformes; y á los mismos gentiles eran escarnio como fementidos y cobardes, que perdida la lealtad, no escapaban de ser castigados; porque privados del título de cristianos, pasaban por la pena de adúlteros y homicidas. Lo cual viendo los otros mucho más se animaban, tanto que en siendo presentados sin detenimiento ni alteracion afirmaban que eran cristianos. Despues de algunos días Jesucristo los envió pocos á pocos á su Padre coronados con guiraldas de diversas flores, por las diversas penas de sus martirios; para que de mano del soberano Emperador, como caballeros vencedores, recibiesen las insignias y galardón de su triunfo. Porque Maturo, y Santo, y Atalo, y Blandina en un día de fiesta que los gentiles celebraban ayuntados millares de gente, fueron puestos en medio del campo, donde apartando á Maturo, y á Santo, como de nuevo porfiaban por todas vías los verdugos, instigados por las locas voces del pueblo, de quebrantar su paciencia, y quitarles las coronas de la cabeza. Pero sus corazones tanto más se esforzaban, cuanto más cercana sentían la palma del vencimiento: la cual les parecía que ya tocaban con la mano, y la llevaban levantada entre los ángeles y almas bienaventuradas. Acabadas las diferencias de tormentos, y llegado casi el fin de las fiestas, perseverando inmovibles, fueron sentados en sillas de hierro ardiendo, donde derritidas sus carnes, primero

azotadas, y finalmente cortadas las cabezas, enviaron sus esforzados espíritus á Dios.

Despues de esto ataron á Blandina á un tronco, extendida á manera de cruz, y así la dejaron para que fuese comida de bestias. La cual puesta en el madero, con sereno y alegre rostro hacía oracion al Señor, suplicándole á ella le diese firmeza, y á los otros sus compañeros perseverancia. Á la cual oracion no poco ayudaba con el ejemplo de su gran fortaleza, cobrando confianza con lo que está escrito, que *los seguidores de las pasiones de Cristo (1) serán en su compañía juntamente coronados*. Y como ninguna fiera osase tocar en su cuerpo, pusieronla otra vez en la cárcel, guardada para mayores luchas, y para acabar de desmenuzar la cabeza de la serpiente, y para que entre tanto esforzase los corazones de los hermanos, viendo que mujer flaca de su linaje y fuerzas, tantos linajes de tormentos sufría, y de todos salía vencedora. Atalo fué luego pedido por la grito del pueblo; el cual era noble; pero su mayor dignidad era su perfecta vida y constancia en la fe de Jesucristo. Y como le sacasen al corro de toda la gente, con un rótulo que decía: *Atalo, cristiano*, comenzó á bramar contra él el furioso pueblo. Pero siendo el presidente informado que era ciudadano romano, remitióle á César, mandando que entre tanto estuviese preso á buen recaudo, hasta que llegase la determinacion del emperador, para lo que se había de hacer de él y de los otros.

§ III.

Prosigue la historia de la misma carta.

Entre tanto los santos mártires detenidos en la cárcel no consentían pasar el tiempo en balde; mas con alegría

(1) II Cor., I, 7.

de corazon, y con grandeza de fe animaban á los que más flacos parecían; y ántes que ellos saliesen al tablado, enviaban por sus amonestaciones muchas almas á la gloria. De donde nació incomparable gozo á la santa Madre Iglesia, viendo sus hijos, que al parecer estaban casi muertos, ser por el esfuerzo de estos restituidos á la vida; y que otros, que negando habían sido abortados de su vientre, otra vez renacían, y respiraba en su pecho la fe viva del Salvador, y la esperanza de lo que está escrito (1): que no quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Desde há algunos días llegó el mandamiento del César, que los pertinaces fuesen castigados, y los que negasen fuesen sueltos. Luégo en un día señalado, que en nuestra ciudad se hace mercado muy caudaloso, ante gran ayuntamiento de gente mandó el juez aparejar sus estrados, y traer delante de sí los presos, no sólo para ejercitar en ellos su crueldad, mas para hacer de ellos pomposo fausto, y ganar injusta y vana gloria de los circunstantes. Otra vez vuelven las cruces, otra vez los azotes, otra vez los tormentos, y definitivamente mandó que los que fuesen hallados ciudadanos romanos fuesen degollados, los otros echados á las fieras. Mas los unos y los otros con igual generosidad y alegría cantaban loores al Señor por el fin de sus trabajos. Y muchos de los que ántes habían negado, y no por eso se libraron, segun arriba dijimos, dado que entónces los mandaron soltar, holgaron ántes de ser atados con los corderos, y llevados al sacrificio; y apartados de la manada de la perdicion, se juntaron al rebaño de Cristo. Y conociendo el juez de la causa de estos acaeció que Alejandro, de nacion frigio, médico, varon religioso y prudente, amado y agradable á todos por la bondad de sus

(1) Exech., XVIII, 23 et XXXIII, 11.

costumbres y cordura, estando en presencia del juez, encendido en amor de Dios y celo de la salvacion de sus hermanos, los esforzaba y amonestaba, cuando los ponían á tormento; con señas y meneos; pero tan osada y tan claramente que los ciegos veían lo que les avisaba. Y como el pueblo lo viese, ensañóse sobremanera, mayormente viendo que los que ántes habían negado, daban la vuelta. Y dieron voces y quejas contra Alejandro, diciendo que por su consejo se convertían. Al cual mandó el juez llegar á sí; y preguntándole quién era, con libre voz confesó su cristiandad. Por lo cual sin dilacion le condenó á que le echasen á las fieras. Y en el día siguiente le hizo sacar con Atalo, á quien por agradar al pueblo contra el mandamiento del César hizo echar á las bestias. Pero ninguna de las fieras llegó á hacer mal á alguno de los santos. Por lo cual los hizo azotar y dar otros tormentos en medio de todos, y despues delante de todo el pueblo degollar. Calló Alejandro en todas las penas, que ninguna palabra dijo; mas desde el principio hasta el fin siempre lo hubo entre sí y Dios, y en sus loores se ocupaba, y en continua oracion.

Pero Atalo, estando en el tormento sobre un asiento de hierro ardiendo, y tostándose sus carnes, y pasando el olor de ellas por las narices de los circunstantes, dijo: Esto me parece que es comer carne de hombres. Pues ¿por qué con tanta ansia pesquisáis quien hace secretamente lo que vosotros cometéis en público? Como quiera que nosotros ni comemos carnes humanas, ni hacemos algun mal de los que nos acusáis. Y siendo preguntado: ¿Qué nombre tiene tu Dios? Respondió: Los que son muchos tienen necesidad de nombres para ser conocidos; pero quien es uno, no tiene necesidad de nombre determinado.

Despues de éstos, en el postrer día de las fiestas sacaron á Blandina con Póntico, muchacho, su hijo, casi de quince años: los cuales por mandamiento del juez habían estado presentes á los tormentos de los pasados, para que vistos aquéllos se atemorizasen; y puestos en medio mandáronles que jurasen por los dioses. A lo cual ellos respondieron: Ningunos dioses hay por quien podamos jurar; y con otras muchas palabras injuriaron á los dioses de los gentiles. Por lo cual creció la furia del pueblo contra ellos, y sin compasion de la ternura del niño, ni respeto de la honestidad de la mujer, los pasaron por todos los tormentos de uno en otro. Entónces Póntico, tomando siempre mayor esfuerzo por amonestacion de su madre, y perseverando constantemente en la fe del Salvador, dió al Señor su purísimo espíritu. Y la bienaventura Blandina despues de todos, como noble madre de todos, se daba prisa por seguir los hijos que delante de sí había enviado á la gloria del martirio, segura y alegre como si fuera al tálamo de su esposo ó á convite de bodas: tanto que siendo azotada, y quemándose en las parrillas, no disimulaba su alegría; ántes mostraba tanto su regocijo, como si estuviera á la mesa del rey. Despues fué echada á las bestias, pero ninguna la tocó. De allí inventaron otro género de crueldad; porque encerrándola en una red, la pusieron delante de un toro feroz, para esto primero agarrochado: el cual aunque le dió muchos golpes, y la arrastró por el campo, ningun mal ni lesion le hizo; mas permaneció como siempre con alegre rostro y corazon firme, y confiada en Cristo hablaba siempre con él en su corazon. Finalmente fué llevada al tablado para ser degollada con gran espanto de los malos, que decían que nunca hembra se vió que tal hubiese sufrido.

Con todo esto aún no se hartó la fiereza de los crueles;

porque las costumbres bárbaras y feroces embriagadas con el veneno de la antigua serpiente, no se podían aplacar: ántes del sufrimiento de los mártires tomaban materia de más braveza, porque se avergozaban mucho que hubiesen tenido los atormentados mayor virtud para sufrir, que fuerzas los atormentadores para atormentar. Y de aquí se inflamaba más el juez juntamente con el pueblo, para que se cumpliese lo que está escrito (1): *El malo perseverare en su maldad, y el justo permanezca en su justicia*. Pues con sobrado coraje mandaron, cosa nunca oída, que los cuerpos de los mártires fuesen dejados á los perros, puesta guardia de día y de noche, para que ninguno movido á compasion cogiese sus huesos. De manera que si algun pedazo de carne había escapado del fuego, ó de la boca de las fieras, junto con las cabezas cortadas, y cuerpos troncos, quedaban sin sepultura; y escudriñaban si había más que hacer á la inhumana crueldad contra aquellos que habían salido de los términos de la vida; y regocijábanse las gentes, magnificando sus ídolos, por cuya virtud decían que se habían vengado de sus enemigos. Y si alguno entre ellos habla manso y compasible, decia: ¿Dónde está su Dios? ¿qué les aprovechó esta nueva Religion por la cual perdieron las vidas? Entre ellos pasaban estos escarnios, y entre nosotros había gran llanto, principalmente porque no podíamos sepultar los cuerpos. Porque ni en la soledad de la noche teníamos facultad de arrebatarlos, ni éramos bastantes para sobornar á los guardas con ruego ó con dineros: tan cuidadosamente tenían proveído que no se diese sepultura á los huesos desnudos. Despues de algunos días para nos quitar toda esperanza de haber sus reliquias, quemaron los huesos de los santos, y vueltos en ceniza los echaron en

(1) Apoc., xxii, 2.

el río Ródano; y de esta manera les parecía que acababan de vencer á nuestro Dios, y quitaban á nosotros la esperanza de su resurreccion. Porque decían: Esperan éstos que algun tiempo se han de levantar de los sepulcros; y por esto engañados con esta vana supersticion se ofrecen á los tormentos y á la muerte. Pues ahora veamos si resucitarán, y si los podrá valer su Dios, y librarlos de nuestras manos. Esto es lo que en aquel tiempo pasaba en Francia, relatado por la carta de la iglesia de Leon: donde podemos conjeturar lo que se hacía en las otras provincias.

§ IV.

Prosigue la misma carta contando la mansedumbre y humildad, y otras virtudes de los sobredichos mártires.

Pero no me pareció justo dejar lo que en la sobredicha carta se escribe, allende de los tormentos y muertes de los santos. Puestos en tanta gloria, habiendo tantas veces dado testimonio de su fe, domadas las fieras, apagados los fuegos, resfriadas las láminas de hierro ardiendo, no se olvidaban del ejemplo de Cristo, que siendo por naturaleza igual al Padre, y de la misma majestad y gloria se humilló tomando forma de siervo. Por cuya imitacion ellos se humillaban tanto, que ni ellos se llamaban mártires, ni consentian ser así llamados. Y si alguno por carta ó de palabra así los llamaba, reprendianle, diciendolo que tal título á solo Jesucristo pertenecía, que sólo fué hallado fiel testigo de la verdad, y es primogénito de los muertos, y autor de la vida eterna. Y ya que á otros se pueda comunicar este apellido, á aquellos conviene que por firme confesion merecieron partirse de esta vida, y

llegar á la gloria. Pero nosotros, decían ellos, viles y necesitados, deseamos que siquiera la confesion de la fe permanezca en nuestro corazon y lengua. Y así pedían á los otros hermanos que rogasen á Dios por ellos, para que mereciesen alcanzar las insignias de perfectos mártires. Así que, tanta era su humildad, que siendo verdaderamente mártires, no presumían gozar de tal nombre. Pero con los gentiles de otra manera se habían: á los cuales mostraban la generosidad de su alma, desdeñando sus tribunales, y escarneciendo de sus tormentos. Así que eran entre los hermanos humildes, y con los perseguidores magnánimos: á los suyos mansos, y á los adversarios terribles; á Cristo sujetos, al diablo y á sus oficiales altivos; humillándose debajo de la poderosa mano de Dios, que ahora los ensalza. Abonaban á todos, acusaban á ninguno, á todos excusaban, y á ninguno condenaban, y por sus perseguidores hacían oracion con las palabras de su alférez san Estéban (1): *Señor, no les cuentes este pecado*. Lo cual encendía más el coraje del demonio, para hacerles más cruda guerra; porque por la ardiente caridad que con Cristo tenían, alcanzaban de él virtud para sacar vivos de las entrañas de aquella fiera bestia los que ya tenía tragados. Y como madres con sus hijos enfermos, así ellos se habían con los tales, regalándolos, mostrándoles compasion, derramando por ellos arroyos de lágrimas al todopoderoso Señor, suplicándole los perdonase; y así se cumplía. Porque no se tenían por dichosos en ir solos á aquella dichosa jornada para la ciudad celestial, ni tenían por cumplida la corona de su martirio, considerando que quedaban cautivos parte de sus miembros, que de los reales de la Iglesia había arrebatado el enemigo.

(1) Actor., vii, 59.

CAPÍTULO XXIV.

SÍGUESE OTRA PERSECUCION QUE PADECIERON LOS FIELES EN PERSIA EN TIEMPO DEL REY SAPOR, EN LA CUAL PADECIÓ SIMEON, OBISPO DE SELEUCIA, Y USTAZÁDES, VARON EXCELENTE, Y OTROS SANTOS SACERDOTES.

En tiempo del religioso emperador Constantino fué acusado falsamente ante Sapor, rey de los persas, Simeon, obispo de Seleucia, diciendo que era amigo del emperador romano, y que le descubría los secretos de su reino. Y dando él crédito á sus acusaciones, al principio puso pesadas cargas de pechos y tributos á todos los cristianos que hubiese en su reino, no obstante que era informado que muchos de ellos habían dejado sus bienes y guardaban pobreza voluntaria, y ponían sobre ellos duros y crueles receptores, para que fatigados con su pobreza y con los agravios y tiranía de los alcabaleros dejasen la Religion cristiana. Despues creciendo su crueldad, pasó á cuchillo los sacerdotes y ministros del Señor, y derribó las iglesias, y aplicó al comun de los pueblos los vasos y joyas que tenían; lo cual ejecutaban los encantadores. Despues mandó parecer ante sí á Simeon, como traidor al reino y religion de los persas, atado con fuertes cadenas; donde gloriosamente mostró su fortaleza y magnanimidad. Porque mandándole el rey parecer ante sí, no para otro fin que para atormentarle, no solamente no temió venir á su presencia, mas viniendo no le hizo el acatamiento acostumbrado. Por lo cual el rey con ira le preguntó cómo no le había hecho reverencia como otras veces solía; á lo cual respondió Simeon: Hasta ahora no venia preso para negar, ó afirmar la fe de mi Dios, y

como sobre esta razon no había entónces debate, cumplía la ceremonia que al rey se debe por las leyes del mundo; mas ahora ya no es lícito, porque no parezca que te hago reverencia en ofensa del Rey del cielo. Dicho esto, mandóle el rey adorar al sol, y prometióle si lo hacía grandes mercedes, y si no lo hacía la muerte suya y de todos los cristianos que había en su reino. Y como no pudiese moverle con fieros, ni ablandarle con promesas, mas fuertemente perseverase en no querer adorar al sol, mandóle volver á la cárcel creyendo que por la larga prision se doblegaría á consentir lo que le era mandado. Y llevándole á la cárcel, un viejo estaba sentado á la puerta del palacio, el cual en su niñez había criado á Sapor, y era entónces mayordomo de su casa, llamado Ustazádes. Este viendo salir á Simeon, hízole cortesía; pero Simeon reprendióle ágriamente á voces, y volviendo la cabeza con desden se partió de él. Esto hizo, porque siendo Ustazádes cristiano, poco ántes por la fuerza de los tormentos había consentido en adorar el sol. El cual viendo al viejo, desnudóse la ropa rica que traía, y vistióse de jerga, y tornóse á asentar á la misma puerta de palacio, y llorando con sollozos, decía: ¡Ay de mí! ¿Cómo creeré que se habrá Dios conmigo, á quien he ofendido, cuando Simeon, mi amigo tan entrañable, así me menospreció, y me volvió el rostro? Y como esto oyese Sapor, llamóle y preguntóle la causa de su llanto, si por ventura había acaecido algun desastre en su casa. Ustazádes respondiendo, dijo: ¡Oh, rey! ningun infortunio ha venido á mi casa; mas pluguiera á Dios que en lugar de lo que me ha acaecido, vinieran sobre mí todas las adversidades, y todas las aflicciones de los hombres. Antes lloro porque vivo; que muchos días ántes debiera morir. Veo al sol, al cual por obedecerte, adoré contra mi intencion. Por lo

cual dos veces merezco la muerte: una porque te engañé, siendo mi rey, y otra porque fui cobarde y desleal á mi Dios y Señor Jesucristo, que sólo se ha de adorar con el alma y con el cuerpo. Y diciendo esto juró por el Criador del cielo y de la tierra que de ahí adelante no mudaría su sentencia. Sapor, maravillándose de la constancia de aquel hombre, mucho más se encrueleció contra los cristianos, creyendo que con las hechicerías y encantamientos cobraban tanta fortaleza. Y perdonando por entónces al viejo, procuraba unas veces con halagos, otras con amenazas traerle á lo que quería. Y como nada aprovechase, prometiendo Ustazádes que nunca sería tan loco que dejado el Criador de todas las cosas, adorase una de sus criaturas, movióse el rey á gran furor, y mandó que fuese degollado. Y siendo llegado al tablado, rogó al verdugo que esperase un poco, miéntras enviaba una embajada al rey. Y dándole lugar llamó á uno de sus fieles criados, y dijole: Dí á Sapor estas palabras en mi nombre: Por el favor que hasta ahora tuve en tu casa, ¡oh, rey! sirviendo lealmente á tí y á tu padre, para lo cual no tengo necesidad de más testigos que á tí, y por todos los servicios que á tu estado y casa hice en los tiempos pasados, te suplico me hagas esta merced; porque ninguno de los que no saben mi causa, piensen que soy castigado como traidor, ó deservidor, ó enemigo del rey; mas á todos sea manifiesta la justicia de mi condenacion, mandes que el pregonero haga saber á todos que Ustazádes es degollado, no por traidor ni enemigo de su rey, sino porque confesó que era cristiano, y no quiso por mandamiento del rey adorar al sol, y negar al verdadero Dios. Así lo dijo el mensajero, y así lo mandó el rey que se pregonase creyendo que con esto podría retraer á muchos de la cristiandad, teniéndose por averiguado que á

nadie perdonaría, pues mandaba degollar á su ayo y criado antiguo de su casa, y su fiel y aficionado servidor. Allende de esto Ustazádes hizo que muy especificadamente declarase el pregonero la causa de su muerte; porque viendo que cuando primero por miedo de la pena adoró el sol, había acobardado á muchos cristianos, quiso remediar el escándalo que les había dado; para que oyendo que moría por la fe, ellos tambien se confirmasen en ella, y remedasen su fortaleza. Y de esta manera el varon fuerte Ustazádes acabó su glorioso martirio.

CAPÍTULO XXV.

DEL MARTIRIO DE SIMEON CON OTROS MUCHOS, CASI DIEZ Y SEIS MIL, QUE FUERON MUERTOS EN EL REINO DE SAPOR POR MALICIOSAS ACUSACIONES DE LOS AGOREROS.

Simeon, sabiendo en la cárcel lo que había pasado, cantó por ello himnos y loores á Dios. Otro día siguiente, que era el viérnes de la Semana Santa, en que se celebra la sagrada memoria de la pasion de nuestro Salvador, determinó el rey matar á Simeon, porque sacándole de la cárcel, y trayéndole á palacio, hablaba á Sapor osadamente de la verdad de la fe, y no consentía en adorar al sol, ni al rey. En el mismo día se dió sentencia que juntamente fuesen degollados otros ciento que con él estaban presos: primero á todos éstos, y despues al viejo Simeon, para afligirle con ver tantas muertes de sus hermanos. De los cuales unos eran obispos, otros sacerdotes, otros clérigos de menores órdenes. Y como todos fuesen llevados al degolladero, vino allí el principal de los agoreros, y preguntóles si querían vivir y obedecer al rey, y adorar al sol. Y como ninguno de ellos escogiese la vida con

tal condicion, comenzaron los verdugos á emplear sus espadas en las cabezas de los santos. A los cuales Simeon esforzaba, llegándose cerca de cada uno, y trayéndole á la memoria la fe, y la certidumbre de la resurreccion. Y con los testimonios de la sagrada Escritura los avisaba, que morir por tal causa era la verdadera vida, y negar á Cristo, la verdadera é irremediable muerte. Por tanto, que sufriesen con paciencia la muerte, pues desde á pocos días había de venir la muerte de la carne, sin que la trajese ajena crueldad. Porque este es el fin de todos los nacidos, que no se puede excusar; despues del cual no todos alcanzarán la vida perpetua, mas todos darán estrecha cuenta de los días que aquí vivieron, y recibirán galardón por lo bien hecho, y castigo por las ofensas cometidas. Y entre todos los servicios que á Dios se pueden hacer, ninguno es mayor que morir voluntariamente por su gloria. Con tales razonamientos animaba el capitán á sus caballeros, y así á cada uno enviaba informado, quando le venía la hora de su encuentro. Y como el cuchillo pasase por los cuellos de todos ciento, á la postre llegó á Simeon, y á Abecala, y á Ananías; los cuales ambos honrados viejos habían sido juntamente presos, y detenidos en la cárcel con el obispo Simeon, con quien ántes había tenido compañía en su iglesia; y así en la muerte no se apartaron de él. Estaba entre otros presente á los tormentos Pusicio, principal caballero entre los criados del rey; el cual viendo á Ananías temblar, quando le ataban para le degollar, díjole: ¡Oh viejo! cierra un poco los ojos, y asegúrate, que presto verás la cara de Cristo. Y en diciendo esto, arrebatadamente fué preso, y llevado al rey, y denunciado que era cristiano, y que osadamente había hablado en favor de los mártires. Al cual el rey mandó malar con crueldad extraña, y de forma nunca oída; ca

le mandó abrir la cerviz, y sacarle por allí la lengua. Y hecho esto, salieron otros acusadores que denunciaron á su hija, vírgen religiosa, que era cristiana; y luégo padeció martirio. Pero ¿cómo podré referir tantos mártires como padecieron? Porque los agoreros con gran diligencia los buscaban por todas las ciudades, y aldeas, y cortijos; y otros de su voluntad se presentaban, por no parecer qué callando negaban la fe. Y de esta manera matando generalmente á todos, y á nadie perdonando, murieron muchos de la casa del rey, de los cuales fué uno Azánis, que era su muy querido y familiar. De lo cual se entristeció mucho el rey, y templó la sentencia que tenía dada contra los cristianos, mandando que de ahí adelante no se matasen sino sólo los sacerdotes y doctores de la ley de Cristo. Luégo los agureros y pontífices de los templos rodearon todo el reino, buscando los doctores y maestros de los cristianos, y prelados de las iglesias, y trajeron muchos, mayormente de la region de los Adiabenos, donde había gran número de cristianos. Entre otros hallaron á Acepsema, obispo, con muchos de sus clérigos, y contentáronse con traer preso al obispo y á los otros despojaron de sus haciendas. Pero siguió á Acepsema, Jacobo, sacerdote de Ponto, porque rogó á los agoreros, y alcanzó de ellos que juntamente le llevasen atado. Y estando en compañía del viejo, le servía como podía, y curaba sus llagas, y consolaba su trabajo cuanto le era posible, hasta que los agoreros le atormentaron con penas crueles, forzándole á adorar el sol. Pero viendo su resistencia, volviéronle á la cárcel. Desde á algunos días el principe de los agoreros consultó al rey, qué debía hacer de los presos que eran muchos, sacerdotes y diáconos. Y recibida comision, que si no quisiesen adorar al sol, hiciese de ellos lo que quisiese, envióles á la cárcel la provision real. A la cual lla-

namente respondieron todos, que no harían tal traicion á Dios, que adorasen la criatura por el Criador. Por lo cual todos fueron juntamente azotados, y algunos espiraron entre los azotes: uno de los cuales fué el sobredicho Acepsema, cuyo cuerpo recogieron escondidamente ciertos armenios, que á la sazón estaban en rehenes en Persia, y le sepultaron. Otros quedaron vivos de los azotes, aunque contra todas las fuerzas naturales, los cuales fueron vueltos á la cárcel. Uno de ellos era Aitalas, á quien descoyuntaron los brazos tanto, que parecía que traía las manos muertas, y otros le llevaban el manjar á la boca. En este tiempo padeció Marea, y Bicor, obispo, con casi doscientos y cincuenta clérigos, que fueron presos juntamente con él. Item Melisio, el cual primero anduvo en el ejército de los persas, y despues de convertido á Cristo siguió la vida apostólica. Y despues, siendo ordenado obispo en una ciudad de Persia, padeció allí primero muchas injurias y fatigas, y fué muchas veces azotado y arrastrado. Y como no pudiese acabar con alguno de aquella ciudad que fuese cristiano, angustiado en gran manera, maldijo la ciudad y dejóla, sacando solamente una talega con un libro de los Evangelios. Y fué primero á visitar la casa santa de Jerusalem y despues á ver los monjes de Egipto, donde conversó con ellos loablemente, segun dan testimonio los siros que escribieron su vida. Desde á poco tiempo, para que se ejecutase la maldicion del obispo, los principales de la ciudad de su obispado ofendieron al rey, por lo cual envió su ejército con trescientos elefantes á destruirla; y así la dejaron desierta para ser sembrada. Acaeció en este tiempo que la reina, mujer de Sapor, cayó enferma, y por malos consejeros fué presa una hermana del obispo Simeon, de quien arriba contamos, llamada Tarbúa, con una su criada. Y

fueron acusadas que habían dado hechizos á la reina; por lo cual fueron sentenciadas á muerte. Y no solamente Tarbúa padeció combate en su fe, mas tambien en su castidad, porque era muy hermosa, y codiciada por los agoreros, por lo cual uno de ellos le prometía en arras de su virginidad su misma vida. Pero ella por los dulces y engañosos halagos volvió injurias y denuestos, no pudiendo sufrir aún oír palabras deshonestas. Y alegremente sufrió el martirio muy cruel; porque á ella y á su servidora ataron á sendos palos, y las aserraron por medio, é hicieron pasar á la reina por medio de los palos para deshacer los hechizos. Finalmente en el reino de Sapor padecieron otros muchos obispos, sacerdotes, diáconos, monjes y vírgenes consagradas, y muchedumbre de otros estados, cuyo número se cree que fué casi diez y seis mil, los cuales peleando varonilmente por la verdad, alcanzaron la palma de glorioso triunfo.

Aquí, pues, tiene el piadoso lector largo campo en que espaciar su entendimiento, considerando la fe y constancia admirables de estos fidelísimos caballeros, y la lealtad que guardaron hasta la muerte con su Criador. Mas entre tantas consideraciones, como sobre esta materia se pueden hacer, una sola apuntaré, que es advertir á los cristianos que viven con descuido de sus almas y de la guarda de los mandamientos divinos, que vean lo que responderán el día de la cuenta, cuando aquel Juez soberano entre en juicio con ellos, y les pregunte por qué no quisieron ganar el reino de los cielos con la guarda de diez mandamientos, mostrándoles él un ejército de innumerables mártires, viejos y mozos, hombres y doncellas, que lo compraron con la muerte y despedazamiento de todos sus miembros.

CAPÍTULO XXVI.

EL MARTIRIO DE SAN POLICARPO, DISCÍPULO DE SAN JUAN EVANGELISTA Y OBISPO DE ESMIRNA, REFERIDO POR EUSEBIO EN EL CUARTO LIBRO DE LA HISTORIA ECLESIASTICA.

El glorioso martirio de Policarpo escribieron los fieles de la ciudad de Esmirna á otros fieles en esta forma: La iglesia de Dios que está en Esmirna, á la iglesia de Dios llegada en Filomelio, y á todas las santas iglesias católicas, que por toda la redondez de la tierra están fundadas, ruega que se multiplique sobre ellas su misericordia, paz y caridad de Dios Padre, y de nuestro Señor Jesucristo. Quisimos os escribir, hermanos, de los santos mártires, especialmente del bienaventurado Policarpo, que con su glorioso martirio echó el sello á sus primeras virtudes. Y despues de pocas palabras dice así: Los crueles verdugos y oficiales de la maldad, por espantar al pueblo que alrededor estaba, abrían los cuerpos de los mártires con azotes que les calabán hasta las entrañas, y las partes del cuerpo que la naturaleza tenía escondidas, se descubrían. Otras veces fregaban sobre sus cuerpos puestos boca arriba conchas de los ríos, y pedazos de tejas, y de otras cosas duras, y despues que acababan en ellos todas artes de tormentos, dejábanlos solos para que las crudas fieras los comiesen. Entre los cuales se señaló el varon fortísimo Germánico, el cual por virtud de la gracia divina venció todo el temor de la humana flaqueza. Porque queriendo el gobernador atraerle primero por razones, poniéndole delante la flor de su juventud, y amonestándole que hubiese compasion de sí mismo, él de su gana apresuradamente provocaba la fiera que para él

estaba aparejada, como denostando á la muerte que se detenía, y deseando de corazon salir ligeramente de esta miserable vida. Y como por la muerte de este tan esclarecido, toda la compañía de los cristianos tomase mayor brío para menospreciar la vida, y todo el pueblo circunstante quedase espantado, sonó un grande alarido: Mueran los infieles, búsquese Policarpo. Por la cual grita sucedió gran alboroto en el pueblo. Oyendo, pues, Policarpo que todo el pueblo se había levantado contra él, poco ni mucho se alteró, ni mudó la serenidad de su rostro, segun era mesurado en su semblante y sosegado en sus obras, y de su voluntad esperara dentro en la ciudad como caballero esforzado. Mas condescendiendo á los ruegos de sus amigos, apartóse á una casería cercana, donde de día y de noche con algunos pocos de sus familiares perseveraba, no en otro ejercicio, sino en oraciones, suplicando á Dios por la paz de las iglesias do quiera que estuviesen, segun que por toda su vida acostumbraba hacer. Y estando en oracion tres días ántes que fuese preso, vió de noche durmiendo que la almohada de su cabecera se consumía con llamas de fuego. Y despertando, declaró á los presentes su sueño diciendo que sin duda saldria de esta vida por tormento de fuego, por la confesion de la fe. Sabiendo, pues, que andaban pesquisando por él, compelido por los ruegos de sus hermanos se pasó á otro lugar, donde no mucho despues entraron los alguaciles. Los cuales hallaron luégo dos muchachos, y al uno azotaron hasta que les descubrió do estaba Policarpo, y así entraron cerca de la noche en la casa do estaba en lo alto de ella descansando. Y pudiera fácilmente pasarse á otra casa, pero no quiso, diciendo: Cúmplase la voluntad de Dios. Y salió á recibir á los que le venían á prender, y con alegre rostro y graciosas palabras los llamó, tanto que ellos se mara-

villaron. Pero mucho más se espantaron pensando qué causa podía haber porque un hombre de tanta autoridad y honestidad, tan anciano y venerable, se mandaba prender. El santo viejo hizo prestamente poner la mesa para los enemigos, como para amigos huéspedes, y mandó darles cumplidamente de comer, pidiéndoles que entre tanto le diesen una hora de espacio para hacer oracion. La cual hizo lleno de tanto resplandor de la gracia de Dios, que todos los presentes estaban admirados, y los mismos que le prendían se dolían, porque era mandado llevar á la muerte hombre de tanta virtud y dignidad. Encomendaba á Dios en su oracion, como quien ofrece el sacrificio del Señor, todos aquellos de quien al presente se pudo acordar, grandes y pequeños, y á toda la Iglesia católica derramada por todo el mundo. Y acercándose ya el fin del plazo concedido, salió sentado en un asno, y así fué hasta la ciudad en un día de fiesta. Donde llegando, le salió á recibir el prefecto de la paz, llamado Heródes, y su padre Nicéstas; los cuales le bajaron del asno, y le pusieron en su carro, y con blandas palabras le halagaban diciendo: ¿Qué mal hay en decir que César es dios, y ofrecerle sacrificios, y de ahí adelante vivir seguramente? Lo cual él oyó primero callando; pero viendo que porfiaban, díjoles: ¿Por qué perdemos tiempo? No tengo de hacer lo que decís. Ellos, visto que ninguna cosa aprovechaban por aquella vía, encendidos con saña, injuriosamente le derribaron del carro, y cayendo se hirió en el pié. Mas como si ninguna injuria hubiera recibido, con toda serenidad caminaba al tablado, adonde le mandaron que fuese. Donde en llegando se hizo grande estruendo de gente que allí concurría, y luego sonó una voz del cielo, que dijo: Esfuérzate, Policarpo, y haz varonilmente. Muchos oyeron la voz, aunque ninguno vió

quien la pronunciaba. Pero esto no obstante, todo el pueblo se regocijaba viendo que á Policarpo querían castigar. Y como el presidente le preguntara si era Policarpo, respondió que sí. Dijo el presidente: Pues ten respeto á tu edad, y compasion de tus canas, muda la sentencia, y consiente en la divinidad del César, é injuria y blasfema á Cristo. Policarpo entónces dijo al presidente: Ochenta y seis años há que sirvo á Cristo, y nunca mal me hizo; pues ¿cómo podré yo maldecir y blasfemar á mi Rey y Señor que me crió y me conserva hasta ahora la vida? Y como le porfiase instantisimamente que jurase la divinidad del César, dijo: ¿Por ventura quieres ganar honra conmigo, en tenerme á tu voluntad, y disimulas que no me conoces? Pues yo te diré con toda libertad quien soy: Cristiano soy. Y si quieres que te declare las condiciones del cristiano, determina tiempo en que me oigas. El presidente dijo: Acábalo con el pueblo. Policarpo respondió: Básteme habértelo dicho; porque somos enseñados á tener acatamiento á los príncipes y jueces que por Dios mandan en aquellas cosas que no fuesen contrarias á virtud; al pueblo desvariado no tengo para qué satisfacer. El presidente dijo: Aparejadas tengo las fieras para echarte á ellas si prestamente no te arrepientes y mudas el propósito. El respondió: Ya pueden venir, que yo no mudaré sentencia. Ni es buen arrepentimiento de quien deja el bien comenzado, más verdadera y provechosa penitencia sería la vuestra, si de los males en que perseveráis os convirtieseis á la verdadera justicia. El presidente dijo: Si tienes en poco las bestias fieras, y no te quieres mudar, haré que seas consumido en el fuego. Policarpo respondió: Amenázasme con este fuego que en una hora se enciende y en otra se apaga, porque no sabes qué fuego es el venidero, á cuyas llamas eternas seréis los malos

condenados. Mas ¿por qué te detienes en deliberar? Trae ya lo uno ó lo otro, cual tú quisieres. Hablando tan fuertes y prudentes razones Policarpo, se bañaba de consolacion con la confianza que en Dios tenía: tanto que el presidente se espantaba de la alegría de su rostro y constancia de sus respuestas; y luégo mandó que un pregonero á grandes voces dijese como Policarpo había confesado tres veces que era cristiano. Lo cual oyendo toda la muchedumbre del pueblo, con grande indignacion dieron voces diciendo: Este es el doctor y padre de los cristianos de toda Asia, y destruidor de nuestros dioses; este es el que enseña á muchos que no sacrifiquen ni adoren á los dioses. Y dicho esto, mandaron á Filipo, leonero, que echase un leon á Policarpo. El cual respondió que ya no tenía aquel cargo. Entónces mudaron propósito, y todos á una voz dijeron que fuese vivo quemado, para que se cumpliese la vision que había visto de la almohada de su cabecera que se quemaba. Lo cual fué prestamente cumplido, trayendo todo el pueblo la leña y sarmientos de los baños, ó de cualesquier otros lugares comunes, y con gran ligereza encendieron una gran hoguera. Entónces el viejo quitóse la cinta, y soltó los vestidos, y probó á descalzarse los zapatos, que nunca días había, se había descalzado; porque era costumbre de los fieles y religiosos varones á porfía unos descalzar á otros, y Policarpo en esto y en todo lo demas fué siempre reverenciado y acatado de todos, y queriendo los porteros afijarle con clavo á un madero, dijo Policarpo: Dejadme, que quien me ha dado esfuerzo para ofrecirme á ser quemado, me dará firmeza en las llamas sin que me mueva. Y así dejados los clavos, solamente le ataron las manos por detras. De esta manera, como carnero escogido de todo el rebaño, se ofreció á Dios, sacrificio agradable, haciendo oracion

en medio de las llamas con estas palabras: Dios, Padre del amado y bendito Hijo tuyo Jesucristo, nuestro Señor, por quien recibimos el conocimiento de tu majestad: Dios de los ángeles, y de las virtudes celestiales, y de toda criatura; especial Señor de todos los justos de cualquier linaje que descendan, los cuales todos viven delante de tí, yo te bendigo; porque me has traído á esta hora en que sea particionero de las penas de los mártires, y de la pasion de tu Hijo, para gozar con él y con ellos en la resurreccion y posesion de la vida eterna, por la gracia de tu Espíritu Santo, con los cuales me recibe hoy por sacrificio aceptable, pues has cumplido en mí tu voluntad, segun ántes tenías ordenado, y me la denunciaste; ca tú eres verdadero Dios, en quien no hay falsedad mi mentira. Por tanto yo te alabo, y bendigo, y glorifico con el eterno pontífice Jesucristo tu agradable Hijo; por quien y con quien tienes gloria con el Espíritu Santo en los siglos infinitos de los siglos. Amen. Acabadas estas palabras, y atizando el fuego los hombres condenados al fuego eterno, vimos maravillas todos aquellos á quien Dios tuvo por bien mostrarlas: de los cuales hay muchos vivos, guardados por el Señor para que den de ello testimonio á los que no las vieron. Estuvo la llama sobre el cuerpo del mártir levantada y ondeando á manera de las velas sobre la nave, cuando con el viento se hinchaban; y dentro de su seno parecía el cuerpo del santo mártir Policarpo, no como carne quemada, mas como oro resplandeciente dentro del crisol. Allende de esto sentimos olor maravilloso, como de incienso sobre brasas ó de otra plasta olorosa. Por lo cual, viendo los ministros de la maldad que sus carnes no se consumían, mandaron al verdugo que acercándose traspasase su cuerpo con la espada, contra quien el fuego había perdido sus fuerzas. Y

así fué hecho, y tanta sangre corrió que apagó la hoguera. Y el pueblo se fué atónito y corrido de ver tan grandes maravillas, y tan favorables á los nuestros. Tal fué y de tal manera acabó el admirable y escogido en nuestros tiempos, maestro apostólico, profeta, y sacerdote de la iglesia de Esmirna. De cuyas palabras, cuantas ántes había dicho, muchas se cumplieron, y otras se cumplirán en el tiempo venidero.

Afrentado el envidioso de todo bien, y advertido de los justos, despues que vió al santo mártir coronado por la excelente gloria de su confesion, y por sus singulares virtudes, procuró á lo ménos que sus reliquias no fuesen concedidas á los nuestros, que las deseaban para sepultarlas. Por esto provocó á Nicéstas, padre de Heródes, que fuese al juez, y le requiriese que en ninguna manera permitiese que el cuerpo sea enterrado; porque por ventura los cristianos no dejen al que fué crucificado, y adoren á Policarpo. Viendo, pues, el capitan romano el coraje porfiado de los infieles, puso en medio el cuerpo é hizole quemar; de donde nosotros cogimos algunos huesos afínados en el fuego, más valerosos que preciosísimas perlas; y segun convenia, solemnemente los enterramos. Y en el lugar de su sepulcro por la merced de Dios celebramos hasta hoy alegres fiestas, y copiosos ayuntamientos, mayormente el día de su martirio. Y lo mismo hacemos celebrando las memorias de los otros santos mártires, que ántes de él padecieron, para que los corazones de los descendientes se animen á remedar la virtud y fortaleza de sus mayores. Hasta aquí se escribió en la sobredicha carta el martirio de Policarpo.

Despues hicieron relacion de los otros mártires, especialmente de doce que habían venido de Filadelfia á Esmirna; y de Metrodoro, sacerdote de la herejía de Mar-

cion, y convertido á la verdadera fe; el cual fué quemado. Y entre otros se hace gran cuenta de Pionio, de quien refieren perseverante constancia á todas las preguntas del juez, y maravillosas pláticas hechas al pueblo por nuestra fe; y cuán sin temor se opuso siempre á los jueces, enseñando y disputando hasta el mismo tribunal; y cuánto esfuerzo puso por sus amonestaciones á los que en presencia del juez titubeaban; y cómo estando en la cárcel animaba al martirio á los hermanos que le visitaban; y cuántos tormentos pasó en su coronacion, ca fué hincado con clavos y puesto sobre fuego ardiendo; donde hizo principio á la vida bienaventurada, y fin á esta miserable.

CAPÍTULO XXVII.

CONSIDERACION SOBRE LAS GLORIOSAS BATALLAS Y VICTORIAS DE LOS SANTOS MÁRTIRES QUE AQUÍ SE HAN RELATADO.

Ahora será razon filosofar sobre estas tan gloriosas batallas que aquí hemos contado, para conocer por ellas la verdad y firmeza de nuestra santa fe, y la virtud de la divina gracia, y la eficacia de la redencion de Cristo, con la cual ellos tan valerosamente pelearon y vencieron; y sacar de aquí ejemplos de paciencia, y confusion de nuestros regalos, y conocer el engaño de nuestras vidas, pues no queremos comprar la gloria perdurable con la guarda de los mandamientos divinos, habiéndola comprado los santos mártires con el despedazamiento de sus cuerpos.

Sentencia es comun de filósofos, que del maravillarse los hombres de las cosas notables que veían en las obras de naturaleza, como eran los eclipses del sol y de la luna, y otras cosas tales, vinieron á filosofar é inquirir las

causas de ellas, y éstas halladas, hicieron ciencia: porque ciencia es conocer los efectos por sus causas.

Pues en estos martirios que aquí hemos relatado, hay tan grande materia de admiracion, que ningun hombre habrá tan insensible, que no quede atónito viendo esta manera de padecer. Porque ¿cuándo jamás desde el principio del mundo se vieron personas padecer, con tal fortaleza, con tal semblante, con tal alegría, con tal libertad de palabras con que encarnizaban los jueces contra sí, y con tan gran deseo de padecer que ellos mismos muchas veces se ofrecían á la pasion? Y si estos fueran solamente en alguna gente bárbara y bestial, que no teme la muerte, no fuera tanto; mas esta persecucion fué general en todas las naciones y ciudades del mundo, y señaladamente en las más principales, como eran Roma, Alejandria, Antioquía, Nicomedia, y otras tales. Y si en esta persecucion padecieran solos hombres robustos, no fuera tan grande la admiracion; mas aquí hemos visto padecer viejos ya decrépitos, y muchachos de poca edad, y mujeres innumerables, y doncellas nobles y delicadas, y de muy tierna edad, desnudando sus carnes en presencia del mundo, que sentían más que la muerte.

Dice Aristóteles que la postrera de las cosas terribles es la muerte, la cual naturalmente aborrecen y huyen cuantos animales Dios crió; pero mucho más la aborrece y siente el hombre, por tener las carnes más tiernas, y la imaginacion más viva para aprender el daño y sentimiento del dolor, y perder con la muerte, no sólo la vida, sino tambien todo cuanto posee con ella. Por lo cual si un hombre está sentenciado á muerte aunque sea una simple manera de morir, como es ser degollado, etc., no hay trabajo, no hay peligro, no hay costa, no hay camino á que no se ponga, aunque sea cercar el mar y la tierra, y

desamparar casa, hacienda mujer é hijos, por escapar de ella; porque esto le enseña, y á esto le mueve la misma naturaleza, pues aún otra cosa hay sin comparacion más terrible que la muerte: que son las invenciones de tormentos que los tiranos inventaban para vencer la constancia de los santos mártires; porque no pretendían matar, sino atormentar; no dar una muerte, sino muchas; no atormentar una sola parte del cuerpo, sino todos los miembros de él. Y con ser el cuerpo humano tan sensible, que es menester poco artificio para darle causas de dolor, ellos, atizados por una parte por el demonio, que moraba en sus pechos, y por otra corridos y avergonzados de verse vencidos de mujeres flacas, y embravecidos por esto, empleaban todos sus ingenios en descubrir mil invenciones y géneros de tormentos para un solo cuerpo.

Pues siendo esto así, ¿qué maravilla es esta, que las mujeres, y las tiernas doncellas, sin ser llamadas, corran á los tormentos como á las bodas, y procuren estreñar primero el cuchillo del verdugo que los otros, y que tengan competencia sobre quién padecerá primero, y que se queje la vírgen Eufemia porque, siendo ella noble de generacion, martirizasen á otros primero que á ella? Pues ¿qué nueva gente es esta? ¿dónde están aquí las leyes de naturaleza? ¿dónde la fuerza del amor propio? ¿dónde el temor natural de la muerte, que todas las criaturas temen? ¿no eran estos cuerpos de la misma condicion que los nuestros? ¿no eran tan sensibles como ellos? ¿qué veías, mártir glorioso, cuando entre las penas estabas más fuerte que tus penas; y encarcelado, más libre que los que te encarcelaban; y caído, más levantado que los que estaban en pié; y atado, más suelto que los que te ataban; y juzgado, más alto que los que te sentenciaban?

Las heridas tenías por rosas y flores, y la sangre que de tu cuerpo corría, por púrpura real, y el martirio, por un gratisimo sacrificio que ofrecías á tu Criador. Y tú, vírgen delicada, quién te armó con esa tan grande fortaleza, que fueses más fuerte que el hierro, y que despedazado el cuerpo, tu fe estuviese entera, y consumidas las carnes, no se menoscabase tu virtud? Pudo ser rasgado tu cuerpo, mas tu alma no pudo ser vencida. Desfalleció la sustancia, mas perseveró la paciencia. Engrandecen los historiadores la fortaleza de un soldado romano, que pudo tener el brazo sobre una hacha encendida por un breve espacio: pues ¿cuántos millares de hombres y mujeres les daremos en todas las edades y condiciones de gentes, los cuales, no un brazo, sino todo el cuerpo despues de rasgado con garfios de hierro, fueron asados en parri-llas, no por un breve espacio, sino hasta que se acabase la vida? Pues ¿cómo es posible que una tan grande novedad nunca vista en el mundo, no tuviese alguna nueva causa de do procediese? ¿cómo es posible que una cosa tan extraordinaria no tenga alguna causa extraordinaria? ¿cómo puede ser que cosa tan sobre naturaleza no tenga causa sobrenatural, pues segun doctrina de filósofos, los efectos han de tener causas proporcionadas con ellos? Pues ¿qué cosa más sobre todas las leyes de naturaleza, que esta voluntad y deseo tan encendido de padecer? ¿cómo era posible que una doncella de trece años, como fué santa Olalla, padeciese tantos linajes de tormentos nunca vistos, y esto con tanto esfuerzo, con tanta constancia, y lo que más es, con tanta alegría y contentamiento, si no fuera ayudada con muy especial socorro del Espiritu Santo? ¿cómo era posible que una madre cual fué santa Felicitas, y otra por nombre Sinforosa, viese cada una despedazar ante sus ojos siete hijos mancebos, y que las mismas madres

los estuviesen esforzando y animando á padecer, y despues ellas padeciesen, habiendo primero apacentado sus ojos en este tan extraño espectáculo? ¿qué fe era esta? ¿qué luz era esta? ¿dónde estaba aquí el grande amor que las madres tienen á los hijos, y más tales y tantos hijos? El patriarca Abraham estuvo aparejado para sacrificar un hijo que tenía; y estimó Dios en tanto esta devocion y obediencia, que por ella le prometió tantos hijos como las estrellas del cielo. Pues si tan grande cosa fué ofrecer este Patriarca un sólo hijo á Dios, ¿qué será una madre ofrecer siete hijos, y querer que fuesen despedazados ante sus ojos por amor de Dios? Si tanto fué vencer el Patriarca un solo amor de un hijo, ¿cuánto fué vencer siete amores de siete hijos, pues está claro que á cada hijo correspondia su propio amor en el corazon de la madre? Y si es tan celebrada la madre de los siete macabeos, que esforzaba sus hijos al martirio, ¿qué ménos merecen estas dos madres del nuevo Testamento, que hicieron lo mismo? Y si está claro que no pudo aquella beber aquel cáliz sin especial favor y socorro de Dios, ¿cómo podremos á estas madres negar lo mismo? Séneca tiene por averiguado que ningun hombre puede ser de verdad virtuoso sin favor especial de Dios: *Nulla mens bona sine Deo est*, dice él. Y Tulio dice que nunca hubo hombre señalado en proezas, que no fuese para ello soplado y ayudado de Dios. Pues, ¿qué virtudes, qué proezas puede haber en el mundo que vengan á cuenta con esta tan admirable fe y constancia, y grandeza de ánimo, y esto en corazones de madres y de doncellas? Pues, si, segun el testimonio de estos sabios, ni aquellas virtudes, ni aquellas grandezas de hombres señalados se podían ejercitar sin particular favor y soplo de Dios, ¿cómo pudieran sujetos tan flacos, como los ya dichos, acabar cosas sin

comparacion mayores? Porque es cierto que todas las grandezas que se escriben en las historias profanas, apenas merecen nombre de sombra, comparadas con éstas. Pues, ¿qué dijeran, qué escribieran estos tan señalados autores, si les cayera esta materia en las manos? ¿con qué palabras, con qué figuras, con qué sentencias, con qué agudezas, con qué ejemplos y comparaciones amplificaran y engrandecieran estas virtudes tan admirables? Séneca gasta muchas hojas de escritura encareciendo aquella respuesta de Estilbon, filósofo, el cual despues de saqueada y destruída su ciudad, preguntado por el capitán Demetrio, si había perdido algo en aquel saqueo, respondió que nada había perdido, porque todos sus bienes llevaba consigo; entendiendo por estos bienes la filosofia, de que no podía ser despojado. Pues, ¿qué hiciera este autor, si se pusiera á escribir y encarecer la constancia admirable de nuestras vírgenes en medio de tantos tormentos, por no quebrantar la fe y lealtad que debían á su verdadero Dios y Señor? Pues, por esta causa dije al principio que recelaba tratar esta materia, por ver cuánto sobrepuja la alteza de ella á la rudeza de nuestras palabras. Porque, como dice san Jerónimo (1), los flacos ingenios no son para tratar grandes materias, y cuando las quieren acometer, caen á medio camino con la carga; y cuanto fueren mayores las cosas que quieren engrandecer, tanto más se ahoga el que no halla palabras con que las pueda explicar.

Y lo que es aún de mayor admiracion, y más declara el poder de la gracia, es ver esta misma virtud y fortaleza en un linaje de gente tenida por la más desgarrada y perdida del mundo, que son soldados y gente de guerra; porque sabemos que muchos de éstos en diversas

(1) Hieron. in Epith. Nepot.

partes fueron martirizados. De cuarenta hicimos mencion poco há, que fueron condenados de una nueva manera á morir de frío; pero éstos fueron pocos. Otra vez fué una legion entera de soldados por mandado de Maximiano martirizados; la cual legion contiene seis mil seiscientos sesenta y seis soldados. Y es aquí mucho de considerar que aquel tirano, por no menoscabar tanto su ejército, mandó que de cada diez soldados degollasen uno para poner miedo á los otros. Y esto hizo por dos veces. Mas los gloriosos caballeros de Cristo competían entre sí sobre quién primero recibiría la corona del martirio. Y visto que ni con esto desistían de su firmeza, mandó que todos los que quedaban fuesen por el ejército despedazados; y así lo fueron. Pues ¿quién podrá aquí dejar de maravillarse, y de alabar á Dios por tal martirio? ¡Oh, gloria de Cristo! ¡Oh, gloria de la gracia de su Evangelio, *que hizo de piedras hijos de Abraham* (1), y de soldados mártires y santos, porque no sufrieran martirio si no lo fueran, y no podían dejar de amar á Dios más que á su propia vida, pues la pusieron por él. Y andando en el ejército entre soldados gentiles, idólatras y perversos, pudieron conservar no sólo la sinceridad de la fe, sino tambien el fuego de la caridad y la pureza de la vida. ¡Oh, con cuánta razon dijo el Apóstol (2) *que no se confundía de predicar el Evangelio, pues en él estaba la virtud, y poder de Dios, para hacer salvos á los creyentes!*

Pero aún pasa el negocio más adelante. Porque otra vez, en tiempo del emperador Adriano, fueron sentenciados, no una sola legion, sino diez mil soldados juntos, á que padeciesen el mismo linaje de muerte que padeció el Señor por quien padecían: los cuales todos en un mismo

(1) Matth., iii, 9.

(2) Rom., i, 16.

dia recibieron la corona. Pues, ¿qué cosa sería tan gloriosa, ver entrar en este día diez mil gloriosísimos caballeros, con sus palmas triunfales en las manos, y con las insignias y señales de su Redentor, en aquella ciudad celestial? ¿qué recibimiento allí se les haría? ¿con qué cantares, con qué voces de alabanza, con qué abrazos les darían el parabien de su venida, y los admitirían á su gloriosa compañía, y presentarían ante el trono de aquel Señor por cuya gloria tan valerosamente pelearon? Si en Roma se hacía tan grande fiesta cuando venía un capitán vencedor de alguna insigne ciudad ó provincia, y se rompían los muros para recibir al vencedor, y él venía en un carro triunfal acompañado de muchas gentes, ¿qué fiesta se haría en el reino de los cielos, cuando entrasen en él, no uno, sino diez mil triunfadores juntos, vencedores, no de una ciudad ó provincia, sino de todo el poder del mundo y del infierno? Esto puédese así referir; mas ¿quién lo podrá dignamente amplificar?

Pues otra cosa añadiré á esta de mucho mayor admiración, la cual refiere el autor que escribió el Teatro de las Ciudades del mundo. Este, pues, dice, que en sola la ciudad de Leon de Francia fueron martirizados diez y nueve mil mártires, y fué tanta la sangre que ahí se deramó, que el río Araris, que por ahí pasaba, iba teñido de sangre; por lo cual se le mudó el nombre y hoy día se llama Saona, tomando nombre de aquella preciosa sangre que por él corrió. Tan grande era el furor que aquel dragon infernal encendía en los corazones de los emperadores para extinguir y desterrar del mundo el nombre de Cristo, y tan grande era la fortaleza y confianza de los mártires en la confesion de la fe.

Pues volviendo al propósito principal, y concluyendo esta materia, decimos que éste es uno de los grandes tes-

timonios de la verdad de nuestra fe, ver que una muchedumbre innumerable de personas de todas las edades, y estados, y condiciones de gentes, pusieron las vidas por la confesion de esta verdad. Y cuanto más atroces y crueles tormentos por esta causa padecieron, tanto es más esclarecido y más firme este testimonio, y tanto más abiertamente se conoce que no era posible perseverar un cuerpo humano entre tantas maneras de tormentos, acrecentados unos sobre otros si no tuvieran aquellas armas de la fe, y esperanza, y caridad que al principio propusimos, y si no fueran muy especialmente fortalecidos y ayudados por Dios. Y pues Dios los ayudaba en la confesion de esta verdad, síguese que ya no solos los mártires con su sangre, sino Dios tambien con su favor y asistencia es testigo de ello.

De lo cual se infieren otras dos cosas muy dignas de ser sabidas: la una, que poco há apuntamos, que es haberse predicado el Evangelio, y extendídose el reino de Cristo por todas las naciones del mundo, segun los profetas denunciaron, pues en todas ellas hubo tan gran número de mártires; la otra, que se habían de reformar las vidas de los hombres en su venida; conviene á saber: que los hombres fieros y silvestres, cuales eran todos los que servían á los ídolos, se habían de hacer puros y santos. Lo cual se ve, no sólo en la santidad de aquellos millares de monjes, que en aquel tiempo florecieron en todo género de virtudes, sino tambien en esta admirable constancia de los mártires. Porque, como ya dijimos, imposible era que con tantas tempestades y torbellinos no fueran derribados, si no estuvieran fundados sobre la firme piedra del amor y temor de Dios. Lo cual se conoce por lo que cada día vemos y lloramos, que es negar tantos cristianos la fe de Cristo, cuando se ven cautivos en tierra de

moros. Y esto no por temor de tales tormentos, cuales eran los de los mártires, sino por solo ahorrar la pena del cautiverio, y vivir con un poco de más largueza. Pues así como la flaqueza de estos miserables nos da á entender la flaqueza y poco fundamento de su virtud, pues tan fácilmente se rendieron, así, por el contrario, la inestimable fortaleza y constancia de los mártires, nos da á conocer la firmeza de su virtud: la cual con tan recios encuentros y combates repetidos unos sobre otros, nunca pudo ser vencida.

CAPÍTULO XXVIII.

DE COMO CASI TODOS LOS EMPERADORES QUE PERSIGUIERON LA FE Y RELIGION CRISTIANA, ACABARON DESASTRADAMENTE, Y LOS QUE LA HONRARON, FUERON EN TODAS LAS COSAS AYUDADOS DE DIOS, Y PROSPERADOS.

No deja de ser tambien grande testimonio de la verdad de nuestra fe, ver que casi todos los que la persiguieron, acabaron desastradamente, y los que la favorecieron y abrazaron, fueron prosperados en sus reinos é imperios. Y digo casi todos, y no todos, porque como dice san Agustin (1), de tal manera se há la divina Providencia en la gobernacion de este mundo, que ni castiga en esta vida todos los malos, ni deja de castigar muchos de ellos. Porque si castigara á todos pudieran los hombres imaginar que todo se remataba en esta vida, y no quedaba nada para la otra; y si á ninguno castigara pudieran imaginar que no había Providencia que tuviese á su cargo las cosas humanas. Por eso la sabiduría divina, que todas las cosas endereza para el bien de sus criaturas,

(1) De Civit. Dei lib. 1., cap. 8.

algunas cosas castiga poderosamente para que vean los hombres que hay Providencia, mayormente las que son tan exorbitantes que ellas mismas están clamando á Dios, y pidiendo venganza, y otras deja por castigar, para que entendamos que reserva su castigo para la otra vida, y que no se concluye todo en esta. Lo cual se ve en algunos de los emperadores que persiguieron la Iglesia, que no recibieron aquí su merecido. Pero como esta crueldad y maldad era tan grande, no consintió la divina Justicia que quedasen otros muchos sin castigo, áun en esta vida. En lo cual maravillosamente resplandece la divina Providencia, que usaba de los tiranos como de ministros é instrumentos para fundar la fe de su Iglesia con la sangre de los mártires, y para hermostear el cielo con este gloriosísimo ejército de ellos. Porque si no hubiera tiranos, no hubiera mártires; si no hubiera Decio, no hubiera Lorenzo; si no hubiera Daciano, no hubiera Vincencio; y si no hubiera Heródes, no hubiera mártires inocentes. Mas despues de haberse servido de ellos en este ministerio, dábales tambien aquí su merecido, como lo hizo con Nabucodonosor, *del cual usó como de vara*, segun lo llama Isaias (1), *para azotar á su pueblo*; mas acabado este oficio echó la vara en el fuego, quiero decir, destruyó y puso por tierra todo su imperio. Pues lo mismo hizo casi con todos estos tiranos, de los cuales unos fueron arrebatados por los demonios, otros se mataron con sus propias manos, otros fueron despedazados por bestias fieras, otros murieron comiéndose las manos á bocados, otros ahogándose en los ríos, y otros de otras maneras. Así leemos en el martirio de santa Eufemia, noble virgen, que queriendo el juez perverso forzarla en la cárcel fué luego arrebatado del demonio, y el verdugo que la degolló fué

(1) Isai., x, 1.

luego muerto por un leon, y á la noche siguiente el juez que la sentenció se mató comiéndose á bocados, y lleno de furor; lo cual movió á muchos de los infieles, así judíos como gentiles, á ser cristianos.

Asimismo casi todos los reyes y emperadores que martirizaron los santos, tuvieron muy desastrados fines. Entre los cuales el primero fué Heródes, el cual por matar al niño Jesus mató los inocentes, cuya enfermedad y muerte fué terribleísima, como escribe largamente Josefo (1), y al cabo despues de habérsele saltado los ojos, en un baño, desesperado de la vida, se metió un cuchillo por los pechos y se mató, mandando ántes matar el tercero de los hijos, despues de haber muerto á dos de ellos (2). El segundo Heródes, que degolló á Santiago, y tuvo preso á san Pedro, *fué herido por un ángel, y murió comido en vida de gusanos*, como escribe el mismo Josefo, y san Lucas (3). El tercer perseguidor de la Iglesia, que fué Neron, el cual martirizó á san Pedro y san Pablo, viendo que no podía escapar de los conjurados que lo buscaban para matarle, él los libró de ese trabajo, matándose con sus manos. El cuarto, que fué Domiciano, que desterró á san Juan Evangelista, fué muerto á manos de los suyos. Valeriano, cruel perseguidor de la Iglesia, fué vencido en batalla por el rey de los persas, el cual le prendió, y mandó sacar los ojos, y se servía de él para poner sobre él los piés cuando cabalgaba. Aureliano fué muerto por manos de los suyos. Decio, que martirizó á san Lorenzo, él juntamente con sus hijos fué muerto. Diocleciano, cruelísima bestia, el cual se hizo adorar por dios, vino á tan gran perdicion y desatino, que le fué forzado dejar la

(1) Antiquit. Judaic. lib. 17., cap. 9 et 10.

(2) Idem. lib. 16., c. 13.

(3) Lib. 19., c. 7. Act. xii, 23.

corona y el cetro, y vivir como uno del pueblo. Maximiano, su compañero, tambien lo dejó, y vivía como él, y aún así no le fué concedido vivir, porque Majencio, su hijo, que se quería alzar con el imperio, le echó de Roma, de donde salió huyendo, y se acogió al amparo de Constantino, que era su yerno; y siendo por él noblemente recibido, ensayaba contra él traicion; lo cual fué sabido, y por ello castigado con la muerte, y con deshonra é infamia. Ca sus estatuas y medallas fueron mandadas caer do quiera que estaban, y los títulos de las casas públicas, que de él habían tomado nombre, se mandaron mudar de ellas. Pues Majencio, su hijo, heredero de los vicios y crueldad de su padre, por especial milagro y disposicion divina murió; porque habiendo armado un puente falso sobre un río cabe Roma, para que llegando el emperador Constantino á ella se hundiese en el río, él como desatinado, no acordándose de lo que había tramado, puso las piernas al caballo, y pasando por el mismo puente cayó y se ahogó. Maximino, tambien cruelísimo perseguidor de la Iglesia, fué vencido en batalla por el mismo Constantino, y escapó huyendo de su ejército entre los aguadores; por lo cual, indignado contra los agoreros, que le prometían la victoria, los mandó matar. Y sobre esta afrenta lo castigó Dios con una gravísima enfermedad, hinchándosele y pudriéndosele las entrañas, y dentro del pecho se le hizo una llaga que poco á poco se extendía por él, sin otras que tenía derramadas por toda su carne, que manaban arroyos de gusanos. Y con ellas tenía hedor tan terrible, que ningun hombre, ni los mismos cirujanos podían llegar á él. Y viendo que sus médicos no le podían remediar, ni hacer algun beneficio, ántes huían de él por su abominable hedor, mandó matar muchos de ellos; entre los cuales llegó á él uno, mas para ser degollado que para

curarle, y movido por especial instinto de Dios le dijo: ¿Por qué yerras, emperador, pensando que pueden los hombres estorbar lo que Dios ordena? Esta tu enfermedad ni es de hombres, ni hombres la pueden curar. Mas acuérdate cuántos males has hecho á los siervos de Dios, y de cuánta crueldad has usado contra sus honradores, y así sabrás á quien has de pedir remedio, porque yo bien podré morir como los otros, mas tú no serás curado por mano de médicos. Entónces comenzó Maximiano á conocer que era hombre, y trayendo á la memoria sus males, confesó que había errado. Finalmente, perdiendo la vista de los ojos, y conociendo entónces mejor la fealdad de sus males, hizo fin con afligida muerte á su mala vida.

Licinio tambien que imperaba en Oriente, en tiempo de Constantino, que no ménos cruelmente persiguió la Iglesia que sus antecesores, levantándose contra Constantino, fué por él muerto en batalla. Despues de éstos Juliano Apóstata, que con otras nuevas artes hizo más cruel guerra á la Iglesia, acabó en pocos días su imperio y su vida, muerto en la guerra contra los persas, dejando el ejército en grandísimo peligro, sin que nada le valiesen ni sus dioses ni sus agoreros y encantadores en quien tenía toda su confianza. Pues Valente Arriano, grande perseguidor de los católicos, en una batalla contra los godos fué por ellos desbaratado, y escondiéndose en una chozuela, allí le pegaron fuego, y así murió como sus obras lo merecían.

Estos fueron los fines y desastres de todos aquellos que tomaron armas contra la religion cristiana: lo cual no es pequeño argumento de la verdad y santidad de ella.

Y el mismo argumento se confirma con la prosperidad y victoria de los emperadores que la honraron y reverenciaron. Entre los cuales el más señalado fué el emperador

Constantino: el cual de tal manera honró á Cristo, y de tal manera fué por Cristo favorecido y prosperado, que parece que ambos andaban en competencia, el uno en hacer sacrificios á Cristo, y Cristo en hacer mercedes á Constantino, á quien todas las cosas sucedieron con grande prosperidad. Porque él primeramente en diversas batallas venció tres emperadores que se levantaron contra él, que fueron Maximino, Licinio y Majencio. Despues de estas victorias conquistó en sus propias tierras á los sármatas y godos, y sojuzgó á todas las naciones bárbaras, fuera de aquellas que ántes le eran amigas, y algunas sin batalla se le rendian, porque cuanto él más humildemente se sujetaba á Dios, tanto más ponía Dios las gentes debajo de su señorío. Pues ¿qué diré de los dos Teodosios, del mayor que fué muy católico y religioso, y de su nieto que lo fué mucho más? Los cuales no sólo por armas, pero tambien por clarísimos milagros vencieron en batallas los tiranos que pretendian levantarse con el imperio: como se escribe por extenso en la historia Tripartita. Y no ménos se puede poner en esta lista el emperador Eraclio, el cual, hallando el imperio muy arruinado por las armas de Cosroas, rey de los persas, llegó á tal extremo, que pidió paz al sobredicho rey; el cual ensoberbecido con las victorias pasadas, no quiso conceder. Entónces el buen emperador, puesto en tan grande aprieto, y estando á peligro la vida junto con el imperio, acogióse al puerto seguro de todos los remedios, que es Dios nuestro Señor, y procurando su favor con ayunos y devotas oraciones, y armado con estas armas, acometió al enemigo, y en tres batallas que en diversas veces le dió, siempre salió vencedor. Con lo cual quebrantado el bárbaro tomó por remedio huir allende el río Tigris, nombrando por compañero de su reino al hijo menor. Por la

cual injuria, afrentado el mayor, mató al padre junto con el hijo menor, ordenándolo así Dios en venganza de millares de cristianos que este bárbaro había muerto en la Tierra Santa. Y este hijo mayor recibió de la mano de Eraclio el reino de los persas, y la paz que su padre no quiso dar, restituyendo al imperio las provincias que su padre había conquistado. Pues en esta historia se ve claro el buen suceso del emperador católico, y el malo de aquel perseguidor de Cristo, y derramador de sangre cristiana. Porque no pudo ser mayor desdicha que perder la vida por mano de aquel á quien él la había dado, cuando lo engendró; y justo era que el hijo se levantase contra su padre, pues el padre se levantó contra su Criador, que es el verdadero Padre.

Por lo cual todo se ve cuán verdadera sea aquella sentencia del Señor que dice (1): *Yo honraré á quien me honra, y los que me despreciaren serán abatidos, y despreciados*; pues concluyendo esta parte digo, que entre los otros testimonios de nuestra fe, se puede juntar éste, que son las calamidades y desastres de los que la persiguieron, y las prosperidades y favores celestiales de los que la reverenciaron. Porque suele dar Dios muchas veces testimonio de la verdad, con las penas y castigo de los malos y con las prosperidades y favores de los buenos.

CAPÍTULO XXIX.

DE LA DÉCIMAQUINTA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA
QUE ES SER CONFIRMADA CON MUCHOS Y MUY GRANDES MI-
LAGROS.

Despues del testimonio de los santos doctores, y de los mártires, síguese otro mayor, que es el de los milagros.

(1) I Reg., II, 30.

Para lo cual es de saber que la divina Providencia (1), *que dispone todas las cosas suavemente, y las ordena en número, peso y medida* que es con suma igualdad y sabiduría, no había de obligar al hombre á creer cosas que están sobre toda razon y sobre todas las leyes de naturaleza, sin medios eficaces y proporcionados para crearlas; ca por medios sobrenaturales se han de probar las cosas que sobrepujan toda la facultad de naturaleza. Estos medios son milagros y profecías, de que aquí hemos ahora de tratar. Porque milagros son obras de solo Dios, que puso leyes á las criaturas que él crió: las cuales nadie puede dispensar, sino sólo el que las dió. Y esto es hacer milagros, como es mandar al fuego que no queme, como lo hizo con aquellos tres santos mozos, echados en el horno de Babilonia, y mandar al agua que no corra al lugar bajo, como lo hizo deteniendo las aguas del río Jordan, para que pasase su pueblo á pié enjuto por él.

Pues estos milagros son prueba tan suficiente de la fe, que ninguna demostracion matemática iguala con ellos. Porque haciéndose un milagro en confirmacion de la doctrina que se predica, es visto ser Dios el testigo de ella, pues nadie puede hacer milagros sino sólo él, ó sus santos por él. Y el testimonio de Dios excede todos los otros testimonios y argumentos de verdad que puede haber. De aquí procedió la fe de muchos, y el conocimiento del verdadero Dios, como parece por muchos ejemplos así del viejo como del nuevo Testamento. De Naaman, príncipe de la milicia del rey de Siria, leproso, leemos que sanándolo súbitamente Heliseo de su lepra, tambien lo sanó de otro mayor mal, que era la lepra de la infidelidad. Porque convencido con este tan evidente milagro, confesó que sólo el Dios de Israel era verdadero Dios, y

(1) Sapient., xi, 21.

que á él solo adoraría de ahí adelante. Nabucodonosor, rey de Babilonia, despues que mandó echar los tres mozos en el horno, y vió que ningun daño recibieron de él, ni en sus cuerpos, ni en sus ropas, visto este tan gran milagro, no sólo creyó que el Dios de Israel era el verdadero Dios, más envió un edicto general por todo su imperio mandando, que quien quiera que dijese alguna blasfemia contra él, fuese por ello muerto y su casa destruida. Y él mismo, cuando vió que Daniel le había revelado el sueño de que él estaba olvidado, junto con la declaracion de él, reconoció la misma verdad, diciendolo (1): *Verdaderamente vuestro Dios es Dios de los dioses, y Señor de los reyes*. Lo mismo acaeció á Dario. El cual sucedió en esta monarquía á Nabucodonosor. Porque siendo compelido por hombres perversos y envidiosos á que echase á Daniel en el lago de los Leones, y visto que pasado parte del día y de una noche, ninguna lesion había recibido de ellos, de tal manera reconoció la omnipotencia del verdadero Dios, que envió una provision real por todo su imperio que contenía estas palabras: «Paz sea con vosotros, etc. Por mí está hecho un decreto que todos en todo mi reino tiemblen y teman al Dios de Daniel. Porque él es Dios vivo y eterno en todos los siglos; cuyo reino nunca será menoscabado, y cuyo poder es eterno. Y él es salvador y librador de los suyos, y el que hace maravillas en el cielo y en la tierra.»

Estos ejemplos son del viejo Testamento; mas en el nuevo entre otros muchos tenemos aquéllos que creyeron en el Salvador cuando le vieron *resucitar á Lázaro* (2) *de cuatro días muerto*. Así tambien creyó Nicodémus cuando *confesó que Cristo era maestro venido del cielo*,

(1) Daniel, II, 47.

(2) Joan., XI, 45.

vistos los milagros que hacía (1). Así tambien creyó el Régulo cuando vió *que á la misma hora que el Salvador dijo: Véte, que tu hijo vive, luégo el hijo fué sano* (2). Todo esto sirve para que veamos cómo los milagros son suficientes medios para probar la verdad de la fe y provocar los hombres á creerla, ó, si ya la creen, para confirmarse más en ella: que es un grande bien, como adelante veremos. Por lo cual los sabios hacen gran caso de un verdadero milagro. Y así á uno de ellos oí una vez decir, que por ver un milagro cierto iría de buena gana hasta Jerusalem. Pues espero en Dios, que sin tanto trabajo le propondremos aquí no uno, sino muchos, no ménos ciertos que los que se ven con los ojos.

Y dado caso que la verdad que se confirma con este testimonio sea sobre toda razon y entendimiento humano, no por eso ha de dejar de ser creída, por razon de la autoridad infalible del testigo que la afirma, que es Dios; obrador de aquel milagro. Lo cual vemos así cumplido en la adoracion de aquellos santos magos. Porque viniendo desde Oriente á adorar aquel nuevo rey de los judíos (3), y no viendo en el aposento donde estaba aparato, ni compañía, ni servicio, ni cosa que tuviese muestra de rey, ántes hallando una tan extremada pobreza y bajeza como allí vieron, con todo eso, postrados por tierra, adoraron con suma reverencia al niño envuelto en pobres pañales, y le ofrecieron los presentes que traían. Pues ¿cómo unos hombres tan sabios vinieron á creer una cosa tan contraria á toda razon y prudencia humana? Claro está que porque tenían otro testimonio mayor, que era el de la estrella que los guiaba. Por lo cual entendieron que era

(1) Joan., iii, 2.

(2) Joan., iv, 53.

(3) Matth., ii, 1-12.

Señor de las estrellas el que era servido y testificado por ellas.

Mas ántes que éntre en la relacion de los milagros, advertiré al cristiano lector que dado caso que los milagros, cuanto es de su parte, sean como decimos, suficiente argumento para convencer nuestros entendimientos y obligarnos á creer, mas con todo esto es necesario especial concurso y favor de Dios para abrazar esa fe. Porque como ella sea don de Dios, segun dice el Apóstol (1), es menester que le toque nuestro entendimiento y lo cautivo y sujete á que humildemente abrace las cosas de la fe. Y de aquí es que muchos, viendo los milagros del Salvador y de sus apóstoles, no por eso creyeron; porque cegados con su malicia no se dispusieron de tal manera que recibiesen este particular tocamiento de Dios. Por tanto, quien leyere los milagros que aquí contaremos, léalos, no con curiosidad, sino con humildad y devocion, para que así merezca que nuestro Señor por este medio acreciente y perfeccione la fe que él ya tiene recibida, que es un inestimable tesoro.

Tambien conviene aquí advertir que hay dos maneras de fe; una infusa, de que ya tratamos, que es la que el Espíritu Santo infunde en las almas, y otra humana, que es el crédito que damos á las personas ó razones humanas. Pues es de saber que en la fe infusa no hay el medio que se halla en las virtudes morales, como tampoco lo hay en la caridad. Porque, como en amar á Dios no hay modo ni medio, tampoco lo hay en creerlo; porque cuanto más le amáremos y más le creyéremos, tanto más perfecta será nuestra caridad y nuestra fe. Mas en la fe humana hay medio, así como en todas las otras virtudes morales que están entre dos extremos: como se ve en la

(1) Philip., 1, 29.

virtud de la liberalidad , que está en medio de la escasez y prodigalidad. Pues así esta fe humana de que tratamos está en medio de otros dos extremos , que son credulidad é incredulidad , en medio de los cuales está la fe humana ; el cual medio así en esta virtud como en las otras pone la prudencia , que es , como san Bernardo la llama (1), abadesa de las virtudes ; porque ella las rige y les señala el medio en el cual consiste la virtud. Pues estos dos extremos , que son credulidad é incredulidad , ambos son viciosos. Porque vicio es y liviandad de corazon creer de ligero ; y tambien es vicio no creer cuando la cosa , segun reglas de prudencia , es digna de ser creída. Entre los cuales vicios veo en la santa Escritura muy reprendido el extremo de la incredulidad : tanto , que el Salvador , siendo un perfectísimo dechado de mansedumbre , se indignó tan agriamente contra este vicio , que dijo (2) : *¡Oh generacion mala é incrédula! ¿Hasta cuándo tengo de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir?* Y por san Márcos (3) *reprende la incredulidad de aquellos que no dieron crédito á los testigos de su resurreccion.* Y el Apóstol en la epístola á los hebreos (4), *los avisa que miren mucho no haya en ellos alguna raíz de incredulidad*, diciendo que por este pecado juró Dios que los que le fueron incrédulos no entrarían en la tierra que les tenía prometida ; y así todos ellos murieron en el desierto (5). En este extremo permitió nuestro Señor que cayese santo Tomé , apóstol , para confirmacion de nuestra fe (6). Porque habiéndole dicho todos sus compañeros,

(1) Bern. serm. de Villico iniquit. et in parab. de Fide, Spe, et Charit.

(2) Matth., xvii, 16.

(3) Marc., xvi, 14.

(4) Hebr., iii, 12.

(5) Josué, v, 4.

(6) Joan., xx, 29.

como testigos de vista, que habían visto al Señor resucitado, era muy conforme á toda razon que los creyera, mayormente habiendo él visto pocos días ántes á Lázaro por el Señor resucitado. La razon por que este vicio es tan reprendido, me parece ser porque procede de mucha malicia y poca fe. Porque parte de malicia es creer que todos los hombres mienten y fingen milagros; y de poca fe nace no creer cosas que confirman nuestra fe. Porque así como de un hombre que tenemos por muy virtuoso creemos cualquiera cosa de virtud que de él se diga, así el cristiano que está muy certificado y fundado en la fe de nuestros misterios y de los milagros con que ella fué fundada, no extraña creer otros milagros semejantes á los que él tiene ya creídos. Pues por esta causa el que desea acertar debe en esto seguir el juicio de la prudencia, y ni creer de ligero y sin fundamento, que es un extremo vicioso, ni por huir de este extremo, caer en el otro de la incredulidad, que es más peligroso, porque, como suelen decir, no caiga en Scila por huir de Caribdis, y huyendo de éstos crea lo que tiene claros y ciertos fundamentos y razones para ser creído. Porque aunque en esto hubiese yerro, él no yerra en creer lo que con bastantes argumentos le fué propuesto. Lo dicho sirve para entender el crédito que hemos de dar á lo que aquí se dijere.

§ I.

Trátase en particular de algunos muy señalados milagros.

Ahora vengamos al testimonio de los milagros con que está fundada nuestra fe: los cuales, como sean más que las estrellas del cielo, si miráremos los que están escritos en las vidas de los santos; yo aquí no entiendo referir sino pocos; mas éstos tan ciertos y averiguados, que nin-

gun hombre, si fuere acuerdo y avisado, aunque sea infiel, pueda poner sospecha en ellos.

Y entre ellos pongo por el primero y más notorio el eclipse que acaeció cuando el Señor padeció en la Cruz, *que duró por espacio de tres horas*: como dan testimonio los santos evangelistas, y particularmente san Mateo (1); porque escribió su Evangelio en lengua hebrea pocos años despues de la pasion del Salvador, y él dice que este eclipse fué universal en toda la tierra. Pues digo ahora así: Este Evangelista (2), y los demas que de esto hacen mencion, escribieron sus Evangelios para que fuesen luz y fundamento de nuestra fe, y diesen al mundo noticias de las maravillas de Cristo nuestro Salvador. Pues siendo esto así, no habían de escribir cosa tan falsa, que todo el mundo claramente conociese que lo era; porque por el mismo caso desacreditaban su doctrina, y deshacían todo lo que pretendían hacer. Pues si este tan universal eclipse no fuera verdadero ¿cómo lo habían de escribir los evangelistas? Porque todo el mundo escarneciera de ellos; y tantos testigos tuvieran contra sí, cuantos hombres había en el mundo. Porque cada uno pudiera decir: Esta es la más desvergonzada mentira que jamas se dijo; porque yo, y fulano, y fulano, y otros infinitos hombres éramos vivos en ese tiempo, y nunca tal eclipse vimos; ni podíamos dejar de verlo, pues dice que duró por espacio de tres horas. Así que por esta razon no cabe en entendimiento humano decir que los evangelistas fingieron esto.

Con este tan claro argumento se junta que autores de gentiles hacen memoria de este tan nuevo y tan grande eclipse, como luégo diremos. Por donde el beato mártir Luciano, siendo mandado por el juez que diese razon de

(1) Matth., xxvii, 45.

(2) Marc., xv, 33. Luc., xxiii, 44.

la religion que profesaba, entre otros argumentos que alegó en favor de ella, fué este eclipse. Sus palabras fueron estas: Buscad en vuestras historias, y hallaréis que en el tiempo que Pilato gobernaba á Judea, padeciendo Cristo, se oscureció el sol, y con oscuras tinieblas se interrumpió el día (1). Resta, pues, ser la historia verdadera y aprobada por todo el universo mundo. Pues este decimos ser uno de los más famosos y esclarecidos milagros que ha habido en el mundo; porque en él concurrieron tres cosas, y todas ellas milagrosas: la primera, que este eclipse fué á los catorce días de la luna, conforme al tiempo en que la ley mandaba celebrar la pascua del Cordero (2), cuando la luna estaba en lugar contrario al sol: de modo que el sol estaba en Oriente, y la luna en Occidente; y así era imposible, por vía de naturaleza, eclipsarse el sol. Porque, como todos saben, el eclipse del sol se hace por suceder el curso de estos dos planetas de tal modo, que la luna venga á ponerse debajo del sol, y así impide su claridad. Por lo cual san Dionisio, como gran filósofo que era, vista esta tan extraña maravilla, dijo: Ó el Dios de naturaleza padece, ó toda la máquina del mundo perece. El segundo milagro fué durar el eclipse tan largo espacio como es el de sexta, cuando el Señor fué crucificado, hasta nona, cuando espiró en la cruz: el cual espacio comprende tres horas. Porque los otros comunes eclipses apenas duran la décima parte de una hora. Porque como la luna se mueva con tanta ligereza, fácilmente pasa adelante, y se despide del sol, y vuelve su claridad al mundo. El tercer milagro fué, ser este eclipse universal en todo el mundo, lo cual no puede ser naturalmente; porque como el sol sea muchas veces

(1) Euseb. Eccle. Hist. lib. 8, cap. 2.

(2) Exod., XII, 18. Levit., XXIII, 5. Num., XXVIII, 16.

mayor que la luna, no puede ella oscurecerlo todo; y por eso en sola aquella parte del mundo se ve el eclipse, donde la luna se pone debajo del sol, dejando la otra parte descubierta á otras regiones.

Pues por esto decimos que este fué uno de los admirables y gravísimos milagros que ha habido en el mundo, y más poderoso, no sólo para confirmar la verdad de nuestra fe, lo cual se vió luégo en las gentes que presentes se hallaron en la Cruz (1), *las cuales, vista esta maravilla junto con el temblor de la tierra, hiriendo sus pechos se convertían*; sino tambien para mover los corazones á devocion y admiracion, visto un milagro tan proporcionado á la dignidad y majestad de la persona que padecía. Porque, ¿qué cosa más justa y más debida que al tiempo que el Señor del cielo y de la tierra padecía, que estas dos tan principales criaturas hiciesen la demonstracion y sentimiento que les era posible, y señaladamente el sol y la luna, y todas las estrellas del cielo, que son las más nobles criaturas de este mundo, las cuales escondieron su luz para no ver tan extraña crueldad y maldad como la que se ejecutaba en su Criador? Escondieron su luz, y cubriéndose de tinieblas, que fué como vestirse de luto por la muerte de su Señor. Escondieron su luz que fué querer cubrir con sus tinieblas aquel sacratísimo cuerpo que estaba en la Cruz desnudo. Escondieron su luz, negando al mundo el beneficio de su claridad, en el cual tan grande crueldad se ejercitaba. Finalmente, escondieron su luz, para predicar en todo el mundo la gloria del Señor que padecía, y dar testimonio que era Señor de las estrellas del cielo, pues en este tiempo le servían. Una sola estrella testificó la gloria de este Señor cuando nació; mas ahora cuando muere todas

(1) Luc., xxiii, 48.

las estrellas testifican su dignidad; porque mayor cosa fué morir Dios por los hombres, que nacer por los hombres.

De este milagro del eclipse, y del temblor de la tierra tenemos testimonio de los mismos gentiles; porque Flegon, autor griego, natural de Asia, del cual Suídas hace especial mencion, dice una cosa maravillosa, que en el cuarto año de la olimpiada doscientas diez y ocho del imperio de Tiberio, cuando Cristo padeció fué eclipse del sol el mayor que jamas se vió, ni se había oído ni escrito, y que había durado desde la hora de sexta hasta la nona. Y que al mismo tiempo fué tan grande temblor de tierra en Asia y en Bitinia, que se habían destruído muy muchos y grandes edificios. Allende de este autor Flegon, que fué escritor de aquellos tiempos, de este mismo temblor de tierra parece que siente y escribe Plinio, donde en su libro segundo dice que el terremoto acaecido en tiempo de Tiberio, emperador, fué el mayor que se había sabido jamas, y que en él se habían destruido y caído por el suelo doce ciudades de Asia, sin otra infinidad de edificios. De manera que estos autores gentiles, aunque no sabían la causa, no dejan de escribir estos milagros. El otro milagro del velo que se rompió en el templo, tambien lo cuenta Josefo, judío.

§ II.

Del milagro especial de la venida del Espíritu Santo, y don de las lenguas que se notificó al mundo.

Otro milagro semejante á éste fué la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostes en forma visible de aire y de fuego, y con grande sonido, y dando á los discípulos el don de todas las lenguas del mundo, porque recibido

este don, comenzaron á predicar las maravillas de Dios en todas ellas. De esta maravilla dice san Lúcas (1), *que fueron testigos hombres de todas las naciones que hay debajo del cielo, que moraban en Jerusalem*; porque cuando el rey de los asirios (2), que era monarca del mundo, llevó cautivas las diez tribus de Israel, poco á poco se repartieron por todas las naciones del mundo. Y así sabían las lenguas de las tierras en que habían nacido. Pues los que de esta gente eran honradores de Dios, y no se habían contaminado con la compañía de los idólatras, se vinieron á morar á Jerusalem, donde estaba el sagrado templo, y donde solamente se podían ofrecer sacrificios y celebrar la pascua del Cordero. Pues todos éstos, dice san Lúcas, que vista esta maravilla, quedaron atónitos y confusos, y así decían : ¿Por ventura no son galileos todos estos hombres que aquí hablan? Pues ¿cómo nosotros les hemos oído hablar en las lenguas de las tierras en que nacimos? Luégo cuenta el Evangelista por sus nombres todas las naciones de los hombres que allí se hallaron. Pues para que esto se tenga por verdad, corre la misma razon que alegamos del eclipse; porque á no lo ser, tenía el Evangelista contra sí por testigos hombres de todas las naciones del mundo, los cuales dijeran: Esta es una grandísima falsedad, porque yo, fulano y fulano nos hallamos presentes en Jerusalem al tiempo que eso dicen haber acaecido, que fué en el año diez y ocho del imperio de Tiberio César, y nunca tal pasó. Y con esto el Evangelista totalmente destruía el crédito de su Evangelio; lo cual, como dijimos, no cabe en entendimiento humano. Por donde con mucha razon ponemos éste por uno de los esclarecidos milagros de nuestra Reli-

(1) Actor., II, 5.

(2) IV Reg., XVII, XVIII.

gion, y muy conveniente para la dilatacion de ella. Porque si el Salvador pretendia que se predicase el Evangelio en todo el universo mundo, y así lo mandó á sus discipulos, como refieren los Evangelistas (1), convenientisima y necesaria cosa era que les diese noticia de todas las lenguas del mundo, para que le pudiesen predicar en todo él. Por donde, así como la divina Providencia ordenó que hubiese entónces una paz universal en todo el mundo, y que todo él estuviese sujeto al imperio romano, y así de todo él se hiciese un solo pueblo, para que así pudiese correr libremente por todas las naciones el Evangelio, porque á estar divididos los reinos, como ahora lo están, no fuera esto posible, así tambien era necesario que los predicadores de este Evangelio supiesen todas las lenguas, para que así lo predicasen en todas las naciones. Porque de esta manera y por tales medios la divina Providencia dispone y encamina sus cosas; y por esto pacificó el mundo, para que la predicacion del Evangelio corriese por todo él, y proveyó de lenguas, para que en todas las naciones de él fuese predicado.

§ III.

Milagros de la Cruz del Salvador.

Despues de este milagro del eclipse en la pasion de Cristo, y de la venida del Espíritu Santo, no será razon pasar en silencio los milagros de la Cruz en que el Redentor padeció. Porque como ella sea la bandera y estandarte real con que el Rey soberano triunfó del príncipe de este mundo, y el báculo con que quebrantó la cabeza de la antigua serpiente (2), como estaba profetiza-

(1) Matth., x, 7, xxviii, 19. Marc., xvi, 15.

(2) Gen., iii, 15.

do desde el principio del mundo, no era razon que dejase el Redentor de glorificar esta arma divina con que obró nuestra salud, mostrando cuán grande era la gloria que estaba debajo de aquella ignominia. Y primeramente es muy notorio el milagro que acaeció en la invencion de la Cruz, que estaba enterrada con las de los dos ladrones, y no pudiera ser conocida sino por el milagro que se obró con ella, dando súbita salud á una noble mujer que estaba á punto de morir.

Tambien es muy notorio el milagro que acaeció en la exaltacion de esa misma Cruz, quando la llevaba sobre sus hombros el emperador Eraclio, vestido de ropas imperiales; porque llegando á la puerta por donde el Salvador pasó con esa misma Cruz, no pudo pasar adelante hasta que se desnudó las ropas imperiales, y se vistió de un humilde hábito.

Y no ménos es notorio el milagro de la Cruz que vió el emperador Constantino con todo su ejército, puesta en el cielo hacia la banda del Mediodía, con estas letras escritas: *Constantino, con esta señal vencerás*. Y Eusebio escribe que oyó contar este milagro al mismo emperador delante de muchos, afirmándolo con juramento. Y sin este testimonio basta la admirable conversion de este emperador, habiendo sido todos los emperadores romanos antecesores suyos, idólatras y cruelísimos perseguidores del nombre de Cristo; mas éste lo adoró y reconoció por verdadero hijo de Dios, y edificó, y enriqueció sus templos, y reverenció sus sacerdotes, y con esta gloriosa señal adornaba sus banderas, y con ella venció tres emperadores tiranos en tres diversas batallas, y sujetó á su imperio muchas naciones bárbaras. Pues esta tan admirable conversion de un tan grande monarca que, dejados los ídolos de todos sus antepasados, adoró y recibió por

verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra, á un hombre azotado y crucificado, y reputado por hijo de un carpintero, testifica la verdad de este milagro. Porque imposible fuera esta tan grande conversion sin esta tan grande confirmacion de la verdad de la fe.

Mas sobre todos estos milagros contaré otro clarísimo y tan verdadero, que ninguna calumnia lo pueda negar, el cual acaeció en tiempo de Constancio, emperador, hijo del grande Constantino sobredicho, el cual milagro escribe Cirilo, patriarca de Jerusalem, á este emperador por estas palabras.

Al religiosísimo emperador Constancio, Cirilo, obispo de Jerusalem, desea salud en el Señor. Esta primera carta te envió de la ciudad de Jerusalem, religiosísimo emperador, la cual era razon que yo te enviase, y tú la recibieses, no llena de lisonjas, sino de señales del cielo, las cuales acaecieron en esta ciudad de Jerusalem en tiempo de tu imperio, no para que por ellas alcances nuevo conocimiento de Dios, pues mucho há que lo tienes, sino para que más te confirmes en él; y para que habiendo recibido de tu padre la heredad del imperio, y habiendo sido honrado de Dios con celestiales coronas, le des dignas gracias; y para que con mayor confianza gobiernes tu imperio, y prevalezcas contra tus enemigos, viendo los milagros que Dios obró en tu tiempo, y conociendo por ellos que eres amado de Dios. Bien te debes de acordar, que en tiempo de tu religiosísimo padre se halló en Jerusalem la gloriosa señal de la Cruz, mas ahora en este tiempo de tu imperio, quiso Dios por tu grande religion y piedad obrar un gran milagro, apareciendo en el cielo esa gloriosa señal con muy grande resplandor; porque estos santos días de la fiesta de Pentecostes, á los seis días de mayo, á la hora de tercia del día, apareció una cruz

de notable grandeza, que toda era hecha de luz, la cual llegaba desde el santísimo lugar del Gólgota, donde el Señor fué crucificado, hasta el monte Olivete; y fué vista, no de uno, ni de dos hombres, sino de toda la muchedumbre de aquella ciudad; y no apareció de tal manera que luégo desapareciese, sino ántes duró por espacio de muchas horas á vista de todos, y esto con mayor resplandor que la luz del sol; porque á no ser así, la claridad del sol, que esconde la de la luna y de todas las estrellas, apagara esta luz de tal manera que no se pudiera ver. Y con esto todos los moradores de la ciudad, llenos por una parte de espanto, y por otra de alegría, corrieron á la iglesia, hombres y mujeres, viejos y doncellas encerradas, y así los naturales de la tierra como los peregrinos, y así los cristianos como los de diversas naciones y sectas que allí se hallaron; los cuales todos con una voz alababan, y reconocían á Cristo nuestro Redentor por verdadero Hijo de Dios y obrador de milagros, conociendo por experiencia que la verdad de la religion cristiana no se fundaba en palabras y argumentos de la sabiduría humana, sino en la demostracion y omnipotencia del Espíritu Santo; y que no solamente era testificada por la predicacion de los hombres, sino tambien confirmada del cielo con divinos testimonios. Por tanto, Nós, que moramos en esta ciudad, habiendo visto un tan gran milagro con nuestros ojos, dimos y damos gracias al Rey soberano, y á su unigénito Hijo; á quien adoramos, y á quien presentamos nuestras oraciones en estos santos lugares por vuestro religioso imperio. Y pareciónos ser cosa justa no pasar en silencio esta vision celestial, sino dar cuenta á vuestra piedad de cosa tan reciente, para que con la memoria de este milagro esté más firme la fe y confianza que en vuestra alma está ya fundada para con Cristo

Jesus nuestro Salvador; y asimismo para que reconocien-
do que tenéis á Dios por ayudador, y esforzado con él,
tengáis por amparo la bandera real de la santa Cruz.
Hasta aquí son palabras de Cirilo. Pues ¿qué hombre
habrá que pueda poner duda en este tan gran milagro?
Porque ¿cómo podía un tan insigne patriarca escribir un
milagro falso á un tan grande emperador, y no de cosa
antigua, sino fresca y reciente? Porque á no ser esto cosa
certísima, el emperador quedaba ofendido, y el mismo
patriarca desacreditado y avergonzado, y lo que más
es tantos testigos tuviera que lo desmintieran, cuantos
miradores y extranjeros estaban en aquella grande ciudad.

De los milagros de nuestro Salvador algunos fueron
tan públicos y tan notorios, que los pudiéramos poner en
este lugar: como fué la resurreccion de Lázaro (1), y el
dar de comer una vez á cuatro mil hombres con siete
panes, y sobrar siete espuelas de pedazos; y otra á cinco
mil con cinco panes, sin contar mujeres y niños, y sobrar
doce. Porque como estos milagros fueron tan notorios,
nunca los evangelistas osaran escribir cosa que, á no ser
verdadera, tuviera tantos testigos contra sí que en aquel
tiempo vivían, con lo cual totalmente desacreditaban y
destruían su Evangelio y doctrina, como ya dijimos.

Finalmente, los milagros de nuestros Salvador fueron
tantos, y tan sabidos de todos, que los mismos judíos no
los pueden negar. Porque así lo testifica Josefo, uno de
ellos, como adelante veremos, diciendo que Cristo hizo
obras milagrosas; y así tambien lo testifican los maestros
de los hebreos en un libro que compusieron de la gene-
racion de Jesus Nazareno; en el cual dicen que resucitó
un muerto, y sanó un cojo, como refiere Nicolao de Lira,

(1) Joan., xi. Matth., xiv, 19-21. Marc., vi, 41-44. Luc., ix, 16
et 17. Joan., vi, 11-13. Matth., xv, 36-38.

disputando contra ellos. Mas señalan una graciosa causa de esta virtud, porque dicen que el Arca del Testamento estuvo una vez sobre una piedra, y que debajo del Arca estaba declarada la manera en que se había de pronunciar el nombre de Dios de las cuatro letras. Y porque Cristo informado por esta escritura, lo sabía pronunciar, hacía estos milagros. Esta es manifiestamente una de las fábulas que ellos componen, cuando no pueden negar la verdad. Porque clara cosa es que sólo Dios es el que por sí, ó por sus santos hace los milagros; y esto no por saber pronunciar las letras del nombre de Dios, sino por la fe, merecimientos y oraciones de los santos. Otra causa escriben de esto, que por ser muy prolija y llena de disparates, no la quise escribir aquí.

§ IV.

Milagros referidos por los santos doctores.

Despues de estos milagros contaré otros que ningun hombre cuerdo, aunque sea infiel, pueda con razon negar. Porque entre infinitos cuentos de milagros de que están llenas todas las historias de las vidas de los santos con los cuales está fundada nuestra Religion, no pondré aquí más que unos pocos, de muchos que doctísimos, y santísimos, y gravísimos padres cuentan haber visto con sus propios ojos. Porque de tales personas, cuya santidad y autoridad conocemos por sus escrituras, cuales fueron Agustino, Jerónimo, Crisóstomo, Ambrosio, Cipriano, Bernardo y otros tales, ¿quién podrá creer que fingieron milagros falsos, siendo esto un linaje de blasfemia, y cosa tan ajena y tan indigna de su santidad y autoridad?

Mas ántes que éntre en la historia de estos milagros, será bien declarar el fruto de ellos, para que con más

gusto y edificacion sean leídos. El primero de los cuales, y que más hace á nuestro propósito es confirmacion de la fe, la cual por virtud de ellos fué recibida en el mundo como adelante veremos. De modo que así como cuando queremos hincar un clavo en un madero, con cada martillada se hinca más y más, así cada milagro es como una martillada con que el Espíritu Santo confirma y arraiga más el hábito de la fe en las almas. Y cuanto son más los milagros y más evidentes, tanto este nobilísimo hábito se fortifica, hasta venir á hacerse una fe robustísima: la cual nos hace casi ver con los ojos, y palpar con las manos los misterios que ella predica, que es cosa de inestimable fruto, como adelante veremos.

Mas no es sólo este el fruto de los milagros, como algunos piensan; porque con éste se juntan otros. Ca muchas veces hace nuestro Señor milagros para acudir á algunas grandes necesidades de sus siervos, que sólo él puede remediar, y para curar algunas enfermedades incurables de ellos. En lo cual resplandece singularmente la grandeza de su bondad y misericordia, y la providencia paternal que tiene de ellos, acordándose desde el trono de su Majestad de sus necesidades, y proveyéndoles de remedio sobrenatural; con lo cual los inflama grandemente en su amor.

Otras veces hace milagros para honrar sus santos, queriendo que no sólo las reliquias de sus huesos, sino tambien los pedazos de sus vestidos, obren maravillas y curen enfermedades incurables, para que por este indicio se entienda la grandeza del amor que él tiene á sus fieles siervos, y el deseo de honrar aquellos que le honraron; pues hace esta grande honra, no sólo á ellos, sino tambien á las cosas que tocaron en sus cuerpos. De esta manera el pañizuelo de narices de san Pablo sanaba todo género

de enfermedades: y el agua con que se había lavado las manos san Eduardo, rey de Inglaterra, daba vista á los ciegos. Este es un muy señalado fruto de los milagros, porque nos da conocimiento de cuán buen Señor tenemos, y cuán amigo y fiel para con los suyos, y mueve los corazones devotos á amar y servir á un Señor que así honra y trata áun en esta vida á sus siervos; por donde ven lo mucho que de tan poderoso y rico Señor pueden esperar en la otra. Pues estos tres frutos tan señalados cogerá el piadoso lector de esta lectura de milagros.

Entre los cuales pondré en el primer lugar los del apóstol san Pablo, el cual trae por testigos aquellos á quien escribía de los milagros que entre ellos obró; y así escribiendo á los de Tesalónica (1), les dice, que se acuerden que no les persuadió la doctrina de su Evangelio con solas palabras, sino tambien con milagros, y con el favor y gracia del Espíritu Santo, que en esta obra intervino. Y aún da más claro testimonio de estos milagros, escribiendo á los de Corinto (2), probando con este argumento su apostolado por estas palabras (3): Si no soy apóstol para los otros, á lo ménos sólo para vosotros; los cuales visteis las señales de mi apostolado con los trabajos que sufrí con mucha paciencia, y con los milagros, y señales, y prodigios que obré entre vosotros. Arguyo, pues, ahora aquí de la manera que argumenté en los milagros referidos: si esto que el Apóstol dice no fuera así, él mismo se desacreditaba y deshonoraba, porque dijeran luégo los de Tesalónica y los de Corinto: Esto es una grande falsedad, porque ningun milagro hiciste tú entre nosotros. Mas las cosas de este Apóstol son tales y tan grandes, que todas

(1) I Thess., I, 5.

(2) I Cor., IX, 1-3.

(3) II Cor., XII, 12.

ellas fueron milagrosas. Milagrosa su conversion, milagrosa la alteza de su doctrina y la pureza de su vida, milagrosa la paciencia de sus trabajos, pues siete veces, en diversos lugares y tiempos fué azotado, y muchas veces preso y encarcelado, y otras tantas de judíos y de gentiles perseguido (1). Y sobre todo esto fué milagrosa su caridad, pues hace juramento solemne, que deseaba ser anathema de Cristo por aquellos que tantas veces lo habían azotado y perseguido. Finalmente, tales fueron las cosas de este Apóstol, que solas ellas, aunque más no hubiera, bastaban para confirmacion de nuestra fe: lo cual podrá ver quien quisiere leer un sermon nuestro en la fiesta de san Pedro y san Pablo.

Despues de éstos pondré un famosísimo milagro que cuenta san Crisóstomo en la segunda homilía de cinco que hizo contra la perfidia judáica (2). En el principio de la cual se maravilla de tan gran concurso de gente como había acudido á aquel sermon que él tenía ya aplazado. Y entre otras cosas notables, refiere un señalado milagro que acaeció en su tiempo, del cual dice él que todos los que presentes estaban podrían ser testigos, por haber acaecido pocos años ántes. Y fué así, que el emperador Juliano, apóstata, que venció á todos los otros tiranos antecesores suyos en maldad, pretendió que los judíos sacrificasen á sus ídolos; y para esto díjoles que ¿por qué no sacrificaban á Dios, como ántes solían en el tiempo antiguo? Y deseaba él esto, pareciéndole que del uso de los sacrificios á Dios, los podría fácilmente inducir á sacrificar á los ídolos. A esto respondieron ellos que no les era lícito sacrificar fuera de Jerusalem, so pena de ser violadores de

(1) II Cor., xi 23-27.

(2) Prop. fin. tom. 5. Item. Homil. 4. in. c. 1 Matth. infra initio Tom. 2.

la religion , ofreciendo sacrificio en tierra ajena. Por tanto, si quieres, dijeron ellos, que sacrificuemos á nuestro Dios, es necesario reedificar el templo en Jerusalem, y levantar allí altar; y así sacrificaremos, como lo hacíamos antiguamente. Agradó tanto esto á aquel apóstata, que les ayudó con dineros para la obra, y juntamente mandó buscar muy primos oficiales para ella. Acudieron á esto de muchas partes los judíos, pareciéndoles que con este favor del emperador se les abría camino para restaurar su república y su templo: así como había acaecido en tiempo del rey Ciro despues del cautiverio de Babilonia (1). Y comenzando la obra, y abiertas las zanjas muy hondas como convenía para tal edificio, y estando ya para comenzar á levantar las paredes, salió fuego de los mismos fundamentos, y echó de allí los oficiales, é interrumpió la obra comenzada. Lo cual, sabido por el emperador, desistió de lo comenzado, puesto que entendía en esto con grande instancia, recelando que por ventura aquel fuego vendría á dar sobre su cabeza. Y si ahora, dice el santo Doctor, fuéreis á Jerusalem, veréis los fundamentos abiertos en testimonio de esta verdad, de la cual todos somos testigos; porque en nuestra edad acaeció esto pocos años há. Y es de notar, dice él, que esta maravilla no acaeció en tiempo de los emperadores cristianos, cuando alguno pudiera imaginar que ellos habían hecho esto; sino en tiempo que nuestras cosas estaban muy caídas, y todos perdida la libertad y en peligro de perder la vida, floreciendo entónces la idolatría, y andando los cristianos unos huídos por los montes, y otros escondidos en sus casas, sin osar parecer en público. Lo susodicho es de Crisóstomo. Pues ¿quién habrá que pueda sospechar que un doctor de tanta autoridad y santidad, en presencia de un tan

(1) I Esdr., 1, 2 y 3.

grande auditorio, y de tantos testigos, había de decir una cosa que, á no ser verdadera, todos cuantos presente estaban dieran voces y no faltara más que apedrearlo?

Este mismo milagro escribe Rufino más á la larga (1), el cual añade á lo dicho, que abiertas las zanjas, una noche ántes del día que habían de comenzar á levantar los cimientos, vino un tan gran terremoto, que no solamente derramó las piedras y pertrechos que estaban junto á la obra, y en partes diversas, mas derribó muchas casas y edificios de la ciudad, y los portales del templo donde los judíos que entendían en la obra posaban, cayeron por el suelo, y tomaron debajo á cuantos allí hallaron. Venida la mañana, pareció á los que escaparon que ya estaban libres del torbellino, y concurrieron todos para sacar debajo de la tierra los muertos. Había tambien allí una casilla subterránea cerca de los portales caídos, donde los oficiales guardaban las herramientas y otras cosas necesarias para la obra, y de allí salió súbitamente un fuego terrible, y corrió por medio de la plaza, y á una parte y á otra hería y abrasaba todos los que halló cercanos. Y de la misma manera salió muchas veces y á menudo en el mismo día, castigando con sus llamas al pueblo incrédulo. Del cual espanto y terror los que quedaron vivos confesaban que á solo Jesucristo se había de sacrificar. Y para que se conociese que él era la causa de este milagro, y no pareciese que acaso había venido, apareció en la noche siguiente la señal de la cruz en los vestidos de ellos, tan descubierta y tan firme, que aunque algunos por su incredulidad la querían disimular ó quitar, por ninguna arte podían. De esta manera espantados, no solamente desistieron de lo que intentaban, mas los que moraban en Jerusalem desampararon sus moradas.

(1) Eccli. hist. 10, cap. 11.

Lo cual oyó Juliano; mas con corazon endurecido, como otro Faraon, perseveró en su blasfemia. Todo esto escribe Rufino en el primero de dos libros que acrecentó á la *Historia Eclesiástica* de Eusebio, el cual escribió esta historia tan notoria á todo el mundo, pocos años despues que ella acaeci6. Por donde era imposible fingir nada; porque á ser esto fingido, tuviera contra sí por testigos á muchos de los que estaban ent6nces vivos, cuando esta maravilla aconteci6. Véase, pues, cuán grande argumento y testimonio sea este de nuestra fe y del cumplimiento de la profecía de Daniel (1), el cual dice que Jerusalem, despues de la muerte de Cristo, había de ser asolada y destruída, y que esta destruccíon había de durar hasta el fin.

El mismo san Crisóstomo (2) cuenta otros dos públicos milagros que en este mismo tiempo acaecieron. El uno fué que un tío de este perverso emperador, que tambien se llamaba Juliano, murió comido de gusanos. Y un oficial principal de la casa del emperador que tenía á cargo sus tesoros, súbitamente reventó y murió; y la causa de esto escribe la *Historia Eclesiástica*. Y fué así, que entrando estos dos en una iglesia de cristianos, la cual tenía mucha plata y muy ricos ornamentos, mandáronlos poner delante de sí. Ent6nces el perverso tío de Juliano asent6se deshonestamente sobre los sagrados ornamentos por escarnio de ellos; y el otro oficial del emperador, señalando la plata de la iglesia, dijo con el mismo escarnio: Mirad con qué vajilla servían al Hijo de María. Mas no quedaron estos hombres blasfemos sin debido castigo; porque luégo éste vació por la boca cuanta sangre tenía, y así murió; y el otro cayó en una tan incurable y terrible enfer-

(1) Daniel, ix, 26.

(2) Chrysost. hom. 4 super Matth. in princ. oper. perf.

medad que sus carnes se le comían de gusanos. Y como los médicos no pudiesen curar á quien la diestra del muy alto castigaba, la mujer de él, que era cristiana, le dijo: Mira, señor, que esta enfermedad viene de arriba, porque has injuriado á Cristo; y por tanto á Éste que te ha herido has de pedir el remedio. De esta manera, pues, este enemigo de Cristo acabó miserablemente la vida, pasando de las penas temporales á la eternas. Estos dos milagros predicó este santo Doctor en presencia del pueblo que le oía, como cosa que era reciente y notoria á todos: donde no pudiera decir cosa falsa que fuera de todos contradicha si no fuera verdadera.

Vengamos á san Jerónimo, el cual refiere un famosísimo milagro á todo el mundo notorio: el cual era que en el monte Olivete, de donde nuestro Salvador subió al cielo el día glorioso de su ascension, quiso Él que quedase allí señalada la forma de sus sacratísimos piés. Y con llevar cada día los fieles de allí tierra por preciosas reliquias, siempre aquellas gloriosas señales conservaban la misma figura. Y añade más, que en aquel lugar edificaron los fieles un templo de bóveda; mas aquella parte de lo alto del templo por donde el sacratísimo cuerpo subió al cielo nunca se pudo abovedar; y así siempre quedó descubierta. Este tan notable milagro se refiere en las Escolias de la vida de santa Paula, alegando á san Jerónimo por escritor de él.

Y el mismo san Jerónimo, en una epístola que escribe á una señora noble (1), por nombre Leta, refiere otro extraño milagro en esta forma: Himecio, noble caballero romano, tío de la virgen Eustaquia, pesándole mucho que esta virgen sobrina suya no quisiese casar, y queriendo vencer, así el santo propósito de ella, como el de-

(1) Item ad Lætam. ante med.

seo de su madre santa Paula, mandó á su mujer, por nombre Pretesta, que tocase y vistiese galantemente la doncella y le curase los cabellos. Comenzando, pues, la mujer á hacer esto por mandato del marido, aparecióle en sueños un ángel con un rostro espantoso y terrible, y díjole: ¿Cómo tuviste en más el mandamiento de tu marido que el de Cristo? ¿cómo tuviste atrevimiento para tocar con esas manos sacrílegas los cabellos de la vírgen de Dios? Las cuales presto se secarán por este pecado; porque con este castigo entiendas lo que hiciste, y de aquí á cinco meses serás llevada al infierno, y si perseverares en esa maldad perderás el marido juntamente con los hijos. Todo esto dice este santo Doctor que así se cumplió por su orden como fué dicho: añadiendo que de esta manera toma Dios venganza de los profanadores de su templo; y de esta manera defiende estas perlas preciosas que son las vírgenes consagradas á Él. Todo esto refiere este santo Doctor. Pues ¿quién será tan perverso que pueda sospechar haber él fingido algo de esto? Mayormente siendo estas muertes y acaecimientos notorios á muchos, por ser las personas notables en el tiempo que san Jerónimo esto escribía.

§ V.

Prosigue la misma materia.

Despues de san Jerónimo vengamos al glorioso doctor y luz de la Iglesia, Agustino, el cual, entre otros muchos testimonios de nuestra fe, trae tambien el de los milagros. Y dejados aparte los antiguos, cuenta él muchos que se hicieron en su tiempo por medio de las reliquias del glorioso príncipe de los mártires san Estéban; á muchos de los cuales se halló este santo Doctor presente, como lo po-

drá ver quien quisiere en el libro veintidos de la Ciudad de Dios (1). Pero allende de estos contaré uno muy principal que él escribe muy á la larga (2). Dice, pues, que llegando por mar á la ciudad de Cartago con su amigo Alipio, vino á hospedarse en casa de un hombre principal y muy religioso, así él como toda su familia. Y nosotros, dice él, en aquel tiempo no éramos aún clérigos, mas habíamos ya comenzado á servir á Dios. Este nuestro huésped tenía una pierna muy llagada, en la cual tenía unos agujeros, de los cuales había sido curado con cauterios de fuego; con la cual cura había padecido gravísimos dolores. Mas por negligencia de los médicos que lo curaban quedó un agujero pequeño por cauterizar, y pareció despues á los cirujanos que sin cauterio no se podía curar. Sobre esta cura se pasaron grandes altercaciones entre los médicos, que yo dejo ahora por brevedad. Pero la llaga comenzó á labrar y descubrirse tanto, que todos finalmente concluyeron que era necesario cauterizar otra vez la pierna; y asentóse por todos ellos que el día siguiente se hiciese la cura. Asentado esto, fué tan grande la tristeza del doliente y el llanto de toda su familia, como si el señor fuera muerto, sin ser parte nosotros para consolarlos. Visitábanlo cada día el santo obispo Saturnino y el sacerdote Geloso y los diáconos de la iglesia de Cartago; entre los cuales estaba el obispo Aurelio, que yo aquí nombro con debida reverencia; y ambos juntos platicamos muchas veces sobre las obras maravillosas de Dios, y sé que él se acordará muy bien de ésta. Pues como él visitase la vispera de este día al doliente como solía, rogóle el doliente que el día siguiente se hallase presente, no ya al dolor, sino á su muerte, porque él tenía para sí que ha-

(1) Cap. 8.

(2) Ibidem.

bía de espirar entre las manos de los cirujanos. Este prelado con los demas lo consolaron y exhortaron á que pudiese en Dios toda su confianza y se conformase varonilmente con su voluntad. Luégo nos pusimos todos en oracion, hincadas las rodillas, y él se arrojó en la cama y comenzó á orar. Mas no podré explicar con palabras de qué manera, con qué afecto, con qué sentimiento, con qué río de lágrimas, con qué gemidos y sollozos hacía su oracion, tanto que se estremecían todos sus miembros, de manera que el aliento se le impedía. Si los otros oraban ó no, ó si se divertía su intencion viendo lo que el doliente padecía, no lo sé. De mí se decir que totalmente no podía orar, sino sólo esto dije brevemente en mi corazon: Señor, ¿qué oraciones de tus siervos oyes, si éstas no oyes? Porque no me parecía faltar aquí otra cosa sino que el doliente espirase haciendo oracion. Levantámonos, pues, todos, y recibida la bendicion del obispo, fuímonos, rogando él á aquellos padres que otro día por la mañana se hallasen presentes á aquel trabajo. Amanecido el día que se temía, vinieron los siervos de Dios como lo habían prometido; entraron los médicos y aparejaron todo lo que se requería para aquella cura, y sacaron aquellos hierros temerosos, estando todos atónitos y suspensos, esperando aquella dolorosa cura. Entónces los principales médicos consolaban y esforzaban al doliente que desfallecía, y mandándole tender en la cama pusieron en órden los miembros que habían de cauterizar, y quitaron las vendas con que estaban fajadas las llagas; y descubiertó el lugar de ellas, comenzó el médico armado con el hierro á mirar con atencion el lugar de la llaga, escudriñó con los ojos, tentó con los dedos por todas las vías que pudo, y por maravillosa virtud de Dios halló la pierna sanísima y sin ninguna llaga. Mas el gozo, las voces de alabanza

y el hacimiento de gracias que se dieron á aquel todopoderoso y misericordioso Señor, acompañadas con muchas lágrimas alegres de los que presentes estaban, no me atreveré á declarar con palabras, por lo cual será mejor encomendar esto á la discrecion del lector que á mi escritura.

A este tan insigne milagro añade el mismo san Agustín otros dos en el libro nono de sus Confesiones (1), hablando con Dios por estas palabras: No estoy olvidado, ni callaré la aspereza del azote con que me castigaste, ni la presteza maravillosa de tu misericordia con que me curaste. Atormentábasme en aquel tiempo, esto es, antes del bautismo, con un gran dolor de dientes, el cual era tan agudo que no me dejaba hablar. Entónces vínome al pensamiento amonestar á los que presentes estaban, que rogasen por mí á tí, Dios de toda mi salud, y diles esto por escrito para que lo leyesen. Y sucedió que así como todos con humilde corazon hincamos las rodillas, huyó luego aquel dolor. Mas ¿qué dolor? O ¿de qué manera huyó? Confiésote, Señor mío y Dios mío, que quedé espantado; porque nunca desde que nací hasta aquella hora tal cosa experimenté; y por aquí se declararon en lo profundo de mi corazon tus señales y maravillas, y alegrándome en la fe, alabé tu nombre. Mas ni esta fe me dejaba estar seguro del perdon de mis pecados pasados, los cuales aún no estaban perdonados por virtud del bautismo, que hasta entónces no había recibido.

Otro muy más ilustre y más público milagro cuenta el mismo santo en el mismo libro nono, por estas palabras (2): En este tiempo revelaste, Señor, á tu siervo Ambrosio el lugar donde estaban escondidos los cuerpos de tus mártires Protasio y Gervasio; los cuales tenías es-

(1) Cap. 4.

(2) Cap. 7.

condidos en el tesoro de tus secretos, y guardados por tantos años, libres de toda corrupcion, para sacarlos de allí á muy buen tiempo: que fué para enfrenar la rabia y persecucion de Justina, arriana, madre del emperador Valentiniano. Porque como abierta la sepultura, y sacados los santos cuerpos, fuesen llevados con solemne procesion á la iglesia llamada Ambrosiana, no sólo eran curados los que eran atormentados de los espíritus malos, confesándolo así los mismos demonios, mas tambien un vecino de aquella ciudad, y muy conocido en ella, que de muchos años estaba ciego, oyendo el ruido y alegría del pueblo, y preguntando él por la causa de aquella fiesta, entendiese lo que era, saltó de placer, y rogó al que le guiaba que le llevase á la tumba donde los santos iban; y llegando á ella pidió que con un sudario tocasen aquellas preciosas reliquias. Y hecho esto, púsolo sobre los ojos, los cuales á la hora en presencia de todos fueron abiertos. Luégo corrió la fama de esta maravilla, y luégo, Señor, se siguieron tus alabanzas, y luégo se sosegó el furor de aquella enemiga; porque aunque no recibió la santidad de la fe, cesó por entónces el furor de su persecucion. Hasta aquí son palabras de san Agustin, en cuyo tiempo se obró este milagro tan manifesto. Y está claro áun á los muy incrédulos que no había de fingir un tan gran doctor, tan gran prelado, y tan grande santo este milagro, mayormente habiendo sido notorio en aquel tiempo.

Y con este susodicho milagro se presuponen y refieren otros dos no ménos ilustres y verdaderos que los pasados. El uno hallarse aquellos santos cuerpos enteros despues de más de doscientos años, porque ellos padecieron en tiempo del emperador Neron, y el otro fué la revelacion hecha á san Ambrosio del lugar donde estos sagrados cuer-

pos estaban. En lo cual vemos la grandeza de la bondad, y caridad, y regalo de nuestro Señor para con sus santos, pues tanto cuidado tuvo de estos sagrados cuerpos, para que no solamente fuesen sepultados, sino tambien honrosamente en lugar decente sepultados. Pues segun esto, ¿qué tratamiento y honra dará á las almas, quien tanta cuenta tuvo con los cuerpos que son de tierra?

Despues de este tan señalado milagro cuenta este santo doctor otros diez y nueve ó veinte milagros, que se hicieron por virtud de las reliquias del glorioso mártir san Estéban, como dijimos; de los cuales me pareció referir sólo uno por ser de cosa espiritual.

El caso fué que en la ciudad de Calame había un hombre muy principal, por nombre Marcial, hombre ya de días, y muy contrario á nuestra Religion. Tenía él una hija y un yerno, ambos muy católicos y virtuosos; los cuales viendo la ceguedad del viejo, y doliéndose entrañablemente de su perdicion, le rogaron mucho quisiese ser cristiano; lo cual no sólo no concedió, mas tambien los hechó de sí con grande indignacion. Entónces el yerno, lastimado de tan grande ceguedad, socorrióse á las reliquias de este santo Mártir, y con muchas lágrimas y gemidos entrañables le pidió luz para aquella alma tan ciega, y trajo consigo unas pocas de flores que estaban sobre su altar, y púsolas de noche debajo de las almohadas del suegro. Durmió él aquella noche, y en despertando por la mañana, mandó que le llamasen al obispo, el cual á la sazón estaba conmigo en Hipona. Y visto que estaba ausente, mandó llamar los sacerdotes, diciendo que él quería ser cristiano. Y maravillándose, y alegrándose todos de esto, fué luégo bautizado; y toda la vida traía estas palabras en la boca: Señor, Jesus, recibe mi espíritu; y con ellas mismas acabó de ahí á poco la vida,

no sabiendo él que estas fueron las postreras palabras con que este santo mártir espiró.

Despues de referidos estos y otros milagros, aflígese este santo doctor, por cuanto otros milagros que él sabía dejaba aquí de contar. Y así dice: ¿Qué haré, que me es forzado dar fin á estos libros, y dame pena el cillar otros muchos milagros? Y la misma pena recibirán los que saben lo que yo callo. Mas es cierto que si hubiese de escribir los milagros que en la ciudad de Calame se han hecho por virtud de este santo mártir, era menester henchir muchos libros; porque son innumerables los que allí se hacen. Y de sola Hipona se dieron, cuando yo esto escribía, setenta milagros por escrito, y muchos no se escribieron. Y en Uzali, que es una ciudad vecina á Utica, donde estuvieron primero que entre nosotros las reliquias de este santo, se hacen los mismos.

Ahora ruego yo al cristiano lector que páre aquí un poco, y considere la inmensa bondad, suavidad y caridad de Dios para con sus santos; pues no contento con la gloria que les tiene otorgada en la otra vida, tantas maneras de honras les hace en esta. Sólo Dios por su propia autoridad puede hacer milagros. Y habiendo pasado casi trescientos años que este santo había sido martirizado por su amor, parece que no se hartaba él de hacer milagros por él, do quiera que sus reliquias estaban; y que hasta las flores puestas en su altar bastasen para dar salud á una alma perdida, como vimos sacándola de los infiernos, y poniéndola con la gracia del santo bautismo en estado de salvacion. Pues ¿quién habrá que no ame tal bondad? ¿quién no deseará servir á quien así honra á quien le sirve? ¿quién no tendrá por bien empleada la muerte en servicio de aquel Señor que así honra á los que le honran? ¿qué gloria darán en la otra vida á las almas de

sus siervos quien tanta cuenta tiene con los polvos de sus cuerpos? Finalmente, ¿qué no esperarán los fieles siervos de un Señor tan fiel, tan bueno, tan liberal, tan agradecido, tan amigo de los suyos, y tan honrador de ellos? Pues por esto dije al principio que no solamente servían los milagros para confirmacion de la fe, sino tambien para mostrar á Dios por aquí la grandeza del amor que tiene á sus santos, y el deseo de honrarlos, pues tantas maravillas obra por las cenizas y reliquias de sus cuerpos.

San Ambrosio tambien refiere otro muy notorio milagro (1), hecho en la traslacion de los cuerpos de los gloriosos mártires Gervasio y Protasio, que padecieron en tiempo del cruel Neron, en la ciudad de Milan. Y porque ellos estaban sepultados en un lugar despreciado, aquel Señor, que tanta cuenta tiene con la gloria de sus santos y de sus reliquias, reveló á san Ambrosio, obispo de Milan, el lugar de su sepultura, para que de ahí los pasase á otro lugar conveniente á la dignidad de tales mártires. Habida esta revelacion, fué el santo pastor con otros obispos y toda la clerecía, y cavando en el lugar señalado, hallaron los cuerpos de los santos con un libro á la cabecera, que relatava su martirio. Sacándolos, pues, de allí, y llevándolos á la iglesia con una solemnisima procesion de toda la ciudad, llegó un ciego, y tocando sus reliquias, súbitamente recibió vista en presencia de todo el pueblo. Sobre este milagro hizo san Ambrosio un sermon, confundiendo con él á los arrianos, y probando y encareciendo esta maravilla contra ellos. A este milagro se halló tambien presente san Agustin, y da testimonio de él en el libro veinte y dos de la Ciudad de Dios (2), diciendo que fué muy notorio, por ser grande la ciudad de Milan, y

(1) Epist. lib. 7, epist. 54.

(2) Cap. 8.

estar á la sazón el emperador con su corte en ella. También hace mencion del mismo milagro en el libro de sus Confesiones (1), diciendo que Justina, madre del emperador, arriana, y por esto perseguidora de los católicos, movida por este milagro, cesó de la persecucion, aunque no de su herejía.

§ VI.

Prosiguen los mismos milagros.

Ni nos falta aquí el testimonio del gloriosísimo papa san Gregorio, el cual escribió cuatro libros de vidas de santos italianos en estilo de diálogo, en los cuales refiere muchos milagros que él supo por relacion de personas dignísimas de fe, cuales habían de ser aquellas á quien este prudentísimo y santísimo pontífice había de dar tal crédito, que bastase para él componer libros de ellas. Mas entre esta muchedumbre de milagros contaré uno solo que toca á su persona (2). Dice él que tenía una enfermedad, en la cual padecía tales desfallecimientos y flaquezas, que era necesario acudirle de presto con alguna cosa de comer. Llegóse la víspera de Pascua y el santo varon dice que sintió más el no poder ayunar aquella sagrada vigilia que la misma enfermedad. Por lo cual rogó á un santo varon, cuya vida y milagros él había escrito en sus Diálogos, y alcanzase de nuestro Señor que pudiese ayunar ese día. Hizolo el santo así, y llegado el día hallóse tan esforzado, que ese día y otro pudiera estar sin comer bocado. Y dice él que con esta súbita y milagrosa salud que recibió en sí, se confirmó más en la fe de los milagros que de este santo varon había escrito.

(1) Cap. 7.

(2) Libr. III Dialog. cap. 33.

Tambien Teodoreto, autor grave y antiguo, escribió otra historia de santos monjes que él alcanzó en su tiempo, en que refiere sus grandes virtudes y milagros. Y entre ellos escribe aquella admirable vida de san Simeon, que hacía vida morando sobre una columna, del cual este doctor fué muy familiar amigo; y gloriase de haber sido testigo de vista de sus milagros y profecías; y particularmente cuenta un milagro que él vió con sus ojos. Fué presentado á este santo un soldado paralítico, por mano de su capitan, para que le diese salud, como la daba á otros innumerables enfermos. Preguntóle entónces el santo varon desde lo alto de la columna: ¿Tú crees en la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo? Respondió él que sí. Dijo entónces el santo. Pues en nombre de Jesucristo levántate, y toma á cuestras tu capitan, y véte con él. Dicho esto, levantóse el tullido, y tomó en brazos á su capitan, que era un hombre de muchas carnes, y fuese con él. En lo cual el santo imitó las palabras que el Salvador dijo al paralítico de la Piscina (1): *Levántate, y toma tu lecho y véte.*

Por lo escrito hasta aquí se ve como mi intento ha sido escribir en este libro milagros tan ciertos, que ningun hombre cuerdo los pueda negar; pues todos ellos tienen por testigos de vistas doctores santísimos y sapientísimos. Y tal es el que ahora añadiré de san Juan Clímaco: el cual, despues de haber vivido diez y nueve años debajo de la obediencia de un santo varon, muerto éste, vivió en soledad cuarenta años con grande santidad y fervor de espíritu. Este, pues, tratando en el capítulo cuarto de la *Obediencia* (2) de algunas virtudes señaladas que vió en un santo monasterio de aquel tiempo, entre otras

(1) Joan., v, 8.

(2) § 2 in med.

cosas cuenta el milagro que aquí referiré por estas palabras: No quiso el Señor que me partiese de aquel monasterio sin provision de las oraciones de un santo y admirable varon, llamado Mena, que tenía el segundo lugar despues del abad en el régimen del monasterio, que falleció siete días ántes que yo me partiese, despues de haber vivido cincuenta años en el monasterio, y haber servido en todos los oficios de él. Celebrando, pues, nosotros tres días despues de su fallecimiento el acostumbrado oficio de los difuntos por el alma de tan gran padre, súbitamente el lugar donde estaba su santo cuerpo fué lleno de un olor de maravillosa suavidad. Permitió, pues, aquel gran padre que se descubriese el lugar donde el sagrado cuerpo yacía: y esto hecho, vimos todos que de sus preciosísimas plantas, como de dos fuentes, manaba un ungüento suavísimo. Entónces el padre del monasterio volviéndose á todos, dijo: Véis, hermanos, como los sudores de sus cansancios y trabajos fueron recibidos de Dios como unguento preciosísimo? De este beatísimo padre Mena, nos contaban los padres de aquel lugar muchas y grandes virtudes. Entre las cuales contaba esta: que queriendo el padre del monasterio probar su paciencia, viniendo él una vez de fuera, y postrado ante el abad, pidiéndole la bendicion, segun era de costumbre, él lo dejó estar así postrado en tierra desde el principio de la noche hasta la hora de los maitines. Y á aquella hora acudió á darle la bendicion, y levantarle del suelo, reprendiéndole como á hombre impacientísimo, y que todas las cosas hacía por vanidad y ostentacion. Sabía muy bien el santo padre cuán fuertemente él había de sufrir esto: por lo cual quiso dar este público ejemplo para edificacion de todos. Y un discípulo de este santo Mena, que sabia muy por entero los secretos de su maestro de que algunas veces nos

daba parte, preguntándole yo curiosamente si por ventura vencido del sueño se había dormido estando así postrado, afirmónos que estando así había rezado todo el Salterio de David. Hasta aquí son palabras de san Juan Climaco.

Más antiguo que no este fué san Gregorio Nacianceno, el cual por su gran sabiduría mereció sobrenombre de teólogo, y fué arzobispo de Constantinopla, aunque mayor gloria ganó en dejar esta dignidad que en alcanzarla, y san Jerónimo se gloria de haberle tenido por maestro. Este tan señalado varon, cuanto sus escrituras y vida santísima declaran, en un sermon que hizo en la muerte de una hermana suya, por nombre Gorgonia, mujer santísima, dice que ya puede publicar un milagro que hasta aquel tiempo tenía encubierto. Y fué, que padeciendo esta su hermana una terrible enfermedad á que los fisicos no podían dar remedio, ella se levantó como mejor pudo de noche, y entrando en su oratorio, se puso de rodillas ante el altar donde tenía el santísimo Sacramento, y ella llena de fe y confianza, dijo al Señor que presente en aquella sagrada hostia tenía: Señor, no me tengo de levantar de aquí hasta que me déis salud. De ahí se levantó luégo sana, maravillándose despues los médicos de tan súbita salud sin saber la causa de ella. Con tal fe como esta quiere aquel clementísimo Señor ser rogado; y á tal fe, como él mismo dice (1), no hay cosa imposible.

Este milagro susodicho tuvo en secreto este santo doctor durante la vida de su hermana, como dijimos. Mas otro cuenta él en el mismo sermon, el cual dice que fué público, no sólo en aquella ciudad donde en ella moraba, mas tambien fuera de ella. Y el caso fué, que yendo ella en un carro, las mulas que lo llevaban se espantaron, y

(1) Matth., xvii, 19, xxi, 21 et 22. Marc., xi, 22-24.

corriendo á toda furia, arrastraron el cuerpo de esta señora, de tal manera que se le desencajaron y maltrataron fea y miserablemente los miembros, así los exteriores, como los interiores de su cuerpo. Mas la santa mujer era tan amiga de su honestidad, que no consintió que físico ni cirujano viese sus carnes, sino volviéndose llena de fe y amor al Señor que amaba entrañablemente, pidióle que él quisiese ser su médico, y la sanase; y acabada esta oracion, á la hora fué sana. Donde vemos, dice este santo doctor, que hizo nuestro Señor aquí más de lo que prometió por su profeta, cuando dijo (1) *que si el justo cayese, no se quebrantaria, porque él pondría su mano debajo*. Mas aquí pasó adelante, dando súbita salud al cuerpo con la caída quebrantado. ¡Oh admirable calamidad, dice este santo, tan digna de ser alabada! ¡Oh dolor y enfermedad más excelente que la misma salud! ¡Oh cuán de verdad cumple aquí el Señor aquella promesa que dice (2): *¡El Señor herirá, y él tambien sanará!* Y esta maravilla fué, como dijimos, muy notoria, porque la fama de este milagro corrió por otras tierras apartadas de esta, y así anda en los oídos y lenguas de todos. Estas palabras son de este santo doctor; el cual, demas de su santidad y doctrina, la cual fué tal, que san Jerónimo se gloria de haber sido discípulo suyo, no pudiera decir en un público sermon cosa que, á no ser verdadera, tuviera contra sí todo el auditorio, y toda la tierra que lo desmintiera. En lo cual se verá que no refiero yo aquí milagro que no sea digno de ser creído de cualquier hombre prudente y sabio.

Más antiguo que todos estos doctores susodichos fué Cipriano, el cual en vida y muerte, y en sus escritos fué

(1) Psalm., xxxvi, 24.

(2) Job., v, 18. Deut., xxxii.

siempre mártir, y esfuerzo de todos los mártires, como parece por las elegantísimas cartas que les escribía cuando estaban presos. El tambien en el sermón que se intitula *de Lapsis* refiere (1), algunos milagrosos castigos de los que sin debida penitencia indignamente se llegaban á comulgar. Tambien en sus Epístolas escribe algunas revelaciones con que nuestro Señor prevenía y avisaba á su Iglesia cuando se había de levantar alguna persecucion. Mas en un sermón que él hacía para esforzar á los cristianos á que no temiesen la muerte, dice que muchas veces nuestro Señor por su infinita bondad, le había expresamente mandado predicar á los fieles, que no llorasen á sus hermanos difuntos, ni tomasen por ellos vestiduras prietas, porque ellos habían ya recibido en el cielo ropas blancas, y que supiesen que no los habían perdido, sino enviado delante á tomar la posesion del reino del cielo. Este milagro de la revelacion divina cuenta en este sermón.

No será razon que entre tantos y tan graves doctores nos olvidemos del dulcísimo y santísimo Bernardo. El cual quanto fué más humilde, y más ajeno de toda vanagloria, tanto mayor gracia y virtud recibió para hacer milagros; tanto que un plato en que él había comido bastó para dar salud á un enfermo: en tanto estima el Señor todas las cosas de sus santos, y así los honra. Otra vez, predicando el santo (2) varón contra una herejía diabólica que se había levantado en su tiempo, mandó traer ante sí un cesto de pan, y dijo con una grandísima fe y celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, á todo el pueblo que presente estaba: En confirmacion de la verdad que yo os he predicado, y condenacion de esta nueva he-

(1) In serm. ordine 5.

(2) Tract. miracul. D. Bern, in calce oper.

rejía, quien quiera que comiere de este pan, sanará de cualquier enfermedad que padeciere. Y temiendo el obispo que presente estaba esta tan gran promesa, dijo: Entiéndese esto comiéndolo con fe. A esto acudió el santo varon, diciendo: No digo yo así: sino quien quiera que de él comiere, será sano; y así se cumplió lo prometido. De la vida de este santo están escritos cinco libros; y uno de ellos trata de los milagros que hizo en vida, y hállanse aquí escritos ciento y sesenta y tantos milagros. Pues ¿qué hombre habrá tan incrédulo y tan enemigo de la fe, que crea todos estos milagros haber sido fingidos? Mas con todo esto yo me contento para mi propósito con sólo uno que el mismo santo refiere en la vida de san Malaquías que él escribió. Donde dice, que estando el cuerpo de este santo obispo para ser sepultado en su monasterio de Clavaval, donde falleció, y haciendo los monjes el oficio de la sepultura, dice san Bernardo que vió allí un muchacho con un brazo caído, el cual no podía mandar, ni se servía de él para nada. Entónces el santo varon tomó al mozo por la mano, y llevólo do estaba el cuerpo del difunto: hízole tocar en él, y súbitamente fué sano. Esto pasó por mano del mismo glorioso Bernardo, el cual quiso hacer por virtud del santo lo que él por sí pudiera muy bien hacer, mas como verdadero humilde quitó la gloria de sí, y dióla al santo.

§ VII.

Prosigue la misma materia.

Vengamos á los santos más vecinos á nuestros tiempos: los cuales fueron en un mismo tiempo los dos gloriosos padres, fundadores de dos tan señaladas órdenes, santo Domingo y san Francisco, cuyas vidas están llenas de

virtudes y de milagros. Y dejados aparte otros muchos milagros que se escriben de nuestro glorioso padre santo Domingo, por los cuales poco despues de su glorioso tránsito fué canonizado, y su sagrado cuerpo trasladado á otro lugar digno de su santidad, ¿quién osará negar aquel famoso milagro que hizo, de que toda Roma fué testigo, resucitando al sobrino de un cardenal, que cayendo de un caballo se había hecho pedazos estando presente el mismo cardenal con toda su familia, y todas las monjas de un solemne monasterio, y otra mucha gente? De manera que no curó de mandar salir fuera la gente que allí estaba, como hizo san Pedro cuando quiso resucitar aquella santa viuda (1), sino en presencia de todos, diciendo misa se arrebató en espíritu, y acabada la misa se llegó al cuerpo, y concertando por su órden los miembros, le tomó por la mano, y en virtud del nombre de Cristo, llamando al mancebo muerto por su nombre, le volvió á la vida; dejando á todos los que presentes estaban atónitos, viendo tan grande maravilla. Pues á no ser esto verdad, ¿quién osara escribir una cosa que no siendo verdadera tenía contra sí por testigo á toda Roma? Pues de esta manera, y con tales muestras de santidad, autorizaba Dios á los santos, que él deputaba para que fuesen patriarcas, y fundadores de las órdenes que él quería instituir para edificacion de su Iglesia.

Y pues he tocado en la santidad del padre, tambien diré algo de la de uno de sus gloriosos hijos, que fué san Vicente Ferrer; rogando al cristiano lector quiera leer su vida, porque en ella verá que el espíritu de los Apóstoles y de san Pablo no se acabó con su vida; porque en este glorioso padre resucitó el espíritu de este Apóstol, porque por tantas tierras y naciones anduvo predicando como él,

(1) Actor., ix, 40.

y esto con inestimable fruto y conversion de muchas almas de fieles ó infieles. A quien tan fácil y tan familiar cosa era hacer milagros, sanando todo género de enfermedades, como tocar con la mano en la cabeza. Y demas de esto, no una sino muchas veces dió de comer á gran número de gente que le seguía, con muy poco mantenimiento, tanto que en su canonizacion se contaron ochocientos y sesenta milagros que él hizo fuera de España. Pues ¿quién será tan incrédulo ó tan desvergonzado que diga estos milagros ser fingidos, como quiera que uno sólo que sea verdadero baste para confirmacion de nuestra fe? Y no entran en esta cuenta los milagros que hizo en España, que fueron muchos más, por haber predicado más tiempo en ella. Y demas de esto nuestro Señor tuvo por bien de consolarlo en tantos discursos y trabajos como por su amor padecía, revelándole que había de ser canonizado y puesto en el catálogo de los santos, y quien lo había de canonizar, y en qué tiempo. Y así viniendo á tomar su bendicion un virtuoso mancebo en Valencia, que después fué papa, Calixto, le reveló nuestro Señor que aquél había de ser papa, y que él lo había de canonizar; y algo de esto dijo él al mancebo, encomendándole el estudio de las letras, y mucho más de la virtud. Y estando san Bernardino oyendo un sermon suyo, dijo en presencia de todos: Aquí está un padre de la órden de san Francisco, al cual tomará nuestro Señor por instrumento para alumbrar á Italia, y aunque es más mozo que yo, será primero honrado en la Iglesia que yo. Esto dijo, porque seis años ántes que él fué canonizado. Y con tener estas tan magníficas revelaciones de nuestro Señor, y obrar tantos milagros por él, no tuvo necesidad del estímulo de Satanas que lo humillase, para que no se ensalzase con ellas. De sus virtudes no diré aquí más que sola una, por ser rara

y singular; y es que, como él, no contento con los trabajos de las predicaciones de cada día, y de los continuos caminos, tuviese por estilo tomar cada día una disciplina, cuando acaecía estar enfermo en cama, mandaba á un compañero suyo que se la diese, conjurándole de parte de Cristo que cargase bien la mano sobre él: tan grande era la devocion y constancia que el santo varon tenía en los buenos propósitos que proponía. Pues ¿qué no había de hacer aquel tan fiel y tan agradecido Señor en favor y en honra de quien con tanto fervor y perseverancia le servía?

Y pues tratamos brevemente del hijo, no será razon quedar en olvido la hija, y más tal hija: que es la bendita virgen santa Catalina de Sena. Pues en la vida suya ¿cuántos milagros hallaremos, y cuán verdaderos y admirables? Porque su vida escribió su confesor Fray Raimundo, el cual por sus méritos y virtudes vino á ser general de toda nuestra órden, y de la boca de la misma virgen supo muchas de las cosas que escribió. Y demas de esto, al principio de tres libros que escribió de su vida, hace un solemne juramento de no decir cosa que no declare la manera en que la supo, y de muchas fué él testigo de vista. Mas entre tantos milagros no haré mencion más que de uno sólo, por haber sido muy notorio, el cual está autenticado, y probado por el papa Pío II en la bula de su canonizacion. Y fué que esta virgen estuvo sin comer, más que sólo el santo Sacramento, desde el día de la Ceniza, hasta el día de Pentecostes, que son más de tres meses. Y de ahí adelante hasta el día que murió perseveró así, aunque por el escándalo, y persecuciones grandes, y por los juicios de los ignorantes que se levantaron contra ella, masticaba unas yerbas cocidas que comía y tragaba sólo el zumo de ellas, y acabada la comida tomaba una pluma,

y poniéndola en la boca tornaba á vomitar lo que había tragado, porque le daba gran tormento retenerlo en el estómago. Y éste le era un linaje de martirio, que nuestro Señor quiso que esta esposa suya padeciese en su vida. He referido este milagro solo, por haber sido muy público, y haberse hecho por sus confesores tantos exámenes é inquisiciones sobre él, por ser la cosa tan sobrenatural y tan nueva, que no há lugar poderse esto negar: mayormente estando parte de esto, como dije, autenticado en la bula sobredicha.

Pues sobre las llagas del bienaventurado padre san Francisco, por ser la causa tan nueva y tan admirable, ver las mismas insignias del Hijo de Dios y Señor de todo lo criado, en un hombre vestido de andrajos, ¿qué examen, qué inquisicion se hizo en vida de él, tomando juramento sobre los santos Evangelios á los que de esto podían dar fe como testigos de vista? Mas no fueron menester para la prueba de este milagro más testigos que los ojos. Porque en el cuerpo del glorioso santo, despues de fallecido, vieron cuantos presentes se hallaron esta maravilla. Y así la vió la bienaventurada virgen santa Clara con todas sus monjas, por cuyo monasterio pasaron el sagrado cuerpo los que lo llevaban á sepultar.

Estos pocos milagros tan dignos de fe he querido aquí referir, así para gloria de la religion cristiana, que tales testigos tiene, como para convencer á los que dan poca fe á los milagros. Los cuales si quieren aún más testimonios, lean las bulas de la canonizacion de los santos: para la cual hace la Iglesia grandísima diligencia por personas de grande autoridad, como se podrá ver en la bula de la canonizacion de santa Catalina de Sena, demas de la asistencia del Espíritu Santo, que no consentirá que la Iglesia yerre en cosa tan importante, y ahí hallará mu-

chos y muy auténticos milagros. Lea tambien las vidas de algunos santos que escribieron gravísimos autores, como Atanasio la del gran Antonio, Jerónimo la de Hilarion, san Bernardo la de san Malaquías, Teodoreto la de san Simeon el de la columna, y otras muchas; y Sulpicio Severo la de san Martin: los cuales fueron contemporáneos de los santos cuyas vidas y milagros escribieron, y los dos postreros familiares amigos, y testigos de vista de los milagros que escribieron. Algunos de los cuales fueron tan públicos y notorios, que todos los que entónces vivían eran testigos de ellos: como fué este que diré. Una aldea había en la tierra de los senonas, en la cual caía todos los años tan gran tempestad de granizo, que destruía todos los trabajos y sementeras de los labradores; los cuales, afligidos por este daño, pidieron socorro á san Martin. Hizo el santo oracion por esta plaga, y en espacio de veinte años que el santo vivió en la tierra, nadie vió granizo en aquella region. Y para dar nuestro Señor á entender que esto no había sido acaso, sino por los méritos del santo, despues de su fallecimiento luégo tornó la misma tempestad. Esto escribe Sulpicio haber acaecido en su tiempo. Pues ¿osará este escritor fingir algo en cosa tan sabida y tan notoria?

Lea tambien la peregrinacion de aquellos siete religiosos de Palestina que anduvieron visitando los santos monjes de Egipto, de que adelante hacemos mencion, la cual anda en el libro de las vidas de los santos padres; ahí verá los milagros que estos santos religiosos vieron y experimentaron. Porque el primero, cuya vida allí se escribe, que fué san Juan de Egipto, de quien las historias eclesiásticas dicen que revelaba al emperador Teodosio el suceso de sus batallas, les sanó uno de los compañeros que consigo traían enfermo, y les reveló que aquel día

era llegada nueva á Alejandria, que Teodosio había vencido al tirano Eugenio, y que de ahí á poco había de partir el buen emperador de esta presente vida, y que Paladio, que era uno de los siete peregrinos, había de ser obispo, como despues lo fué de Capadocia; y preguntando el santo si entre ellos venía alguno de órden sacro, y respondiendo que no, señaló él á uno con el dedo, y dijo: Este es diácono, lo cual no sabía más que un solo compañero, porque el diácono, por más humildad, había encubierto esta dignidad. La historia de esta peregrinacion escribió Paladio en griego, y otros de los mismos hermanos en latin: donde la santidad y conformidad de los historiadores en todo lo que escriben, y ser siete los testigos de estas cosas, no dan lugar para poder presumir aquí cosa fingida. Esto baste de los milagros antiguos, para que se vea que en la religion cristiana no hay como quiera milagros, sino que llueven sobre ella milagros. Mas no es razon que callemos algunos muy notorios de nuestra edad, los cuales confirmarán la verdad de los pasados.

§ VIII.

Milagro que cuenta el emperador Antonino Pío.

Despues de estos milagros que cuentan varones santissimos, de que fueron testigos de vista, no puedo dejar de contar otro no ménos ilustre que refieren nuestros mismos enemigos, que son testigos sin sospecha, porque son autores gentiles; los cuales, escribiendo las vidas de los emperadores romanos, cuentan este milagro; entre los cuales es uno Amiano Marcelino en la vida del emperador Marco Antonino. El cual milagro refiere tambien Justino, mártir y filósofo, en una defension de nuestra fe que envió al emperador Antonino Pío; al fin de la cual pone tres



cartas de emperadores escritas en favor de los cristianos, y la tercera es del emperador Marco Aurelio Antonino escrita al senado romano; cuyo tenor es el que se sigue. El emperador César Marco Aurelio Antonino, Germánico, Partico, Sarmático, al sacro senado y pueblo romano, salud. Parecióme daros cuenta en esta carta de nuestros trabajos, y del suceso de la guerra de Alemania, y de los peligros y dificultades en que me he visto estando cercado dentro de nueve millas, de setenta y cuatro dragones, que eran las insignias de los enemigos. De lo cual me dieron noticia los espías, y Pompeyano, maestro de campo. Con lo cual me vi en grande aprieto junto con las legiones de mi ejército, viéndome cercado de infinita muchedumbre de enemigos, en la cual había nueve cientos y setenta y cinco mil, y todos armados. Y como yo no tuviese gente bastante para romper con tan gran número de bárbaros, acógime con toda devocion á los dioses de nuestra patria, en los cuales ningun socorro hallé. Entónces, viéndome en tan grande aprieto, hice convocar á los que llamamos cristianos, de los cuales se hallaron muchos. Y contra ellos yo me embravecí: lo que no debiera hacer por el poder admirable que despues en ellos conocí. Los cuales comenzaron luégo á tratar de nuestro remedio; y esto sin saetas, ni armas, ni trompetas, como gente ajena de todo este aparato, contentos con el favor de su Dios, que traen en su conciencia. Y es cosa creible que lo traen por armas y defension dentro de su pecho, puesto caso que los tenemos por impíos, que es, ajenos de toda religion. Ellos, pues, postrados en tierra, hicieron oracion, no sólo por mí, sino tambien por el ejército, pidiendo socorro á su Dios contra el hambre y sed que padecíamos; porque cinco días eran pasados en que nos había ya faltado el agua, estando en tierra de enemigos y dentro

del mismo corazon de Alemania. Pues como ellos se postrasen en tierra, é hiciesen oracion á un Dios que yo no conozco, luégo á la hora cayó del cielo sobre nosotros una agua frigidísima, y sobre nuestros contrarios una tempestad de granizo y de rayos; con lo cual luégo sin tardanza conocimos el socorro invencible de un Dios potentísimo. Por tanto, desde ahora permitimos á este linaje de hombres que sean cristianos, porque por ventura no pidan contra nosotros otra semejante tempestad. Y así mando y establezco que no se tenga por crimen á nadie la religion cristiana. Y si alguno acusare al cristiano por solo el título de cristiano, quiero que al acusado ninguna pena se le dé por este título, no habiendo en él otro delito, y el acusador mando que sea quemado vivo. Y este decreto mío y del senado quiero que sea firme y válido; y mando que sea fijado en la plaza de Trajano, para que públicamente pueda ser visto y leído; y de ahí sea enviado á las provincias por órden de Verasio Polion, gobernador de la ciudad. Asimismo doy licencia para que todos puedan trasladar este nuevo edicto, conforme al original que públicamente fué propuesto en el lugar sobredicho.

Esta es, pues, la carta de este emperador: en la cual él mismo refiere este tan magnífico y famoso milagro, con el cual aquel Rey soberano quiso confirmar la verdad de nuestra santa fe, y mostrar cuán grande sea la eficacia de la perfecta oracion, y con cuánta razon se llama él en las Escrituras Dios de los ejércitos (1), pues en un momento sin arco y sin saetas desbarató un ejército tan poderoso.

(1) I Reg., 1, 11, IV, 5, XV, 2. II Reg., v, 10, VI, 2, VII, 8. Isai., 1, 24.

§ IX.

De otros milagros señalados de nuestra edad.

Tras de los milagros referidos por los santos que aquí hemos alegado, me pareció contar algunos de nuestra edad, para convencer á algunos que dan poco crédito á los milagros pasados, y con esto se podrá convencer su incredulidad, y áun se acrecentará la fe y crédito de los que hasta aquí se han contado.

Entre éstos pongo por muy notorio el de los santos Corporales de Daroca, que hoy día son vivos, del cual milagro está escrito un libro dirigido al invictísimo emperador D. Carlos, quinto de este nombre, y á la gloriosa emperatriz, su mujer : los cuales fueron á visitar y adorar al Señor que en aquellos corporales está. Mas diré yo aquí en suma lo que este libro contiene, y lo que es á todo el mundo notorio. En el reino de Valencia, en el año del Señor de mil doscientos treinta y nueve, vino una gran muchedumbre de moros sobre un pequeño ejército de solos mil cristianos que estaban recogidos en un castillo. Viendo, pues, ellos que siendo tan pocos, y estando muy lejos de Valencia para haber de ser socorridos, era imposible dejar de ser vencidos de tan grande ejército, si no fuese por muy especial milagro y favor de Dios, procuraron de lo alcanzar seis capitanes principales que en aquel ejército había, confesándose y recibiendo el santísimo Sacramento; porque siendo pocos los sacerdotes que allí había, y estando cerca los enemigos, no había lugar, para que todos hiciesen lo mismo. Estando, pues, éstos confesados y oyendo misa, y consagradas ya seis formas para comulgar en ella, diéronles rebate, que los moros estaban ya sobre ellos. Por lo cual les fué forzado dejar

la comunión, y acudir á las armas. Entónces el sacerdote que decía la misa, envolvió las seis formas en los corporales, y á gran prisa los escondió debajo de una piedra. Mas nuestro Señor, mirando el aparejo y la buena voluntad que estos fieles capitanes tuvieron de recibirle, y teniendo respeto á la confianza que en él pusieron y al socorro que le pidieron, de tal manera esforzó á ellos y á los demas por ellos, que desbarataron en breve espacio los moros, é hicieron gran matanza en ellos, y los demas huyeron. Entónces ellos, volviendo victoriosos y agradecidos por el beneficio recibido, quisieron acabar lo comenzado, que era recibir el santo Sacramento. Acudió entónces el sacerdote á traer los corporales que había escondido; y descogiéndolos en el altar, halló las formas teñidas en parte de sangre, y pegadas en los corporales como ahora se ven. Y declarando el misterio, y descubiertos los corporales, fué grande la admiracion y devocion, y las lágrimas que allí se derramaron, dando gloria y gracias á Dios por esta maravilla. En este tiempo los moros volvieron á rehacerse, y apellidar toda la comarca, y vinieron segunda vez á dar sobre los cristianos. Mas ellos, esforzados con el beneficio recibido, mandaron al sacerdote que se pusiese en lugar alto tendidos los corporales á vista del ejército para animarlo. Y esto hecho, dieron sobre los enemigos con tan grande ímpetu, é hicieron tan grande riza en ellos, que toda aquella tierra estaba cubierta de sangre y de cuerpos muertos. Habida esta victoria y acabada con ella la guerra, comenzaron á altercar sobre dónde se pondría aquella preciosísima reliquia; porque cada uno quisiera honrar su tierra con ella. Pasáronse en esto grandes trances y contiendas. Mas el capitán general prudentemente dijo, que pues aquella obra era de Dios, á Él pertenecía declarar el lugar de su morada.

Pareció esto bien á todos, y acordaron que la voluntad de Dios se conociese por suertes. Echáronse, pues, tres veces suertes, y todas tres cayó la suerte á Daroca, de donde era el sacerdote que había consagrado las formas. Mas ni aún con esto quedaron satisfechos, sino tomaron otro acuerdo: que buscasen una mula mansa que no hubiese caminado por tierra de cristianos, y puestos los corporales en un cofre muy bien atado, la dejaran ir por do ella quisiese, y el lugar donde parase, fuese deputado para aquel precioso depósito. La mulilla iba delante, y detras los sacerdotes con sus cirios encendidos, y tras ellos la gente de guerra con sus capitanes; y andando por este camino salían de las villas la clerecía y la gente alabando á Dios, y ponían delante de la mulilla cebada, y alfalfa, y otras cosas, para que cebándose allí y parando en aquel lugar, gozasen de aquellas preciosas reliquias. Mas nunca la mula por esto se paró en alguno de estos lugares, hasta que llegó á Daroca y entró por las puertas de un hospital que estaba fuera de la ciudad. Y allí acaeció otra maravilla; porque así como la mula entró en la iglesia, hincadas las rodillas espiró; porque no quiso nuestro Señor, ni era razon, que bestia que en tal ministerio había servido, sirviese en otro uso de la vida humana. Pues de esta manera quedaron los corporales en Daroca, y ahí acudieron reyes, y príncipes, y grandes señores á ver aquella maravilla, y adorar al Señor que en aquellos corporales está. De ahí fueron enviados embajadores al papa Urbano IV para hacerle relacion de lo que pasaba: el cual concedió grandes indulgencias á los que visitasen aquella reliquia, y otros papas las confirmaron y acrecentaron, como parece por las bulas que están en los archivos de la iglesia de Daroca. Y veinte años despues de esto fué instituida la fiesta del Corpus Christi. Esta es en suma la

- historia de este milagro. Para probar la verdad de él no son menester más testigos que los ojos de los que cada año lo ven, cuando sacan estos corporales para que sea en ellos adorado el Señor que en ellos está. Donde se reconocen dos milagros: el uno es, estar hoy día aquellas formas enteras sin alguna corrupcion á cabo de trescientos y treinta años que fueron consagradas, lo cual por vía de naturaleza es totalmente imposible; y otro es, estar teñidas y matizadas á partes con sangre. Venid, pues, herejes sacramentarios, y si no dáis crédito á las santas Escrituras, darlo siquiera á vuestros ojos; y vista esta tan grande maravilla, adorad juntamente con nosotros al Señor que está allí presente, el cual hasta hoy ha querido estar allí para que vuestra herejía no tenga excusa delante de él.

§ X.

Del milagro y Santa Forma de Fromesta.

Otro milagro no ménos ilustre, ni ménos cierto y averiguado se escribe muy por extenso en la segunda parte de la Historia Pontifical, en el capítulo XIV, folio 85, adonde remito al piadoso lector por ser muy digno de ser leído. La suma de él referiré aquí. En Castilla, en la villa de Fromesta, del obispado de Palencia, acaeció que un hombre llamado Pedro Fernandez debía ciertos dineros á otro, sin haber medio para poderlos cobrar de él, hasta que le obligó á ello con una sentencia de excomunion por la cual fué forzado á pagarle. Y pareciéndole que con esto cumplía, no trató de pedir absolucion de la censura. Llegó este hombre á punto de muerto, y trájole el cura el santo Sacramento acompañado con mucha gente. Y hechas ya las preguntas ordinarias, queriendo administrarle

el santo Sacramento que traía en una patena de plata, por ninguna vía ni diligencia lo pudo despegar de ella. Y espantado de esto, así él como toda la gente que presente estaba, mandó salir á todos fuera, y pensando que podría ser esto por algun pecado que le quedase por confesar y preguntándole esto, supo de él que ninguna culpa había dejado por confesar. Congojado, pues, así el doliente como el cura con esta perplejidad, vino á preguntarle si había incurrido en alguna excomunion, de que no estuviese absuelto. Entónces el doliente se acordó de la negligencia pasada, y absuelto de ella fué comulgado con otra forma, quedando aquella primera guardada para memoria de este milagro. El cual dura hoy día, y el santo Sacramento está en la misma patena sin alguna corrupcion, como si ahora se acabase de consagrar. Es visitado este santísimo misterio de muchas gentes. Y yo, dice el historiador Illescas, aunque indignísimo, he tenido en mis manos las patenas con grandísima admiracion de ver que á cabo de ciento y veinte años están las especies del pan sin alguna corrupcion. En lo cual entrevienen dos milagros: el uno en estar así pegada la forma á la patena, y el otro en carecer de corrupcion á cabo de tanto tiempo. Los cuales milagros no sólo sirven para la adoracion y reverencia del santísimo Sacramento, sino tambien para confesar la eficacia de las censuras eclesiásticas. Y lo uno y lo otro sirve para confusion de los herejes que ambas cosas niegan. Los cuales no sé como no se confundirán, visto un milagro tan palpable y tan notorio como éste, que ellos podrán ver con los ojos si quisieren.

En la misma segunda parte de la Historia Pontifical, en el § 3.º, folio 448, se escribe otro singular milagro de este santísimo Sacramento: el cual acaeció en el reino de Polonia, casi en nuestros días; por el cual muchos

herejes se convirtieron á nuestra santa fe. Es milagro no ménos digno de ser leído, adonde remito al cristiano lector.

Otro milagro permanece hasta hoy en un lugar de Italia que se llama Montefalco, en un monasterio de monjas Agustinas, testificado y autenticado en escrito por el reverendísimo cardenal Siripando, cuando era general de la órden de san Agustin, y visto y referido por personas dignísimas de fe, así eclesiásticas como seculares: entre las cuales es una el reverendísimo Sr. D. Jorge de Tayde, obispo que fué de Viseo. Y el milagro es, que en aquel monasterio vivía una santa religiosa devotísima de la sagrada Pasion; y despues de fallecida, por especial dispensacion y voluntad de Dios, le fué sacado el corazon y abierto en dos partes: en las cuales se ven hoy día esculpidos todos los instrumentos de la sagrada Pasion. Y junto con esto, en la bolsica de la hiel, se hallaron tres peloticas cada una tan grande como una avellana: las cuales pesadas, se halla que tanto pesa una sola como las dos, y tanto una como todas tres. Porque toman el peso de una de ellas en alguna otra materia; y puesta en una balanza, y las tres en otra, tanto pesa aquella sola como todas tres. Lo cual nos declara el misterio de las tres Personas divinas, en las cuales no hay más que una sola esencia en tres personas. Por donde no tiene ménos una que todas tres; porque la esencia de la una es la misma que hay en todas tres.

§ XI.

De otros dos perennes milagros.

En la misma Italia es muy notorio el milagro de la sangre de san Genaro. Fué este glorioso mártir degollado

en un lugar que está dos leguas de Nápoles, donde una mujer por devocion recogió del suelo un poco de la sangre del dicho santo y la puso en una redomilla, adonde se ve claramente estar tan dura como una piedra; y todos los años el primer sábado de mayo ponen la cabeza de este santo en un cierto lugar de la ciudad de Nápoles, y llevan con gran solemnidad y procesion por toda la ciudad aquella redomilla donde está la sangre endurecida; la cual en acercándose al lugar adonde está la cabeza del santo, á vista de todos comienza á derretirse, de modo que se ve que la que estaba tan dura, se va moviendo dentro de la redoma, con una espumilla como si la sacaran en aquel punto del cuerpo del santo. Y así juntos en procesion y muy acompañados, llevan la dicha cabeza y sangre derretida, y la ponen en el lugar acostumbrado, que es la iglesia mayor de Nápoles, en una capilla adonde están muchos otros cuerpos de santos. Y puesta la dicha sangre en su lugar, apartada de la cabeza, vuelve á endurecerse. Y no sólo este día señalado, más todas las veces que ponen esta sangre delante de su cabeza, vuelve á derretirse como está dicho, viéndose mover dentro de la dicha sangre algunas pajuelas que anduvieron envueltas con esta sangre cuando aquella piadosa mujer la recogió. Mas no será razon que pase por aquí el cristiano sin reconocer el amor y regalo de la divina Providencia, lo uno para honrar sus santos, pues á cabo de tantos años que el mártir lo honró con su pasion, lo honra él con esta maravilla, tantas veces repetida, para que así sea el santo más honrado, y lo otro, para alumbrar y convencer á los incrédulos de los milagros, viendo cada día éste tan manifiesto y tan notorio.

Tampoco podemos dejar de reconocer por milagro muy notorio á todo el mundo la virtud que los reyes de Fran-

cia tienen para sanar un mal contagioso é incurable, que es el de los lamparones. Porque aquel Señor, á cuya providencia pertenece proveer de remedio á sus criaturas, entre infinitas maneras de yerbas medicinales que crió para la cura de la enfermedades de nuestros cuerpos, quiso que para ésta, que era incurable, hubiese este remedio en personas tan principales y cristianísimas, cuales son los reyes de Francia, sucesores y herederos, no sólo del reino, sino tambien de la fe de san Luis, rey glorioso del mismo reino. Y que éste sea milagro vesé, porque sin emplasto, sin purga, ni sangría, ni otra alguna medicina, curan este mal con solo tocar al doliente diciendo: El rey de Francia te toca, y Dios te sane. Y el día de esta maravilla confiésanse y comulgan los dichos reyes, aparejándose con toda devocion, para que Dios obre por ellos esta milagrosa salud.

§ XII.

De otros milagros muy averiguados que se vieron en nuestros días.

No me podrá poner nadie culpa si en esta relacion de milagros hiciere mencion de los que yo he sabido y averiguado con toda diligencia. Porque tengo muchos autores antiguos y nuevos, que no quisieron que se perdiese la memoria de los milagros que acaecieron en sus tiempos, acordándose de aquella sentencia que á Tobías dijo el ángel san Rafael (1): Bueno es, dijo él, callar los secretos de los reyes; mas publicar las obras y maravillas de Dios, es cosa muy loable. Pues conforme á este parecer daré aquí testimonio de las obras de Dios que vi en este muy católico reino de Portugal.

(1) Tob., XII.

En la ciudad de Évora está un monasterio de monjas Agustinas llamado Santa Mónica, donde está una imagen del Niño Jesus; y es estilo de aquellas monjas despues de la fiesta del santo Nacimiento, tomar la que puede aquel Niño, y tenerlo en su oratorio, y rezarle cada día alguna oracion, y al cabo del año hacerle alguna ropita, y restituirlo en el lugar de donde le tomó. Acaeciò estar allí una virtuosa religiosa, que hoy día es viva, muy enferma doce años había de diversas y graves enfermedades, y á cabo de los tres primeros años de ellas vinieron los nervios que están debajo de la rodilla á encogérsele de tal manera, que no podía andar sino á gatas, ó con dos muletas. Duró esta enfermedad casi ocho años; á la cual se aplicaron todas las medicinas y unturas posibles, para ablandar, y extender aquellos nervios, mas sin mejoría alguna. Demas de esto fué llevada á las Caldas, que son unos baños de aguas calientes, muy acomodadas para enfermedades de frialdad y dilatacion de nervios encogidos; mas ningun beneficio con esto recibió. Probados todos estos remedios, ya desconfiados los médicos, no trataban de medicina años había. Tenía esta religiosa otra recia enfermedad, que era sobrevenirle los primeros días de cada mes un tan recio accidente de epilepsia, que muchas religiosas con dificultad la podían tener. Llegándose, pues, la fiesta del santo Nacimiento, pretendía esta religiosa haber la imagen del Niño Jesus, para hacer aquella devocion que las otras hacian. Y ántes de la fiesta comenzó á procurar con toda fe y devocion la medicina del cielo, que no podía hallar en la tierra: con lo cual cobró una grande confianza que nuestro Señor la había de sanar, y así lo dijo á una religiosa que había sido su maestra, la cual hizo poco caso de aquella confianza. Llegada la sagrada fiesta, diciéndose la misa mayor, estaba esta reli-

giosa, como solía, asentada junto á la reja del coro bajo. Y comenzándose la epístola, súbitamente se sintió sana; mas no quiso decir nada por no turbar el oficio de la misa, la cual acabada, se levantó en pié, y dijo á las madres: Yo, por la gran bondad y misericordia del Niño Jesus, estoy sana. Entónces una de las madres que traía un bordon en la mano se lo dió, pareciéndole que tendría necesidad de él para andar aunque estuviese sana; mas ella tomándolo en la mano comenzó á andar por el coro, y vistó que sin él podía muy bien andar lo arrojó. Entónces fueron tantas las lágrimas y sollozos de las religiosas y las alabanzas y gracias que daban á Dios, y tanta la admiracion y espanto de ver andar por su pié á quien ocho años habían visto andar con muletas, y tanto el rebullicio del coro, que toda la gente que estaba en la iglesia hubo de saber lo que pasaba: y todo aquel día andaban las religiosas atónitas, considerando aquella maravilla. Entónces la maestra sobredicha de esta religiosa, fué al Niño Jesus, que estaba en el mismo coro, y hecha un río de lágrimas de alegría y devocion, tomó el Sagrado Niño en las manos, y no se hartaba de darle besos, diciendo: Señor mío, sanaste á la Cervera, que éste era su nombre, repitiendo esta palabra muchas veces.

Mas no contento el Santo Niño con esta misericordia, porque sus obras y mercedes son perfectas, tambien la sanó de la enfermedad de la epilepsia que arriba dijimos. Porque llegando luégo el primer día de enero, cuando se esperaba este accidente, no le acudió: ántes ese día despertó ella á los maitines tañendo, como en su costumbre, las tablas, y ni en ese día, ni hasta hoy más le vino tal accidente. Este milagro se publicó luégo por toda la ciudad, y por todos los lugares vecinos, é hizose de él informacion jurídica por el Ordinario, la cual yo leí. Y no

contento con este argumento de la verdad, quise que tambien los ojos fuesen testigos de ella. Porque fuí al monasterio, y llamadas las madres al coro bajo, hallóse con ellas esta religiosa, y roguéle que andubiese delante de mí, y así lo hizo, andando tan bien como si nunca mal hubiera tenido. Y hoy día es viva, y su salud da testimonio de esta maravilla. Tenía esta religiosa allí una tía, prelada de aquel monasterio, que más era madre que tía, y así ella todos estos años la curaba con mucha costa y trabajo como á hija. La cual estos primeros días del milagro andaba como espantada y pensativa, y diciéndole las religiosas: ¿Qué es esto, madre? Todas andamos alegres por lo que hemos visto, ¿y vos andáis tan triste y pensativa? Respondió ella: Madres, no ando en mí de espanto de esta maravilla que he visto, y de esta tan grande merced que nuestro Señor me ha hecho. Este es sumariamente el milagro que acaeció este día, en que el Niño Jesus nació. Mas quien oyese aquellas religiosas contar esta historia con todas las particularidades y circunstancias de ella, como ya la oí, no creo que por duro corazon que tuviese, dejaría de derramar muchas lágrimas de devocion y admiracion.

Mas no fué solo este milagro, porque otros muchos sucedieron despues. Mas yo entre todos éstos no contaré más que uno muy señalado y muy público, y de que tuve muy particular informacion. Moraba cerca de este monasterio una muy virtuosa mujer, tan sencilla y mansa como una paloma. Esta había cuatro años que estaba tullida de las piernas en una cama, y juntamente con esto padecía muchos accidentes trabajosísimos. Y cuando esta doliente había de confesar y comulgar, llevábanla en una silla á la iglesia de este monasterio. Yendo, pues, un día segun tenía por costumbre, á lo dicho, acabando el sacer-

dote de darle el santísimo Sacramento, dijole: Esperad aquí, y ofreceros habéis al Niño Jesus. Tomó, pues, el sacerdote al santo Niño del altar, y púsoelo delante, y llegando ella con las manos á la ropita del Niño Jesus, parecióle que interiormente le dijeron: Levántate. Y comenzando á levantarse, su padre, que estaba al lado, creyendo que le acudía alguno de los accidentes acostumbrados, comenzó á tenerla. Respondió ella entónces: Yo me puedo levantar. Y así se levantó sana la que tanto tiempo había estado tullida; y así sana, por sus propios piés volvió á su casa, quedando atónita la gente que en la iglesia estaba, la cual se fué en pos de ella, espantándose de ver andar por sus piés la que ántes llevaban y traían en una silla. Y decía ella, que así como cuando llevan un hombre á ajusticiar va mucha gente tras de él, que así la seguía toda aquella gente hasta su casa, pasmados de ver tan grande maravilla. De este milagro toda aquella gente fué testigo. Quise yo tambien informarme de la enfermedad por el médico que la curaba, por nombre Fragoso, el cual, como testigo de vista, me dió informacion, así de los años que la enfermedad había durado, como de la causa de ella; y no contento con esto, fuí cuatro ó cinco veces á casa de esta doliente, por la admiracion y gusto que recibía de oir la historia de este milagro con todas las circunstancias de aquella enfermedad y de la cura de ella. Y acuérdaseme, que la postrera ida fuí sólo para saber, si cuando volvió á su casa llevaba algun bordon en la mano, presuponiendo que las curas milagrosas de Dios han de ser perfectas. Respondióme que no lo llevaba. Sabía de esta enfermedad otro principal médico de aquella ciudad, por nombre Ariez Diaz, y espantado de tan gran maravilla la visitó, y rogó que anduviese delante de él para ver con los ojos lo que la fama

había publicado, y así se hizo, dando él gracias á Dios por ver lo que veía.

§ XIII.

Prosigue la materia de los milagros.

No quiero perder de vista al Niño Jesus, el cual, aunque Niño, es todopoderoso para hacer maravillas. Y así es la que ahora contaré, la cual no há diez años que aconteció en un monasterio de monjas de san Bernardo, que está en la villa de Coz, término de Alcobaza. En este monasterio adoleció en principio del mes de octubre una novicia de edad de doce años. Y sería largo proceso contar los accidentes que pasó en esta enfermedad, así de epilepsia como de otros á que los médicos nunca pudieron dar remedio. De lo cual las monjas recibían grande desconsolacion, viendo lo que aquella niña día y noche padecía, sin hallarse remedio ni alivio para tanto mal. Duró este trabajo desde el día de san Martin hasta Navidad. En el cual tenían las religiosas en un cierto lugar del monasterio el santo pesebre, y el Niño Jesus puesto en él, con la imagen de su santísima Madre. Dijeron, pues, á la enferma si quería que la llevasen á presentar al Niño Jesus, que estaba en este pesebre. Respondió ella que sí, tomaronla en brazos, porque ella no podía andar, y presentándola al santo Niño, pusiéronselo en las manos. Entonces ella, puesto los ojos en la imagen de la Virgen, comenzó á decirle: Señora, no os lo tengo de dar hasta que me déis salud para serviros. Y repitiendo muchas veces estas palabras, las religiosas la exhortaban á eso, diciendo: Decid, niña, decid. De ahí á poco derribóse la enferma en tierra, y estuvo por un buen espacio como durmiendo, hasta que las monjas que presentes estaban, te-

miendo algun mal, la volvieron en su acuerdo. Entónces ella: ¿Para qué, dijo, me despertásteis? Porque estuve yo ahora viendo otra Señora, otro Niño y otro pesebre muy diferente de este que aquí está. Y dicho esto, por la virtud admirable de este santo Niño y de aquella Madre de Misericordia, que de tantos trabajos en tan tierna é inocente edad se compadeció, se levantó tan sana como si ningun mal hubiera tenido, quedando las monjas atónitas de ver esta tan grande maravilla, y dando gracias á nuestro Señor por ella. Y luégo la madre abadesa mandó á una religiosa que escribiese toda esta historia de la manera que había pasado, la cual yo leí y tuve en mi poder. Y habrá dos años que estando en Alcobaza el serenísimo cardenal infante D. Enrique, que ahora es el rey nuestro señor, fué á visitar á este su monasterio, y allí las monjas le presentaron esta religiosa en quien nuestro Señor obró esta maravilla el mismo día que tuvo por bien de nacer en este mundo por nuestra salud.

Con esto contaré otro milagro no ménos público y que declara el grande amor que nuestro Señor tiene á sus santos. Hubo en nuestros días una mujer que moraba en Roma, á quien Dios se había mucho comunicado; la cual, entre otras asperezas con que afligía su cuerpo, una era traer ceñida una cadena de hierro á las carnes. Falleciendo ella, el confesor, que conocía su santidad, tomó aquella cadena como cosa que él mucho estimaba. E yendo á Roma el reverendo padre fray Francisco Forero, despues de concluído el santo concilio Tridentino, y teniendo amistad con este padre confesor, recibió de él como cosa de mucho precio un eslabon de aquella cadena. Y venido este padre á este reino, y siendo provincial de nuestra provincia, llegó á Avero, donde hay un solemne monasterio de monjas de su misma órden; y entrando á

visitar la casa supo que estaba allí una religiosa noble, pero tan enferma, que ya todos los físicos de allí y otros que vinieron de Porto la tenían desconfiada, y sus hábitos eran ya dados por amor de Dios conforme al estilo de aquella casa. Estaba ella paralitica de un lado, y tenía sobre la region del hígado una dureza grande como la de un ladrillo, y en los labios le nacían unas escamas amarillas. Y la flaqueza era tan grande, que para hacerle la cama la sacaban en peso en una sábana, porque de otra manera era imposible. Fué el padre provincial susodicho á visitarla, y animóla á estar muy conforme con la voluntad de nuestro Señor en todo lo que de ella dispusiese; y junto con esto le dejó aquel eslabon de la cadena que consigo traía, diciéndole que era de una santa mujer. Ido él al monasterio de sus religiosos, que está allí junto, la doliente puso el hierro en el oído de aquel lado paralitico, del cual no oía, y luégo oyó, y dijo á su enfermera: Hermana, yo oigo. Respondió ella: Pues ponadlo sobre la dureza del hígado. Hizolo así, y súbitamente por virtud de nuestro Señor y por el mérito de su sierva, se deshizo aquella dureza y se sintió perfectamente sana. Sonó esto por todo el convento; acuden luégo todas las monjas y vístienla con hábitos prestados, porque los suyos eran ya dados, y van todas ellas al coro con la doliente, que iba por su pié, á dar gracias al Señor por este milagro, y esto con muchas lágrimas y sollozos. Fueron luégo con la nueva de esto al provincial, que acabando de llegar á su monasterio comenzaba á comer, y dánle cuenta de lo que pasaba. Y acabada la comida fué al monasterio, y la religiosa vino por su pié al locutorio enteramente sana, y así lo estuvo siempre. Esto supe de la boca de este padre provincial y de un honrado compañero que consigo traía, y despues del padre prior del convento de

Avero, que es tambien vicario de las mismas monjas, con quien muchas veces platiqué sobre este milagro. Y para más plenaria satisfaccion escribí á la madre priora de aquel convento que me escribiese muy por extenso la historia de este milagro; y así lo hizo y me lo envió, confirmado con el testimonio de las madres más principales de aquel monasterio, que hoy día tengo en mi poder. Donde al fin de él dicen que dan gracias á nuestro Señor por haberles dejado ver en sus días esta tan grande maravilla. Servirá este milagro, como dije, para que se vea cuánto nuestro Señor ama y honra á sus fieles siervos, que tanta virtud y poder da á las cosas que tocaron en sus cuerpos, pues al cabo de tanto tiempo y de tanta distancia de lugares quiso que aquel pedazuelo de hierro tuviese poder sobre todas las medicinas y leyes de naturaleza, dando súbita salud á quien todo el poder de la naturaleza y de la medicina la negaba.

Cerca de esta sobredicha villa de Avero está la ciudad de Porto, donde habrá seis años, poco más ó ménos, que acaeció uno de los más celebrados y festejados milagros que en este reino, y aún creo que en esta edad, han acaecido. Y fué así, que en casa de dos mujeres muy virtuosas había una niña ciega, á la cual ningunas medicinas habían aprovechado. Acaeció, pues, que una moza trajo á esta casa una tohalla, con que estaba ceñido el Crucifijo del monasterio de Santo Domingo de aquella ciudad, para lavarse. Entónces una de las dos hermanas, tomando la tohalla en las manos, dijo estas palabras: Señor Jesus, pues vuestras llagas están abiertas para todo el mundo, tened por bien abrir los ojos de esta niña ciega. Dicho esto con grande fe y devocion, puso la tohalla sobre los ojos de la niña, y súbitamente por virtud de aquellas preciosas llagas se le abrieron los ojos y re-

cibió la vista de que carecía. Quisieran las buenas hermanas encubrir esto, mas no pudo ser, porque la ceguedad era muy notoria á la vecindad, y así tambien la vista. Supo esto el ordinario, y para averiguar el caso tomó gran número de testigos, por cuyo testimonio constó claramente la verdad. Entónces, por comun consentimiento del estado eclesiástico y seglar, se hizo una procesion general y muy solemne, repicándose las campanas de todas las iglesias, llevando la niña en los brazos con una guirnalda en la cabeza, á vista de toda la ciudad, para que todos en comun diesen gracias á nuestro Señor, que así acude á las necesidades de todos aquellos que con fe y devocion le piden socorro. Otros milagros despues de éste se hicieron con la misma tohalla; mas por no ser tan públicos como éste no los escribo.

A este milagro añadiré otro muy notorio. El doctor Guevara, testigo muy abonado, curaba una monja del monasterio de Celas, donde hay gran número de religiosas Bernardas, la cual había tres años que tenía una pierna seca, de que no se servía. Llegó el día de la fiesta de la reina santa de Portugal, de quien rezamos en este reino, cuya vida santísima y milagros andan impresos. Pues esta religiosa por tener especial devocion á esta santa reina, determinó levantarse á sus maitines, adonde la llevaron en una silla, porque de otra manera no podía andar. Estando, pues, en los maitines se halló del todo sana, dando gracias á nuestro Señor y á aquella santa reina, por cuyos méritos había sido curada. Del cual milagro son testigos todas las religiosas de este monasterio.

Y ya que hice mencion de esta reina, no callaré una cosa digna de ser sabida que se escribe en su vida. Tenía ella un muy virtuoso y fiel paje, por cuya mano hacía sus

limosnas. Mas otro paje de perversa condicion, malsinó á este virtuoso mancebo con el rey de tal manera y de tales cosas, que el rey determinó matarlo. Para lo cual mandó á un calero que, cuando en tal día y tal hora enviase un paje á su calera, le arrojase en medio del fuego. Envió, pues, este paje el día y hora que estaba ordenado; mas teniendo él por devocion entrar en las iglesias cuando oía la campanilla de levantar la Hostia, y estar allí hasta el consumir, detúvose tanto en algunas iglesias ordenándolo así Dios, que pasó la hora señalada. Entónces el rey, deseando saber el suceso del caso, envió el otro paje, que era el malsin, á preguntar al calero si estaba ya hecho lo que le mandara. Mas el calero, creyendo que aquel era el paje que el rey le había dicho, lo tomó en brazos y arrojólo en la calera. Y de esta manera aquel soberano Juez volvió por la causa del inocente, y dió al malo su merecido, ordenando que cayese sobre su cabeza la pena que él andaba tramando para el otro, como ordinariamente lo suele él hacer. Con este acaecimiento el rey quedó desengañado, y por la pena de este suceso tan inopinado conoció la inocencia de el un criado y la culpa del otro. Esto no he contado por milagro, sino por historia digna de ser sabida.

§ XIV.

De otros milagros más recientes.

Y porque los milagros que tienen presentes los testigos, suelen mover más los corazones, pido al cristiano lector no se canse de que añadamos otros tres á los que están referidos. Y por ser ellos tan nuevos, me fué necesario pedir licencia á las partes á quien tocaban, para escribirlos. Y primeramente referiré uno tan grande, tan cierto

y tan notorio, que verdaderamente si yo fuera gentil, bastara para convertirme á la fe, no ménos que bastó para ello la cura de la lepra de Naaman por el profeta Eliseo. En esta ciudad de Lisboa está una señora por nombre D.^a Catalina de Tayde, señora de la casa de Villaverde, de cuyas virtudes no se puede aquí decir nada, porque los santos no quieren que alabemos á los vivos, sino á los muertos; porque entónces la alabanza no daña al que alaba, ni al que es alabado. Esta señora, siendo de edad de trece á catorce años, tuvo una gran enfermedad de accidentes tan recios, que la ponían en el hilo de la muerte; y llegó tan al cabo, que le tenían ya aparejada la mortaja. En este tiempo, una ama que la había criado, y de ella esperaba el remedio de su vida y de sus hijos, fué á una casa de Nuestra Señora, y con grandes gemidos y lágrimas le pedía la vida: por las cuales es de creer que Nuestra Señora se la concedió; y así poco á poco volvió sobre sí, pasados tres meses y medio de la enfermedad; mas quedó paralicada de todo el lado izquierdo, y con un tan gran temblor en toda esta parte, que si alguno llegaba á tenerle el brazo, tambien le temblaba á él. Duró esto no ménos que nueve meses, en los cuales todos los mejores médicos de esta ciudad, usando de todos los remedios posibles, no le pudieron dar salud. Mas ella todavía tenía confianza en Nuestra Señora, que la sanó de tan desconfiada enfermedad, que le había de dar entera salud, diciendo que Nuestra Señora no hacía las mercedes partidas. Pasados estos nueve meses, lleváronla á un monasterio del Cármén, que está en la misma villa suya, cuya iglesia se llama Nuestra Señora de las Reliquias, y es casa de mucha devocion y concurso de romeros. Puesta ella ante la imagen de Nuestra Señora, oyó á una vieja que estaba á sus espaldas, pedir con

grande ansia y devocion á Nuestra Señora, salud para un hijo que tenía enfermo. Entónces ella tomó de aquí ocasion para hacer oracion á Nuestra Señora, diciendo: Señora, si yo tuviera la fe de esta buena vieja, vos me daríais salud. Y diciendo estas y otras palabras semejantes con toda devocion y confianza, súbitamente por virtud de aquella Señora, que es Madre de misericordia, se sintió totalmente sana. De lo cual quedó tan espantada, y como atónita, que no sabía parte de sí. Finalmente, ella se levantó luégo, y por su pié se fué á la condesa su madre, que estaba en la misma iglesia, la cual tambien quedó atónita de esta maravilla. Y toda la gente que estaba en la iglesia, que era mucha, porque era domingo, comenzó á dar voces: Milagro, milagro. Y viendo esto los padres del monasterio, comenzaron á dar gracias á nuestro Señor, y á cantar *Te Deum laudamus*. Y el día siguiente los clérigos de la villa hicieron una solemne procesion por esta causa, en la cual toda anduvo esta señora á pié, siendo verdad que en todos los nueve meses ya dichos, no podía dar un paso sino con una muleta en un lado, y teniéndola de un brazo en el otro. Mas ella quedó tan sana, que decía despues, que la salud que daba Nuestra Señora era piedra y cal. De lo cual es argumento que ahora está cada día en la iglesia desde la mañana hasta las diez ó las once, de rodillas, sin sentarse ni cansarse. Y en memoria de este beneficio hace esta señora cada año, el mismo día de la salud, una solemne fiesta á Nuestra Señora, y ese día guardan todos sus criados y familia, como día de fiesta, en memoria de este milagro. De este milagro son testigos todos los moradores de la villa y la familia de esta señora, y los padres que moran en aquel monasterio. Y á la fama de él acúdió luégo mucha gente de los pueblos comarcanos, para ver esta obra que

la Virgen Nuestra Señora había hecho, compadeciéndose de tan larga enfermedad. En lo cual veremos, cómo no solamente hace nuestro Señor milagros para confirmacion de la fe, sino tambien para remedio de algunas extremas necesidades ó enfermedades, que carecen de remedios humanos, cual fué ésta, con las cuatro que ántes de ella referimos. Mayormente cuando la inocencia de la vida, y la pureza virginal se junta con la enfermedad, como en estas personas acaeci6, por ser esta virtud tan agradable á la Virgen de las vírgenes, y al Cordero que ellas siguen por do quiera que va.

Otro milagro de diferente materia que ahora contaré, aunque fué y es muy notorio, todavía estuve en duda si lo escribiría. Mas acordándome que es semejante al que hizo san Benito restaurando un vaso de barro, que en manos de su ama se había quebrado, y á otro semejante que se cuenta en la vida de san Antonio, y á otro que cuenta san Gregorio en sus Diálogos, de un santo varon que juntó los pedazos de una lámpara, y así la volvió á la entereza que tenía, me pareció que debía contar éste, por parecerse con aquéllos, y las personas á quien esto acaeci6 hoy día son vivas. Quería un caballero morador en la villa de Setúbal ir á pescar, y mandó á una criada que le trajese una caña de pescar que él tenía muy buena. Y esta criada, queriendo limpiar la caña del polvo, puso la punta más delgada de ella en tierra, y cargó tanto la mano que saltaron dos pedazos, que cada uno sería del tamaño de un dedo de la mano. Mas la señora que presente estaba, temiendo el enojo del marido, volvióse á Nuestra Señora, y á una ama suya difunta, que la había criado, á encomendarse, de cuya santidad y milagros, se podía escribir mucho, porque yo la traté familiarmente; la cual hervía tanto en amor de Dios, siendo

ya mujer de edad, que algunas veces decía: Toda el agua de aquel mar no podrá apagar el fuego que me arde en este corazon. Hecha, pues, esta oracion, el caballero que estaba en la portada de su casa, pidió la caña, y llevándosela, en el camino se enteró, de la misma manera que estaba, y con el mismo prendedero de un torzal blanco, donde se traba el sedal. Y acudiendo á fuera un hijico de esta señora, y viendo la caña entera, volvió corriendo á su madre, diciendo: Señora, la caña está sana, la caña está sana. Ella entónces le dió un bofetón, diciendo: Toma esto, rapacillo, porque no mintáis. Acudió luégo una criada, y viendo entera la caña, corrió á su señora con gran espanto, diciendo lo mismo. Respondió la señora: ¿Tambien mentís vos como aquel rapacillo? Si yo tengo aquí los pedazos, ¿cómo puede estar la caña sana? Salió luégo una tía de esta señora á ver lo mismo, y viendo que lo dicho era verdad, volvió espantada y como fuera de sí, afirmando la verdad del caso. Supo todo esto aquel caballero, y maravillado grandemente de lo que había pasado, mandó guardar la caña, y no se atrevió más á usar de ella, como de cosa sagrada, y en que Dios había puesto su mano. Y los pedazos de la caña tuve yo algunos años en mi poder para memoria del milagro. Y aunque la cosa sea digna de admiracion, pero no será increíble á quien conociere la virtud y mansedumbre de esta señora, y la santidad del ama que la crió. Pues por este ejemplo entenderemos cuán piadoso padre es nuestro Señor, el cual con tanta misericordia acude á sus fieles siervos cuando le llaman, no sólo en las cosas grandes, sino tambien en las muy pequeñas, cual esta fué. Lo cual confirmaré con un ejemplo de san Bonifacio, que refiere san Gregorio en el primero de sus Diálogos. Este santo siendo aún niño, y estando á la puerta de su casa, vió

venir una raposa, la cual arrebató una gallina, y llevó-sela como otras veces lo solía hacer. Entónces el santo niño á gran prisa entró en una iglesia, y puesto en oracion dijo: ¿Pláceos á vos, Señor, que estas gallinas que mi madre cría para sustentacion de su pobreza, las coma una raposa? Y levantándose la oracion y vuelto á su casa, la raposa volvió, y restituyó la gallina que en la boca trafa, y ella cayó muerta á los piés del niño, pagando con la muerte la pena de su culpa. Pues ¿quién no ve aquí la suavidad, y benignidad, y regalo de nuestro Señor para con las almas puras y simples? ¿quién no se espanta viendo cómo aquel Señor de la majestad, de quien tiemblan los poderes del cielo, responde á la voz de un niño, y acude al remedio de una cosa tan pequeña? Maravíllase con mucha razon Pedro Diácono de san Gregorio, de ver inclinada aquella soberana Majestad á una menudencia como ésta; y responde san Gregorio diciendo, haber sido ésta especial dispensacion de Dios, el cual con esto quiere declarar á sus fieles siervos cuán propicio le hallarán para las cosas grandes, pues así les acude aún en las muy pequeñas.

No me canso en referir cosas que declaren este amor tan regalado de nuestro Señor para con sus amigos. Y así daré fin á esta materia, contando una cosa que declara la ternura de este amor, la cual contaré de muy buena voluntad, porque me pasó por las manos, y es tan reciente, que sucedió el mes de mayo de mil quinientos ochenta y dos. Estaba en esta ciudad de Lisboa una doncella noble, pero muy pobre, la cual entre otras virtudes era muy callada, muy recogida, devota, humilde, mansa, y obediente á sus padres, y así muy querida de ellos. Cayó en una enfermedad, la cual procediendo adelante, vino á parar en ética, y duró toda la enfermedad

nueve meses, llevándola con grande paciencia y hacimiento de gracias. Y cuando ella estaba sola, oíanle algunas veces hablar palabras muy devotas y amorosas á un Crucifijo que allí tenía, y muchas veces le oían decir: Señor mío, ¿cuándo me sacaréis de esta cárcel? ¿Cuándo iré y pareceré delante de vos, y gozaré de vuestra presencia y hermosura? Estas y otras semejantes palabras repelía muchas veces con grande amor y devocion. Por lo cual aquel Señor que es amador de la pureza virginal, y de las almas humildes y mansas que le llaman en el tiempo de la tribulacion le acudió y consoló, certificándola que le cumpliría este deseo el día de su gloriosa Ascension, para subirla este día consigo al cielo. La manera en que esto le fué certificado, no se sabe, porque ella á nadie lo descubrió. Mas quince días ántes de esta fiesta, estando su madre llorando amargamente por ver la hija que tanto amaba desahuciada de los médicos, le dijo ella: Madre, no lloréis, guardad esas lágrimas para el día de la Ascension. Llegó la víspera de este día, en el cual ninguna diferencia había de la disposicion que este día tenía á la de los días pasados. Entónces una huéspeda que estaba en casa muy familiar amiga suya, dijole riendo: ¡Oh! la mentirosa que nos tenía engañados, diciendo que había de acabar el día de la Ascension. A esto la doliente ninguna cosa respondió, aunque estaba certificada de lo dicho. Y luégo, el día siguiente de la fiesta, envió un recado á su confesor, que muchas veces la visitaba, y consolaba, y socorría con algunas caridades, mandándole á decir que se quedase con Dios, porque ella iba á gozar de su Esposo y Señor. Y luégo llamó á la madre, y quitóse unas reliquias que tenía en la cabeza, y dióselas, y un anillo que le había puesto una amiga suya en el dedo, y mandó que se lo volviese. Y mandó que á su ama que

la había criado, le dieseen una camisa nueva que ella tenía, y le pagasen siete tostones que le había prestado, vendiendo para esto un sayo suyo, y que lo demas hiciesen bien por su alma. Acabado esto, y llegada la hora del medio día, tomó el Crucifijo en una mano, y la candela de morir en la otra, y entró en paso de muerte. Como esto vió la madre, díjole: Hija, rogad á Dios que me dé fuerza para pasar este trago. Dijo ella con mucha fe, que sí daría. Y diciendo esto, y hablando palabras devotas con el Crucifijo dió su espíritu á Dios, y acabando de espirar dió el reloj la una, que fué la hora en que nuestro Salvador subió al cielo. En lo cual se verá, como ya dijimos, cuán tierno y cuán regalado es el amor que nuestro Señor tiene á las almas puras y humildes; pues no se contentó con llevar esta alma á su gloria, sino quísole hacer este regalo, que fué revelar le el día de su acabamiento, y que este fuese el mismo día y la misma hora que él subió al cielo.

No es mucho de maravillar que nuestro Señor ame á sus fieles siervos y los trate como á tales; mas lo que pone admiracion, es esta manera de amor tierno y regalado, semejante al que los esposos tienen á sus esposas, y los padres á los hijos chiquitos que traen en sus brazos, regalándolos y besándolos. Lo cual hace muchas veces este Señor, cuyos deleites son conversar con los hijos de los hombres. Y esta es una de las cosas que más poderosamente roba sus corazones, y les hace desear padecer mil muertes por un Señor que tan dulce, tan suave y tan amoroso se les ha mostrado, como lo podemos ver en este ejemplo. Mas la madre, tomando por argumento de la salvacion de su hija el cumplimiento de la profecía susodicha, de tal manera se consoló, que toda se ocupaba en dar gracias á nuestro Señor, que tal hija le había dado,

y tuvo corazon despues de amortajada , para verla y rociarla con agua bendita.

§ XV.

Milagros en la cura de los endemoniados.

Tambien se cuenta con mucha razon entre los milagros que confirman la verdad de nuestra fe, la expulsion de los demonios de los cuerpos humanos. Y ser verdad que haya endemoniados, testifican, no sólo todas las Escrituras que están llenas de esto, mas tambien la experiencia de muchos que los han visto. Y no proceder esto de las influencias y constelaciones del cielo, está claro; porque el cielo no puede hacer cosas artificiales, cuales son las que se ven en los endemoniados. Porque siendo personas ignorantes, hablan en latin y tocan las campanas, y dan señal al tiempo de la salida, y dicen á muchos de los que presentes están lo que ellos hicieron en secreto, y otras cosas semejantes, á las cuales es imposible extenderse las influencias del cielo. Pues estos demonios atormentan fieramente los cuerpos humanos; como parece en *la hija de la Cananea* (1), *que era malamente atormentada de este espíritu maligno*; y en *aquel muchacho lunático* (2), *que muchas veces caía en el fuego*, y en otros infinitos. Y con ser este enemigo tan poderoso y perverso, y desear tanto maltratar las criaturas de Dios, por vengarse en todo del mismo Dios que lo echó del cielo, todavía es poderosamente expelido de los cuerpos mediante las oraciones de la católica Iglesia, siendo conjurado en nombre de la santísima Trinidad, y de Cristo nuestro Salvador. Y por los misterios de su sacratísima pasion, resurreccion, y ascen-

(1) Matth., xv, 22.

(2) Ibid, xvii, 14.

sion, y por los méritos de la Virgen Nuestra Señora, por cuya virtud, mal de su grado, sale del cuerpo afligido, y da señal de su salida, y deja de ahí adelante libre la criatura de Dios. Y para mayor confirmacion de esta verdad, referiré aquí á este propósito dos cosas muy notables, muy públicas y muy dignas de fe.

La primera me contó el muy ilustre y reverendísimo señor don Jorge de Tayde, obispo que fué de Viseo, y ahora capellan mayor del rey don Enrique, nuestro señor. Dijome él, pues, que en esa ciudad de Viseo había una mujer casada con un hombre del pueblo, que era malamente atormentada del demonio: la cual, para remedio de este tormento, confesaba y comulgaba algunas veces, é iba en romería á muchas casas de devocion. Pasarían en esto más de dos años; pero el señor obispo no daba oídos á este negocio, por no creer que esto fuese cosa del demonio, y así estuvo muy incrédulo mucho tiempo, hasta que finalmente fueron tantos los indicios de la verdad, que lo hubo de creer, y se determinó de pelear con aquella bestia fiera con las armas de la fe y exorcismos de la Iglesia. Y para esto ayunó los tres días que se mandan ayunar para este efecto, y decía cada día misa con toda la devocion que le era posible, como comenzándola á las seis de la mañana; y acabada la misa, así como estaba revestido, batallaba hasta las once del día con aquel mal espíritu. Duró esto cinco días, sin que el demonio obedeciese á los exorcismos, en los cuales algunas palabras se entrometían, que el demonio sentía mucho, y entónces hacía grandes bascas, y atormentaba tan fuertemente á la pobre mujer, que á veces se le hinchaba tanto la garganta, que venía á estar casi igual con la punta de la barba. Y las palabras con que el demonio más se embravecía, eran éstas: Mal aventurado de tí, que para siempre no

has de ver á Dios. Otras veces le decía en latin : *Derequisti Dominum Deum tuum, et oblitus es Creatoris tui.* Que quiere decir : Desamparaste á tu Señor Dios, y olvidaste de Dios, tu Criador. Y cada vez que se le decía alguna palabra de éstas, hacía aquel espíritu tan grandes bascas, y atormentaba tanto la pobre mujer, que era menester que su marido, que presente estaba, y otros tuviesen mano en ella. En esta sazón oyó este señor que los que asistían á estos exorcismos ponían duda si esta mujer había sido bautizada. Y hecha inquisicion sobre ello, hallóse que al tiempo de su bautismo hubo un gran alboroto en la iglesia, por haberse allí notificado al cura de parte del prelado, que desistiese de su oficio; por lo cual no acabó lo que había comenzado. Habida, pues, esta informacion, este señor se determinó de la bautizar; y para esto mandáronla salir fuera de la iglesia, para hacer los exorcismos acostumbrados; en lo cual hubo gran dificultad por la resistencia del demonio, y no ménos la hubo acabados los exorcismos á la entrada. Llegada, pues, á la pila del bautismo, quitada la toca para bautizarla, pronunciando este señor estas palabras : *Ego te baptizo, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti,* en ese mismo punto la buena mujer levantó las manos, diciendo : Bendito y alabado sea el nombre de Dios, que ya me ha dejado. Con lo cual los que presentes estaban, con toda devocion alabaron al Señor, viendo aquella súbita y maravillosa virtud del santo bautismo. Y para más certificarse este señor de esta maravilla, tornóle á decir aquellas palabras susodichas, con que el demonio hacía tantos visajes, y ningun sentimiento hizo la mujer. Entónces él acabándola de bautizar, la confirmó, y allí mismo la hizo recibir de nuevo con el marido, que presente estaba, porque ántes del bautismo no había sido sacramento, su

matrimonio. Esto acaeció en la ciudad de Viseo, en la capilla de santa Marta, pocos años há. Pues ¿quién no ve cuán grande testimonio sea este de la verdad de nuestra fe, y de la virtud del santo bautismo, y de la pasión y nombre de Cristo, con cuyo poder es vencido el poder de los infiernos? De este milagro es testigo, no sólo el señor obispo susodicho, que es hoy día vivo, sino todos los que presentes se hallaron. Ni es para callarse otra cosa que en esta hora sucedió, ántes que la mujer fuese libre del demonio. Porque diciendo este señor misa, el que le servía dióle al principio de ella agua por vino, porque el vino era blanco, y así hubo lugar este yerro; más al tiempo de consumir entendió el defecto, y luégo echó vino en el cáliz, y lo consagró y recibió, sin que persona de la iglesia entendiese lo que pasaba, más así como él consumió el agua por vino, la mujer endemoniada que estaba al cabo de la iglesia, dió una grande risada, y nadie entendió la causa de ella, sino quien decía la misa; porque conoció que el demonio festejaba mucho aquel defecto.

A este propósito referiré otra cosa muy semejante, que debajo de juramento contó á mí y á otras personas el doctor Barbosa, médico del rey don Enrique, nuestro señor. Y fué así: que él tenía una esclavilla de edad de nueve años, traída del Brasil, que es tierra de gente infiel y muy bárbara. Mas la esclavilla era muy servicial y de muy buenas manos, la cual era fieramente atormentada del demonio, mas su señor, creyendo que esto podía ser enfermedad de epilepsia ó gota coral, usó de cuantos remedios la medicina enseña para estos males, sin seguirse de ellos provecho alguno. Y desconfiado ya de los remedios, procuró saber de los que esta esclavilla trajeron de su tierra, si había sido bautizada. Y entendiendo que no lo era, ordenóle su bautismo con su torta de pan y candela, y con

todo lo demas que para esto se requería, y así fué bautizada. Y desde aquel día hasta lo postrero de su vida, ninguna cosa hubo en ella de las que ántes padecía. Aquí no há lugar fingimiento, porque en tan tierna edad no se pueden sospechar fingimientos, y más tan costosos y de tan largo tiempo. Pues aquí tenemos otro milagro, y otro no ménos ilustre testimonio de la virtud del santo bautismo, y por consiguiente de la verdad de nuestra fe.

A este testimonio de nuestra santa fe y religion añade otra cosa, y es que ántes de la pasion de nuestro Salvador, los demonios hablaban por boca de los ídolos, y respondían á los que les preguntaban; y con esto traían engañado el mundo, haciéndole creer que el ídolo era Dios vivo, pues hablaba y adivinaba. Mas despues de la gloriosa victoria y triunfo de la Cruz, con la cual fueron quebrantadas las fuerzas de esta antigua serpiente, así como su señorío se fué apocando, así estas respuestas fueron cesando: lo cual, no sólo testifican escritores cristianos, sino tambien gentiles. Porque Plutarco, gravísimo autor, y maestro que fué del emperador Trajano, escribió un libro en el cual trata este argumento, que es, por qué habían cesado en sus tiempos las respuestas de los dioses que ellos solían dar. El veía en el mundo este efecto, más no sabía la verdadera causa, que era la victoria de Cristo contra el demonio.

Y pues hemos llegado á este paso, no dejaré de referir aquí una singular obra de Dios y una maravillosa conversion de un sacerdote de Apolo: la cual refiere Eusebio en la *Historia Eclesiástica*, tratando de las virtudes y milagros de Gregorio, obispo de Ponto. Dice, pues, él, que caminando una vez este santo varon por los montes Alpes en tiempo de invierno, y llegando á la cumbre, siendo ya cerca de la noche, halló todo el monte lleno de nieve, y

ninguna casa y lugar do se abrigase. El sacerdote de aquel templo tenía costumbre preguntar allí á Apolo, y recibir sus respuestas, y referirlas á los que le consultaban, y con esto ganaba su vida. Despues que allí estuvo Gregorio, venia el sacerdote, segun acostumbraba, y proponía sus preguntas y demandaba respuestas, y nada se le respondía; ofrecíale más sacrificios, y ninguna cosa aprovechaba; acrecentaba ofrendas, y todavía perseveraba mudo. Y como el sacerdote se congojase espantado del nuevo callar de su Dios, aparecióle el demonio en sueños la noche siguiente, y dijole: ¿Para qué me llamas allí donde ya no puedo venir? Y preguntado por la causa, dijo: Que despues que allí entró Gregorio había sido desterrado. Pidióle el sacerdote remedio, y el demonio respondió que por ninguna vía podía más entrar en el templo, si Gregorio no le alzaba el destierro. Oído esto, el sacerdote se puso luego en camino, y siguió á Gregorio fatigado de pensamientos, hasta que le alcanzó. Al cual descubrió lo que pasaba, pidiéndole remedio en recompensa del hospedaje y abrigo que en su templo halló en la necesidad del frío; porque su Dios se querellaba, y él perdía su mantenimiento; así que le rogaba restituyese á ambos en su primer estado. El santo varon sin detenimiento escribió una carta de esta manera: Gregorio á Apolo. Yo te permito volver á tu lugar, y hacer lo que solías. Recibió el sacerdote esta carta, y llevóla al templo, y en poniéndola en la mano del ídolo, luego el demonio entró en él, y respondió á lo que fué preguntado. Entónces el sacerdote, volviendo en sí, dijo: Si Gregorio mandó, y Dios huyó, y si Gregorio mandó y Dios volvió, ¿cómo no es mejor Gregorio que el dios que obedece mandamiento de Gregorio? Dicho esto cerró las puertas del templo, y volvió en seguimiento de Gregorio, llevando consigo la carta que le había dado, y

descubrióle por orden lo que había pasado; y derribándose á sus piés, le rogó que por sus manos le ofreciese al verdadero Dios, por cuya virtud los dioses de las gentes obedecen á sus siervos. Y como porfiase y perseverase en su demanda comenzóle á enseñar la católica doctrina. Y viviendo por algun tiempo castísima y abstinentísimamente, dejados, no solos los errores paganos, más todos los ejercicios y los bienes mundanales, fué bautizado. Y tanto creció en virtud y merecimiento de vida, que fué sucesor de Gregorio en su mismo obispado. Y no solamente se señaló en obras de excelentes virtudes, más asimismo en doctrina y en declaracion de las divinas Escrituras. Hasta aquí son palabras de Eusebio: las cuales quise referir aquí, no sólo para el propósito de la victoria de Cristo contra los demonios, sino tambien para que se vean las maravillas de las obras de Dios, y los medios de que usa para salvar las almas, y *hacer de las piedras hijos de Abrahan* (1).

CAPÍTULO XXX.

DEL MAYOR DE TODOS LOS MILAGROS, QUE FUÉ LA CONVERSION DEL MUNDO.

Ahora será razon tratar del mayor de todos los milagros, que fué la conversion del mundo, el cual hace fe y da verdadero testimonio de los otros milagros que para este efecto se hicieron. Bien veo cuánto esta materia sobrepuja toda la facultad de las palabras humanas, y por esto pido yo aquí favor á aquel *Señor que hace elocuentes las lenguas de los niños* (2), y habla cuando él es servido

(1) Matth., II, 9.

(2) II Sap., X, 23.

por boca de las bestias (1), quiera él por ésta hablar alguna pequeña parte de esta tan grande maravilla, la cual suspende y arrebatá con una gran suavidad los corazones de los que la saben estimar, como lo significó el profeta Isaias, cuando hablando con la espiritual Jerusalem, que es la Iglesia cristiana, dice (2): *Levanta los ojos y mira alderredor de tí. Todos estos que ves, se ayuntaron y vieron á tí. Tus hijos vendrán de léjos, y tus hijas se levantarán de tus lados. Entónces verás, y alegrarte has, y maravillarse há, y ensancharse há tu corazon, cuando viéres convertida la muchedumbre de las islas del mar, y la fortaleza de las gentes, que son las naciones principales del mundo, vinieren á tí.* Este singular fruto, que es admiracion de las obras de Dios, junto con la confirmacion y acrecentamiento de la fe, se sigue de esta consideracion.

Pues para entender la grandeza de esta obra, conviene que ponderemos, no sólo la sustancia de ella, sino tambien todas las circunstancias; conviene saber lo que se predicó, y á qué genero de personas se predicó, y qué personas lo predicaron, y cuáles eran los que resistían á esta predicacion, y de qué manera resistían, y finalmente, qué fruto se siguió de esta predicacion. Estas seis circunstancias declararemos ahora por su órden.

I. Cuanto á lo primero, como en el hombre haya dos principales potencias, que son entendimiento y voluntad, á ambas ellas proponían los predicadores las cosas más arduas y dificultosas que se les podían proponer. Porque al entendimiento proponían las cosas siguientes: conviene saber, la resurreccion de los muertos, en la cual obligaban á creer que el cuerpo humano despues de hecho polvo en

(1) Num., xxii, 30.

(2) Isai., lx, 4 et 5.

la tierra, ó quemado y vuelto en ceniza, ó comido de peces, ó aves, ó de otros hombres, había de resucitar el día del juicio, no otro cuerpo fabricado de nuevo, sino el mismo que fué.

Predicaban tambien el misterio de la santísima Trinidad, en el cual, segun la católica doctrina, se ha de creer que el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios; mas que no son tres Dioses, sino un solo Dios. Asimismo predicaban el misterio del santísimo Sacramento del Altar, confesando que por virtud de las palabras de la consagracion, la sustancia del pan y del vino se convertían real y verdaderamente en el cuerpo y sangre de Cristo; y que en cada una de estas partes estaba toda la divinidad y humanidad de este mismo Señor.

Cosas eran estas arduas y dificultosas de creer; pero muy más lo era de creer y confesar la divinidad de Cristo, por las dificultades que á la razon humana se ofrecían para esto. Porque primeramente, como el misterio de la encarnacion y concepcion de este Señor por virtud del Espíritu Santo estaba encubierto al mundo, el Salvador, como dice san Lucas (1), era *tenido por hijo de José*, por saber que era casado con la Virgen. Pues predicar que un hombre *tenido* generalmente por hijo de un carpintero, que con una azuela y una sierra ganaba de comer en su tienda, era verdadero Dios, que había criado el sol, y la luna, y las estrellas, y todo este mundo, era cosa de escarnio para los gentiles. Y así Sapor, rey de Persia, que adoraba al sol, viendo ante sí un caballero cristiano, díjole por escarnio: ¿Pues todavía perseveras en adorar al Hijo del carpintero? A esta humildad se juntaba la muerte de cruz. Y no hemos de mirar la cruz con los ojos que ahora la miramos y reverenciamos, sino con los que en-

(1) Luc., III, 23.

tónces el mundo la miraba y aborrecía. Porque este género de muerte tenían por más ignominioso que ahora es la horca; porque el tormento del crucificado era sin comparacion mayor que el del ahorcado, porque éste se acaba en un soplo, y el otro duraba mucho, y con intensísimos dolores, por ser las heridas en los lugares más llenos de nervios, que son los instrumentos del sentir, y cargando el peso del cuerpo para abajo, estaba siempre creciendo más y más el dolor. Y allende de esto crucificaban al paciente desnudo, que es cosa de gran vergüenza y desabrigo: lo que no hacen con los que ahorcan. Pues segun esto, predicar al mundo que un hombre crucificado en compañía de ladrones era Dios, era tanto y más como decir que un hombre ahorcado era Dios, criador de los cielos, y de la tierra, y del mar. Y que desde la cruz movía los cielos, y sustentaba y gobernaba toda esta máquina del mundo, *era para la opinion de los gentiles*, como dice el Apóstol (1), *pura locura*. Estas eran las cosas que los predicadores del Evangelio proponían al entendimiento humano para que las abrazase y creyese.

Pues no eran ménos arduas y dificultosas para obrar las que proponían á la voluntad, y á los apetitos de nuestra carne; porque los mismos predicadores enseñaban que la vida cristiana era una perpetua cruz y mortificacion de la carne con todos sus aliados, que son todos sus gustos y apetitos. Y así el Señor, como refiere san Márcos (2), *llamando las compañías que le seguían junto con sus discipulos, dijo en comun á todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame*. Negar á sí mismo es contradecir á todos los apetitos y deseos desordenados de la carne, y tratarse en esta parte,

(1) I Cor., I, 18.

(2) Marc., VIII, 34.

no como amigo, sino como á extraño; y tomar su cruz es aparejarse para los trabajos que se han de pasar en la conquista del reino del cielo, y en la vereda estrecha de la virtud; y seguir á Cristo es ir por el camino que él fué, que fué camino de humildad, de pobreza, de paciencia, de obediencia y de cruz.

Pues las mismas lecciones hallaremos en san Pablo (1): el cual dice *que los que son de Cristo crucificaron su carne con todos sus vicios y concupiscencias*. Y mortificada la carne (2), quiere que vivamos segun las leyes del espíritu, que son contrarias á la carne (3): para lo cual es necesario perpetuo pleito y continua guerra con todos los apetitos y sentidos de ella.

Y en la Epístola á los de Corinto (4) declara más en particular los fueros y leyes de esta profesion, diciendo: Hermanos, en todas las cosas nos hayamos como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en persecuciones, en trabajos, en vigiliass, en ayunos, en castidad, en ciencia, en longanimidad, en suavidad en el Espíritu Santo, en caridad no fingida, en tratar verdad, en virtud de Dios; armados con armas de justicia á la diestra y á la siniestra, caminando por honras y por deshonoras, por infamia y por buena fama, tenidos por engañadores, siendo fieles y verdaderos. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Pues ¿cuántas maneras de asperezas se contienen en estas palabras? Esta es, pues, la profesion del cristiano, y esta la filosofia y doctrina que el Apóstol proponía á los fieles, llena de tantas maneras de trabajos.

(1) Gal., v, 24.

(2) Rom., viii, 4.

(3) Colos., iii, 3.

(4) II Cor., vi, 4-8.

II. Ahora veamos cuáles eran los hombres á quien esta ley tan espiritual y tan enemiga de la carne se predicaba. Esto declara el mismo Apóstol en el principio de la Epístola á los romanos (1), y en la Epístola á los de Efeso (2); y notando sus vicios y pecados, dice que como tenían perdida la esperanza de la otra vida, y no pensaban que había más que nacer y morir, se entregaron á todo género de torpezas, y deshonestidades, y codicias, y en esto empleaban toda la vida; y la causa de todos estos males era la idolatría. Porque como la verdadera religion y temor de Dios sea freno de todos los vicios, estando esta tan pervertida, que en lugar del verdadero Dios, adoraban piedras, y palos, y dragones, y cocodrilos, y bueyes, y cabrones, y serpientes, y, lo que peor es, dioses carnales y adúlteros, ¿cómo podrían dejar de ser adúlteros los que tales dioses adoraban, pues en esto los imitaban? Estas, pues, eran las costumbres de los hombres á quien la santidad y pureza del Evangelio se predicaba; estas las tinieblas, y la ceguedad, y el estado miserable en que el mundo estaba tantos mil años había (3). Porque aquel fuerte armado y cruel tirano que trajo el pecado, y con él la muerte del mundo, de tal manera lo tenía oprimido y tiranizado, que era imposible por fuerzas humanas ser librado de su poder. Porque constándonos por las historias que había muchos gravísimos y elocuentísimos filósofos, en aquel tiempo, cuales fueron Aristóteles, y Platon, y Teofrasto, y otros discípulos de éstos que conocían clarísimamente la vanidad de estos dioses adúlteros y bestiales, y el perdimiento y locura de los hombres que los adoraban, nunca hombre de ellos con toda su ciencia, y elocuencia,

(1) Rom., i, 21.

(2) Ephes., ii, 12.

(3) Lue., xi, 21.

y agudeza de ingenio, se atrevió á desengañar los hombres, y sacar al mundo de error tan pestilencial (1); porque á uno que lo tentó hacer, que fué Sócrates, le costó la vida.

III. Ahora veamos cuáles fueron los instrumentos y ministros que Dios escogió para persuadirles esta ley, y juntamente para destruir y desterrar la idolatría del mundo. Para esto se debe presuponer, que el comun estilo de nuestro Señor, como el Apóstol dice (2), es escoger lo más flaco, y más abatido, y desvalido del mundo, y lo que apenas tiene ser, para derribar toda la potencia y sabiduría del mundo. Porque como él pretenda en todas sus obras la gloria de su santo nombre, poca gloria suya sería si con lanzas parejas é iguales armas triunfase del mundo; su gloria es que con cosas flacas y abatidas quebrante la cerviz y poder de los soberbios. De esta manera por medio de una mujer flaca, que fué Judit (3), desbarató aquel grande ejército de los asirios; por mano de solo Jonatas (4), con un solo paje de lanza, el de los filisteos; por mano de Gedeon (5), con solo trescientos hombres, el de los madianitas que eran innumerables; por mano de los mozos de espuelas de los príncipes de las provincias, el del rey de Siria (6). Y el mismo con ranas, y moscas, y mosquitos hizo cruda guerra al rey Faraon (7). Pues ¡qué dice de David (8)! El cual siendo un pobre pastorcillo, sin más armas que una honda y un cayado, entró en desafío

(1) Aug., de Civ., Dei., lib., viii, cap., iii.

(2) I Cor., i, 27-29.

(3) Judith., xiii, 10.

(4) I Reg., xiv, 31.

(5) Judic., vii, 39.

(6) III Reg., xx, 20-29.

(7) Exod., viii, 7.

(8) I Reg., xvii, 43-58.

con un fiero gigante armado de todas armas, y muy diestro en ellas, y le mató, y cortó la cabeza con la misma espada que el enemigo traía. Y Sanson (1) sin más armas que una quijada de una bestia mató mil filisteos armados que venían á dar sobre él. Donde dice san Gregorio (2), que el Salvador, sirviéndose de la rudeza de los apóstoles, convirtió el mundo.

Pues siendo este el estilo de Dios, y siendo tanto mayores sus victorias cuanto más flacos los instrumentos, de aquí es que para una tan maravillosa obra como fué la conversion del mundo, escogió los más flacos y desvalidos instrumentos del mundo, que eran como las heces y escoria de él. Porque escogió doce hombres (3) de esta cualidad, y los más de ellos pescadores, y tan pobres, que algunos de ellos (4) estaban remendando sus redes; hombres sin letras, sin filosofía, sin elocuencia y sin policía. Y sobre todo esto, eran de tan bajos espíritus, que siendo preso el Señor que tantas maravillas en presencia de ellos había obrado, huyeron (5) y le desampararon con tanta cobardía, que uno de ellos que venía desnudo, cubiertas las carnes con una sábana, queriéndole los enemigos prender, les dejó la sábana en las manos, y así vergonzosamente escapó (6). Y lo que más es, el Príncipe de los Apóstoles, el más animoso y esforzado, el que tuvo revelacion del Padre de la divinidad y gloria de su Hijo (7); el que poco ántes se había ofrecido á acompañar al Señor

(1) Judic., xv, 13.

(2) Glosa Interlin.

(3) Luc., vi, 13.

(4) Matth., iv, 21.

(5) Ibid., xxvi, 56.

(6) Marc., xiv, 52.

(7) Matth., xvi, 17.

en la cárcel y en la muerte (1), ese por solo temor de una mozuela, sin más alguacil ni vara de justicia, negó al Señor en la misma casa donde él estaba (2). Pues ¿qué flaqueza, qué cobardía, qué deslealtad iguala con ésta? Y si éste, que era el más esforzado, tan bajos espíritus tenía, ¿cuáles habían de ser los de los otros sus compañeros, que no eran tan animosos, ni habían visto al Señor transfigurado y glorioso como él (3)? Pues ¿qué más flacos instrumentos se pudieran hallar? Pues estos tales ministros escogió la divina sabiduría para derrocar la idolatría y la potencia del mundo, y persuadir á hombres tan abominables cuales eran los gentiles, cosas tan dificultosas de creer, y muy más dificultosas de hacer.

IV. Mas veamos quiénes eran los que resistían á la predicacion del Evangelio. ¿Quiénes? Mas ¿quién no le resistía? Todos los reyes, y emperadores, y monarcas del mundo; toda la potencia del imperio romano, domador y vencedor del mundo, todas las islas del mar; todas las gentes y naciones, no solo de gentiles, sino tambien de judíos; porque la predicacion de la Cruz á los unos era escándalo, y á los otros locura (4). De suerte que en todo lo que rodea el sol, no había nacion ni gente que no estuviese en armas contra la predicacion de la Cruz.

V. Mas ¿de qué manera resistían? Ya está arriba declarado (5), en el testimonio que los santos mártires dieron de nuestra fe con su sangre: que fué con las mayores crueldades y tormentos que todos los hombres instigados y enseñados por los demonios pudieron inventar, y en un cuerpo humano se pueden ejecutar.

(1) I Cor., I, 23.

(2) Luc., xxii, 36-39.

(3) Matth., xvii, 1 et 2.

(4) Cor., I, 23.

(5) Matth., xvii.

§ I.

Prosigue la materia de la conversion del mundo.

Declaradas ya estas circunstancias, comencemos á filosofar sobre ellas, para que clarísimamente se vea que esta obra tan grande no se pudo hacer sin Dios. Estando, pues, el mundo zambullido en tantas maneras de vicios, sin que los grandes filósofos y sábios se atreviesen á darle remedio, y los reyes y gobernadores de la tierra, no sólo no lo procurasen, mas ántes ellos fuesen los autores de tantos males, estos hombres pobres y rudos que hemos dicho, se determinaron de sacar el mundo de tan espesas tinieblas, y desarraigada la maldad de la idolatría, plantar en sus corazones la verdadera religion. Mas ¿con qué fuerzas, con qué riquezas, con qué nobleza, con qué habilidades, con qué artes y ciencias tomaron á pechos esta tan ardua y dificultosa empresa? Ya está dicho poco há. Porque si preguntáis por la nobleza, eran de linaje bajísimo; si por la riquezas, eran pobrísimos; si por la ciencia, eran ignorantísimos; si por la elocuencia, eran de suyo barbarísimos; si por la delicadeza de sus ingenios, eran rudísimos; si por la manera de su vida, eran severísimos y gravísimos perseguidores de todas las deshonestidades y regalos del cuerpo, á que todos los gentiles estaban entregados. Por donde era necesario que todos los aborreciesen, y persiguiesen, como á hombres destruidores, no sólo de su religion, sino tambien de todos sus gustos y regalos.

Pues veamos, ¿qué fin tuvo esa tan grande empresa? ¿Qué acabaron esos ministros que Dios escogió para esta obra? Primeramente acabaron que aquellos dioses adorados y reverenciados en todos los siglos pasados, por todas las naciones, y reyes, y monarcas del mundo, fuesen es-

cupidos, y acoceados, y quemados, y fundidos para hacer de ellos bacías, y calderas, y otros vasos semejantes, como arriba dijimos (1). Y juntamente que sus altares y templos fuesen profanados, y puestos por tierra. Acabaron que creyesen todas aquellas cosas que dijimos ser tan arduas y dificultosas de creer al entendimiento humano, y señaladamente creyesen que un hombre tenido por hijo de un carpintero, y de quien todos sabían que por sentencia de juez había sido azotado y crucificado, que es como decir ahorcado, era verdadero Dios, hacedor de cielos y tierra, y Señor de todo lo criado, y que estando enclavado en la Cruz, movía los cielos, y regía el curso del sol y de la luna, y de todas las estrellas. Pues, ¿qué cosa más admirable que hacer creer esto á los hombres, y creerlo de tal manera, esto es, con tanta firmeza y constancia, que ántes se dejasen hacer pedazos que menoscabar un punto de esta fe? Esta es una de las tres maravillas que, segun san Bernardo, la omnipotencia de Dios pudo juntar en uno, que fueron Dios y hombre, madre y virgen, y fe y corazon humano: queriendo declarar por las primeras maravillas, que eran imposibles á todo el poder criado, esta maravilla de la fe, la que es haber acabado con los hombres que, sin embargo de todas estas dificultades susodichas, abrazasen esta fe. Por donde algunos doctores, queriendo engrandecer esta obra, dicen que no saben determinar cuál haya sido mayor maravilla: ó morir Dios en una cruz por amor de los hombres ó creer los hombres que era Dios el que así murió en cruz.

Acabaron tambien otra cosa no menos dificultosa, que fué la mudanza de las vidas y de las costumbres que ántes tenían, tan mudadas, que de la carne hicieron espíritu, y de la tierra cielo, y de los hombres ángeles. De esto

(1) Cap., xii.

tratamos algo más extendidamente en su propio lugar; mas para entender esto de raíz, era necesario leer las historias eclesiásticas que de esto tratan, y más especialmente las que escriben las vidas de los santos que en aquel tiempo hubo en diversas partes del mundo, de las cuales escribió san Jerónimo, san Juan Climaco, Teodoreto en la *Historia Religiosa*, Paladio, Casiano, Sulpicio Severo en sus *Diálogos*, y despues de todos éstos, san Gregorio en los suyos y otros semejantes autores: los cuales cuentan maravillas de la santidad y pureza de vida que en aquella gloriosa edad florecía, en la cual estaba más reciente la sangre, y la doctrina, y los milagros de Cristo, y de los santos Apóstoles, adonde remitimos al cristiano lector. Mas aquí tocaremos algo brevemente de la santidad de aquellos tiempos, la cual en parte se conoce por la infinidad de mártires que en todas las partes del mundo padecieron constantísimamente, porque imposible era padecer tales tormentos si no tuvieran una fe firmísima, y una esperanza segurísima, y una caridad encendidísima, y una fortaleza inexpugnable, y una paciencia incomparable, y finalmente, todas las otras virtudes que para esta batalla eran necesarias. Porque si es verdad que no puede estar una perfecta virtud sin la compañía de todas las otras, ¿cómo pudieran estar las sobredichas virtudes en grado tan subido sin la compañía de todas ellas? Pues por este indicio entenderemos cuáles eran las vidas de los fieles en aquel tiempo, y cuán admirable fué aquella mudanza, que de hombres tan perversos, cuales eran los que adoraban los ídolos, se hiciesen ángeles y mártires de Cristo.

Acabaron otros, que en el mundo, que era un desierto donde no había sino árboles estériles, que no servían para más que arder en el fuego, ó para llevar manjar de puercos, creciesen árboles que llevasen frutos de vida

eterna; y que los páramos y sequedades se convirtiesen en ríos y fuentes de aguas; y que en las cuevas donde moraban dragones, se hiciesen verjeles y paraísos de deleites. Porque los soberbios y crueles como dragones se hicieron humildes, y los carnales espirituales, y los avarientos liberales, y los crueles piadosos y misericordiosos. Hicieron que los que ántes robaban las haciendas ajenas, diesen por amor de Dios las suyas; y los que toda la vida gastaban en atesorar en la tierra, pusiesen sus tesoros en el cielo; y que los que hacían dios de su vientre, empleando todos sus cuidados y patrimonios en regalar su carne, la afligiesen y maltratasen con asperezas y abstinencias; y los que tenían su propia voluntad y apetito por regla y ley de su vida, derogada esta ley, abrazasen la del santo Evangelio, crucificando su carne con todos sus vicios y codicias.

En lo cual hubo dos grandes dificultades, porque no sólo habían de inducir los hombres á este género de vida tan áspera, sino era necesario desarraigar primero la costumbre envejecida de todos los vicios y destruir los fueros y costumbres de la patria, que habían recibido de sus padres y abuelos, y de todos sus antepasados, confirmadas con la autoridad y ejemplo de todos los reyes, y con la costumbre inmemorial de tantos siglos. Porque la doctrina del Evangelio todo esto condenaba: la cual atraía los hombres de los deleites á la aspereza, de la avaricia al amor de la pobreza, y del camino largo y espacioso de la carne á la senda estrecha del espíritu.

Y esto pudieron persuadir, como dice san Crisóstomo (1), en cuyo tiempo estaba la fe dilatada por todo el mundo, no á diez ni veinte personas, sino á cuantas moraban debajo del sol. Porque en todas las naciones de los

(1) Chrysost. homilia: Quod Christus est Deus. infr. med.

romanos, y persas, y escitas, é indios, y finalmente, griegos, judíos y bárbaros. se edificaron iglesias y altares de Cristo. Y de esta manera, el mundo, que era como un erizo lleno de espinas, fué repurgado y limpiado para que fuese cultivado, y recibiese la semilla saludable de la palabra de Dios. De modo que esta nueva filosofía, no sólo llegó á las tierras vecinas á Jerusalem, de donde ella salió, sino hasta los últimos fines de la tierra, y esto en tan breve espacio, que el profeta Isaías (1) se maravilla de la ligereza con que *los discípulos, á manera de nubes, volaron por todo el mundo*, regando la tierra con la lluvia de su doctrina, para que diese frutos de vida eterna. Y en el capítulo xxiv, despues de declarada por palabras clarísimas la destruccion de Jerusalem y de su pueblo, nos convida á dar gracias y alabanzas al Señor, por haber recompensado la pérdida de esta ciudad y de su pueblo, con la conversion del mundo, diciendo: *Por tanto glorificad al Señor con las doctrinas, y en las islas muy apartadas alabad el nombre del Señor Dios de Israel. Desde los últimos fines de la tierra oímos las alabanzas y la gloria del Justo. Justo llama al Salvador, por ser él por excelencia justo y autor de nuestra justicia.*

§ II.

Prosigue la misma materia.

Mas esta dilatacion de la fe fué mucho mayor en tiempo del cristianísimo y grande emperador Constantino, en cuyo tiempo nació san Jerónimo, el cual toca brevemente esta conversion del mundo en el *Epitafio de Nepociano* por estas palabras: Antes de la resurreccion de Cristo en sola Judea era Dios conocido, y en Israel era grande su

(8) Isai., LX, 4 et 5.

nombre (1); mas ahora todas las lenguas y letras de las gentes cantan su sagrada pasion y resurreccion. Callo las tres naciones de los hebreos, griegos y latinos, las cuales nuestro Salvador dedicó con el título de su Cruz, que en las lenguas de estas tres naciones estaba escrito: ya el indio y el persiano, y el godo y el egipciano saben filosofar y tratar de la inmortalidad del alma que vive despues del cuerpo, que es lo que Pitágoras soñó, y Demócrito no creyó y Sócrates, para consolacion de su condenacion, disputó en la cárcel. La fiereza de los vecinos de Tracia, y aquella gente bárbara vecina del Norte, que andan cubiertos con pieles de fieras, los cuales en los tiempos antiguos sacrificaban hombres en los enterramientos de los muertos, mudaron su barbarismo en la dulce melodía de la Cruz; y la comun voz de todo el mundo es *Jesucristo*. Hasta aquí son palabras de san Jerónimo. El cual, en la epístola que envió á una noble señora romana, por nombre Leta, escribe que un pariente suyo de la nobilísima familia de los Gracos, pocos días ántes había despedazado los ídolos de diversas gentes, de que él allí hace mencion, áun ántes que recibiese el santo bautismo. Y añade luego: La gentilidad padece ya en las ciudades soledad y falta de sus ídolos, y los que ántes eran dioses de las naciones están ya con los buhos y lechuzas encima de los tejados. Las púrpuras y coronas de los reyes resplandecen con piedras preciosas, están hermoseadas con la gloriosa señal de la Cruz. Ya el dios Sérapis de Egipto se ha hecho cristiano, y cada día recibimos en esta tierra compañías de monjes que vienen de la India, de Persia y de Etiopía. El armenio dejó ya sus saetas. Los hunnos aprenden el Psalterio. Los fríos de los scitas, vecinos del Norte, hierven con el calor de la fe. El ejército resplandeciente y

(1) Psal., LXXV, 8.

rubio de los getas trae las señales de la Iglesia; y por esto pelean por ventura con nosotros con iguales fuerzas, porque con semejante religion. Hasta aquí son palabras de san Jerónimo, por las cuales entenderemos cuán dilatada estaba en aquel tiempo la predicacion y fe del Evangelio por todas las partes del mundo.

Sobre lo dicho encarece san Crisóstomo (1) esta maravillosa obra, diciendo que si esta tan gran mudanza del mundo se hiciera en tiempo de paz, donde nadie la contradijera, todavía fuera obra admirable; mas no fué así, sino que todas las gentes, y reinos, y provincias, todos los reyes y monarcas del mundo se armaron y conjuraron contra ella, viendo que esta doctrina escupía sus dioses, escarnecía sus solemnidades, y abominaba sus sacrificios, y pisaba las estatuas de sus ídolos: lo cual los paganos sentían tanto, como nosotros sentiríamos si nos obligasen á hacer con la imagen del Crucifijo lo que nosotros hacíamos con las de sus dioses. Y no contentos los tiranos con quitar la vida á los fieles, inventaban cada día nuevas maneras de tormentos contra ellos: azotes, cadenas, destierros, perdimiento de bienes, fuegos, cruces, parriñas, sartenes, bestias, fieras, garfios y peines de hierro, tinas de aceite hirviendo, cárceles oscuras y hambre continua. Nada de esto bastó para vencer la fe y la constancia de los santos. Mas ántes, lo que sobrepuja toda admiracion, muchos de ellos ardían tanto en el amor de Cristo que deseaban mucho más padecer tormento por él, que los hombres del mundo desean honras y prosperidades, porque entendían cuánta mayor honra era ésta que todas las que el mundo puede dar. Y así escribe el Apóstol en la Epístola á los hebreos (2), hablando de los que entre

(1) Ubi supra.

(2) Hebr., x, 34.

ellos eran fieles, *que habían sufrido con alegría el despojo y robo de sus bienes, como gente que esperaba otros mayores y más durables en el cielo.* Y de los gentiles que habían creído en Macedonia, dice (1) *que afligidos con grandes persecuciones, no sólo no desmayaron, mas ántes recibieron con ellas grande alegría.* Y de los Apóstoles se escribe, que siendo azotados por mandamiento del sumo Sacerdote, *iban muy alegres delante del concilio, por haberlos hecho Dios dignos de padecer injurias por el nombre de Cristo* (2); porque ya el Espíritu Santo les había dado luz para conocer cuán grande gloria era ésta. Este contentamiento hallaban en los azotes los que poco ántes por pura cobardia habían huido y dejado al Salvador solo en medio de sus enemigos; para que por aquí se entienda que esta alegría no nacía de ellos, sino de la virtud del Espíritu Santo, que les había dado nuevo corazon y nuevas fuerzas. Pues ¿qué diré de la alegría con que san Andrés saludó y abrazó la cruz en que había de padecer? ¿qué de la alegría con que el apóstol san Pablo esperaba la hora tan deseada de su martirio?

El cual estando preso en hierros, escribe á los filipenses estas palabras (3): *Si yo fuera ahora sacrificado, alegróme, y gozóme de vuestro bien, y pidoos que os alegréis conmigo, y me déis el parabien de esta gloria que espero.* ¿Quién jamas vió pedirse tal gozo y tal parabien como éste? Esto suelen pedir los amigos á otros amigos cuando han alcanzado alguna dignidad. Mas pedirlo estando en la cárcel, y esperando la espada del verdugo, ¿quién jamas lo vió? Lo que muchas veces se ha visto, es desmayar los hombres, y perder el sueño, y la comida, y toda alegría

(1) Cor., VIII, 1 et 2.

(2) Act., v, 41.

(3) Philip., II, 17 et 18.

quando en tal estado se ven, é ir al lugar de la muerte ya medio muertos. Mas tener tal alegría, y pedir á los amigos que festejasen este día, y que se alegrasen con él, ¿quién jamas lo vió? ¿dónde está aquí el amor tan natural de la vida? ¿dónde el temor natural de la muerte que todos los animales temen? ¿dónde las leyes de naturaleza, que con tan fuertes inclinaciones procuraba la conservacion de cada uno? ¿qué haces aquí, naturaleza humana? ¿quién te ha privado de tus derechos? ¿quién te ha despojado de tus fuerzas? ¿quién te ha así trocado y sujetado á otras nuevas leyes? Pues ¿quién será tan rudo que no vea cómo no obra aquí la naturaleza, sino la gracia? ¿no la virtud humana sino la divina? ¿no el hombre solo, sino Dios con el hombre?

Pues aún más admirable cosa es la que diré. Porque con todas estas máquinas de tormentos, no sólo no pudieron todos los reyes y emperadores impedir la conversion de los hombres, mas ántes, lo que sobrepuja toda admiracion, cuanto más los perseguían, tanto más se convertían, y cuanto más cristianos martirizaban, tanto más se multiplicaban, sabiendo cuántos linajes de tormentos les estaban aparejados, recibiendo la fe. A los cuales la prudencia humana hablaba á cada uno en su corazon, y le decía: ¿qué haces, hombre? ¿qué determinas? ¿qué acuerdo es ese que tomas? ¿no ves que están contra tí armados los reyes y emperadores? ¿No ves que hasta los mismos padres se encruelecen contra sus hijos, y los persiguen como á enemigos por esta nueva doctrina? ¿no ves que es locura dejar los dioses que adoran los emperadores, y todas las naciones del mundo, por adorar un hombre crucificado? ¿no ves las cárceles llenas de hombres presos por esta causa? ¿no ves las justicias y carnicerías que cada día se hacen en ellos? ¿no te espantan los ríos

de su sangre que cada día se derraman por todas partes? ¿pues no está claro que así el demonio como la prudencia del mundo representarían todo esto y mucho más á los corazones de los que de nuevo trataban de convertirse á la fe? Pues todas estas razones y miedos vencieron innumerables hombres, y mujeres, y doncellas, y niños que se convirtieron, sin embargo de ver todo esto cada día con sus ojos. Pues ¿quién no reconocerá aquí la virtud de Dios en tan gran mudanza de corazones? Aquí vemos lo que acaeció á los hijos de Israel en la tierra de Egipto, que cuanto más el rey Faraon los perseguía, y quería disminuir, mandando ahogar los hijos varones, tanto más ellos se multiplicaban (1): así tambien en la conversion del mundo, cuanto con mayor ansia trabajaban los emperadores por apocar el número de los fieles, tanto más ellos crecían, porque el mismo Dios, que allí resistía al rey Faraon, aquí resistía á los emperadores del mundo; y el que allí multiplicaba los hijos de Israel, aquí multiplicaba los fieles. Y si nadie puede negar que allí obraba Dios, mucho ménos lo podrá negar aquí; porque allí Faraon hacía guerra á aquel pueblo mandando ahogar los niños, mas aquí hacían guerra los emperadores con extraños tormentos.

§ III.

Prosigue la misma materia.

Este, pues, dije al principio que era el mayor de todos los milagros, por concurrir en él tantas maravillas juntas. Porque una maravilla fué desterrar la idolatría del mundo confirmada con la costumbre de todos los siglos pasados; otra fué hacer que los hombres creyesen que un

(1) Exod., I, 16.

hombre ajusticiado entre ladrones, y muerto, y sepultado, era verdadero Dios y Señor de todo lo criado; otra maravilla fué mudarse las costumbres de los hombres de una vida tan deliciosa y perversa, á una tan santa y tan áspera; otra fué padecer tantos cuentos de mártires tan exquisitos tormentos con tan grande constancia y alegría; otra fué que miéntras más perseguidos eran los cristianos, más se convertían cada día y se multiplicaban. Y otra fué haber Dios acabado esta tan grande obra por medio de unos pobres pescadores y hombres rudos é idiotas.

Son todas estas cosas juntas y cada una por sí tan grandes y tan admirables, que era imposible acabarse sin socorro sobrenatural de Dios. Y dejados aparte todos aquellos misterios que al principio propusimos de la resurrección de los cuerpos, y de la beatísima Trinidad y del santísimo Sacramento del Altar, pongamos los ojos en solo el misterio de la Cruz, y acordémonos de lo que al principio propuse, que en aquel tiempo era muy más afrentoso nombre el de la cruz, que ahora lo es el de la horca, y el del crucificado que el del ahorcado, por las razones que allí alegamos. Porque pondere ahora quien tiene juicio, ¿qué parecería predicar en aquel tiempo, que un hombre ajusticiado con este tan vergonzoso tormento entre ladrones era Dios; y afirmar esto, no Aristóteles, ni Platon, ni otro algun insigne filósofo, sino unos hombres desharapados, que nunca aprendieron letras ni ciencias humanas? Pues ¿cómo era posible creer esto tantos millares de hombres de todas las naciones del mundo, así sabios como simples, si no fueran movidos por el Espíritu Santo, y convencidos con evidentísimos milagros, mayormente poniendo á manifestísimo peligro sus vidas los que esta fe recibiesen?

Mas para que mejor esto se entienda, pongámoslo en

práctica con algun ejemplo particular. Fué el emperador Constantino uno de los más valerosos emperadores del mundo, así en la guerra como en la paz, segun está ya declarado, el cual, solo poseyó el cetro del imperio romano sin otro compañero. Pues ¿cómo era posible que un príncipe de tan gran valor desechase y pisase todos los dioses de los emperadores sus antepasados, en cuyo tiempo habían ellos conquistado el mundo, y sujetádolo á su imperio, y adorase por único y solo Dios un hombre ahorcado entre ladrones? Uso, como dije, de este nombre por mostrar la ignominia en que la cruz entónces era tenida. ¿Cómo era, pues, posible, que un tan valeroso príncipe tal creyese, si la fuerza de los milagros y la virtud del Espíritu Santo no le persuadieran esta verdad tan ardua, y tan dificultosa de creer, y que esto creyese con tanta firmeza que en todos sus estandartes y banderas no trajese otra señal sino la de la Cruz? Mas entre otros milagros, el primero fué que, habiendo de entrar en batalla contra Majencio, tirano que imperaba en Roma, vió él juntamente con todo su ejército la gloriosa señal de la Cruz hecha en el cielo hacia la parte del Mediodía sobre la tarde, con estas palabras escritas: *Constantino, con esta señal vencerás.* Y Eusebio Cesariense cuenta que él mismo oyó al dicho emperador contar á muchos esta maravilla, y afirmarla con juramento. Y luégo puso esta gloriosa señal en su estandarte, y con ella venció al tirano sin sangre de los suyos ni de los romanos, que era lo que él más deseaba. Pues por este ejemplo se entenderá cuán grande maravilla fué, que, no sólo este emperador, mas tambien tantas diferencias de naciones pudiesen acabar consigo creer que un hombre con tan vergonzoso tormento ajusticiado era Dios. ¿Qué dijeras, Aristóteles, si esto oyeras? Y ¿qué sintieras si á fuerza de milagros lo creyeras, pues

era tan grande la estima que tenías de aquella altísima y divinísima sustancia, que juzgabas por cosa indigna de su Majestad pensar en otra cosa que en su misma grandeza y hermosura? ¿qué sintieras si creyeras que pasó tan adelante la bondad y caridad de este Señor, que vino á hacerse hombre por amor de los hombres? ¿Y cuál fuera tu pasmo, si junto con esto creyeras que ese mismo Señor llegó á padecer la muerte que por ellos padeció? ¿Qué espanto fuera el tuyo, si te vieras sumido en este abismo de tan grande bondad y caridad, y entendieras los frutos inestimables que de esa muerte procedieron?

Esta es, pues, aquella maravilla que el Apóstol encarece cuando dice (1): *Claramente se ve cuán grande misterio haya sido haberse manifestado Dios en la carne, y ser él testificado y aprobado por el Espíritu Santo, ser revelado á los ángeles, y predicado á las gentes, y creído del mundo, que es haber rendido y sujetado los entendimientos humanos á creer cosa tan admirable.*

Esta victoria compara el profeta Isaías con la que alcanzó Gedeon de los madianitas, cuando dice (2): *Alegrarse han, Señor, los tuyos delante de ti, como se alegran los labradores en el tiempo que recogen las mieses, y como se gozan los vencedores habida una gran presa cuando reparten los despojos.* Porque tú, Señor, quitaste de encima de tu pueblo el yugo pesado del enemigo, y la vara de sus hombros, y el cetro del tirano, así como lo quitaste de tu pueblo en el día de la victoria contra Madian. Esta victoria alcanzó Gedeon contra un ejército innumerable de los madianitas, que tenían oprimido el pueblo de Israel (3); al cual mandó Dios que no llevase consigo más que tres-

(1) I Timot., III, 16.

(2) Isai., IX, 3.

(3) Judic., VII, 22.

cientos hombres, cada uno de los cuales llevaba en la una mano una trompeta y en la otra una hacha encendida dentro de un vaso de barro. Y quebrados los vasos resplandeció la luz que dentro estaba, y tocando las trompetas, espantados los enemigos, ordenándolo así Dios, volvieron las armas contra sí mismos, y unos á otros se mataron, y con esta tan gran victoria el pueblo de Israel, que estaba oprimido de los madianitas, quedó libre. Pues ¿qué hombre habrá tan bruto que no vea claramente esta victoria haber sido alcanzada por solo el poder de Dios? Pues con esta manera de victoria compara el Profeta la que Cristo por medio de sus ministros alcanzó del poder y tiranía del principe de este mundo, el cual tenía tiranizado todo el género humano, oprimiéndolo con la pesada carga de los pecados y azotándolo con la vara de sus mismos apetitos y pasiones, pidiéndoles cada día el tributo de aquel primer pecado, que era la muerte y las penalidades que de él se siguieron, con otros nuevos pecados que de aquel procedieron. Porque así como Gedeon con el sonido de las trompetas y con el resplandor de aquellas lumbreras que se descubrieron quebrados los vasos de barro, así el Salvador con el sonido de la predicacion del Evangelio y con la claridad de las virtudes que en las costumbres y vida de los varones apostólicos resplandecía, la cual señaladamente se veía en la mortificacion de su carne con todos sus apetitos, y en la paciencia que tenían en el despedazamiento de sus cuerpos, con estas dos cosas nos libró de la sujecion y cautiverio de este cruelísimo tirano. Pero esta victoria fué tanto más esclarecida que aquélla, cuanto fué mayor cosa librar los hombres del poder de los demonios, que á los hijos de Israel de la sujecion de los madianitas; y cuánto es más triste la servidumbre y cautiverio de las almas que la de

los cuerpos, y cuánto es mayor hazaña sujetar el mundo al imperio de Cristo que vencer un ejército de enemigos. Pues si confesamos que aquella victoria de Gedeon fué milagrosa, ¿cuánto mayor milagro es haber alcanzado ésta con tan pocos hombres, y esos tan rudos y bajos como aquí hemos declarado?

Y para que se vea cuánto esta obra sobrepuja toda la facultad del poder y saber humano, consideremos cuán grandes filósofos y cuán elocuentes y sabios hubo en el mundo, los cuales no fueron parte para acabar esta obra ni sacarlo de tan abominable ceguera y engaño; y miremos por otra parte quiénes fueron los que esto pudieron acabar. Y dejados aparte otros insignes filósofos, pongamos los ojos en solo Platon, que fué, segun Tulio cree, el principal de todos. Cuán grande haya sido la sabiduría y elocuencia de este filósofo, sus obras lo declaran; y no fué menor su virtud y el deseo que tuvo de inducir los hombres al amor de ella. Y viendo que en Aténas nada aprovechaba su diligencia, pasó de ahí á Sicilia y á Cirene, á Egipto y á Italia, para ver si en estos lugares hallaría personas á quien persuadiese la virtud que él deseaba. Pues si la opinion y fama de la virtud pudiera algo, ninguno fué en aquellos tiempos más afamado en la virtud que él. Si la elocuencia es poderosa para persuadir lo que quiere y arrancar de raíz las opiniones falsas, ninguno hubo en Aténas, donde nació y creció la elocuencia, que fuese más elocuente que él. Y para traer los hombres al amor de la virtud, no les ponía delante trabajos, sino la hermosura y la dignidad y gloria que andan en compañía de ella; mas veamos ahora con todas estas partes tan principales, ¿qué acabó con los hombres? ¿qué vicios desterró? ¿qué desórdenes quitó? ¿qué república de la manera que él tanto deseaba fundó? Claro está que nin-

guna. Mas estos nuestros pescadores, idiotas y rudos, y ajenos de todos los artes y letras pulidas, mudaron el mundo, y apartándolo de innumerables vicios y pecados horrendos en que estaba sumido, lo levantaron al amor y estudio de la verdadera religion y santidad; y de tal manera lo armaron y persuadieron, que por no perder la virtud consintiesen en perder la vida. Pues ¿quién no reconoce aquí el poder de aquel soberano Señor que con los hombres más bajos del mundo acabó la mayor obra de cuantas se han visto en el mundo?

Pongamos otro ejemplo. ¿Cuán gran número de predicadores hay hoy día en la Iglesia que toda su juventud gastaron en aprender letras para hacer este oficio competentemente? Pregunten, pues, á alguno de ellos, aunque sea de los más afamados, cuántos hombres de los que estaban envueltos en pecados sacaron de pecado é hicieron amadores de la virtud, y veremos cuán pocos podrán señalar. Y éstos tienen ya medio camino andado, pues predicán á los que ya tienen recibida la fe; ni el que aceptare la doctrina tiene por qué temer cárceles y tormentos como temían los que en aquel tiempo se convertían, ántes con la virtud ganan crédito y reputacion; y con todo esto son tan pocos los que por la doctrina mudan la vida, que los podríamos contar por los dedos. Mas aquellos pescadores, sin embargo de todo lo dicho, fueron parte para que tantas gentes y naciones de tal manera mudasen las vidas, que de hombres infernales se hiciesen divinos y celestiales. Pues ¿qué diré de aquel oficial mecánico que en compañía de otro oficial del mismo oficio *trabajaba noche y día con sus manos para sustentar á sí y á sus compañeros* (1)? El cual con toda esta ocupacion y bajeza de oficio hinchó todas las tierras vecinas al mar

(1) Act., xx, 34.

lírico de la predicacion y santidad del Evangelio. Pues ¿qué cosa más admirable y más fuera de toda esperanza y fuerzas humanas que ésta? ¿quién no ve aquí clara la asistencia y favor de Dios? Esto, pues, baste para que veamos con cuán gran lluvia de maravillas está fundada y confirmada la fe y religion cristiana.

Ni hay para qué hacer mencion de la secta de Mahoma, que tan dilatada está por el mundo; porque ningunas dificultades ni circunstancias concurren en ella de las que aquí hemos declarado. Porque primeramente no propuso este engañador al entendimiento humano cosa alguna dificultosa de creer. Porque no le obligó á creer más de que hay un solo Dios: cosa que todos los grandes filósofos alcanzaron y se alcanza por sola razon natural sin luz de fe. Tampoco á la voluntad y á los apetitos de la carne, propuso otras cosas más de lo que ellos se quieren, que es tener licencia para fornicar, porque la fornicacion simple no la puso por pecado, y tener cuantas mujeres pudieren mantener: cosa que ni en las aves se halla, ni los romanos gentiles usaron. Tal ley como ésta recibieron abiertos los brazos los hombres carnales; porque eso era lo que su carne deseaba. Ni aquí hubo contradiccion de emperadores, ni mártires innumerables que padeciesen por esta ley tan agradable á carne y á sangre; ni fué confirmada con milagros ni con razones, sino con armas, con las cuales se ha dilatado por ser muy grande el poder y señorío que la carne tiene en el mundo, y muy pequeño y estrecho el del espíritu. Ni esta secta en sus principios fué recibida sino de gente bruta y bárbara; como quiera que nuestra religion en sus principios haya sido recibida en las naciones más insignes y políticas del mundo que fueron en el imperio romano, donde estaba la monarquía del mundo; y en Grecia, donde florecían las

escuelas de la sabiduría; y en Judea, donde reinaba el conocimiento del verdadero Dios y doctrina de los profetas revelada por él.

Y quien mirare esta secta, verá que es una ensalada de todas las leyes que hizo este engañador, para atraer á sí los profesores de todas ellas. Porque de los judíos tomó la circuncision y el no comer puerco; de los cristianos tomó decir grandes alabanzas de Cristo y de su santísima Madre, y confesar que Cristo le hacía grande ventaja: y de sí mismo tomó aquel deshonestísimo y sucísimo paraíso de comer y beber, y vicios sensuales de que arriba hicimos mencion, con otras patrañas y fábulas mentirosísimas: como cuando dice, que un pedazo de luna le cayó en la manga, y que él se lo tornó á pegar en su lugar; y otras cosas de esta cualidad, de que está lleno su Alcoran; y al cabo, por quitarse de contiendas, viene á decir que cada uno se salva en su ley, lo cual es imposible, si no es la ley verdadera. Pues si es verdadera la ley de los cristianos, y ella condena todas las otras leyes y las da por falsas, ¿cómo se pueden salvar los hombres en ellas? Mas dejado aparte este monstruo, discípulo de la escuela de Epicuro y de Arrio, vengamos á las profecías con que está confirmada nuestra santísima Religion.

CAPÍTULO XXXI.

DE LA POSTRERA EXCELENCIA DE LA RELIGION CRISTIANA, QUE ES SER CONFIRMADA CON EL TESTIMONIO DE LAS PROFECÍAS.

Despues del testimonio de los milagros síguese el de las profecías, que no es de menor autoridad, pues el uno y el otro tiene por testigo á Dios: el cual sólo por excelen-

cia puede hacer milagros, y solo sabe las cosas que están por venir, aunque sean las que penden del libre albedrío y voluntad del hombre, de lo cual él muchas veces se gloria en el profeta Isaías. Mas aunque el un testimonio y el otro sean de igual autoridad; pero más nos mueve el testimonio de las profecías que el de los milagros: porque los milagros creémoslos, mas no los vimos; pero las profecías juntamente creemos y vemos, porque vemos en nuestros tiempos el cumplimiento de muchas de ellas, como parecerá por lo que aquí dijéremos. De estas profecías, unas son del Testamento Viejo, de que se trata en la cuarta parte de esta Escritura, y otras del Nuevo, que ahora tocaremos.

Entre las cuales pongo en el primer lugar aquella profecía que claramente testifica este soberano milagro de la conversion del mundo, que acabamos de explicar. Porque estando el Salvador vecino ya á su sagrada pasion, viendo que por ella se acercaba la redencion del mundo y la victoria contra el demonio, dijo estas palabras en presencia del pueblo (1): Llegada es ya la hora del juicio del mundo; ahora el príncipe de este mundo ha de ser echado fuera de él; y si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí. Y añade luégo el Evangelista: Esto decia para declarar el linaje de muerte que había de padecer, que era ser levantado en una cruz. Esta profecía denuncia en pocas palabras la conversion del mundo, como dijimos. Porque decir que el príncipe de este mundo ha de ser juzgado y echado fuera de él, es profetizar que el demonio, que en todas las naciones del mundo, y en todo lo que el sol mira, sacado el rinconcillo de Judea, era adorado de reyes, y emperadores, y de todas las gentes, había de ser despreciado y acoceado, es denun-

(1) Joan., xii, 31.

ciar el mayor de los triunfos de Cristo, que fué el de la idolatría, de que arriba tratamos (1). Y decir que siendo él muerto en cruz, traería todas las cosas á sí, es decir que él sería reconocido, obedecido y adorado por verdadero Dios, desechados los falsos y fingidos dioses. Pues esto es acrecentar una maravilla sobre otra maravilla, y un milagro sobre otro milagro. Porque un gran milagro fué la conversion del mundo, como ya vimos; y otro fué profetizarla ántes que fuese, que es cosa que á solo Dios pertenece, como dijimos. Porque decir un hombre de sí lo que ha de hacer adelante, no es cosa nueva; mas decir lo que pende de voluntad de otros, y no de pocos, sino de gentes, y reinos, y príncipes, no es cosa de hombres, sino de solo Dios: el cual con su sabiduría ve todas las cosas que han de ser, y con su omnipotencia muda las voluntades para todo lo que quiere hacer, y así las mudó para que los hombres, dejados sus dioses, adorasen la Cruz y al que en ella fué crucificado. Esta circunstancia de la gloria de la Cruz, la cual tocamos arriba brevemente, engrandece con mucha razon san Crisóstomo (2).

Mas para que entendamos la grandeza de esta gloria, debemos considerar lo que arriba tocamos de la ignominia del tormento de la Cruz. Porque entre cuantas maneras de tormentos habían inventado los gobernadores del mundo, ó para castigar los malhechores, ó para descubrir la verdad de los delitos, cuales eran azotes, cárceles, cadenas, cruces, tenazas, dientes de hierro, plomo derretido, braseros de fuego, aceite hirviendo, y otros tales, que sólo verlos pone horror, este de la cruz se llama en la Escritura maldito (3), por ser el más infame, más

(1) En el cap. xii.

(2) Chysost. Homil. Quod Christus est Deus.

(3) Deut., xxi, 23.

amenguado, más temible y más vergonzoso de todos, como arriba declaramos. Pues ¿qué cosa de mayor admiracion que venir la más ignominiosa cosa del mundo á ser la más gloriosa de él, y mucho más que las coronas reales de los reyes y emperadores, pues estos mismos quitan las coronas, y reciben en sus cabezas esta gloriosa señal? Esta ponen en su púrpura, ésta en sus armas, ésta en sus coronas, ésta en las entradas de los templos, ésta en los altares, ésta en la consagracion de los sacerdotes, ésta en la gavia de los navíos, en los lugares públicos, en la soledad, en los caminos, en los montes, en los cuerpos de los endemoniados y de los enfermos, en las batallas, en las banderas, y finalmente en todas las cosas. Y de esto ninguno se afrenta, ninguno se avergüenza de traer sobre sí la señal del tormento maldito: ántes con ella están los hombres más adornados que con piedras preciosas y collares de oro. Donde vemos cuán diferente orden es el de las obras de Dios, y de los hombres. Vemos en el mundo reyes y príncipes, que mandan las gentes, que mueven guerras, que enseñorean pueblos, que destierran los que quieren, que matan á unos y dan vida á otros. Los cuales siendo tan poderosos, y gloriosos en la vida, son muchas veces despues de ella olvidados de todos, y sus leyes anuladas, y sus estatuas derribadas, y toda aquella su gloria desaparece como humo, ó como una farsa cuando se acaba de representar. Mas ¡cuán diferente camino llevan las obras de Dios! En vida del Salvador la cruz era, como dijimos, señal de maldicion y de ignominia; y despues de su muerte resplandece en el mundo más que el sol, y que todas las estrellas. Antes era aborrecida y temida, ahora amada y deseada. Y así á ella se acogen en todos sus trabajos y peligros los grandes y los pequeños, los señores y los siervos, los reyes y los vasa-

llos, y finalmente todos los estados y condiciones de hombres. Antes de la Cruz el Príncipe de los Apóstoles tembló de las amenazas de una mozuela, y todos sus compañeros huyeron, y desampararon al Señor; mas despues de la Cruz desafiaron al mundo, y acocearon todos los dioses y príncipes de la tierra, burlando de sus amenazas, y despreciando sus tormentos. Y no sólo la Cruz, sino tambien los Apóstoles que la predicaron, los cuales en vida fueron tenidos por las heces y escoria del mundo, despues de ella fueron más estimados y reverenciados que los reyes de la tierra, y sus sepulcros y reliquias tan veneradas, que los mismos reyes tienen por grande gloria ser sepultados cerca de ellos. Pues ya el que puede haber un pedacico de aquel sagrado madero, ¡cuán ricamente lo viste de oro, y perlas preciosas, y lo trae al cuello por ornamento y escudo de todos los peligros! De manera que ésta, que era señal de maldicion, se ha hecho materia de bendicion, muro de seguridad, azote de nuestro adversario, y freno de los demonios. Esta destruyó la muerte, quebrantó las puertas del infierno, despedazó los cerrojos de hierro (1), combatió los castillos del principe de este mundo, cortó los nervios del pecado, libró al mundo de la condenacion á que estaba sujeto (2), y curó la llaga de la naturaleza humana. De manera que lo que no habían podido acabar con los hombres los mares abiertos, y los carros de Faraon anegados, y el maná del cielo, y el agua de la peña dura, y las otras maravillas que obró Dios en la salida de Egipto (3) obró la virtud de la Cruz, no en una sola gente, sino en todo el mundo. En lo cual se verá cuán grande misterio está encerrado en estas tan breves

(1) Esai. al. xlv.

(2) Genes., iii, 3.

(3) Exod. xiv, 16 et 17.

palabras del Salvador: Si yo fuere levantado de la tierra, que es, ser puesto en una cruz, todas las cosas traeré á mí (1). Lo susodicho es de san Crisóstomo.

§ I.

De las profecias de la veneracion de Nuestra Señora, y santa María Magdalena.

Otra profecía leemos en el Evangelio consecuente á ésta (2). Porque derramando aquella piadosa mujer un precioso unguento sobre la cabeza del Salvador, é indignándose de esto los discípulos por lo que allí se desperdiciaba, aprobó el Salvador lo que la piadosa mujer había hecho, y dijo: En verdad os digo que do quiera que este Evangelio fuere predicado en todo el mundo, se dirá lo que esta mujer hizo, en memoria de ella. Así se cumplió, como el Salvador lo dijo. Esta profecía engrandece el mismo san Crisóstomo, por estas palabras (3): En todas las iglesias, los reyes, los cónsules, los duques, los hombres, las mujeres, las personas nobles é ilustres oyen con sumo silencio el oficio de esta mujer. ¿Cuántos reyes ha habido en el mundo, que hicieron grandes beneficios á muchos, que dieron batallas poderosamente á otros, que levantaron sus banderas y triunfos con grande gloria, que gobernaron gentes y edificaron ciudades, y ennoblecieron y acrecentaron sus repúblicas, y con todo eso, así ellos como sus beneficios, están echados en olvido? También ha habido reinas y mujeres clarísimas, las cuales hicieron grandes beneficios á sus pueblos y vasallos, de cuyos nombres no hay noticia ni memoria. Mas esta pobre mu-

(1) Joan., xii, 32.

(2) Matth., xxvi, 7-13.

(3) Chrysost. Homil. I, contra Judæos.

jer, que no hizo más que derramar un poco de ungüento, en todo el mundo es celebrada, y con haber tantos años que esto pasó, no se ha olvidado su memoria, ni olvidará jamas. Y con ser este hecho de poca sustancia, porque ¿qué mucho era derramar un poco de ungüento? y ser particular la persona, y no ser muchos los testigos de esta obra, porque entre los discípulos pasó el negocio, ni ser el lugar público y frecuentado de gentes, sino una pequeña casa; y con todo esto, ni la particularidad de la persona, ni el pequeño número de los testigos, ni la oscuridad del lugar han podido oscurecer la memoria de esta mujer, la cual hoy día está más celebrada que todos los reyes y reinas del mundo. Pues ¿quién fué poderoso para hacer que este Evangelio se predicase por todo el mundo, y quién pudo profetizar tantos años ántes lo que ahora vemos cumplido y cumplirse cada año? ¿no está claro que nadie pudo hacer esto, sino Dios, ni profetizarlo ántes que fuese, sino él?

Con esta profecía podemos juntar otra semejante á ella, pero áun más ilustre: la cual profetizó en su cántico la serenísima Virgen Nuestra Señora, cuando dijo (1): Porque el Señor tuvo por bien poner los ojos en la humildad y bajeza de su sierva; por tanto, me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Todas las circunstancias con que san Crisóstomo engrandece el milagro de la profecía pasada hay en ésta y algo más. Porque la fama de aquella mujer, solamente corre dentro de los términos de la Iglesia católica y de las naciones que han recibido el Evangelio; mas la gloria y alabanza de esta Virgen pasa más adelante, porque demas de esto, corre por todas las naciones de moros y de turcos, los cuales, con toda su infidelidad, engrandecen el nombre de Cristo y de su

(1) Luc., I, 48.

santísima Madre. Y así en el Alcoran leemos grandes alabanzas, así del Hijo como de la Madre; y esto en tanto grado, que ellos rezan á Nuestra Señora la oracion del *Ave Maria*, quitándole aquella palabra, *Madre de Dios*. Porque gente fundada en la herejía del perverso Arrío, aunque engrandecen á Cristo, no quieren reconocer la gloria de su divinidad. Pues esta profecía de tan grande y tan universal gloria entre tantas y tan diversas naciones, aunque sean de infieles, dijo una pobre Virgen, desposada con un carpintero, y díjola entre cuatro paredes, con un solo testigo, que fué la madre del santo Bautista; y con ser esto así, vemos volar la fama de esta Virgen por todos los siglos presentes y pasados, y llamarla todas las gentes bienaventurada. Pues ¿quién pudo trazar y disponer el mundo de tal manera, que el Hijo de esta Virgen fuese adorado, y ella, como Madre de tal Hijo, llamada bienaventurada? Fácil cosa era decir una mujer por palabras; mas la ejecucion de cosa tan grande, ¿quién la pudo obrar sino Dios, y quién revelarla ántes que fuese, sino Dios?

§ II.

De la profecía de la estabilidad de la Iglesia.

Hay tambien otra profecía semejante, y consecuente á las pasadas, en la cual profetizó el Salvador la fundacion y estabilidad de su Iglesia contra todo el poder del mundo, cuando dijo á san Pedro (1): *Yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. Y por las puertas del infierno entiende todas las tempestades y persecuciones que los demonios infernales por medio de sus

(1) Matth., xvi, 18.

miembros y ministros habían de levantar contra ella. Donde primeramente profetiza la conversion del mundo que fué la maravilla de que arriba tratamos con todas sus circunstancias; y por esto no repetimos aquí nada de lo dicho. Lo segundo, aquí profetiza las persecuciones que se habían de mover contra esta Iglesia, las cuales profetizó más á la clara por san Lúcas (1), diciendo que habían de levantarse los incrédulos, y poner las manos en sus discípulos, y perseguirlos, y encarcelarlos, y presentarlos ante los reyes y presidentes, en testimonio de la verdad. Y luégo más abajo dice: *Seréis entregados en juicio por mano de vuestros padres, y parientes, y amigos, y matarán á muchos de vosotros, y seréis aborrecidos de todo el mundo por amor de mí, y con todo esto no se perderá un cabello de vuestra cabeza*; y por virtud de vuestro sufrimiento y paciencia alcanzaréis la salvacion de vuestras almas. Estas mismas persecuciones profetizó el Salvador y encareció por san Juan (2), previniendo á los discípulos para que no se escandalizasen cuando se viesen en ellas; y así les dice: *Habéis de saber, que os han de echar fuera de sus compañías y ayuntamientos, y que es llegada la hora en la cual los que os mataren, pensarán que hacen servicio á Dios*. Estas, pues, eran las puertas y poderes del infierno: los cuales no pudieron impedir la fundacion y dilatacion de la Iglesia.

Mas cuán grandes hayan sido las tempestades y persecuciones que las fuerzas del infierno levantaron contra la Iglesia, demas de lo dicho y de lo que adelante se dirá, declara san Crisóstomo (3), para que se vea más claro la grandeza del poder y de la sabiduría de quien pudo hacer

(1) Luc., xxi, 16-19.

(2) Joan., xvi, 2.

(3) Chrysost. Homil. Quod. Christus est Deus.

cosa tan grande. Porque ¿quién podrá explicar cuántas batallas se levantaron contra la Iglesia? ¿Cuántos ejércitos se armaron contra ella? ¿Qué género de tormentos hubo que para esto no se inventase? Sartenes, parrillas, piedrazufre, cal viva, pez derretida, despeñaderos, lagos, hornos encendidos, ollas hirviendo, dientes de bestias, mares, destierros, perdimiento de bienes, y otros tormentos innumerables, que ni se pueden decir, y mucho ménos sufrir, y éstos, no solamente procurados por los extraños, sino tambien por los domésticos y hermanos, porque esta era una guerra civil, que ocupaba todo el mundo, ó, por mejor decir, más cruel que toda guerra civil. Porque no solamente peleaban ciudadanos con ciudadanos, sino tambien parientes con parientes, y domésticos con domésticos, y amigos con amigos; mas nada de esto bastó para derribar la Iglesia ni menoscabarla. Y lo que parece más increíble, es que esta tempestad se levantó al principio de la fundacion de la Iglesia. Porque si se levantara despues de haber echado ya raíces, y plantándose por todas las partes del mundo no fuera gran maravilla no haber podido el mundo derribarla. Mas habiendo acaecido esto en principio del Evangelio, y recién sembrada la doctrina de la fe, y estando aún tiernas las almas de los fieles, que tantas olas de persecuciones, no sólo no bastasen para derribar la Iglesia, mas ántes con todas ellas creciese cada día el número de los fieles: esto sobrepuja todos los milagros del mundo. Y por esta causa consintió la divina Providencia que en aquel tiempo fuese tan poderosamente combatida la Iglesia, sin ser nunca vencida; porque la muchedumbre de fieles que ahora tiene en este tiempo de paz, no se atribuya al favor de los emperadores cristianos, sino á solo Dios, que en tiempo de tanta contradiccion de los emperadores infieles la de-

fendió y multiplicó. Lo cual aún se ve más claro por la muchedumbre de herejes que despues, no con armas, sino con engañosos argumentos la quisieron derribar; los cuales todos se deshicieron como niebla, y la Iglesia edificada sobre esta firme piedra, persevera fija y entera en su lugar. Lo susodicho es de Crisóstomo.

§ III.

Profecías de la destruccion de Jerusalem.

Todas estas profecías que hasta aquí hemos referido, aunque con diversas palabras, profetizan la conversion del mundo, sino que cada una añade alguna particular cosa, como se ve en cada una de ellas. Mas las que ahora se siguen, profetizan la destruccion de Jerusalem, y de todo aquel reino de Judea, por la culpa cometida, en la muerte del Salvador. Y así escribe san Lucas que, caminando él á Jerusalem, y llegando á vista de la ciudad, hizo llanto sobre ella, diciendo (1): *¡Si conocieses ahora tú este día de paz que te ha venido! Mas él está escondido de tus ojos. Porque vendrán días en tí, y cercarte han tus enemigos con un vallado, y cercarte han por todas partes, y ponerte han en gran aprieto, y derribarán por tierra á tí y á los moradores que hubiere en tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra; porque no quisiste conocer el tiempo de tu visitacion.* Pues ¿qué profecía pudiera ser más clara que esta? Y ¿qué entendimiento habrá tan ciego que no se convenza con ella, viéndola tan perfectamente cumplida? Porque realmente así pasó el negocio como aquí se pinta. En las cuales palabras, el Salvador no solo cuenta en general la destruccion de esta ciudad, sino tambien en particular declara cómo de tal manera había de ser des-

(1) Luc., xix, 42.

truída, que no quedase en ella piedra sobre piedra. Porque la ciudad con su templo, muros y casas, de tal manera fué asolada que, como escribe Josefo (1), quien quiera que la viera, juzgara que nunca allí hubo poblacion de gentes. Hace tambien mencion del vallado y del cerco, del cual escribe el mismo historiador, que todos los soldados del ejército, movidos, dice él con un divino ímpetu, cercaron toda la ciudad con un tan firme y alto vallado, que era como un grande muro, para que ni de fuera pudiese venir socorro ni bastimento á los cercados, ni de dentro pudiese alguno salir y escapar del peligro. Y lo que es más de maravillar, con ser este vallado tan grande, que se extendía por espacio de treinta estadios que hacen más de legua, se acabó en solos tres días, que parece cosa de espanto, como refiere el mismo historiador, Y el mismo Evangelista (2) cuenta que mostrando los discípulos una vez más al Salvador la hermosura y grandeza de las piedras y labores del templo, díjoles (3): *¿Véis todas estas labores? En verdad os digo, que no ha de quedar aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.* Y preguntando ellos cuándo había esto de ser, entre otras cosas respondió (4): *Cuando viereis cercar á Jerusalem de un ejército, entended que es llegada la hora en que ha de ser asolada. Y añade más: En este tiempo los que están en Judea, huyan á los montes, y los que están en medio de ella, huyan de ella; y los que están en la comarca, no entren en ella, porque estos son días de venganza, en que se han de cumplir las Escrituras de los profetas. Mas ¡ay de las mujeres preñadas y de las que crían en aquellos*

(1) Joseph., de bello Jud. Lib. VI, cap., XIII.

(2) Luc., XXI, 1-6.

(3) Marc., XIII, 2.

(4) Math., XXIV.,

días! Porque será grande el aprieto que habrá en la tierra, y grande la ira divina contra este pueblo, y morirán los hombres á cuchillo, y serán llevados cautivos á todas las gentes; y Jerusalem será hollada de las gentes hasta que se cumpla el tiempo de las naciones: que es, hasta que los gentiles, dejada la idolatría, se conviertan á Dios; porque entónces volvió la ciudad á ser habitada de fieles. Esta profecía del Salvador es tan grande confirmacion de nuestra fe, que aunque faltaran otros millares de profecías, esta sola bastaba para confirmacion de ella. Porque si el rey Faraon creyó que el patriarca José (1) tenía espíritu de Dios, porque profetizó la abundancia y esterilidad de los siete años, ¿cómo no será argumento de la divinidad del Salvador haber profetizado cuarenta años ántes la destruccion de Jerusalem, con todas las particularidades de cercos y matanzas, y cautiverios, y ruina de la ciudad, y del templo que había de haber en ella? Y si el rey Nabucodonosor, monarca del mundo, adoró postrado en tierra á Daniel (2) y mandó que le ofreciesen incienso y sacrificios como á Dios, porque le reveló un sueño que había soñado, de que estaba olvidado, ¿cómo no será argumento de la divinidad del Salvador, profetizar tan distintamente, y tan por menudo las cosas que estaban por venir á esta ciudad; pues no es ménos propio de Dios saber lo venidero, que revelar los secretos de los corazones? En lo cual vemos el cuidado de la divina Providencia, que por tantas vías quiso que se aprobase y testificase la verdad de nuestra fe.

(1) Gen., xli.

(2) Daniel, ii.

§ IV.

Prosigue y conclúyese esta misma materia

Esta profecía incluye y comprende la destruccion de aquel famoso templo que en la ciudad había: de quien escribe Josefo que el emperador Tito quisiera conservar; mas no faltó quien contra su voluntad, aunque por dispensacion divina, puso fuego al templo, y así ardió, y fué asolado, como el Salvador había dicho. Donde nota san Crisóstomo el cumplimiento de aquellas palabras que están escritas en Job (1): *Si el Señor destruyere, ¿quién reparará? Y si edificar, ¿quién le irá á la mano?* Quiso, como ya vimos, edificar en este mundo su Iglesia, y toda la potencia del mundo y del infierno no bastó para impedirlo; y quiso derribar este templo por los pecados del pueblo, y nunca hasta hoy han podido sus devotos reedificarlo, ni áun teniendo por ayudador de esta obra al emperador Juliano, como ya declaramos. Y la primera vez que este templo fué asolado por Nabucodonosor, pasados setenta años, los que salieron del cautiverio lo reedificaron, porque Dios los ayudaba; mas ahora pasa de mil y quinientos, y no se ha reedificado, porque Dios no los ayuda. Pues ¿cuál puede ser la causa de este desamparo, sino que Dios ahora no los mira, ni los favorece como entonces?

Con esta profecía de la destruccion de Jerusalem podemos juntar otra, en la cual el mismo Señor profetiza lo mismo que en ésta, no con lágrimas, mas con el mismo afecto y sentimiento que en ésta mostró, como parece por estas palabras (2): *Yo, dice él, os envío profetas, y sa-*

(1) Job., xii, 14.

(2) Matth., xxiii, 34-38.

bios, y doctores, de los cuales á unos mataréis, y á otros crucificaréis, y á otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad, para que cargue sobre vosotros toda la sangre de los justos, que se ha derramado sobre la tierra, es de la sangre de Abel justo hasta la de Zacarias, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el templo y el altar. ¡Jerusalen, Jerusalen, que matas los profetas, y apedreas los ministros que te son enviados, cuando yo quise recoger y abrigar tus hijos, así como la gallina sus pollos, y no quisiste! Por tanto vuestra casa, que es vuestra república y templo, será desamparada. Hasta aquí son palabras del Salvador. Pues ¿quién no ve ahora el cumplimiento de ellas y la verdad de esta profecía? ¿dónde está ahora aquel reino y aquella república tan antigua? ¿dónde el templo? ¿dónde los sacrificios? ¿dónde el santuario, y los sacerdotes, y las vestiduras sacerdotales y vasos sagrados? Todo esto desapareció, y de todo esto no hay ahora memoria, siendo pasados más de mil y quinientos años: mayormente despues de la postrera destruccion del emperador Elio Adriano, de que adelante se trata.

Esto tambien profetizó el mismo Señor, en la parábola de la viña (1), en la cual, despues de haber referido como los viñaderos mataron al hijo del señor de la viña, por quedarse con ella, dice que el señor de la viña tomará venganza de estos homicidas, y quitará la viña de sus manos, y darla há á otros, que acudan mejor con los frutos de ella, á sus tiempos. Y porque no entendían los fariseos el sentido de esta parábola, declarósela luégo el Salvador, diciendo: *Quitarse há de vuestras manos el reino de Dios, y darse há á gente que dé fruto de buenas obras con él.* Esto vemos ahora cumplido. Porque derribado el

(1) Matth., th., xi, 13.

templo, y quitados los sacrificios y fiestas que en él se habían de celebrar, junto con los sacerdotes, y profetas, y reyes, y favores de Dios, han perdido el reino que poseían; el cual, junto con las santas Escrituras, y con el conocimiento del verdadero Dios de Israel, y del Salvador que por él fué enviado, se pasó á la gentilidad. Esta profecía añade algo á la pasada; porque aquélla dice que les será quitado el reino de Dios, mas este añade que este reino que á ellos se quitare será dado á los gentiles, los cuales recibieron al Salvador, y juntamente al Espíritu Santo, con todos los sacramentos y tesoros de la Iglesia.

Las profecías de lo que toca al misterio de Cristo, más pertenecen al Testamento Viejo que al Nuevo. Por lo cual dijo el Salvador (1), *que la ley y los profetas duraban hasta la venida de san Juan Bautista*. Y por ser muchas, trataremos de ellas adelante, aunque al fin de éste pondremos la suma de las más principales de ellas.

Estas son, cristiano lector, las principales excelencias y hermosuras de nuestra santísima fe y religion cristiana; las cuales suficientísimamente testifican ser ella dada y revelada por Dios, que es lo que al principio de esta segunda parte propusimos.

Al cabo de lo dicho me pareció advertir á los ignorantes, que no hace contra la verdad y sinceridad de nuestra fe, proponerse en ella cosas que sobrepujan la facultad de la razon humana, ántes esas si bien se mira, son indicios de la verdad de ella. Porque por experiencia se ve que los que han pretendido introducir en el mundo nuevas sectas y falsas religiones, y engañar, y atraer á sí el pueblo, hácenle muy llano el camino de su salud, y proponenle cosas fáciles de creer y de hacer; porque si lo contrario hiciesen, fácilmente serían desechados: como

(1) Matth., xx. .

vemos que lo hizo el príncipe de los herejes, Mahoma, y lo hacen ahora los desventurados herejes de nuestros tiempos, los cuales andan quitando todas las cosas arduas y dificultosas, y dejando las fáciles y conformes á los apetitos de nuestra carne. Por lo cual hallaron muchos devotos y seguidores, á quien tales cosas agradaban. Mas la verdad, como no tiene cuenta con agradar ni desagradar, sino solamente pretende decir lo que es lleva otro camino; por lo cual tanto más merece ser creída, cuanto más lejos está de este estilo que llevan los engañadores. Así que decir cosas arduas y que sean muy conformes á toda virtud y honestidad, y contrarias á los gustos de nuestra sensualidad, indicio es que hace en favor de la verdad, y no contra ella. Y demas de esto, pues ponemos por fundamento de nuestra fe que ella fué revelada y dada por Dios, y no inventada por razon humana, es justo que exceda los límites de esa razon humana, y enseñe cosas proporcionadas á la sabiduría de quien las reveló. Los animales brutos confesamos ser encaminados y regidos por la divina Providencia; y de aquí nace ver en ellos cosas que, no sólo exceden la facultad de ellos, sino tambien la del hombre, y son propias de la sabiduría divina: como es conocer todas las yerbas medicinales para la cura de sus enfermedades, y adivinar las tempestades, y serenidades, y lluvias, y mortandades de ejércitos, y mudanzas de aires, ántes que vengan, y repararse para ellas. Pues si confesamos que nuestra ley es instruccion y doctrina de solo Dios, y no de los hombres, justo es que tengan cosas que excedan la capacidad de los hombres, y sean proporcionadas á la sabiduría de quien la dió; porque á no ser así, no parecía ella ser ley divina, sino puramente humana, pues no excedía los límites de la sabiduría humana.

Y es aquí mucho de notar, que convenía haber en la

doctrina de la fe muchas cosas que sobrepujasen la facultad de nuestra razon para que no quedase en el hombre cosa que no se emplease en el amor y servicio de quien lo crió. Ca pues él lo crió todo, justo es que con todo sea servido, y mucho más con las cosas mayores que hay en nosotros, pues las tales están más cercanas y vecinas á Dios. Entre las cuales tienen el primer lugar la voluntad, que es la reina de todas las potencias de nuestra alma, y el entendimiento, que es su consejero, el cual nos diferencia de los brutos, y hace semejantes á los ángeles. Pues si estamos obligados á servir con nuestra voluntad al Criador, no ménos lo estamos á servirle con el entendimiento. Mas así como el servicio perfecto de esta voluntad no es cuando amamos las cosas que nosotros fácilmente ó naturalmente solemos amar, como cuando los padres aman á sus hijos, sino cuando cortamos por nuestra voluntad y la mortificamos, negándole lo que ella mucho desea, por hacer la voluntad de Dios. Pues así conviene que nuestro entendimiento sirva tambien á Dios; y el perfecto servicio es cuando, como dice el Apóstol (1), *cautivamos nuestro entendimiento y razon á creer lo que está sobre toda razon, por mandarlo así Dios*; el cual, así como por ser la misma bondad conviene ser amado, así por ser la misma verdad debe ser creído. Y no es liviandad creer lo que excede la facultad de nuestra razon, pues tantas razones como aquí están dichas nos obligan á creer lo que sobrepuja los términos de ella; y siendo cierto que, como Aristóteles dijo, nuestro entendimiento es tan rudo y desproporcionado para entender las cosas altas y divinas, como los ojos de la lechuza para ver la luz del sol.

(1) Rom., ix. Hebr., xi.

CAPÍTULO XXXII.

CONCLUSION DE TODO LO DICHO, Y DECLARACION DEL FRUTO QUE DE TODO ELLO SE SACA.

Ya es tiempo de comenzar á filosofar sobre lo que se ha tratado en esta segunda parte, y coger los frutos de ella; pues por lo susodicho conocemos primeramente la dignidad y excelencia de la religion cristiana, en la cual se hallan todas las excelencias y firmezas que el entendimiento humano puede comprender. Lo cual nos mueve á dar gracias á nuestro Señor por el beneficio de la fe, que es por haber querido que entre tantas naciones de infieles y herejes como hay derramadas por todo el mundo, nos cupiese esta tan dichosa suerte de haber nacido en el gremio de la católica Iglesia, y de padres cristianos, para que luégo fuésemos lavados y santificados con el agua del santo bautismo, y hechos hijos y herederos de Dios, y miembros vivos de Cristo su Hijo. Porque tener fe, es tener una luz del Espíritu Santo en nuestra alma; la cual nos puede guiar por camino derecho á la felicidad de la vida eterna, si quisiéremos seguir el camino que ella nos enseña.

El segundo fruto que aquí señaladamente pretendemos declarar, es una maravillosa suavidad y alegría espiritual que de la consideracion de estas excelencias susodichas resulta en las almas puras y limpias; que es aquel fruto del Espíritu Santo, que el Apóstol deseaba á los fieles, cuando decía (1): *Dios, que es autor de la esperanza, hincha vuestras almas de paz y alegría en el creer*. Esto es, que tal fe alcancéis, y de tal manera creáis, que no sólo no titubeéis ni vaciléis en la creencia de los misterios de

(1) Rom., xv, 31.

la fe, mas ántes seáis llenos de paz y alegría con la certidumbre y firmeza de ella. Esta alegría experimentó aquel tesorero de la reina de Etiopía cuando recibió la fe y el santo bautismo por la predicacion de san Felipe Diácono (1) de quien se escribe, que iba por su camino muy alegre por haber hallado este tesoro de la fe, el cual él apreciaba más que todos los tesoros de la reina su señora.

Para entender el fundamento y causa de esta alegría, se debe presuponer primeramente que, como Aristóteles dice (2), el conocimiento de las verdades y causas altísimas, y señaladamente de la primera verdad y primera causa, que es Dios, cuyo conocimiento se alcanza por la fábrica de este mundo, y por el orden de las cosas criadas, aunque sea poco y con poca certidumbre, trae consigo un grande gusto y suavidad; la cual había de confesar este filósofo ser muy grande, pues en esta contemplacion ponía el último fin y la felicidad de la vida humana. Digo, pues, que si el conocimiento de Dios natural y adquisito, con ser pequeño y no muy cierto, traía consigo esta tan grande suavidad y alegría que Aristóteles dice, ¿cuánto más podrá causar esto el conocimiento de las verdades que nos enseña la fe, la cual pasa de vuelo sobre todos los cielos y sobre todos los entendimientos humanos, y llega donde la razon no puede llegar, y esto no con duda y poca certidumbre, como los filósofos, sino con certidumbre infalible y verdad de Dios?

Lo segundo, conviene tambien presuponer lo que el mismo filósofo dice, que la señal de ser una cosa verdadera es concordar, y como él dice, consonar todas las cosas con ella. Para lo cual es de saber que todas cuantas cosas hay en el mundo tienen causas que las preceden, y

(1) Act., viii, 39.

(2) Aristót., viii. Ethic.

otras que las acompañan, y otras que se siguen de ellas, y á veces tambien otras que les vienen de fuera. Preceden las causas, acompañan los accidentes y propiedades de las cosas, síguense los efectos, y viene de fuera lo que se ha dicho, ó tratado, ó testificado de las tales cosas. Dice, pues, este filósofo que la señal de ser una sentencia verdadera es que todas estas cosas digan y concuerden con ella; porque si alguna ó algunas le contradicen y repugnan, no puede ser verdad, sino mentira.

Pues esta manera de correspondencia y consonancia se halla perfectísimamente en todos los misterios de la fe y religion cristiana. Callo la consonancia de las profecías y figuras del Testamento Viejo con el Nuevo, y de todos los pasos de la vida de Cristo, y de todas las conveniencias de nuestra redencion, de que adelante se trata, y vengo á ésta, que es la consonancia de todas estas excelencias susodichas con la verdad de la fe y religion cristiana. Pues aquí veremos cómo todas ellas, y cada una en su manera, dicen y concuerdan con la verdad de ella. Porque, resumiendo todo lo dicho en pocas palabras, ¿qué religion ha habido en el mundo, que más alta y magníficamente sienta de Dios; que mejores leyes proponga; que más saludables consejos enseñe; que tales sacramentos y medicinas espirituales tenga; que tanto favorezca la virtud, prometiéndole tan grandes bienes, y tanto desfavorezca el vicio, amenazándole tan terribles castigos; que tal doctrina contenga, cual es la de las santas Escrituras, llenas de tantos misterios, y de tan saludables sentencias y documentos, y de tan eficaces estímulos para mover los hombres al amor y temor de Dios, aborrecimiento del pecado y menosprecio del mundo? Y si por la dignidad y excelencia de los efectos se conoce la de las causas de do proceden, ¿qué religion ha habido en el mundo de donde haya salido tanta infini-

dad de mártires, de confesores, de santísimos pontífices y doctores, de vírgenes y de innumerables monjes, que mudaron los desiertos en santuarios, é hicieron vida más de ángeles que de hombres? ¿En qué religion, en qué tiempo, en qué lugar se halló tal fortaleza como la de nuestros mártires, tal pureza, tal abstinencia, tales entrañas de misericordia, tal menosprecio del mundo, tal estudio de oración y contemplación como hubo en todos nuestros santos? Pues las consolaciones y alegrías espirituales de que gozan los amigos de Dios, aún en esta vida; la paz, y quietud, y confianza con que viven por estar arrimados á Dios y amparados por él, ¿quién la explicará? Estos son los efectos particulares de esta santísima ley. Mas los generales que obró en el mundo, ¿quién dignamente los engrandecerá? ¿quién desterró el mayor de todos los males del mundo, que era la idolatría? ¿quién con tan admirable constancia resistió á los reyes y emperadores que la defendían? ¿quién hizo de los templos de los ídolos oratorios de cristianos? ¿quién trajo los hombres al conocimiento del verdadero Dios? ¿quién mudó la fiereza de los hombres soberbios en mansedumbre de corderos, y la astucia de serpientes en simplicidad de palomas? Pues ¿á quién se deben estos tan grandes beneficios sino á esta santísima religion? Porque no era razón que una tan grande luz, y una tan santa ley, dada por el mismo Dios, estuviese arinconada, sin echar sus rayos hasta los fines del mundo, y alumbrar á los que vivían en tinieblas y sombra de muerte.

Mas porque hace mucho al caso para prueba de la verdad los testigos abonados, ¿qué religion ha habido en el mundo, que tales testigos tenga? Porque testigos son primeramente innumerables doctores, santísimos, doctísimos, elocuentísimos y consumados en todas las ciencias de filó-

sofos y letras sagradas, los cuales profesaron, predicaron, testificaron y defendieron esta santísima religion contra las calumnias y falsedades de los herejes que se levantaron contra ella. Testigos tambien son innumerables mártires, á los cuales ni cárceles, ni peines de hierro, ni dientes de fieras, ni parrillas encendidas pudieron apartar de la confesion de esta fe, y así la dejaron testificada y afirmada, no con tinta, sino con ríos de sangre: cuyo testimonio no se cuenta por humano, sino por divino. Porque como el cuerpo humano sea el más delicado de los cuerpos, el cual apenas puede sufrir una picadura de alfiler, imposible era sufrir tantos y tan crueles tratos y tormentos, repetidos unos sobre otros, mayormente en cuerpos de doncellas tiernas y delicadas, y de mozos de poca edad, sino fueran poderosamente fortificados y ayudados de Dios. Pues ¿qué diré del testimonio de tantos y tan claros milagros con que está confirmada nuestra fe, como ya recontamos? El cual testimonio es de infalible verdad, porque es del Criador y Autor de la naturaleza, el cual solo puede dispensar y revocar las leyes de ellas. Y sobre todo esto, ¿qué diré de las profecías de las cosas venideras, que tambien son milagros y obras de solo Dios?

Pues volviendo al propósito principal, cuando el alma religiosa, estando ya resuelta y muy vista en todo lo que hasta aquí hemos dicho, considera casi con una vista todas estas excelencias y testimonios de la verdad, y ve cómo todos ellos concuerdan y dicen con ella, y todos testifican y predicán esta verdad, viene con esto á confirmarse grandemente en la fe, y despedir de sí todas las nubes que se le podían ofrecer, y á quedar en una paz y satisfaccion quietísima, de la cual se le sigue una grande alegría de verse tan asentada y confirmada en cosa tan grande. Porque como la verdad de la fe sea la más alta y más exce-

lente de todas las verdades, y la más saludable y provechosa de todas, pues nos da conocimiento de Dios, y nos enseña y descubre, como ya dijimos, el camino de la felicidad y vida eterna, de aquí viene la tal alma á alegrarse de haberle cabido en suerte un tan precioso tesoro. Y ya no siente dificultad en creer, porque ve que sería de animal bruto no creer, donde tantos y tan manifiestos testimonios le inducen á ello.

§ I.

Armonía y música en que concuerdan todas las excelencias susodichas.

Pues el que quisiere que esta paz y alegría crezca en su alma, considere con humildad y atencion todas estas excelencias susodichas, y mire como todas ellas testifican y aprueban esta verdad, y todas concuerdan con ella; porque la verdadera fe y religion todas estas excelencias y condiciones ha de tener; y con esta correspondencia y consonancia de todas las cosas, será su alma por una manera maravillosa esforzada, consolada y recreada. Para lo cual es de saber que, como hay música y melodía corporal, así tambien la hay espiritual, y tanto más suave, cuanto son más excelentes las cosas del espíritu que las del cuerpo. Música y melodía corporal es cuando diversas voces de tal manera se ordenan, que vienen á concordarse y corresponder las unas con las otras; y de esta órden y proporcion procede la melodía, y de ésta la suavidad de los oídos, ó por mejor decir, del alma por ellos; porque como ella sea criatura racional, naturalmente se huelga con su semejante, que es con las cosas bien proporcionadas y muy puestas en razon. Y así se

huelga con la música más perfecta y con la pintura muy acabada, y con los edificios y vestidos hermosos, y con todo lo que está muy subido con razon y perfeccion. Pues así como hay melodía y música corporal, que resulta de la consonancia de diversas voces reunidas á unidad, así tambien la hay espiritual, que procede de la conveniencia y correspondencia de diversas cosas con algun misterio; la cual melodía es tanto más excelente y más suave que la corporal, cuanto son más excelentes las cosas divinas que las humanas. Ejemplo de esto tenemos en san Agustín (1), el cual escribe de sí mismo, que despues de recibido el santo bautismo y renunciados con él todos los cuidados de la vida pasada, no se hartaba en aquellos días de pensar con una maravillosa dulcedumbre la alteza del consejo que la divina sabiduría había tomado para salvar el género humano. Esta admirable dulcedumbre resultaba de contemplar este santo varon las conveniencias admirables que hay en este divino misterio, así para la gloria de Dios, como para la redencion y santificacion del hombre y para el remedio de sus miserias. Las cuales se curaron con los frutos del árbol de la santa Cruz, de que adelante se trata. Pues la conveniencia de todas estas cosas era una suavísima consonancia y música espiritual que causaba este tan gran deleite en el alma de este santo. Porque todas estas conveniencias, ¿qué eran si no suavísimas voces, que resonaban dulcemente en los oídos de su alma y causaban en ella esta melodía y suavidad? Con lo cual se confirmaba más en la fe de este misterio, y se encendía más en el amor de su Redentor, y se arrebatava y suspendía en la admiracion de este consejo divino.

Pues aplicando esto á nuestro propósito, digo que así como en el misterio de nuestra redencion se hallan es-

(1) Confes., lib. ix, cap. 6.

tas conveniencias y consonancias que tan perfectamente concuerdan con él, así tambien todas estas excelencias que aquí hemos explicado, concuerdan con la verdad de nuestra Religión. Y así como de aquellas conveniencias resultaba una consonancia y melodía, de la cual se seguía una maravillosa suavidad, y con ella una grande confirmacion de la fe, y así tambien de la concordia y correspondencia de todas estas excelencias con la verdad de la fe, resulta otra melodía y consonancia espiritual; de la cual se sigue otra semejante suavidad y alegría, y nueva confirmacion de la fe. Y por aquí se entiende lo que al principio alegamos del Apóstol (1): el cual pedía á Dios nos diese esta paz y alegría en el creer los misterios de la fe.

Y dejadas aparte todas las excelencias referidas, cada una de las cuales es una grande confirmacion de esta verdad, quiero referir al cabo el mayor y más evidente testimonio de ella, que son cuatro principales profecías del *Testamento Viejo*. La primera denuncia la conversion del mundo, como lo testifica el Padre Eterno por Isaías, hablando con su Hijo en cuanto hombre por estas tan claras palabras (2): *Poco es que me sirvas en resucitar las tribus de Jacob y convertir las heces de Israel. Yo te he enviado para que seas la luz de las gentes y salud mía hasta los fines de la tierra*. De semejantes profecías está lleno todo este Profeta. La segunda profecía declara el lugar de donde habían de salir los que habían de ser ministros de Dios para esta obra tan grande, que era de la ciudad de Jerusalem; como expresamente lo declara el mismo Isaías en el capítulo II, y Miqueas en el IV, y David en el salmo 109. Porque todos estos tres profetas á una voz dicen

(1) Rom., xv, 13.

(2) Isai., xlix, 6.

que de Jerusalem habían de salir los ministros de esta conversion del mundo. La tercera profecía declara el tiempo en que el Salvador había de padecer, despues del cual tiempo esta conversion se había de comenzar, que era despues de las setenta hebdómadadas ó semanas de Daniel (1). La cuarta es del mismo Profeta, el cual testifica con clarísimas palabras, que despues de la muerte de Cristo había de ser asolada la ciudad de Jerusalem con su santuario, que es con el santo templo.

Resta ahora de ver qué años comprenden estas setenta semanas. Porque los maestros de los hebreos, viéndose apretados con este tan claro testimonio del Profeta, declaran como quieren estas semanas: á las cuales respondemos, que en toda la santa Escritura no se hallan más que dos maneras de semanas, una de días y otra de años; y setenta semanas de años hacen cuatrocientos noventa años. Y querer fingir otra cosa, es hablar de su cabeza sin fundamento de la Escritura. Mas pruébese esto por otra razon tan evidente que concluye todos los entendimientos humanos. Porque dos cosas juntas profetiza este Profeta que se han de seguir despues de estas setenta semanas: que son la muerte de Cristo y la destruccion de aquella ciudad con su santuario. Vemos, pues, que, cumplido este número de los cuatrocientos noventa años, poco despues fué aquella ciudad y templo asolado: luégo este era el número de años que por aquellas setenta hebdómadadas era significado. De modo, que el tiempo en que se cumplió lo que estaba profetizado, nos declara qué años comprendían estas hebdómadadas, pues al cabo de estos años susodichos, se ejecutó lo que esta profecía dice. ¿Qué se puede responder á esta razon?

Pues filosofando sobre lo dicho, todos sabemos que es-

(1) Daniel, ix, 26.

las cuatro cosas fueron profetizadas muchos años ántes que fuesen; y vémoslas ahora perfectísimamente cumplidas. Porque primeramente vemos aquella república de Judea poco despues de la pasion de Cristo destruída, sin templo, sin sacerdocio, sin sacrificio, sin rey y sin figura de república, derramada por toda la tierra. Lo segundo vemos la conversion del mundo, desterrada la idolatría de él, y plantado en su lugar el conocimiento del verdadero Dios. Lo tercero vemos que de la ciudad de Jerusalem salieron los discípulos de Cristo, los cuales pelearon constantemente contra la idolatría hasta morir y derramar su sangre sobre esta demanda. Lo cuarto vemos que todo esto se comenzó á cumplir en el tiempo que estaba profetizado. Pregunto, pues, ahora: ¿quién pudo profetizar tantos años ántes estas dos tan señaladas obras, con estas dos tan particulares circunstancias del lugar y del tiempo en que se habían de hacer, sino solo Dios? Porque esto fué concluir todos los entendimientos, y cerrar la puerta á todas las dudas que sobre esto se podían levantar. Porque profetizar dos cosas tan grandes que solo Dios podía hacer; y añadir más, que esto se cumpliría de abí á tantos años, y cumplirse así; y profetizar más, que de la ciudad de Jerusalem habían de salir los que habían de emprender esta tan grande obra, y acabarla á pesar de todos los monarcas del mundo, y cumplirse ello así, como consta por todas las historias sagradas y profanas, es cosa bastante para dejar atónitos todos los entendimientos humanos, considerando en esto la grandeza del poder y sabiduría de Dios, que tales cosas pudo hacer y profetizar. Y no ménos quedan atónitos viendo como sin embargo de ser esta verdad tan clara, há lugar la incredulidad y ceguedad de los que no han querido adorar y conocer á Cristo.

§ II.

Singular fruto que de aquí se sigue, que es la mayor firmeza de la fe.

Pues de la firmeza de la fe que así de estas profecías como de todo lo dicho hasta aquí se alcanza, se sigue un singular fruto, al cual se ordena todo lo contenido en esta segunda parte. Para lo cual es de saber, que así como crece el hábito de la caridad, y de todas las otras virtudes con el uso y ejercicio de ellas, y con el socorro de la divina gracia, y se van haciendo más perfectas, y arraigándose más en el alma, así tambien crece la luz y hábito de la fe, fortificándose y aclarándose más en el entendimiento con la consideracion de las excelencias de ella, y con los dones intelectuales del Espíritu Santo, segun aquello de Salomon, que dice (1): *La senda de los justos es como una luz que resplandece, la cual va creciendo y procediendo hasta el día perfecto*, que es el día claro de la eternidad, donde cesarán las sombras, y con la luz de gloria veremos al Señor y dador de ella. Pues esta fe suele venir á tanta perfeccion por estos medios susodichos, que á muchos se les figura que ya no tienen fe, sino otra luz mayor que la fe. Y engañanse, porque no es otra esta fe, que la que ántes tenían; mas esta viene á estar tan fortificada y aventajada en el alma, que les parece ser otra, no lo siendo. Tal era la fe de los santos mártires, por la cual tan terribles tormentos padecían con tan grande constancia; especialmente la de aquellos que sin ser acusados, ellos mismos inspirados por Dios se ofrecían al martirio por la verdad de ella.

Supuesto, pues, este fundamento, es de saber que

(1) Prov., iv, 18.

cuando el alma religiosa con humildad y devocion considera todas estas excelencias de la fe, las cuales todas á una voz cantan y testifican con clarísimas conveniencias y testimonios la verdad y sinceridad de ella, viene á concebir una tan gran firmeza de la fe, y con ella una tan grande paz y alegría, pareciéndole que de nuevo ha hallado este incomparable tesoro, que apenas hay palabras con que esto se pueda explicar. Y como acaece al que se viste de una ropa nueva, así le parece haberse vestido su alma de otra nueva luz y nueva fe.

Y descendiendo á considerar en particular los misterios de nuestra fe, viene á mirarlos con otros ojos, y con otros afectos y sentimientos de los que ántes tenía cuando pasaba por ellos de corrida. Y considerando el artículo de la fe que propone pena y gloria para buenos y malos; de nuevo se espanta de la eternidad de las penas del infierno y de la terribilidad del juicio venidero, donde se ha de dar esta pena. Asimismo, cuando pone los ojos en el misterio de nuestra redencion, queda como atónito de ver como aquella altísima é incomprendible Majestad quiso vestirse de nuestra carne, y conversar en la tierra con los hombres, y despues, lo que sobrepuja todo espanto y admiracion, querer morir en cruz, por obligarnos con este incomparable beneficio á amar á Dios, y aborrecer el pecado, cuyo remedio tan caro le costó. Con la cual consideracion se espanta de la facilidad con que muchos hombres cometen un pecado mortal.

Pues cuando pasa adelante, y pone los ojos en el santísimo Sacramento del Altar, queda como fuera de sí, viendo como aquel Señor que tan inaccesible era en los tiempos pasados, pues no consentía que nadie entrase en su santuario, donde estaba el arca del Testamento (1),

(1) Josué, III, 4.

*sino solo el sumo sacerdote, y esto una sola vez en el año; y cuando el arca iba camino, no consentía que se llegase el pueblo á ella, sino que hubiese dos mil pasos de distancia entre él y ella; y ni á la falda del monte donde él daba la ley, permitía que llegase hombre ni bestia so pena de muerte (1). Pues cuando todo esto considera, espántase de ver como el mismo Señor que por aquella arca era figurado, haya querido dar tanta copia de sí á los hombres, que quiera estar aposentado acá en la tierra en todas las iglesias en compañía de ellos, y lo que más es, hacer templo vivo de sus almas, y ser recibido en ellas. Donde podemos exclamar con aquellas palabras que Salomon dijo acabado aquel magnífico templo (2): *¿Es posible que Dios quiera morar acá en la tierra? Si el cielo, y los cielos de los cielos no bastan para darte lugar, ¿cómo bastará esta casa que yo te he edificado?* Pues como cada cosa de éstas sea tan soberana y tan admirable, cuando el hombre la mira con esta nueva luz y firmeza que le han dado, viene á concebir en su alma este tan grande espanto y admiracion.*

Pues ya cuando se ofrecen tentaciones del enemigo, acude luego como lo aconseja san Pedro (3), á este escudo de la fe, y acordándose que Dios murió por destruir el pecado, y que hay infierno para él, cuando esto cree con mayor firmeza, tanto más fácilmente lo despidе de sí. Pues si se ve fatigado con enfermedades y tribulaciones, y padece trabajos y contradicciones por hacer lo que Dios manda, acude luego á esta sagrada áncora, diciendo lo que un santo decía viéndose afligido: Tan grande es el bien que espero, que toda pena me deleita. Y aquello del

(1) Exod, xix, 12 et 13.

(2) III Reg., viii, 27.

(3) I Petri, v, 9.

Apóstol (1): *No son iguales las pasiones de este siglo á la gloria que por ellas se nos ha de dar.* De esta manera el siervo de Dios se aprovecha de la fe, cogiendo agua de esta fuente para regar todas las plantas de las virtudes; porque todas ellas tienen cierta dependencia de la fe, como de la primera raíz de todas ellas. Por donde así como el hortelano que quiere tener bien parada su huerta, emplea todo su trabajo en cultivar y regar las raíces de los árboles, porque cuanto ellas más medradas y cultivadas estuvieren, tanto los árboles estarán más hermosos y frutuosos, así el cristiano debe trabajar cuanto le sea posible por crecer en la virtud de la fe, porque cuanto esta raíz de las virtudes estuviere más perfecta y más fortalecida, tanto tendrá por ella más fervor y ayuda para el fruto de la buena vida. Para lo cual sirve todo lo que en esta primera parte hemos tratado, con lo demas que en las siguientes trataremos.

Mas con todo esto advierto que no basta sola esta consideracion para causar esta manera de fe tan excelente, si no juntare con ella la limpieza de corazon, y pureza de la vida, y el estudio de la humilde y perseverante oracion, porque como la fe sea don de Dios, segun el Apóstol dice (2), y mucho más esta fe tan poderosa, á *él se ha siempre de pedir, y de él se ha de esperar, que es padre y fuente de las luces.* Porque no puede ser mayor confirmacion de la fe que la vista de los milagros; y sabemos que muchos de éstos vió Faraon, mayormente quando vió los mares abiertos, y muchos más vieron los fariseos, pues demas de los otros milagros supieron el de la resurreccion de Lázaro, y con todo esto, no solamente no creyeron en Cristo, mas ántes de aquí tomaron ocasion para tra-

(1) Rom., viii, 18.

(2) Ephes., ii, 9.

tarle la muerte, porque por su mala vida no merecieron que Dios moviese eficazmente sus entendimientos á creer lo que testificaban aquellos milagros. Por lo cual no debe nadie estribar tanto en estas tan eficaces confirmaciones de nuestra fe, que aquí hemos escrito, que no entienda que la declaracion y confirmacion de ellas ha de venir de lo alto, alcanzada, más por humildes y continuas oraciones, que por curiosas especulaciones. Porque sin esta divina luz, toda otra luz humana es imperfecta y oscura, y toda lengua es muda, cuando no habla interiormente aquél que nos reveló la doctrina. Mas no piense nadie que sólo esta segunda parte trata de las excelencias de nuestra fe; porque en toda esta escritura, á vuelta de otras materias, verá otras singulares y maravillosas excelencias de ella, con las cuales el piadoso lector será grandemente consolado y confirmado en la verdad de ella.

Asimismo advierto que cuando el hombre quisiere confirmar su ánimo más en esta divina virtud, y para esto recurriere á estas excelencias sobredichas, que despues de la luz y hábito de la fe son los principales fundamentos de ella, no debe poner los ojos en una ó dos particulares, sino en todas juntas; porque así como muchas voces reducidas á consonancia causan más suave música y melodía, que una sola, así todas las excelencias susodichas, que son, segun dije, como unas dulces consonancias de la verdad que con ella concuerdan, hacen más suave el conocimiento de ella.

§ III.

De cuatro principales testimonios de esta verdad y cómo se han de haber las personas tentadas en la fe.

Verdad es que entre estas consonancias, que son clarísimos testimonios de la verdad y excelencia de nuestra re-

ligion, cuatro hay tan principales, que cada una por sí sola deja satisfecho y concluido todo sano entendimiento: los cuales apuntaré aquí brevemente, remitiéndome á lo que está ya dicho. El primero es el cumplimiento de las profecías, y señaladamente de estas cuatro tan claras y manifiestas que ahora acabamos de referir: las cuales perfectamente vemos cumplidas en nuestros tiempos. El segundo es el de los milagros: entre los cuales hay algunos así de los tiempos pasados como de los presentes, que ningún hombre de juicio podrá negar. Y si un solo milagro basta para confirmacion de esta verdad, ¿cuánto más tantos y tan grandes? El tercero es la mudanza que hizo el mundo despues del misterio de la Cruz, pues en todas las naciones de él adonde ántes reinaban las mayores abominaciones y torpezas que se pueden imaginar, se levantaron millares de santos y santas en todos los estados, que hacían vida de ángeles en la tierra, como arriba dijimos y adelante declararemos más á la larga. El cuarto es de la destruccion y aniquilacion de aquella antiquísima república y reino de Israel, más antiguo que el de los romanos: el cual en tiempo de David estaba tan multiplicado, que lo compara la Escritura con las arenas del mar. Por lo cual su hijo Salomon en su tiempo lo repartió en doce partes (1), debajo de doce gobernadores, uno de los cuales tenía á su cargo sesenta ciudades grandes, cercadas de muros, y con puertas y cerraduras. Ved por aquí qué sería lo que cabría á los otros once gobernadores. Y despues que se apartaron las diez tribus, y quedó sólo la de Judá con la de Benjamin, estuvo sola esta tribu tan poderosa y tan multiplicada en tiempo del rey Josafat, que, como se escribe en el cap. xvii del segundo libro del Paralipomenon, tenía este rey debajo de sus capitanes ge-

(1) III Reg., iv, 7.

nerales un cuento y ciento y sesenta mil hombres de guerra, y éstos muy valientes y esforzados, demas de la gente de guarnicion que tenía repartida por todas las fronteras y presidios del reino. Pues este tan grande y tan esclarecido reino, con aquella tan insigne, tan hermosa y tan fortificada ciudad de Jerusalem, y con aquel famosísimo templo, celebrado en todo el mundo, fué totalmente asolado, destruido y aniquilado, y sus moradores derramados por todas las naciones del mundo, y en ellas avasallados y maltratados. Y este derramamiento y destierro pasa de mil y quinientos años que dura, sin que Dios los libre y socorra, ni envíe algun favor, como siempre lo hizo en los tiempos antiguos; no cometiendo ellos ahora el pecado de la idolatría, por el cual fueron llevados cautivos á Babilonia. Pues ¿qué otro pecado pueden haber cometido, merecedor de tan largo y tan extraño castigo, sino la muerte indignísima del Hijo de Dios, como el mismo Salvador, derramando muchas lágrimas sobre la ciudad de Jerusalem se lo profetizó, como ya dijimos? Pues ¿qué entendimiento habrá tan obstinado y tan ciego, que no quede convencido con este tan espantoso castigo?

Al cabo de esta materia quiero proveer de una gran consolacion y remedio á muchas personas simples, que son gravemente tentadas de la fe; las cuales tentaciones les dan grandísima pena. Y como las tales personas no saben estos tan sólidos fundamentos de nuestra fe, están como atados de piés y manos, y puestos en una oscuridad que les da grande tormento. Pues para los tales querría yo fabricar aquí un lugar de refugio donde se acogiesen y guareciesen en este tiempo. Y éste querría que fuese un oratorio, fabricado sobre cuatro columnas firmísimas que son cuatro verdades tan ciertas que ningun entendimiento

las puede negar; y en medio ha de estar un Crucifijo, adonde el hombre se acoja en este tiempo.

Las verdades son éstas. La primera es, que hay Dios: lo cual predica esta tan grade y tan hermosa fábrica del mundo, junto con todas las naciones de él por bárbaras que sean; las cuales, aunque no sepan cuál sea el verdadero Dios, saben que lo hay. La segunda, que Dios es la cosa más perfecta, más noble, más excelente, más alta de cuantas hay en el mundo, y de cuantas el entendimiento humano puede alcanzar; y que él es autor y dador de todos los frutos y beneficios de naturaleza, y él es por quien vivimos, y nos movemos, y somos. La tercera, que se sigue de ésta es, que ninguna cosa hay en el mundo más justa, ni más debida, ni más obligatoria, ni más hermosa, que servir, amar, y honrar á este Señor, más que á todos los padres, y reyes, y bienhechores del mundo; pues él es más que padre, y más que rey, y más que señor, y más bienhechor que todos cuantos bienhechores pueden ser. La cuarta es, que entre cuantas maneras de servirle y honrarle se han descubierto en el mundo, ninguna ha habido que más honre á Dios, y más bien sienta de él, ninguna que mejores leyes y consejos tenga, ninguna que más favorezca la virtud y désfavorezca el vicio, ninguna que tales efectos haya obrado, así en particulares personas como en todo el mundo, ninguna que más santas Escrituras tenga, ninguna que con tantos testimonios sea aprobada, así de santísimos y doctísimos varones, como de gloriosísimos mártires, y de clarísimos milagros, y evidentísimas profecías: lo cual todo está manifestamente probado en esta segunda parte. Pues siendo esto así, enciérrese el que fuere tentado en este oratorio, y abrácese con estas cuatro tan firmes columnas, que toda la potencia del demonio no podrá derribar. Porque por

esta causa dijo Ricardo, que puede el cristiano decir á Dios: Señor, si somos engañados, vos nos engañásteis, pues tales cosas consentísteis que tuviese esta fe y religion, que no pudiese dejar de ser creída.

Fundado, pues, el hombre en esta católica doctrina, cuando el demonio comenzare á molestarle con tentaciones de la fe, no se ponga á disputar con él, porque es él gran sofista, y apretarle há, sino luégo, en asomando la tentacion, con toda la prisa posible corra á este oratorio, y derribese con el espíritu á los piés de Cristo crucificado, protestando de vivir y morir en su santa fe católica. Y hecho esto, abrácese con estas cuatro columnas susodichas, diciendo en su corazon: Yo sé que hay Dios y se que él es Padre, Rey y Señor, conservador de todo el universo; y que ninguna cosa hay más obligatoria, ni más justa, ni más necesaria, ni más debida que servirle y honrarle; y sé tambien que ninguna manera de honra ni de servicio se puede imaginar más perfecta que la que enseña la religion cristiana. Con esto me contento y me consuelo, y sé cierto que si yo viviere conforme á lo que manda esta santísima Religion, voy por el camino más cierto, más seguro y más religioso de cuantos pueden comprender todos los entendimientos humanos. Asegurado, pues, con estas verdades tan ciertas, abrazado con estas columnas tan firmes, toda la potencia del demonio no prevalecerá contra él. Y para el conocimiento más claro de las tres primeras verdades sirve la primera parte, donde se trata de la creacion del mundo y de las perfecciones divinas; las cuales nos declaran cuán grande sea este Señor, cuán perfecta sea la Providencia y cuidado que tiene de todas sus criaturas, y cuánto merezca él ser honrado y servido por lo uno y por lo otro.

Este remedio susodicho para todos es muy provechoso;

mas para aquellos lo es mucho más, que tienen tan purificado el amor de Dios, que no le aman por lo que de él esperan, aunque esto sea bueno y santo, sino por sólo ser él quien es, que es por su infinita bondad. Del cual amor dice san Bernardo (1), que ni toma fuerzas con la esperanza, ni siente los daños de la desconfianza. Queriendo decir, que ni sirve á Dios por lo que espera de él, ni le dejaría de servir aunque nada esperase de él. Pues el que este amor tan desinteresado tiene, con estas cuatro verdades tan firmes fácilmente despide todas las saetas del enemigo, viendo que no hay manera de vida más dispuesta para agradar á este Señor que la que está dicha. Mas así á los unos como á los otros conviene leer más que una vez toda esta doctrina susodicha, para estar más resolutos en ella, y así más firmes y constantes en el conocimiento, amor y servicio de su Criador. Al cual sea alabanza y gloria en los siglos de los siglos. Amen.

§ IV.

Respóndese á la turbacion de algunos flacos cuando ven tanto número de infieles y condenados.

Tambien me pareció responder aquí brevemente á la turbacion que algunos reciben cuando tienden los ojos por esos mundos y ven tanto número de infieles como hay deramados por él. Á esto primeramente respondo que, así en todo lo dicho como en lo que resta por decir, tenemos clarísima y suficientísima prueba de la verdad de nuestra fe; porque, como ya dijimos, aunque los misterios de nuestra fe no sea evidentes, pues son de las cosas que no vemos, mas es cosa evidente que deben ser creídos por razon de los milagros y profecías tan claras y otros testi-

(1) Supr. Cant. serm. LXXXIII, post medium.

monios con que están confirmados (1). Y siendo esto cosa tan clara, no me debe perturbar que muchos hombres que están ciegos con sus pecados y maldades no la quieran creer; porque si yo veo claramente que tengo cinco dedos en la mano, ¿por qué me ha de quitar la verdad de este conocimiento si todo el mundo dijese lo contrario? Á solo Noé (2) dice Dios que halló justo en toda aquella primera edad del mundo; y no por eso dejó el santo varon de serlo y tener su fe entera, aunque todo el mundo caminase por otro camino. Y pocos más justos había en tiempo de Abraham (3), y no bastó para oscurecer ó menoscabar aquella tan admirable fe entre tanto número de infieles que el Apóstol tanto engrandece (4). Por tanto debe el hombre contentarse y consolarse con el conocimiento de esta verdad tan cierta, y juntamente con esto humillarse, considerando la bajeza de su entendimiento, y dejando de entremeterse en deslindar *los secretos y juicios de Dios, que son, como dice David (5), un abismo sin suelo*. Y por esto debe exclamar con el Apóstol (6): *¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprendibles son sus juicios, y cómo no se pueden rastrear sus caminos!*

Mas con todo esto sabemos cierto que nuestro Señor Dios está aparejado para recibir y ayudar á quien á él se convirtiere, y que á nadie niega la ayuda suficiente para convertirse; y sabemos que en todos los entendimientos humanos imprimió él la ley natural, que es el conocimiento del bien y del mal, y nos dió libre albedrío para

(1) D. Thom. II, 2 quæst. art. 1. ad 1.

(2) Gen., VII, 1.

(3) Gen., XVIII, 24-33.

(4) Rom., IV, 20. Galat., III, 6.

(5) Psal., XXXV, 7.

(6) Rom., XI, 33.

poder libremente escoger lo uno ó lo otro; y, como el Eclesiástico dice (1), *Nos puso delante el agua y el fuego y dió libertad para que escogiésemos de estas dos cosas la que quisiésemos*. Y por esto cuando pecamos, pecamos por sola nuestra malicia y mala voluntad, sin que nadie á eso nos fuerce. Por tanto, si los jueces de la tierra tienen poder para ahorcar y castigar los malhechores, tambien es razon que lo tenga aquel juez soberano. Mas diréis: Su castigo es pena eterna. Es verdad; mas es cierto que este castigo viene tasado y proporcionado por sentencia de aquel Señor que, no sólo es justo, mas es la misma rectitud y justicia: el cual, así como galardona las buenas obras más de lo que ellas merecen, así castiga los pecados ménos de lo que merecen. Y si dura para siempre esta pena, la razon es porque la divina sabiduría ordenó de tal manera las cosas humanas, que la vida presente fuese para merecer ó desmerecer, y la venidera para recibir el premio ó castigo de lo merecido. Y pues los malos tuvieron tan largo espacio y tan larga espera de Dios para enmendar su vida y no quisieron aprovecharse de este plazo que les dió, justo es que en la otra padezcan la pena de su desagradecimiento y menosprecio. Á lo cual añade san Gregorio (2), que pues los hombres desalmados que son los que principalmente se condenan nunca pusieron fin á sus maldades, y así si siempre vivieran siempre pecaran: por esto quiere la divina justicia que no tengan fin sus penas, pues nunca ellos lo pusieron ni pusieran á sus culpas. Pues ¿qué diréis de aquellos á cuya noticia no llegó la predicacion de la fe? Digo que estos no penarán por el pecado de la infidelidad, el cual no les será imputado, pues no les fué predicada la fe, mas penarán porque pe-

(1) Cap. xv, 17.

(2) Dialog. XLIV.

caron contra la ley natural que Dios imprimió en sus corazones y por las malas obras que hicieron por su propia malicia y mala voluntad. Ni nos debe perturbar ser mayor el número de los que se condenan que el de los que se salvan; porque todavía, como dice san Juan (1), son innumerables los que se salvan, á cuya compañía irán los que imitaren su inocencia ó hicieren digna penitencia. Donde será tanto mayor la gloria de los que fueren salvos, cuanto mayor fuere el número de los condenados; pues á los tales cupo tan dichosa suerte que entre tanto número de malos fuesen ellos del número de los escogidos. Y esta condenacion de los malos redundará en gloria de la divina justicia, que ningun pecado deja sin castigo, y en mayor consolacion y alegría de los buenos, pues escaparon de tan gran peligro. Con esto, pues, se debe aquietar y sosegar el corazon humilde, sin querer escudriñar el secreto de los juicios divinos. Porque, como dice Lactancio, ¿qué diferencia habría entre Dios y el hombre si él quisiese por su ingenio alcanzar los consejos y ordenaciones de aquella incomprensible Majestad? Y por el mérito de esta humildad con que el hombre da gloria á Dios y se mide con su propia medida, conociendo la bajeza y y rudeza de su entendimiento, merecerá que el Señor le dé aquella paz, y quietud, y alegría que da á sus fieles amigos en el conocimiento de los misterios de la fe. El cual vive y reina en los siglos de los siglos por siempre jamas. Amen.

(1) Apoc., vii, 9.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO PRIMERO.

	Pág.
CAPÍTULO PRIMERO.—Que no pueden los hombres vivir sin fe; y de dos maneras de fe, una adquirida y otra infusa. . . .	5
CAP. II.—De la division de la fe, en fe formada é informe, que es con caridad y sin caridad, y de las excelencias y propiedades de la fe. . . .	12
CAP. III.—De la primera excelencia de la doctrina de nuestra fe, que es haber sido enseñada y revelada por Dios. Lo cual se entiende por los grandes errores de los filósofos, mayormente acerca del último fin del hombre. . . .	18
§ I.—De los errores de los filósofos, acerca del último fin. . . .	21
§ II.—Refiérese que el conocimiento que no pudo dar la filosofía humana se consigue en la filosofía de Cristo. . . .	25
CAP. IV.—De la segunda excelencia de la religion cristiana, que es sentir altamente de Dios. . . .	28
CAP. V.—De la tercera excelencia de la religion cristiana, que es la rectitud y santidad de las leyes y de la doctrina que profesan. . . .	33
§ I.—De la limosna y misericordia. . . .	36
§ II.—Consejo utilísimo de la frecuencia de la oracion. . . .	38
CAP. VI.—De la cuarta excelencia de la religion cristiana, que es sola ella tener Sacramentos que den gracia. . . .	42
§ I.—Ineficacia del conocimiento de la ley para obrar la virtud. . . .	43
§ II.—De la necesidad de la divina gracia para ablandar nuestra dureza. . . .	45
§ III.—Diversidad de los Sacramentos de la ley de gracia, y sus efectos. . . .	46
CAP. VII.—De la quinta excelencia de la religion cristiana, que es el favor grande que promete á la virtud, y el disfavor y castigos grandes que amenaza á los vicios. . . .	48
CAP. VIII.—De la sexta excelencia de la religion cristiana, que es la perpetuidad y constancia de ella en todos los siglos desde el principio del mundo. . . .	53
CAP. IX.—De la séptima excelencia de la religion cristiana, que es la dignidad de la sagrada Escritura, en que ella se funda. . . .	57
§ I.—Vénse estas dos divinas perfecciones en los favores y castigos del santo rey David, y de la excelencia de los Salmos. . . .	60

	Pág.
§ II.—De los libros Sapienciales, Profetas y Evangelios. . .	63
§ III.—De las Epístolas de san Pablo. . .	69
§ IV.—Decláranse más en particular algunas doctrinas morales del Apóstol, y lo que se requiere para entender las santas Escrituras. . .	71
CAP. X.—De la octava excelencia de la religion cristiana, que es la pureza de vida que causa en los profesores y guardadores de ella. . .	75
§ I.—Tócase la constancia de los Mártires, y excelencia de las virtudes que se profesan en nuestra fe. . .	78
§ II.—Que no desdora la Religion que muchos cristianos vivan mal, y de las medicinas con que se cura esta dolencia. . .	81
CAP. XI.—De la nona excelencia de la religion cristiana, que es alcanzarse por ella la verdadera felicidad y último fin del hombre. . .	86
§ I.—Testimonios sagrados, ejemplos, y conjeturas de la divina suavidad. . .	89
§ II.—Otras conjeturas de la divina suavidad en los justos por el desprecio de lo temporal, y olvido de sus cuerpos. . .	93
§ III.—De los efectos que causa la alegría y suavidad espiritual. . .	96
§ IV.—Responde á una tácita objecion. . .	98
CAP. XII.—De la décima excelencia de la religion cristiana, que es haber desterrado la idolatría del mundo, que es el primer triunfo de Cristo. . .	102
CAP. XIII.—De la undécima excelencia de la religion cristiana, que contiene el segundo triunfo de Cristo, por el cual triunfó del mundo, y de todos los monarcas de él. . .	109
§ I.—Cómo de todas suertes de estados con insaciable rabia perseguían el nombre de Cristo, infiérese su mayor triunfo. . .	113
§ II.—De tres cosas que se han de considerar en este triunfo, y de las armas con que se consiguió. . .	116
§ III.—De otros dos prodigiosos testimonios de esta maravillosa constancia. . .	121
CAP. XIV.—De la duodécima excelencia de la religion cristiana, la cual contiene el triunfo de Cristo contra los que le procuraron la muerte. . .	124
CAP. XV.—De la décimatercia excelencia de la religion cristiana, que es ser aprobada por testimonio de doctísimos y santísimos varones y mucho más de los sagrados Concilios. . .	127
CAP. XVI.—Preámbulo para tratar del testimonio que nuestra fe tiene con la sangre de los santos mártires, donde se declara cuán gloriosa cosa sea padecer martirio por Dios. . .	132
§ I.—De la carta y exhortaciones de san Cipriano á los gloriosos Mártires que padecían por la fe. . .	135
§ II.—De la prosperidad de la Iglesia con las persecuciones, y de los estragos que ocasionaron los regalos de la paz. . .	141
§ III.—De cómo el Martirio es la obra con que más es glorificada de sus criaturas la excelencia divina. . .	146
§ IV.—De cómo se manifestó la gloria de Dios en los santos Mártires con los prodigios y milagros que obró por ellos. . .	152
CAP. XVII.—De la décimacuarta excelencia de la fe y religion cristiana, que es haber sido confirmada con el testimonio de innumerables Mártires. . .	155

	Pág.
§ I.—Calidad y armas de los soldados con que se peleó en esta guerra.	160
Prólogo sobre las historias y batallas gloriosas de los santos Mártires que aquí se cuentan.	165
CAP. XVIII.—Persecucion de Diocleciano y Maximiano.	171
§ ÚNICO.—De las prodigiosas hazañas de otros innumerables Mártires que en diversas partes glorificaron á Cristo.	175
CAP. XIX.—Martirio de la virgen santa Olalla.	179
CAP. XX.—Martirio de la virgen santa Martina.	185
CAP. XXI.—Martirio de la virgen santa Anastasia, escrito por Simeon Metafraste.	191
AL LECTOR.	201
CAP. XXII.—Comienza la historia del martirio del bienaventurado san Clemente y de su compañero Agatángelo.	203
§ I.—Del principio del imperio de Diocleciano y del martirio de san Clemente.	207
§ II.—Renuévanse los martirios del santo en el tribunal de Diocleciano.	212
§ III.—Sacan al santo Mártir de Roma; pasa por Ródas, y comienza otra nueva batalla por orden de Maximiano, emperador, en Nicomedia.	217
§ IV.—De como volvieron los santos á su patria: multiplícanse los tiranos, y se inventan nuevos tormentos.	223
§ V.—Renuévanse otros tiranos, y del fin de esta gloriosa batalla y martirio de los santos.	230
§ VI.—Fin de la historia.	237
CAP. XXIII.—De otra persecucion que padeció la Iglesia en tiempo del emperador Antonino Vero.	240
§ I.—Principio de la persecucion, y del prolongado martirio de los bienaventurados Santo y Blandina.	241
§ II.—Del martirio de san Fotino, obispo, y algunos otros: castigo de los renegados, y fortaleza de santa Blandina.	247
§ III.—Prosigue la historia de la misma carta.	250
§ IV.—Prosigue la misma carta contando la mansedumbre y humildad, y otras virtudes de los sobredichos Mártires.	255
CAP. XXIV.—Siguese otra persecucion que padecieron los fieles en Persia en tiempo del rey Sapor; en la cual padeció Simeon, obispo de Seleucia, y Ustazádes, varon excelente, y otros santos sacerdotes.	257
CAP. XXV.—Del martirio de Simeon con otros muchos, casi diez y seis mil, que fueron muertos en el reino de Sapor por maliciosas acusaciones de los agoreros.	260
CAP. XXVI.—El martirio de san Policarpo, discípulo de san Juan Evangelista y obispo de Smirna, referido por Eusebio en el cuarto libro de la Historia Eclesiástica.	265
CAP. XXVII.—Consideracion sobre las gloriosas batallas y victorias de los santos Mártires que aquí se han relatado.	272
CAP. XXVIII.—De como casi todos los emperadores que persiguieron la fe y religion cristiana, acabaron desastrosamente, y los que la honraron, fueron en todas las cosas ayudados de Dios, y prosperados.	281
CAP. XXIX.—De la décimaquinta excelencia de la religion cristiana que es ser confirmada con muchos y muy grandes milagros.	287

§ I.—Trátase en particular de algunos muy señalados milagros.	207
§ II.—Del milagro especial de la venida del Espíritu Santo, y don de las lenguas que se notificó al mundo.	207
§ III.—Milagros de la Cruz del Salvador.	209
§ IV.—Milagros referidos por los santos doctores.	304
§ V.—Prosigue la misma materia.	312
§ VI.—Prosiguen los mismos milagros.	320
§ VII.—Prosigue la misma materia.	324
§ VIII.—Milagro que cuenta el emperador Antonino Pio.	328
§ IX.—De otros milagros señalados de nuestra edad.	332
§ X.—Del milagro y Santa Forma de Fromesta.	338
§ XI.—De otros dos perennes milagros.	340
§ XII.—De otros milagros muy averiguados que se vieron en nuestros días.	342
§ XIII.—Prosigue la materia de los milagros.	347
§ XIV.—De otros milagros más recientes.	352
§ XV.—Milagros en la cura de los endemoniados.	360
CAP. XXX.—Del mayor de todos los milagros, que fué la conversion del mundo.	366
§ I.—Prosigue la materia de la conversion del mundo.	373
§ II.—Prosigue la misma materia.	379
§ III.—Prosigue la misma materia.	387
CAP. XXXI.—De la postrera excelencia de la religion cristiana, que es ser confirmada con el testimonio de las profecías.	392
§ I.—De las profecías de la veneracion de Nuestra Señora, y santa María Magdalena.	397
§ II.—De la profecía de la estabilidad de la Iglesia.	399
§ III.—Profecías de la destruccion de Jerusalem.	402
§ IV.—Prosigue y conclúyese esta misma materia.	403
CAP. XXXII.—Conclusion de todo lo dicho, y declaracion del fruto que de todo ello se saca.	410
§ I.—Armonia y música en que concuerdan todas las excelencias susodichas.	418
§ II.—Singular fruto que de aquí se sigue, que es la mayor firmeza de la fe.	429
§ III.—De cuatro principales testimonios de esta verdad, y cómo se han de haber las personas tentadas en la fe.	424
§ IV.—Respóndese á la turbacion de algunos flacos cuando ven tanto número de infieles y condenados.	429

